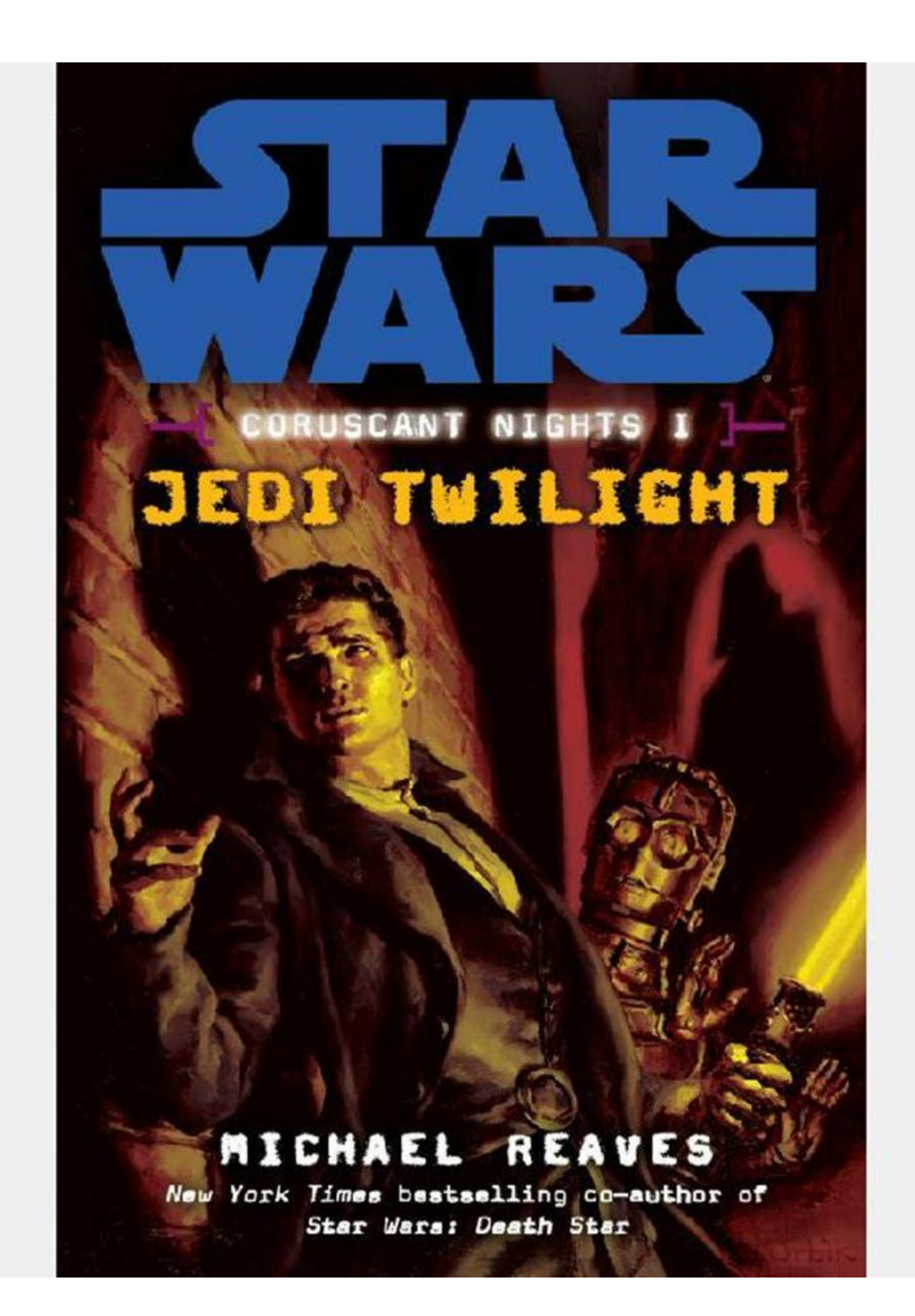

STAR WARS
CORUSCANT NIGHTS I
JEDI TWILIGHT
MICHAEL REAVES
New York Times bestselling co-author of
Star Wars: Death Star

Con la oscura ascensión del Imperio, y los Caballeros Jedi prácticamente aniquilados, un Jedi que escapó de la masacre va a tener una cita con el destino… y una confrontación con Darth Vader.

Jax Pavan es uno de los pocos caballeros Jedi que sobrevivió milagrosamente a la carnicería que siguió a la implacable Orden 66 de Palpatine. Ahora, en lo profundo de los Arrabales Pozo Negro de Coruscant, Jax a duras penas se gana la vida como detective privado, tratando de ayudar a la gente necesitada, ocultando su identidad Jedi y manteniéndose un paso por delante de asesinos sedientos de sangre Jedi. Hay otros que también buscan al elusivo Jax. El curtido reportero Den Dhur y su amigo, el poco ortodoxo droide I-5YQ, tienen noticias impactantes que darle a Jax... sobre el padre que nunca conoció.

Pero cuando Jax se entera de que su viejo Maestro Jedi ha sido asesinado, dejando tras de sí la solicitud de que Jax termine una misión crítica para la resistencia, Jax no tiene más remedio que salir de su escondite y arriesgarse a ser descubierto por Darth Vader para cumplir con el último deseo de su Maestro.



Noches de Coruscant 1

Crepúsculo Jedi

Michael Reaves

Versión 1.0

21.11.12



Serie original: *Coruscant Nights I*
Título original: *Jedi Twilight*
Cronología: 18,8 años A.B.Y (Antes de la Batalla de Yavin)
Autor: Michael Reaves
Artista de portada: Glen Orbik
Publicación del original: junio 2008

Traducción: Yavin201
Revisión: darth gladius
Edición: Bodo-Baas
Base LSW v1.1

Declaración

Todo el trabajo de traducción, maquetación, revisión y montado de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Ninguno de nosotros nos dedicamos a esto de manera profesional, ni esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si pensáis que lo merecemos.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en el Grupo Libros de Star Wars.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo con tus amigos si la legislación de tu país así lo permite y bajo tu responsabilidad. Pero por favor, no estafes a nadie vendiéndolo.

Visítanos para enviar comentarios, críticas, agradecimientos o para encontrar otros libros en:

- Nuestro grupo yahoo: http://espanol.groups.yahoo.com/group/libros_starwars/
- En el foro de Star Wars Radio Net: http://foro.swradionet.com/index.php

¡Que la Fuerza os acompañe!
El grupo de libros Star Wars

dramatis personae

DAL PERHI; Underlord del Sol Negro (varón humano)
DARTH VADER; Señor Oscuro del Sith (varón humano)
DEN DHUR; antiguo reportero de la HoloRed (varón sullustano)
EVEN PIELL; Maestro Jedi (varón lannik)
HANINUM TYK RHINANN; ayudante personal de Darth Vader (varón elomin)
I-5YQ; droide de protocolo
JAX PAVAN; Caballero Jedi (varón humano)
KAIRD; operativo del Sol Negro (varón nediji)
LARANTH TARAK; Paladín Jedi y combatiente de la resistencia (mujer twi'lek)
NICK ROSTU; antiguo mayor en funciones, ejército de la República, combatiente de la resistencia (varón humano)
PRINCIPE XIZOR; operativo del Sol Negro (varón falleen)

Si los droides pudiesen pensar, no estaríamos aquí, ¿verdad?

—OBI-WAN KENOBI

«Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…»

Parte I

La vida durante el tiempo de guerra

Uno

En los niveles más bajos, en las abisales profundidades urbanas de la ecumenópolis que era Coruscant, ciertamente era algo raro ver la luz del sol. Para los habitantes de los barrocos y destellantes cortanubes, torres celestiales y supertorres celestiales —las últimas alcanzando hasta dos kilómetros de altura— el sol era algo garantizado, así como las otras comodidades de la vida. Puesto que ClimaRed garantizaba que nunca lloviera hasta el crepúsculo o más tarde, la rica y dorada luz solar era simplemente esperada, de la misma forma que uno esperaba que el aire llenase sus pulmones con cada respiración.

Pero centenares de niveles por debajo de los primeros pisos habitados de las grandes torres, zigurats, y minaretes, en algunos lugares realmente en o bajo la superficie del planeta, eso era otra historia. Allí cientos de miles de humanos y otras especies vivían y morían, algunas veces sin tan siquiera tener ni un pequeño vislumbre del mítico cielo. Allí la luz que se filtraba a través de la omnipresente capa gris de inversión era pálida y macilenta. La lluvia que alcanzaba la superficie era casi siempre ácida, lo suficiente algunas veces para tallar pequeños canales y surcos en los cimientos de ferrocarbón. Era increíble que pudiese sobrevivir algo en esas deprimentes trincheras. Aun así, incluso allí la vida, tanto inteligente como no, se había adaptado hacía mucho tiempo al perpetuo crepúsculo y al ambiente restrictivo.

En lo más profundo de los abismos, en el variado púlsar de luces y letreros fosforescentes, los ácaros de la piedra, los gusanos de los conductos, y otros carroñeros proliferaban en el detritus tecnológico. Las babosas del duracreto masticaban ciegamente su camino a través de los escombros. Los halcones-murciélago construían sus nidos cerca de los convertidores de energía para mantener sus huevos calientes. Las ratas blindadas y las arañas-cucaracha correteaban y cazaban entre montones de basura de dos pisos de alto. Y millones de otras especies de organismos oportunistas y parásitos, desde animálculos de una sola célula hasta aquellos conscientes de sí mismos lo suficiente como para desear que no lo fueran, continuaban tenazmente con su lucha habitual por la supervivencia, muy poco diferente de las luchas en mil mundos selváticos diferentes. Allí abajo era donde los desechos de la galaxia, una colección variopinta de seres denominados por aquellos de arriba simplemente como «los habitantes inferiores», se ganaba la vida a duras penas entre la brutalidad y la desesperación. Después de todo, era meramente una clase diferente de selva.

Y donde hay una selva hay siempre cazadores.

Even Piell había sido uno de los afortunados. Nacido en el violento planeta Lannik en una familia empobrecida, había sido recogido por los Jedi en su infancia gracias a su afinidad con la Fuerza. Se había criado en el Templo, a gran altura sobre la pobreza y el sufrimiento que una vez habían parecido el inevitable derecho de nacimiento de su planeta natal. Cierto, su vida había sido algo ascética, pero también había sido limpia, ordenada, y —lo más importante de todo— había tenido un *propósito*. Había tenido una

razón de ser. Él había sido parte de una causa mayor que él mismo, una causa de una noble y reverenciada Orden que se remontaba centenares de generaciones en el pasado.

Él había sido un Caballero Jedi. Ahora era un paria.

Aquellos que le conocían respetaban al diminuto humanoide por su fiero coraje y sus habilidades de lucha, como debían. ¿No había derrotado al terrorista de Iaro Rojo, Myk'chur Zug, al precio de un ojo? ¿No había sobrevivido a la Batalla de Geonosis y librado un buen número de batallas por la República en las Guerras Clon? Era verdaderamente dicho que Even Piell nunca había retrocedido ante una pelea en su vida. Dadle un sable láser y una causa por la que encenderlo, y no había guerrero más valiente sobre dos piernas, o cuatro, o seis. Pero ahora…

Ahora era diferente.

Ahora por primera vez en su vida conocía el miedo.

Even caminaba apresuradamente a través del pintoresco gentío que atestaba el Mercado de Zi-Zhinn. Éste era un nombre eufemístico para una alborotada feria callejera en curso en el Nivel 17 de un área del Sector 4X05, también conocido como Sector Zi-Kree, a lo largo de la franja ecuatorial. Ese era el nombre dado a los niveles superiores de cualquier manera; allí abajo, bajo la capa de humo y niebla, se llamaba simplemente Corredor Carmesí. Mientras que muchos de los niveles más bajos de Coruscant comprendían auténticas zonas menos que deseables, algunas áreas eran lugares de problemas particulares y concentrados. El Submundo Sur, el Distrito de las Fábricas, Los Talleres, los Arrabales Pozo Negro… estos y otros nombres coloridos hacían poca justicia a las duras realidades de la vida bajo la perpetua capa de humo y niebla que los escondía de los enrarecidos niveles superiores, aunque irónicamente era sólo en guetos como esos, en medio de la desesperación y la desesperanza, donde podía encontrarse algo de anonimato y seguridad.

Even no estaba seguro de cuantos Jedi quedaban, pero sabía que el número no era alto. La matanza empezada en Geonosis había sido seguida por una venganza allí en Coruscant, y también en otros mundos como Felucia y Kashyyyk. Barriss Offee estaba muerta al igual que Luminara Unduli, Mace Windu, y Kit Fisto. El caza de Plo Koon había sido derribado sobre Cato Neimoidia. Por lo que sabía Even era el único miembro mayor del Consejo que había escapado de la masacre del Templo.

Todavía era algo casi imposible de comprender. Todo había ocurrido tan *rápido*. En sólo unos días se había visto obligado a abandonarlo todo. Nunca más miraría por encima de los cinco capiteles del Templo Jedi, ni caminaría por los caminos de flores fragantes y los suelos teselados de sus jardines y habitaciones privadas. Nunca más pasaría gratificantes horas en debates con sus estudiosos compañeros en el Consejo del Primer Conocimiento, o investigando asuntos esotéricos interestelares en los Archivos, o practicando las siete formas de combate con sable láser con sus compañeros Jedi.

Pero no podía dejar de usar la Fuerza para ayudar a otros. Negar la Fuerza era negarse a sí mismo. El miedo de ser descubierto había hecho que se abstuviese de usarla en público durante tanto tiempo como pudo aguantar. Había sido testigo indefenso de las

atrocidades diarias durante el interregno, del caos y la anarquía que habían acompañado el derrocamiento del Senado Galáctico y la ascensión del nuevo Emperador. Enfermo en lo más profundo, había refrenado su desilusión y su repulsión, su desesperada necesidad de hacer *algo* para detener esta pesadilla interminable. Había visto como sus compañeros Jedi eran asesinados por comandantes clon bajo la autoridad de la Orden Sesenta y Seis; había visto empleados e instructores derribados por el fuego láser; y, lo peor de todo, había oído los gritos de los niños y los jóvenes Padawan mientras eran ejecutados.

Y había escapado. Esa desafortunada noche mientras la destrucción caía de los cielos y las tropas de asalto patrullaban las calles, Even Piell y los otros —muy pocos otros— todavía vivos habían escapado de la masacre.

Por ahora.

Even se movía cautelosa y sigilosamente a través de charcos de parpadeantes luces de neón. Usada sutilmente la Fuerza le permitía escabullirse entre gentíos de diversas especies —bothans, niktos, twi'leks, y humanos— sin que apenas reparasen en él. Incluso los pocos que le veían le olvidaban casi inmediatamente. Por el momento estaba a salvo —pero ni siquiera la Fuerza podría protegerle para siempre.

Sus perseguidores estaban acercándose.

No sabía sus números de identificación, ni tendría importancia si los supiera. Eran tropas de asalto, soldados clonados, creados en los tanques de Ciudad Tipoca en el mundo acuático de Kamino y en cualquier otro sitio, guerreros criados para luchar intrépidamente por la gloria de la República y para obedecer sin cuestionar las órdenes de los Jedi.

Eso, sin embargo, fue antes de la Orden Sesenta y Seis.

Podía sentirlos a través de la Fuerza, sus auras malignas como el agua helada a lo largo de sus nervios. Se estaban acercando más; estimó la distancia en poco más de un kilómetro.

Se agachó en el interior de un portal. La entrada estaba cerrada pero un gesto de su mano y una onda como respuesta en la Fuerza causaron que el panel de la puerta se deslizara a regañadientes con un chillido áspero. Se atascó a la mitad, pero había espacio suficiente para pasar.

El lannik pasó rápidamente a través de lo que una vez había sido una guarida de especia, por su apariencia; cunas y nichos en la pared mostraban dónde habían yacido cuerpos de diversas formas hacía mucho tiempo, sus mentes liberadas y flotando en el éxtasis soporífico. Aunque podían haber pasado cinco siglos desde que se había usado por última vez a Even le parecía que todavía podía oler el perfume fantasmal del brillestim que una vez había nublado tanto el aire como las mentes de los ocupantes.

Al principio Even se había preguntado cómo los soldados de asalto que estaban rastreándole le habían rodeado tan rápidamente. Había sido discreto en el uso de la Fuerza, había mantenido un perfil tan bajo como le fue posible durante los últimos dos meses estándar. Se había mantenido fuera de la vista, negociando por sustento y refugio estrictamente con créditos y billetes. Aunque era cierto que los lannik no eran tan

comunes incluso en Coruscant, el cómo las tropas de asalto habían dado con él todavía era desconcertante. Realmente no tenía importancia, sin embargo quizá alguien había reconocido su imagen como alguien del Consejo y le denunció. Todo lo que importaba era que estaban acercándose, con un único propósito en mente: matar Jedi. Matarle a él.

Todavía llevaba su sable láser oculto en el bolsillo interior de su chaqueta. Resistió el deseo de sostener el arma. Su fría empuñadura se sentiría más reconfortante en su mano ahora mismo.

Pero todavía no era el momento, aunque por todas las indicaciones el momento llegaría muy pronto. La batalla final —sin duda sería poco menos que eso— no podía tener lugar donde los inocentes pudiesen quedar atrapados en el fuego cruzado. Los agentes del Emperador no se preocupaban por el daño colateral pero los Jedi no podían ser tan arrogantes.

Esa era razón suficiente para escapar en vez de luchar. Pero también había otra razón: la búsqueda en la que estaba inmerso. No era meramente su propia vida lo que arriesgaba enfrentándose a sus perseguidores. Por el bien de las vidas de muchos otros, tenía que retrasar lo inevitable tanto como fuera posible.

La guarida se abría a través de una entrada medio oculta en una habitación cavernosa débilmente iluminada, que hace mucho tiempo había sido un casino. Era enorme, con un alto techo abovedado que se alzaba fácilmente tres pisos. Even se dirigió hacia el tubo de un turboascensor pasando junto a mobiliario y mesas de apuestas tan antiguas que algunas de ellas se hicieron polvo cuando las rozó al pasar a su lado. ¿Cuántos lugares abandonados y desolados como éste habría en los subniveles? Millones, sin duda, escondidos y silenciosos en las bases de las frescas y brillantes torres, como una caries creciendo silenciosamente en un diente. La capital de la galaxia se había originado a partir de una vasta necrópolis como flores brotando de la tierra funeraria…

Even Piell sacudió la cabeza para aclarar sus pensamientos. Definitivamente ahora no era el momento de pensar en el pasado. Necesitaba concentración total si debía sobrevivir esa noche.

Como para confirmar sus pensamientos escuchó, muy débilmente, las voces crujientes de sus perseguidores en el exterior del edificio. Llegó al ascensor —un tubo de transpariacero claro— y entró. No pasó nada; no había esperado que ocurriese nada. La carga de las placas repulsoras se había agotado con el paso de los siglos. Afortunadamente, él no dependía de la tecnología para hacer funcionar el turboascensor.

Todo el mundo experimentaba la Fuerza de diferentes maneras, se decía. Para algunos era como una tormenta en la cual eran el centro seguros en su ojo de calma mientras dominaban sus tempestades. Para otros era una bruma, una niebla, zarcillos vaporosos que podían ser manipulados o incandescencia con la cual iluminar o inflamar. Ésas eran aproximaciones inadecuadas, débiles intentos para describir en términos de los cinco sentidos comunes aquello que era indescriptible. Incluso la completa sinestesia de una de

las formas más alucinógenas de especia era una experiencia leve y descolorida comparada con ser uno con la Fuerza.

Para Even lo más cercano con lo que podía comparar invocar la Fuerza era sumergirse en agua caliente. Le apaciguaba, le calmaba, del mismo modo que prestaba energía a sus músculos cansados y agudizaba sus sentidos.

Hizo un gesto leve de elevación. La Fuerza se convirtió en un géiser, elevándole a través del tubo.

Antes de que alcanzase el techo a través del cual salía el tubo oyó el sonido de la puerta que acababa atravesar al ser abierta de una patada. Cinco soldados de asalto con la armadura completa aparecieron. Llevaban desintegradores y lanzaproyectiles. Uno de ellos apuntó hacia Even. — ¡Allí! —gritó—. ¡En el tubo!

Los demás siguieron su mirada. Uno —un sargento, a juzgar por las marcas verdes de su armadura— alzó su desintegrador. Era un BlasTech SF-14, una pistola que empaquetaba el haz de energía altamente concentrado de un rifle de energía en un arma cuyo tamaño era la mitad. Even sabía que el tubo de cristacero no podía detener la explosión de partículas subatómicas cargadas. Aceleró su ascenso. Justo antes de que alcanzase el techo el soldado al mando disparó —pero no a Even.

Por *encima* de él.

Demasiado tarde, Even se dio cuenta de la táctica del otro. La explosión golpeó el tubo en la juntura entre el techo y el elevador derritiéndolos y fusionándolos en una masa infranqueable. Even consiguió a duras penas detener su ascenso a tiempo. Un segundo después el soldado disparó otra vez, esta vez convirtiendo la base del tubo por debajo de los pies del Jedi en chatarra derretida.

No podía moverse ni arriba ni abajo, se dio cuenta Even. Estaba atrapado como un insecto en una botella. Pero este insecto podía morder.

Even Piell metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó su sable láser. Antes de que el soldado de asalto que estaba apuntando cuidadosamente pudiese disparar otra vez, activó la hoja.

Con un fiero gruñido electrónico la barra de energía surgió hacia adelante como si estuviera ansiosa de ser libre después de todo ese tiempo. Even balanceó la hoja una vez, entonces revirtió el golpe cortando y derritiendo un agujero en el tubo. Dejó que la Fuerza le sacase a través de él, una cascada invisible que le sacó del ascensor en un largo arco hasta el suelo. Los cinco soldados dispararon repetidamente, haces de chispeante energía roja que Even, guiado por la Fuerza, desvió con su arma. Ninguno se aproximó.

A pesar de su victoria momentánea sabía que esa batalla estaba lejos de estar ganada. Los soldados de asalto bloqueaban la salida. Normalmente incluso las probabilidades de cinco contra uno plantearían un reto pequeño para un Maestro Jedi sumergido en la Fuerza. Pero Even había estado huyendo durante semanas; había tenido poco descanso e incluso menos comida. A pesar de los efectos energizantes de la Fuerza todavía se encontraba muy lejos de estar en plena forma para el combate. No tenía reparos en correr si era posible; las enseñanzas Jedi enfatizaban el pragmatismo sobre la valentía. Pero

escapar en la oscuridad de la antigua habitación en su condición sería inútil. Los soldados le derribarían como a un tallo maduro de yahi'i si les daba la espalda. No, sólo había una forma de salir: a través de ellos.

Los soldados de asalto estaban casi sobre él. Even Piell adoptó una posición de ataque, alzó su sable láser y se entregó completamente a la Fuerza.

Dos

Nick Rostu estaba viviendo un tiempo prestado.

Él lo sabía; lo había sabido durante casi tres años estándar, desde aquella noche en el búnquer de mando en Haruun Kal, cuando el vibroescudo de Iolu le había abierto como si fuera un pastel de carne balawai recocido. Había mantenido sus vísceras dentro, sus dedos entrelazados eran la única barrera que evitaba que se desparramaran sobre el suelo de duracreto mientras yacía como un ovillo arrugado, débilmente consciente de la batalla final que tenía lugar a un par de metros entre Mace Windu y Kar Vastor. Entonces incluso esa débil chispa de consciencia se había desvanecido; Nick había sentido el planeta abriéndose debajo de él, había caído a través de él y se había dirigido hacia las estrellas.

Realmente no le había importado. Como korunnai, todo lo que había conocido era la guerra, tan atrás como podía recordar. Estaba más que listo para algo de paz.

Pero la paz no estaba en las cartas todavía.

Nick se había despertado dos días después a bordo de una fragata médica con dirección a los Mundos del Núcleo. Le dijeron que únicamente su conexión con la Fuerza le había mantenido vivo el tiempo suficiente para responder al tratamiento médico. Había pedido que no revisaran la cicatriz que le cruzaba el abdomen… quería un recordatorio de lo que significaba bajar la guardia, incluso durante un sólo segundo.

Había completado su convalecencia en Coruscant Medical, bajo el mejor cuidado disponible: el Consejo Jedi se había encargado de eso. Y Mace había ido a visitarle; A menudo al principio, pero según fueron pasando los días y las Guerras Clon se incrementaron el Maestro Jedi apareció cada vez menos. Nick entendía por qué, por supuesto. Las cosas estaban calentándose realmente. Las últimas veces que había visto a Mace, la cara del guerrero había estado surcada por arrugas de preocupación.

Mace le había recomendado para recibir la Medalla de Plata del Valor, el segundo premio más alto concedido a la prominente valentía en combate. La ceremonia tuvo lugar después de que Nick saliese del centro médico. Su rango de sargento honorario en el Grandioso Ejército de la República también fue confirmado, y durante los dos años siguientes el Sargento Nick Rostu dirigió la División 44, una unidad compuesta por soldados clon y varias otras especies también conocidos como los Renegados de Rostu. La 44 vio acción en Bassadro, Ando, Atraken, y muchos otros planetas, distinguiéndose en el frente de cada mundo. Al menos, así es cómo los comunicados de prensa de la HoloRed lo retrataban. Después de todo los lealistas de la galaxia querían asegurar que la guerra ciertamente iba bien para la República. Necesitaban a todos los héroes que podían reunir así que los Renegados de Rostu fueron presentados como guerreros capaces, llenos de clan y brío, acabando a penas una campaña antes de saltar ansiosamente de vuelta al combate candente.

Nick lo recordaba de forma algo diferente; recordaba los días y las noches de caos estridente repetidas veces cuando sólo la intervención de más tropas o la ciega suerte les

había sacado las castañas del fuego en el último momento. Pero entonces esa era una definición tan buena de guerrear como cualquiera que pudiese encontrar. Y habían realizado el mismo servicio para otras divisiones, así que todo ello parecía nivelarse.

Aun así, incluso a pesar de la privación, la adversidad, las condiciones extremas, y el miedo generalizado que era la guerra Nick se consideraba afortunado. Había sido uno de los oficiales más jóvenes de la República, y sabía que si sobrevivía a los diversos conflictos podría esperar una carrera de servicio militar en tiempo de paz seguida, muy probablemente por un confortable subsidio de vejez, una familia y una casa, quizá en el distrito Dunas de Arak o un lugar de nivel similar, y finalmente nietos rollizos que saltaran sobre sus rodillas. Estaba conforme con eso. Tal vez no fuese la vida más ilustre o distintiva de la galaxia pero era años luz mejor que lo que habría conseguido en Haruun Kal, en donde si hubiese tenido suerte, habría obtenido una tumba con su nombre en lugar de un montículo anónimo de polvo.

Pero esa no era la forma en la que habían sucedido las cosas. En lugar de eso casi tres años después de que Iolu le hubiese mostrado el color de sus entrañas, Nick Rostu se encontraba siendo miembro de un grupo emergente de revolucionarios dedicados a resistir el nuevo régimen.

En Haruun Kal, la gente del ghosh de Nick tenía un dicho: *No interfieras con el perro akk*. Era un buen consejo especialmente en esos tiempos conflictivos. Había estado en el mundo capital cuando ocurrió el golpe de estado, y en una noche, parecía que todo había cambiado… incluso el nombre del planeta de Coruscant a Centro Imperial; aunque nadie que Nick conociese lo llamaba así. De repente había una nueva oligarquía en la ciudad con Palpatine en la cúspide. De repente el Ejército de la República era el Ejército del Imperio, y era obvio que se lo pondrían difícil a cualquiera que no supiese hacia dónde saludar. De repente al Sargento Rostu le ofrecieron dos opciones: jurar lealtad al nuevo régimen o hacer frente a un pelotón de fusilamiento.

Le propusieron este ultimátum el mismo día que se enteró del destino de Mace Windu. Supuestamente el Maestro Jedi —su consejero, su benefactor, su amigo— había intentado asesinar al Canciller y había muerto durante la traicionera acción. Nick no podía creerlo. Conociendo a Mace como le conocía y a juzgar por la cruel matanza de Jedi por parte del Emperador Palpatine, Nick estaba bastante seguro que no había sido nada traicionera al menos según lo había visto Mace.

Le gustaba pensar que habría tomado la decisión correcta de todas formas. No iba a negar, sin embargo, que las noticias de la muerte de Mace hicieron la decisión considerablemente más fácil. Había mirado al representante del Imperio flanqueado por dos soldados de asalto armados con desintegradores, y le había dicho —respetuosamente, por supuesto, el hombre había sido un oficial superior bajo el régimen previo, después de todo— que se fuese a paseo. Entonces había cogido uno de los desintegradores, había disparado a ambos soldados y al representante, había abierto un agujero en la enorme ventana de transpariacero de la sala de conferencias y había saltado por él mientras el resto de los soldados de la habitación descargaba una andanada en su dirección.

Fallaron… probablemente porque quedaron momentáneamente inmovilizados ante el aturdimiento de ver a un hombre saltar voluntariamente por una ventana de 2l0 pisos de altura. A Nick tampoco le entusiasmaba la idea pero no vio muchas alternativas, aparte de quedar frito como un picatoste. Afortunadamente tenía un as en la manga.

Podía tocar la Fuerza.

Eso era algo que tenía en común con todos los habitantes de Haruun Kal. Por qué, nadie estaba seguro; una teoría decía que los korunnai eran todos descendientes de la tripulación Jedi de una nave espacial que se había estrellado allí, milenios atrás. Fuera cual fuera la razón, a veces era útil, como cuando le había dicho a Nick que un camión estelar cargado con peludas pieles de nerf estaba pasando a sólo diez metros por debajo de la ventana.

Finalmente había llegado al nivel del suelo, bajo la omnipresente inversión térmica y entró en el oscuro mundo de tinieblas que eran las calles de la superficie. Casi había sido asesinado su primera noche allí por una pandilla con el dudoso nombre de los Zombis Púrpura, había gastado la mayoría de los únicos créditos que tenía en un jergón rebosante de pulgas enloquecidas y había cenado al fresco al día siguiente en la rata blindada a la parrilla de un vendedor ambulante.

Hablando de tu movilidad descendente…

Seis semanas más tarde, con tres kilos menos, y mucho más miserable, había salvado la vida de una comerciante kitonak. Para lograrlo había tenido que enfrentarse uno contra uno con un trandoshano rompe antenas que había sido enviado para recaudar créditos mediante extorsión para un gánster local. En retrospectiva, esa acción resultó ser casi tan brillante como un tragasables de circo actualizando su actuación con un sable láser pero en ese momento a Nick le había parecido una buena idea. El apodo del trandoshano era Triturador… o tal vez Torturador; su acento era demasiado cerrado para que Nick lo distinguiese con seguridad. De cualquier manera, parecía encajarle perfectamente. El matón escamoso, molesto por la petición de Nick de que dejara en paz al pequeño y rechoncho comerciante humanoide, había lanzado a Nick al otro lado de la estrecha calle y casi a través de un agujero en la pared que rodeaba uno de los gigantescos y repulsivos pozos de basura que cubrían los barrios bajos de Coruscant y las áreas industriales.

Triturador (o Torturador) no era alto, pero era corpulento, al menos 150 kilos tal vez más. Todos los cuales iban a la carga directamente hacia Nick, lanzando un grito de guerra en una voz estrangulada por la flema. Nick tuvo el tiempo y los reflejos justos para esquivarlo y dejar que el gran zoquete idiota pasase a su lado y cayese gritando en el maloliente pozo. Su largo gemido fue cortado abruptamente, y, a juzgar por el húmedo *¡chof*! que siguió rápidamente Nick asumió que triturador/torturador se había convertido en un bocado delicioso para un dianoga, uno de los enormes gusanos constrictivos de la basura que infestaban los pozos. Se alegraba de no saberlo con seguridad.

La kitonak resultó ser miembro de un movimiento subversivo recién formado llamado Latigazo. Ella había cantado a voz en grito sus alabanzas y hablado sobre su valentía a sus compañeros de armas, y entonces le habían pedido que se uniese a ellos en su lucha

en contra el nuevo régimen. Nada de paga, poco descanso, y mucho peligro… Nick no podía ver mucha diferencia entre este movimiento y el movimiento de resistencia de Haruun Kal.

Pero había estado de acuerdo. Era un desertor militar y un asesino, después de todo, le dispararían si le encontraban, y había seguridad —o al menos una sensación ficticia de ella— en el número. ¿Qué otra elección tenía? Era un soldado; era todo lo que conocía, todo lo que alguna vez había conocido. Llámese Frente de Liberación Mesetario o Ejército de la República, realmente no había ninguna diferencia. Los uniformes eran diferentes, pero el trabajo era el mismo.

No era que disfrutase librando esta guerra, o cualquier guerra… no le habían dado menos de lo debido en la categoría de miedo, como habían hecho con todos los clones. Y gracias le fueran dadas a quienquiera que estuviese al mando para eso. Nick había visto una vez una falange de clones en Muunilinst atacar sin miedo una colina contra el fuego láser de un numero de droidekas tres veces superior. Ninguno de los clones había vacilado a pesar de que los láseres de los droidekas, los rayos de plasma y los haces de partículas habían desgarrado a la mayoría de ellos como si hubieran sido muñecas recortadas de plastipapel. Tres cuartos de la falange habían sido hechos trizas en esa carga.

Pero habían tomado la colina.

Aun así a pesar de los peligros de guerra, hubo una cierta seguridad extraña, casi comodidad, en las normas y reglamentos de la vida militar. Nick no era de ninguna manera uno de esos oficiales con poca o ninguna experiencia de campo, con solamente el tiempo pasado en simulaciones holográficas y entrenadores de cabeza alta. Incluso cuando era comandante de su propia unidad había tenido que seguir las estúpidas órdenes de algunos generales de escritorio y casi había conseguido que le volaran la cabeza más de una vez como consecuencia. Una proporción más bien alta de esos guerreros novatos planchados y pulidos tendía a no regresar de su primera o segunda misión en buenas condiciones, si es que regresaban.

Él había esperado con ansia, como muchos otros, una paz duradera después de que se encargaron apropiadamente de Dooku, Grievous y los demás. Un tiempo en el que poder por fin bajar los brazos y relajarse un poco. Un tiempo para curarse.

En lugar de eso allí estaba, agachado detrás del oxidado guardabarros de una oruga de construcción abandonada, junto con otros seis, esperando tensamente mientras un quinteto de soldados de asalto pasaba rápidamente por su lado. De los pedazos de conversación que Nick escuchó mientras pasaban, hasta una araña cerebral de Tatooine entendería que estaban persiguiendo a un Jedi. No estaba claro si era un Padawan, un Caballero Jedi o un Maestro.

Durante su servicio, y por su relación con Mace Windu, Nick había llegado a conocer bastante bien a un número de Jedi, incluyendo a algunos miembros del Consejo… todo los cuales, hasta donde él sabía, estaban muertos. O como los propios Jedi solían decirlo, «regresado a la Fuerza». Como sea. Nick tenía poca paciencia con las teorías y las

filosofías que incluían especulación sobre una vida después de la muerte. La vida que estaba viviendo ahora era trabajo más que suficiente; pensar en hacer todo ello otra vez le producía cansancio.

Volvió la mirada hacia su grupo señalando con un movimiento de cabeza que iban a seguir al grupo. No hubo vacilación entre su gente cuando se colocaron detrás de él.

Manteniendo a los soldados a la vista, Nick se movió sigilosamente a través de las calles desiertas. Nunca había mucho tráfico peatonal allí abajo a esa hora, y lo poco que había se reubicó prudentemente cuando aparecieron los soldados armados marchando calle abajo. No habían recorrido mucho cuando se detuvieron delante de un panel a medio abrir en un edificio largo tiempo abandonado. Nick apenas podía oírles discutiendo si su presa se había escondido allí. La decisión de investigar se alcanzó rápidamente cuando uno de los soldados señaló que el panel había sido abierto muy recientemente, a juzgar por el polvo y la suciedad removida. Una única patada de otro soldado fue suficiente para abrir el panel por completo. Los soldados de asalto desaparecieron en el interior con las armas preparadas.

—Vamos —susurró Nick—. Podría ser que tuvieran un Jedi atrapado allí dentro.

—Podríamos encontrarnos en el mismo apuro, si no hacemos algún reconocimiento antes de entrar rápidamente —señaló Kars Korthos. Era un hombre pequeño, compacto, lleno de nerviosa energía que siempre parecía estar al borde de explotar como una llamarada solar, y sus instintos rara vez se equivocaban.

Nick lo consideró. Kars tenía razón; deberían examinar al menos el edificio por si había otras posibles vías de entrada o de salida antes de que ellos.

De las profundidades del imponente interior llegó el sonido de un desintegrador al ser disparado.

—Entramos —dijo Nick, desenfundando su desintegrador y entrando rápidamente.

—Eso parece —estuvo de acuerdo Kars mientras él y el resto le seguían.

Tres

La Fuerza era una catarata invisible que transportaba a Even Piell en su agarre, cargándole tan ligera y fácilmente como una semilla de jekka en agua espumosa. Se rindió a ella como había aprendido a hacer hacía tanto tiempo, dejando que le guiara y le dirigiese, dejando que le moviese en acciones ofensivas y defensivas mucho más rápido y de forma más precisa de lo que posiblemente podría haberlas ejecutado su mente consciente. El fuego láser de los soldados de asalto rebotó en su sable láser convirtiéndose en destellos cegadores, los haces de energía se disiparon de forma inofensiva.

Había una posibilidad de sobrevivir, se percató: si pudiese realizar un salto de Fuerza por encima de los soldados podría tener una posibilidad de alcanzar la puerta. Tendría que ser ejecutado perfectamente, y el peligro era que sus adversarios estarían familiarizados con la maniobra. Mientras estos pensamientos cruzaban su mente, sin embargo, él iba corriendo hacia los cinco soldados armados, cada uno de los cuales le doblaba fácilmente en tamaño y peso.

La inesperada maniobra funcionó a su favor; evidentemente los soldados de asalto no habían experimentado antes esta acción en particular. Even saltó, dejó que la Fuerza le llevara, dejó que modificara su peso y contorsionara sus músculos haciéndole girar para que cuando aterrizase estuviera frente a sus enemigos.

Su técnica fue perfecta; encendió, perfectamente equilibrado sobre el antiguo suelo de parqué, su sable láser listo para usarlo. Los soldados cogidos por sorpresa se giraron y comenzaron a disparar salvajemente en su dirección. Even sintió que la esperanza surgía en su interior mientras desviaba los rayos y retrocedía. La entrada se encontraba a sólo cinco metros más o menos detrás de él. Si pudiese alcanzarla…

Uno de los soldados de asalto sacó un objeto redondo de su cinturón, lo sostuvo en alto como si se preparase para lanzarlo. Una granada, se dio cuenta Even.

Deben estar desesperados, pensó. *Seguramente son conscientes de que, si puedo desviar haces de energía, no tendré ningún problema desviando una*…

Captó la estrategia del soldado demasiado tarde. El objeto que sostenía era una granada luma, y el hombre no tenía intención de tirarla. En lugar de eso simplemente la activó y dejó que cayera a sus pies. Antes de que Even pudiera escudarse o incluso cerrar su ojo, la esfera se disolvió en una explosión cegadora de luz actínica que hizo desaparecer el mundo.

Los soldados de asalto llevaban lentes polarizadas como parte de su equipo. La luz no les deslumbró en absoluto. Podían ver a Even, y él no podía ver nada más que el resplandor de su abrasada retina.

Aun así, eran tontos si pensaban que eso supondría alguna diferencia. Un Jedi podía «ver» a través de la Fuerza con mejor visión que cualquier clase de ojos. Even retrocedió moviendo el sable láser en un patrón protector que bloqueó la andanada de haces de energía que le habían lanzado, mientras se extendía con la Fuerza y le dejaba que ella

hiciera lo que su conmocionada vista no podía. Pero incluso mientras se admiraba por su inocencia, otro objeto fue lanzado contra él. El patrón de ondas que provocó en la Fuerza le dijo que era otro objeto pequeño, redondo, muy probablemente otra granada —y ésta, sintió, era sensible al impacto. Si la bloqueaba con su sable láser, probablemente detonaría. Even alzó su mano para desviar la esfera con un empujón de Fuerza.

Y uno de los soldados de asalto disparó otro rayo láser, pero no a él. El pulso de energía impactó en la granada que se dirigía hacia él, y la detonó.

Le habían engañado, se dio cuenta Even. La luma había tenido la intención de distraerle, para permitirles entrar en su defensa con su auténtico ataque. La onda expansiva le golpeó con fuerza alzándole y arrojándole hacia atrás. Chocó contra una columna de soporte con un terrible impacto. La Fuerza le había protegido de la vaporización inmediata, pero el pilar había sido una sorpresa. Sintió que los huesos se le rompían y sus órganos explotaban cuando golpeó el inclemente fibroplast.

No fue consciente de su grito.

Débilmente, como si estuviera a gran distancia, sintió que la Fuerza se removía con un revuelo repentino como un plácido estanque golpeado por una piedra. Podía oír los gritos de sorpresa de sus enemigos, podía oír otros desintegradores, el restallido de sus descargas sonando ligeramente diferente de los que llevaban los soldados de asalto. Con su última y mortecina chispa de conciencia Even Piell se dio cuenta de que había llegado la ayuda.

Demasiado tarde.

Nick escuchó el grito mientras él y sus camaradas irrumpían en lo que parecía un antiguo casino. Vio, quizá a media docena de metros, una pequeña forma arrugada en la base de un pilar. Cerca cinco soldados de asalto ya estaban disparando a los recién llegados. Los primeros haces erraron el blanco, pero se sobrepondrían de la sorpresa en un momento y entonces cocinarían a Nick y a su equipo en donde estaban.

—¡Cogedles! —gritó Nick mientras se lanzaba hacia adelante sacando su desintegrador y atrayendo el fuego de los soldados. Golpeó el suelo, rodando bajo una salva de rayos y se incorporó sobre una rodilla con el arma extendida. Un disparo del arma del soldado de asalto más cercano chamuscó las baldosas en las que había estado, pero Nick apretó los dientes y lo ignoró. Disparó y uno de los soldados fue lanzado hacia atrás. Su armadura le protegía de cualquier cosa excepto de un disparo a quemarropa a máxima potencia, pero el impacto le dejaría aturdido por un tiempo.

De fondo, Nick podía oír el fuego láser entre lo soldados restantes y sus hombres, pero toda su atención estaba centrada en esa pequeña forma que yacía completamente inmóvil sobre el suelo. Nick le reconoció.

Even Piell.

Nick fue corriendo hasta el Jedi, pero vio inmediatamente que no había nada que pudiese hacer. Era obvio que el Maestro Piell tenía lesiones internas masivas y, a juzgar por los ángulos antinaturales de sus extremidades, también muchos huesos rotos. Y como

si las cosas no fuesen lo suficientemente malas, por la forma en la que su espalda y su pelvis estaban retorcidas Nick supuso que probablemente su columna vertebral se había partido.

Él había visto un buen número de atrocidades en diversos campos de batalla planetarios —soldados con extremidades amputadas, o perforadas por metralla o parcialmente inmoladas— era una lista larga, y una que definitivamente no quería inventariar en ese momento. Pero rara vez había visto tal caos producido en un solo ser viviente. La mayoría de los seres comunes habrían muerto por la pérdida de sangre y el shock hacía mucho tiempo. La Fuerza era lo único que mantenía al Maestro Piell de una pieza, pero estaba desapareciendo rápido: Nick podía sentirlo.

No había conocido bien al lannik pero sabía bastante sobre él para respetarle enormemente. Que permaneciese con vida incluso momentáneamente, después de haber estado tan cerca de una explosión, era un testimonio asombroso de su coraje y de la eficacia del entrenamiento Jedi.

—No hay muerte, sólo la Fuerza —murmuró Nick. Era el mantra final del Código Jedi. No podía pensar en nada más que decir.

El párpado del Maestro Piell se alzó. Centró su mirada en la cara de Nick. — ¿Rostu? —graznó—. ¿Eres tú?

Nick parpadeó asombrado; no había esperado que el otro viviera más de un minuto o dos mucho menos que volviese a la conciencia.

—Sí Maestro Piell. No hable; tiene que conservar sus fuerzas. Llamaré a un médico y le ayudarán…

—Oh, no seas idiota —dijo el Maestro Piell débilmente—. Muéveme y me desharé como un holopuzzle. Estoy acabado ambos lo sabemos. Alguien debe continuar con mi misión —tosió; le recordó a Nick un vaso haciéndose pedazos. Después de un momento, el Jedi continuó—. Ahora presta atención…

Nick se reunió con sus camaradas, quienes le estaban esperando en la puerta. Miró a su alrededor.

—¿Los soldados de asalto?

—Se han largado —dijo Kars—. Se llevaron al herido con ellos. —No dijo nada más. Otro miembro del grupo un nautolano llamado Lex Rogger estaba tratando una herida de quemadura en el brazo de Kars, así que Nick pensó que insistir en el asunto en ese momento no serviría de nada.

—¿Qué pasa con el Jedi? —preguntó Kars.

Nick suspiró y se frotó la cara con la palma de una mano.

—Muerto. Pero —continuó él, mirándolos—, me habló de algunos asuntos pendientes.

—Los cuales vamos a terminar —dijo Lex.

—En realidad, no. Nosotros no. Pero conozco a alguien que lo hará.

Cuatro

El hutt estaba en buena forma. Había erigido su masa en toda su altura, elevándose sobre Jax. La masa deshuesada de su sección superior estaba aplanada ligeramente para aparentar mayor tamaño. Jax sabía que era una acción ancestral, una respuesta inconsciente ante el peligro de eras pasadas cuándo los hutts habían sido tanto depredadores como presas. Sin embargo ese conocimiento no lo hacía menos impresionante. Rokko parecía bloquear la anchura del arqueado puente peatonal en el que estaban los cuatro… no es que tuviese importancia, ya que acababa un poco más allá en un enredo destrozado y dentado de barras de ferrocreto y duranio. En alguna ocasión en el pasado un vehículo de carga o algo similar se había descontrolado y se había estrellado contra el puente, muy probablemente. Nunca se había reparado, lo que no era inusual en absoluto en los niveles inferiores. Nada por debajo de la neblina existía hasta donde les preocupaba a aquellos de los niveles superiores, así que ¿por qué gastar créditos en reparaciones?

El hutt había pedido este lugar algo precario como punto de encuentro. No había venido solo; flanqueándole estaban sus dos matones, un klatooiniano y un nikto rojo, ambos tenían un aspecto apropiadamente amenazante. Rokko el Hutt era un ser poderoso, al menos en los Arrabales Pozo Negro, y alquilaba a los mejores matones disponibles. Jax nunca antes había tratado con él y estaba empezando a parecer que no volvería a hacerlo nunca. O con cualquier otro, si estaba interpretando a la gran babosa con precisión.

Rokko le dedicó una mirada bilioso.

—Debería haber sabido que era mejor no confiar en un *humano*. —Su voz sonaba como grava deslizándose por una tolva de alumabronce—. Pero venías altamente recomendado por Braze. Parece que me equivoqué al confiar en él —y en ti.

—Me pediste que te entregara a Toh Revo Chryyx, un timador cereano —contestó Jax—. Eso hice. El hecho de que se suicidase antes de que pudieses interrogarle no es culpa mía. —La forma exacta en la que el humanoide había detenido su corazón era todavía un misterio para el hutt y para Jax, aunque Jax había oído rumorear que algunos cereanos habían conseguido a través de mucha meditación y mucha conciencia interior el control sobre sus sistemas nerviosos autónomos. Sin embargo eso no tenía importancia realmente. Todo lo que importaba era que el hutt le debía a Jax quince mil créditos y obviamente estaba buscando una forma de echarse atrás.

—¿Crees que soy tonto? —rugió el hutt—. Nuestro contrato manifiesta claramente que debías entregarle ante mi presencia *vivo*. Eso no es lo que sucedió.

—Él *estaba* vivo. —Jax mantuvo su voz tranquila, pero era una lucha—. Se apagó en el momento que puso los ojos en ti. *—Y quien podría culparle,* añadió silenciosamente. Rokko era notorio por ser uno de los gánsteres más vengativos del submundo. Su invención y disfrute de diversas formas de tortura eran los temas de las pesadillas de un buen número de estafadores.

Los dos matones de hutt se apartaron un poco para flanquearle mejor. Jax los ignoró, manteniendo su atención centrada en Rokko. Las hebras como hilos de telarañas que habían estado reuniéndose alrededor del hutt desde que había llegado se estaban volviendo constantemente más gruesas y más oscuras; ahora la babosa sobredesarrollada parecía casi enredada en un capullo de gruesa brilloseda negra. Algunas de ellas se habían enrollado alrededor de sus matones. Jax podía «ver» hebras que se extendían también desde el gasterópodo gigante, extendiéndose a lo largo de dimensiones más elevadas donde el tiempo y la distancia carecían de sentido, reverberando con sus conexiones con aún más seres, en este mundo y en otros: seres que habían pasado a través del área de influencia del hutt. Algunos estaban vivos; muchos estaban muertos. Jax no tenía muchas ganas de seguir cualquiera de los hilos para ver los destinos de aquellos atrapados por la red del hutt. Rokko era cruel y exhaustivo y Jax dudaba que pudiese encontrar muchos cabos sueltos.

Lo que le irritaba era que había hecho negocios con un criminal a sabiendas. Rokko era un traficante de mercancía robada, un pirata de hoy en día al que no le importaba bajo qué circunstancias se producía y obtenía el contrabando, y que no estaba definitivamente por encima diseñando tales circunstancias si lo estimaba necesario. Era refinado y vengativo, y muchos seres habían muerto para que él pudiese seguir fumando la más fina mezcla de especias en su narguile y saboreando delicadezas como cho-nor-hoola y suculento nuna vivo.

Y Jax Pavan, que una vez había sido un Caballero Jedi, estaba facilitando eso.

El hutt hizo un gesto abrupto de despido y se giró para reptar de vuelta al edificio.

—Hemos terminado —dijo sobre su inexistente hombro—. El contrato no fue cumplido, por lo tanto no se realizará el pago.

—Esto es inaceptable —contestó Jax—. La transacción fue realizada de buena fe.

—Si no estás satisfecho —dijo Rokko mientras desaparecía de la vista—, por favor siéntete libre de discutir el asunto con mis socios comerciales.

Jax se volvió para mirar al klatooiniano y al nikto. El primero sonrió, una mano correosa descendió hacia el desintegrador de talle bajo que llevaba en un costado. El nikto agitó las protuberancias de la boca, lo cual era el equivalente de una sonrisa, y agarró también su arma. Se movieron juntos hacia adelante.

Jax estaba en una postura relajada, sus manos a los lados. No llevaba ningún arma detectable excepto un vibrocuchillo en una funda del cinturón, el cual no intentó desenfundar.

El klatooiniano le dio un codazo al nikto.

—Justo como un humano —dijo él—. Trae un vibrocuchillo a una pelea de desintegradores.

Jax sabía que sólo había una forma de salir vivo de allí. Todo ocurriría demasiado rápido para que les hiciese olvidar su presencia, y no estaba seguro de si podría, de todas formas… su deseo de matar era alto, sus mentes primitivas estaban centradas con la

excitación de la matanza potencial. Tendría que usar la Fuerza, y no había tiempo de ser sutil.

Los «socios comerciales» del hutt desabrocharon sus cartucheras casi simultáneamente sin duda anticipando una matanza fácil. Pero su confianza desapareció un momento más tarde, junto con sus armas, cuando Jax hizo dos pequeños gestos, casi imperceptibles. Los desintegradores saltaron de las manos de los matones y volaron dos metros hasta impactar sólidamente contra sus manos. Su expresión estaba tranquila.

—Justo como un par de cabezas de especia demasiado musculosos —dijo él—. Usando desintegradores contra la Fuerza.

Los dos matones clavaron los ojos en los desintegradores que les apuntaban, después en Jax, después el uno al otro. Entonces se escaparon en la misma dirección que había tomado Rokko, a punto de resbalarse y caer en el rastro de lodo que había dejado el hutt. Jax tuvo que moverse rápidamente para apartarse del camino de su asustada huida.

Mientras los rápidos ecos de sus botas se desvanecían, miró los dos desintegradores de sus manos. *Debería haberlos matado*, pensó. Ahora Rokko sabría, probablemente en los próximos minutos, que Jax Pavan, con quien había estado haciendo negocios durante los dos últimos meses, era mucho más que sólo un cazarrecompensas.

Debería haberlos matado.

Pero sabía que no podría haberlo hecho. Una cosa era matar en el calor de la batalla y otra muy diferente hacerlo a sangre fría. Sin embargo, dejarles ir era una acción casi tan suicida como lo había sido la del cereano. Por supuesto, ahora tenía dos desintegradores que no había tenido antes, pero las armas no eran tan difíciles de conseguir, particularmente en su ocupación actual.

Las metió en los bolsillos de su gabardina, pasó por encima de la barandilla y miró hacia abajo. Una brisa fría le golpeó, y subió el cuello de su abrigo. Sólo estaba a veinticinco pisos por encima del pavimento, todavía muy por debajo del sucio cinturón de polución marrón grisáceo que escudaba a los habitantes más ricos de ese sector de desagradables visiones de las escuálidas profundidades. Había estado en ese lugar durante algo más de tres meses estándar.

Hoy la niebla no era demasiado mala, pero todo seguía envuelto en una oscuridad penetrante por las sombras de los edificios, gruesos como los troncos de los árboles en un bosque de Kashyyyk. Había poco tráfico aéreo por debajo de cincuenta pisos en ese sector así que la visión era relativamente clara. En la calle los deslizadores terrestres pasaban zumbando a menos de un metro por encima del pavimento. Transportes monoplaza llamados tejedores hacían honor a su nombre mientras sus conductores los pilotaban hábilmente únicamente mediante equilibrios; droides porteadores llevando a otros droides. Pero la mayor parte de los habitantes del arrabal caminaban, o reptaban, o se arrastraban, o se movían de otra manera mediante su propia energía. Las calles estaban abarrotadas de vendedores, mendigos, vagabundos y bandoleros… era como mirar a través de alguna clase de portal mágico para ver un planeta marginado del Borde

Exterior. Era difícil creer que todavía estaba en Coruscant, joya de la corona de los Mundos del Núcleo.

Había tenido que ir a los niveles inferiores un par de veces mientras todavía era un Padawan, ambas veces con su Maestro. Ambas veces habían sido recados relativamente menores y las dos veces había quedado consternado ante la pobreza y la porquería. Había estado muy contento y aliviado de regresar al santuario del Templo. Se sintió culpable por albergar tal actitud pero no podía negarlo. Recordó preguntarse cómo las personas podían sobrevivir en un ambiente tan desesperado.

Ahora lo sabía: No fácilmente, no bien, y no durante mucho tiempo.

Jax Pavan había recibido su promoción a Caballero tres meses antes de la caída de los Jedi. La Orden Jedi ya había sido reducida considerablemente por la matanza en Geonosis y las subsiguientes Guerras Clon. La Orden Sesenta y Seis casi había terminado el trabajo. No más de un puñado de Jedi y aquellos asociados con ellos seguían todavía vivos y eran considerados pequeña o ninguna amenaza por el autoproclamado Emperador Palpatine. No se estaba llevando a cabo ningún esfuerzo sistemático para acabar con ellos; sin embargo, guarniciones de tropas de asalto patrullaban las calles para mantener el orden, y si se encontraban con un Jedi, ese Jedi moría. Parecía que era sólo cuestión de tiempo antes de que el faro de la Orden fuese verdaderamente extinguido en la galaxia.

Jax apenas había conseguido experimentar el orgullo de ser Caballero antes de que todo eso se hiciese pedazos, como las luminosas torres del propio Templo. Al igual que muchos de sus compañeros se había desvanecido en la noche carmesí, borrando cualquier rastro que lo conectara con los Jedi. Sobreviviendo a duras penas en las calles, reducido al uso subrepticio de la manipulación mental y de la materia simplemente para seguir vivo, Jax se había convertido finalmente en algo que había considerado previamente como lo más bajo de lo más bajo. Para permanecer vivo había entrado en una profesión situada apenas una muesca por encima de los gánsteres y otros miserables con los que estaba obligado a relacionarse.

Se había convertido en un cazarrecompensas.

Al principio, había parecido tener sentido. Un hombre tenía que comer después de todo… e incluso los Jedi no eran inmunes al miedo y a la desesperación. Continuó usando la Fuerza para ayudar a su supervivencia de forma sutil, desde ganar créditos manipulando partidas de sabacc hasta «sugerir» que los vendedores locales y los propietarios de restaurantes le abastecieran de comida. Pero su Maestro le había advertido, antes de que se separaran por el caos de aquella feroz y desafortunada noche, que se abstuviese de cualquier uso en público de la Fuerza a menos que fuese una situación de vida o muerte. Siempre había una posibilidad, remota pero posible, de ser visto por soldados de asalto, droides, u otros agentes del Imperio. O podría ser algún ciudadano, ansioso de ganarse el favor del nuevo régimen, quién podría denunciarle. Imposible saberlo con seguridad hasta que fuera demasiado tarde.

A primera vista tal preocupación parecía absurdamente paranoica. El último censo planetario estimaba la población de Coruscant en más de un trillón –y esos eran sólo los

residentes registrados a tiempo completo. El censo no incluía empleados de los ganchos orbitales, Hesperidium, ni otras comunidades extraplanetarias. Ni incluía a los cientos de miles de soldados de asalto estacionados en el planeta. Y con toda seguridad no contaba —no podía— con las hormigueantes multitudes que vivían fuera del registro, en las profundidades de los arrabales urbanos. Las estimaciones que incluían esos grupos conducían a algunos estadísticos a determinar que la población real era casi tres veces la cifra oficial. Dicho esto, parecía que un ser podría existir teóricamente en Coruscant durante toda la vida de una estrella principal, y aun así permanecer virtualmente anónimo con un mínimo esfuerzo. Desafortunadamente para un Jedi como Jax Pavan, ese esfuerzo incluía no usar la Fuerza.

Había sido tan discreto como le fue posible. Su pelo marrón oscuro, que se había estado dejando crecer al estilo de un Caballero Jedi humano, se lo cortó inmediatamente otra vez y lo tiñó de negro. También había llevado su barba permanentemente afeitada. Había desechado la austera capa con capucha y la túnica de su Orden inmediatamente, por supuesto. Ahora llevaba un chaleco poco distinguible de cuero negro de bantha, pantalones grises raídos, y botas negras que le llegaban hasta el tobillo, todo ello bajo una gabardina color bronce. Su cuello alto ayudaba a ocultar su cara. Ya no llevaba su sable láser enganchado al cinturón con orgullo; ahora estaba escondido dentro de un bolsillo interior de la gabardina. Tenía aspecto de espaciante sin suerte, lo cual era precisamente la imagen que quería transmitir. La única arma visible que llevaba era el vibrocuchillo aunque también guardaba un pequeño desintegrador oculto en su manga derecha, así como un puñal de duracris en una funda entre sus omoplatos. El último no aparecía en los escáneres rutinarios. Una pequeña unidad aturdidora, guardada en el mismo bolsillo que su sable láser, evitaba que éste fuese detectado igualmente.

Había conseguido apañárselas por sí mismo durante un tiempo, racionalizando que sólo estaba cazando criminales. Pero eso era sofismo… particularmente si los cazaba para otros criminales, como Rokko. Y ahora, mientras miraba fijamente hacia la calle que corría por debajo de él, Jax admitió para sí mismo que había caído una distancia aún más grande que la que había entre donde él se encontraba y el mugriento pavimento. Para sobrevivir en las oscuras entrañas de Coruscant, se había convertido en lo que una vez había perseguido: un cazador de seres cuyas cabezas tenían un precio.

Había sido una tortura resistirse a usar la Fuerza –equivalente a la auto-amputación de un miembro. Todavía podía utilizarla de formas sutiles, como engañar a los débiles de mente o sentir el peligro a través de ella. Pero los despliegues de poder que sólo un Jedi podría conseguir —incluso los menores, como la hazaña que acababa de realizar, con los desintegradores de los matones— eran peligrosos en extremo. Aun así, no era como si hubiese tenido otra opción.

—Creo que es hora de largarse —murmuró.

Lo había retrasado bastante tiempo. Se había quedado en Coruscant, aceptando el pago de criminales por facilitar sus vendettas, y manchando su psique durante el proceso,

mientras intentaba callar su conciencia ayudando a otros a escapar del planeta. Pero esto había durado suficiente. Ahora era su turno.

El movimiento de resistencia conocido como Latigazo tenía menos de dos meses, pero ya había conseguido algunos logros impresionantes, incluyendo golpes quirúrgicos en rutas de abastecimiento y transportes de tropas. También había establecido unas series de rutas secretas, casas refugio, y grupos de partidarios trabajando juntos para facilitar el escape de indeseables políticos y otros declarados «enemigos del estado». Esto incluía a los trabajadores del Templo, ayudantes de campo, sensibles a la Fuerza, e incluso, se rumoreaba, algunos Padawans y Caballeros Jedi. Los fugitivos salían de contrabando por medio de vehículos de carga, túneles de servicio, y otros diversos medios clandestinos repartidos por toda la ciudad-planeta, a lo largo de rutas conocidas colectivamente como el Mag-Lev Subterráneo. Finalmente eran introducidos en cargueros, transportes, yates de recreo —cualquier nave cuyo capitán simpatizara con la causa, o fuese lo suficientemente mercenario como para ser convencido mediante créditos— y así eran sacados a salvo del planeta. Mientras Palpatine había manifestado públicamente que los Jedi y sus asistentes ya no eran considerados una amenaza, Jax sospechaba que encontrar y detener el MLS estaba en el orden del día Imperial aunque sólo fuese por el valor propagandístico. Las tropas imperiales habían localizado y cerrado algunas rutas, pero otras habían tomado rápidamente sus lugares.

Como Caballero Jedi, Jax Pavan tenía garantizada una litera en uno de los transportes, cargueros, u otros vehículos que participaran en la acción subversiva. Pero había rechazado marcharse consistentemente, optando en su lugar por quedarse en Coruscant y ayudar a otros a escapar.

Ahora no tenía mucho dónde escoger. Tenía que soltar los jirones de su antigua vida y encontrar otro mundo, preferentemente a muchos parsecs de distancia. Porque una vez que Rokko supiese que era un Jedi, sería sólo cuestión de tiempo antes de que la policía del sector lo supiera. No había una gran recompensa por un Jedi proscrito, pero Rokko delataría a su nana sin dudar si con ello obtenía créditos.

Jax le dio la espalda al abismo y entró en el edificio. Una vez dentro, encontró un conveniente turboascensor, y en menos de un minuto estaba de vuelta en la calle.

Se dio cuenta que ni siquiera había pensado en el dinero que le debía el Hutt, aunque quince mil créditos eran mucho para perderlo, especialmente todo de una vez. Tal golpe de fortuna le habría ayudado considerablemente a reubicarse en un nuevo mundo y en una nueva vida. Pero sabía que las probabilidades de obtenerlo de Rokko eran nulas.

Aun así, a pesar de todas las razones en contra, Jax realmente se sentía animado. Era tiempo de un cambio. Se preguntó si tal vez, había revelado inconscientemente su identidad Jedi para forzarse a asumir algún nuevo paradigma. En cualquier caso, lo hecho, hecho estaba.

Estaba haciendo más frío. A diferencia de los favorecidos niveles superiores, donde el clima estaba tan regulado como todo lo demás, en los niveles inferiores el clima local y real era todavía algo con lo que había que pelear. La casi perpetua capa de inversión

climática, combinada con las nada reguladas liberaciones de calor y vapor de agua, a menudo causaban localizados frentes cálidos y fríos en desarrollo. Mientras Jax caminaba por la angosta calle, moviéndose rápidamente para esquivar los frecuentes carros automatizados cargados de basura y escombros que pasaban lanzados, fue azotado por un pequeño remolino repentino de lluvia fría. Momentos después la temperatura empezó a aumentar otra vez, y una niebla de suelo ocultó el pavimento. El tráfico callejero y peatonal se había atenuado afortunadamente, aunque estuvo a punto de caer en el camino de un coche de superficie cuando un shistavenen borracho salió dando bandazos de una taberna y chocó con él, y pocos minutos después fue acosado por un insistente joven toydariano revendiendo entradas para un concierto de heavy isótopo, antes de que llegase finalmente a su destino.

El micro-apartamento al que llamaba casa —o lo había hecho, hasta hace una hora— hacía honor a su nombre. Era apenas una ampolla en el búnker cúbico de ferrocarbon que un letrero exterior parpadeante proclamaba LAS ARMAS DE CORUSCANT. Regresar a él reforzó su creencia de que cualquier nueva vida que pudiese forjarse en algún mundo distante apenas podría ser peor que eso.

Dentro, Jax sacó una maleta de viaje de piel de anguila fleek muy desgastada del diminuto armario y la abrió sobre la cama plegable. Afortunadamente, había aprendido a viajar ligero: un solo cambio de ropa, artículos de baño y algunas posesiones personales que se había permitido conservar de sus días en el Templo. Estos incluían un pequeño holocrón del sabio Yoda, disertando sobre diversos aspectos del Código Jedi; Un cristal de las cavernas de Dantooine con el cual podía «afilar» la hoja de energía de su sable láser; y un relicario de durita del tamaño de un pulgar. Abrió este último, revelando un pedacito de metal negro con forma de lágrima. Cuando el resplandor anodino de los fluorescentes de la habitación incidió sobre él, comenzó a resplandecer: primero en rojo, después naranja, amarillo, verde, azul, índigo, violeta, y finalmente en un refulgente blanco suave. Jax lo miró fijamente un momento, entonces cerró el relicario y lo deslizó dentro de un bolsillo interior cerrado con cremallera.

Mientras hacía el equipaje, pensó en el caos de los últimos meses, en las muertes de sus colegas, sus mentores y sus amigos. En particular, se preguntó cuál habría sido el destino de Anakin Skywalker.

Anakin siempre había sido un enigma para Jax y los otros Padawan. Tenía casi la misma edad de Jax, y habían estudiado juntos y se habían batido en duelo a menudo. Aunque era cierto que nadie podía acercarse realmente a Anakin —siempre había mantenido un distanciamiento, una reserva, que nadie podía penetrar— Jax se había contado a sí mismo como uno de los pocos confidentes del preocupado joven Jedi. Anakin incluso le había mencionado una vez a Jax su creencia de que Obi-Wan Kenobi, su Maestro, estaba tratando de impedirle alcanzar su auténtico destino. Había habido un perturbador destello en los ojos azules de su amigo mientras hablaba de eso, una mirada de absoluta certeza. Aún más perturbadora había sido la reacción dentro de la Fuerza. Por un breve momento Jax había visto hebras de la noche más negra retorciéndose e

irradiando hacia afuera en todas las direcciones desde Anakin —más de las que había visto nunca en nadie. Había sido como si el joven Skywalker fuese el locus de una vasta y complicada red de furia y desesperación que reverberara a través del espacio y el tiempo. Pero sólo había sido un instante. Entonces la conexión había desaparecido, tan rápidamente que Jax ni siquiera estuvo seguro de haberla visto, y Anakin había vuelto a ser el chico sonriente una vez más. Nunca había vuelto a hablar del tema, y Jax acabó olvidándolo, hasta la Purga.

A menudo se preguntaba, esos días, si debería haber hablado con el Maestro Kenobi, o con el Maestro Piell, o con cualquier otro miembro del Consejo, acerca de la perturbadora visión. ¿Pero le habrían creído siquiera? Después de todo, los más augustos miembros del Consejo, aquellos más cercanos y mejor informados por la Fuerza, no vieron nada adverso en el aura de Anakin; todo lo contrario, de hecho. Incluso había rumores de que algunos de ellos pensaban que era el Elegido. ¿Cómo podría un mero Padawan como Jax perforar un velo que ellos no?

Sacudió la cabeza. Anakin ya estaba casi ciertamente muerto; si no, Jax estaba seguro que debía de haber huido de Coruscant a cualquiera de los centenares de miles de mundos conocidos de la galaxia. Nadie sabría nunca realmente si hubiese sido el destinado a traer el equilibrio a la Fuerza.

Aunque quizá, en una extraña manera, lo había sido. Pues ciertamente, después de siglos de tolerancia e iluminación, ahora el lado oscuro tenía el control de la galaxia. Habían cambiado las tornas. Cuánto tiempo permanecerían las cosas en este nuevo equilibrio, Jax no lo sabía; ni sabía qué tenía que ver, si es que así era, Anakin con ello. Todo lo que sabía era que ahora los Jedi eran la presa. Y dada la repentina y abrasadora sensación de pérdida que Jax había sentido reverberar la noche anterior a través de la Fuerza, la cacería aún no había acabado.

Cinco

—Otro refrigerante —le dijo Den Dhur al camarero—. Que no paren de llegar.

El camarero, un bith, contempló a Den con enormes y lustroso ojos negros. Esos ojos tenían una agudeza visual asombrosa, capaz de enfocar hasta una resolución de 0.07 en la Escala de Gandok. Den lo sabía. Era un reportero. Sabía un montón de cosas.

Informó al Bith de este fascinante hecho.

—Eso quiere decir que puedes ver *realmente* bien —explicó.

—Lo suficientemente bien para decir que has tenido suficiente —dijo el bith.

Den meneó un dedo desaprobador hacia él.

—No te preocupes, mi buen amigo… ¿no sabes que es prácticamente imposible emborrachar a un sullustano?

—Felicidades, entonces. Has conseguido lo imposible —retiró la jarra de Den—. Te recomendaría que cogieses un aerotaxi hasta casa. Adiós.

Den se concentró en salir andando del bar sin demasiados tambaleos apreciables. Una vez fuera, los hedores y pestilencias de basura dispersa, surtidas formas de vida que no se habían bañado hacía demasiado tiempo, emisiones de hidrocarburo de anticuados vehículos prohibidas hacía siglos en los niveles superiores, y otras muchas fuentes rancias le desembriagaron de alguna forma. La escena ante él todavía tenía una tendencia a dividirse en dos o tres mundos alternos —así es cómo se veía, de cualquier manera— pero al menos ahora la gravedad permanecía medianamente constante.

Den encontró un lugar relativamente limpio en un banco callejero y se sentó. El aire fétido, junto con la cacofonía de docenas de lenguajes siendo hablados, silbados, estridulados, o producidos de otra manera, y la pura sobrecarga de la multitud, eran recuerdos de que las cosas no habían ido tan bien como había esperado después de que él y el droide I-Cinco habían llegado finalmente hacía casi un año a Coruscant. Los créditos que habían escondido estaban casi agotados, y pronto deberían el alquiler de su «lujoso» agujero. Den había estado llevando a duras penas una vida miserable escribiendo como periodista independiente para diversos holozines y periódicos sensacionalistas pero incluso eso comenzaba a secarse.

Ésa no era la manera que se había imaginado, ni por un año luz del país. *Den Dhur* era, después de todo, un nombre que vendía noticias… o lo había sido una vez hace mucho tiempo. Pero eso fue antes de las Guerras Clon y de la Batalla de Drongar. Den hubo cubierto ese frente y allí había escrito una puesta en evidencia del campeón bunduki de teräs käsi, Phow Ji.

Ji había sido un maestro de artes marciales y, en la opinión de Den, un psicópata al que le gustaba matar y que usaba la guerra como excusa para hacerlo. Finalmente Ji se había enfrentado sin ayuda contra varios mercenarios salissianos y un batallón entero de soldados separatistas, destruyéndolos a ellos y a su transporte, muriendo en el proceso.

Hubo algunos que vieron esa acción como heroica. Den lo había sentido de forma diferente, junto con algunos otros de la Unidad Quirúrgica Móvil de la República número

Siete… incluyendo a Barriss Offee, la curandera Jedi asignada al Uquemer. Como representante de su Orden había sido un blanco particular del abuso tanto verbal como físico de Ji. Hasta donde les concernía a Barriss y a los demás, las motivaciones de Ji habían sido de todo menos patrióticas. Sentían que era un maleante brutal que habría estado igual de contento aniquilando tropas republicanas como separatistas.

Esa era la inclinación que Den había tomado con su historia. Desafortunadamente, su editor, considerando que el público necesitaba héroes en aquel entonces, había reescrito una versión que pintaba a Phow Ji como un mártir en vez de un asesino. Incluso más desafortunadamente, uno de los últimos actos públicos del Canciller Palpatine antes de su ascensión había sido dedicar una estatua a Ji en la Plaza de los Monumentos de Coruscant.

Den le había quitado su nombre al artículo reescrito, pero la mayoría de editores y publicistas del distrito editorial Jardines del Columnista sabían cuál había sido su visión inicial de Phow Ji. Eso unido al hecho de que Palpatine era ahora Emperador y que el Emperador miraba con ira a cualquier medio de comunicación que sugiriese que la guerra había sido cualquier cosa menos un episodio glorioso de la historia galáctica, había dado como resultado una reacción negativa de la industria que dejó a Den sin posibilidades de ser contratado.

Había intentado durante un tiempo escribir una novela, basándose en la teoría más bien tambaleante de que los puntos de vista impopulares podían disfrazarse más fácilmente en la ficción. Pero ahí no yacían sus talentos. Él era un ave de presa de las noticias, maldición, y que de repente el comunicador dejase de zumbar no sólo era financieramente estresante sino también desmoralizante. Y así, amargado y aun más desilusionado de lo normal, había comenzado a frecuentar las tabernas y los bares de los alrededores cada vez más.

Durante el último par de semanas había estado pensando seriamente en dejarlo todo e intentar regresar a Sullust de alguna forma. Quizá allí podría volver otra vez con Eyar Marath, la atractiva bailarina de la compañía de teatro que había conocido durante la gira de Noticias y Entretenimiento de la HoloRed en Drongar. Ella le había ofrecido una posición honrada como marido principal de su madriguera. Al principio él no había estado seguro, porque todavía no era lo suficientemente viejo para retirarse, sin importar lo que la industria parecía pensar. Pero últimamente todo el asunto del patriarcado tenía cada vez mejor aspecto. Ser agasajado y adorado en una confortable caverna en el planeta natal ciertamente vencía a esta empobrecida existencia.

Había, de hecho, una única cosa que había mantenido a Den en esa confusión general de plastiacero y permacreto todo ese tiempo: I-5YQ. Excepto que Den nunca pensaba en el droide por su código serial. Para él la unidad de protocolo era simplemente I-Cinco. De hecho, ya apenas pensaba en él como un droide. I-Cinco era su amigo… uno de los muy pocos seres de ese planeta o de cualquier otro en los que Den Dhur confiara completamente.

Junto con casi todos los demás de la galaxia, Den había creído que los droides no eran nada más que máquinas. Cierto, eran máquinas que podían procesar enormes cantidades de datos y algunos de los más humanoides podían imitar comportamiento sensible hasta un grado sorprendente. Pero eso era porque estaban programados para ello. Dada su capacidad de memoria, y la velocidad de sus redes neurales o los procesadores de la red sináptica, podían ser equipados con respuestas y reacciones básicas y desde allí extrapolar heurísticamente el comportamiento de los humanos, o de los falleen, o de los geonosianos, o cualquier especie que uno deseara. Pero sólo podían llegar hasta ahí. Los reguladores de creatividad, los circuitos y el software inhibidor del comportamiento, y otras limitaciones incorporadas evitaban que los droides alcanzaran auténtica conciencia de sí mismos. Así, tenían el mismo estatus en la sociedad galáctica que una electrollave. Incluso los esclavos de los mundos envueltos en la oscuridad del Borde Exterior eran tratados mejor.

Había sido una teoría reconfortante. Pues la mayoría de la gente había aplicado lo mismo, en menor grado, a los clones que componían la mayor parte del ejército de la República. Eran descartados simplemente como «droides de carne» por seres de derecho, poco mejores que bestias con capacidad de hablar, porque habían sido genética y psicológicamente modificados para aceptar la batalla y no temer a la muerte.

Una teoría reconfortante, ciertamente. El único problema era que había excepciones. I-Cinco era una excepción. *Oh sí, amigo*, como decían los ugnaughts. *Vaya si lo era*. El sarcástico droide y el cínico reportero se habían convertido en compañeros del alma durante su estancia en el invernadero que era Drongar, donde los dos ejércitos habían luchado por conseguir la posesión de la milagrosa planta bota hasta que una mutación del cultivo la había vuelto inservible, y a la lucha sin sentido.

Después, Den había acompañado a I-Cinco de vuelta a Coruscant para ayudarle en una misión que había sido el equivalente droide de un juramento de sangre. Les había costado varios meses y muchas paradas en diversos mundos —después de todo, había una guerra en curso— llegar al planeta capital y durante el tiempo que habían estado allí I-Cinco había hecho pocos, si alguno, progresos en su búsqueda, que era encontrar al hijo de Lorn Pavan, su antiguo socio. Él había llegado a la reluctante conclusión de que Lorn estaba muerto, aunque no pudo encontrar mucha documentación sobre los detalles; parecía que los hechos habían sido sepultados profundamente, en tumbas desconocidas. El chico, sin embargo, se había criado como un Jedi, y por tanto no debería haber sido tan difícil de encontrar… excepto que, inmediatamente después de que llegaran a Coruscant, lo que había sido una República se convirtió repentinamente en un Imperio, y debido a la batalla y a la huida y a todas las otras diversas cosas desagradables, Den e I-Cinco se habían visto apurados simplemente para permanecer vivos. Finalmente, cuando el humo se hubo despejado —tanto como lo hacía en los niveles inferiores— habían descubierto, para su consternación, que los Jedi habían sido masacrados casi completamente.

Se rumoreaba que unos cuantos habían escapado. También se rumoreaba que algunos de ellos estaban escondidos allí mismo, en Coruscant, y eso era lo que mantenía a I-Cinco allí y buscando.

¿Pero tenía algún sentido seguir buscando? Den pensó en ello, algo laboriosamente, una neurona andando ciegamente a través de la niebla alcohólica para conectar con otra. Aunque odiaba decirlo, odiaba incluso pensarlo, no podía evitar llegar a la misma conclusión una y otra vez: No. No lo tenía. El hijo de Lorn Pavan estaba fuera del planeta o era comida para perro akk a estas alturas. De cualquier manera, no había mucho que se pudiese hacer al respecto. Los demás Jedi se habían dispersado a los cuatro vientos solares —una maniobra prudente, en opinión de Den— e incluso si Jax Pavan estaba todavía en alguna parte de Coruscant, las probabilidades de tropezar con él en una esquina no eran demasiado buenas en una ciudad del tamaño de un planeta con trillones de habitantes.

La lealtad de I-Cinco hacia su antiguo socio, y su determinación por honrar la última petición de Lorn de velar por su hijo, era encomiable. Pero también era un sin sentido.

—Incluso su gran cerebro positrónico tiene que ser capaz de verlo —masculló Den.

Se puso de pie, todavía tambaleándose ligeramente, se giró, y tropezó de pronto con un grupo de tres ladrones armados. Uno de ellos, en un despliegue de consideración y reflexión común en los de su clase, golpeó a Den, derribándolo y lanzándolo a la cuneta llena de basura. Otro ladrón sacó un vibrocuchillo y se inclinó sobre él. El variopinto gentío se apartó como si los ladrones y Den estuvieran encajonados en un recinto invisible, fluyendo a su alrededor y sin prestar atención al aprieto del sullustano.

Den intentó ponerse en pie, pero el tercer ladrón presionó una bota contra su pecho, inmovilizándole.

—Supongo que es demasiado tarde para decir que lo siento —dijo Den sin aliento.

El ladrón con el vibrocuchillo activó la hoja. Un zumbido agudo emanó de él cuando la hoja comenzó a vibrar, su borde monomolecular se volvió borroso haciéndose invisible. Las caras ocultas tras los cascos de los otros dos no mostraron ninguna expresión mientras el tercero agarraba uno de los lóbulos colgantes del sullustano… y entonces una mano mecánica de color estaño surgió por encima del hombro del ladrón y agarró la empuñadura de la hoja palpitante, arrancándola de la mano de su sorprendido dueño, y dejándola caer al pavimento, donde se hundió en el duracreto hasta la guarda.

—Vamos, vamos… comportaos —les regañó una voz agradable—. Después de todo se ha disculpado.

Los ladrones se dieron la vuelta y vieron un droide de protocolo detrás de ellos, con el dedo índice alzado, como si les reprendiera. La punta del dedo resplandecía en un rojo brillante. El droide dijo:

—Probablemente estáis pensando, *Todo el mundo sabe que un droide de protocolo tiene inhibidores de conducta que no le permitirán dañar a seres orgánicos*. Den podía ver el delgado rayo rojo del láser moviéndose hacia abajo mientras el dedo de duracero

apuntaba a la frente del primer ladrón, justo por encima de y entre donde estaban sus ojos debajo del casco.

—Bien —continuó el droide—, en este caso, todo el mundo está equivocado.

Los ladrones se miraron unos a otros. Entonces, como si estuvieran de acuerdo en alguna decisión tácita, los tres se dieron la vuelta y desaparecieron entre la despreocupada muchedumbre.

El droide ayudó a Den a ponerse en pie. El sullustano se sacudió la basura de sus ropas.

—La próxima vez no esperes tanto —gruñó.

—¿Qué quieres decir? —los fotorreceptores proyectaron una cándida inocencia—. Calculé que tenía dos punto siete segundos enteros antes de que el vibrocuchillo hubiese…

Den alzó ambas manos para detener la respuesta de droide.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Realmente no necesito oír los detalles escabrosos. Gracias de todas formas.

La inmóvil cara metálica logró en cierta forma parecer ligeramente divertida.

—Vivo para servir —dijo I-Cinco.

Seis

Kaird de los Nediji caminaba de arriba abajo a lo largo de su lujosa suite y contemplaba la opción del asesinato.

En sí misma, ésta no era una gran ocasión. Kaird había considerado muchas veces antes el tomar una vida y también lo había llevado a cabo más de una vez. No había dilema moral implicado; la única decisión era una de sentido práctico. ¿Beneficiaría la eliminación de esa entidad particular del Gran Nido a su propósito, o simplemente satisfaría un anhelo de venganza, alisando algunas plumas temporalmente erizadas? Si era lo último, entonces no tenía sentido. Como decía el dicho Aqualish, *La venganza es una corriente fría en la que nadar*. Había que actuar contra los insultos y desaires sólo si el hacerlo facilitaba tus objetivos. El honor era un lujo que los seres prácticos no podían permitirse.

Aun así, en este caso particular, la tentación era difícil de resistir. Y así mientras acechaba de acá para allá, se abandonó a imaginativas fantasías sobre la mejor manera de deshacerse de sus enemigos.

De uno en particular…

Kaird había ascendido rápidamente en la jerarquía del Sol Negro. Hace poco más de un año estándar había sido un mero asesino, si bien uno muy bueno. Desde entonces se había convertido en un maestro excelente de la fuga dentro de la organización, escogiendo a sus aliados con cuidado. Ahora, después de un año de trabajo, se había colocado en una posición envidiable: estaba a punto de convertirse en Vigo.

A punto, se recordó a sí mismo, pero no allí. Sólo había espacio para un nuevo miembro en el círculo interior de Dal Perhi, el Underlord actual del Sol Negro. Y su rival para el puesto, el Príncipe Xizor de los Falleen, era un adversario muy formidable.

Como especie, los fallen eran reservados e insulares; poco conocían de ellos el resto de la galaxia ya que tendían a quedarse en su propio sistema. En sus negociaciones con otras especies, eran normalmente de voz suave y elocuentes. No eran untuosos y engatusadores, como los hipócritas neimoidianos y eran mucho más listos e indirectos que los francos dressellianos. Los falleen también eran físicamente imponentes, midiendo de media metro y medio de altura, y poseyendo en la mayoría de los casos, un diseño corporal liso y mesomórfico. Con sus características clásicamente simétricas, la pigmentación de la piel que iba desde verdosa hasta rojo-anaranjada, dependiendo del estado de ánimo del individuo, y el pelo lustroso, no eran poco atractivos como lo eran los bípedos carentes de plumas, supuso Kaird. La atracción era realzada, por supuesto, por la gran variedad de feromonas que podían producir. Este último hecho no era bien conocido generalmente ya que raras veces uno se encontraba con un falleen, y no tenían la costumbre de señalar su ventaja a los demás. Pero Kaird había conocido a una falleen llamada Thula en el pasado reciente. Sabía que los catalizadores aéreos, segregados por glándulas apocrinas especializadas tanto para falleen masculinos y femeninos, podían causar diversas reacciones intensas, románticas y de otra naturaleza, en otros de su propia

especie. Además de las feromonas, también podían producir transmisores aleloquímicos que evocaban diversas emociones, como el miedo, el deseo, la ira, la duda, y la confusión, entre la mayoría de especies con una química corporal similar. Los falleen eran realmente avezados en manipular a los otros por medio de estos métodos subliminales, y Xizor, Príncipe de la Casa Sizhran, una de las monarquías falleen más antiguas, era un experto entre expertos.

Aun sin esta ventaja bioquímica los falleen se sentían en su medio naturales en los intrincados juegos de la política. Xizor también era un brillante ejemplo de esto: un jugador que creía absolutamente en las palabras del gran estratega, el General Grievous: «Uno debería tener cerca a los aliados, pero incluso más cerca a los enemigos».

Kaird compartía la misma filosofía, por supuesto. Le divertía tanto como asumía que divertía a su enemigo, fingir, adular los logros del otro mientras exageraba sutilmente sus problemas inherentes… La eliminación del *Hermandad Jaloriana* por parte del Príncipe Xizor fue ingeniosa e impresionante. El fallo al recobrar el cargamento de esmeraldas de fuego antes de que fuese tragado por la Singularidad Khadaji no reduce su logro de ninguna manera. O… El embrollo causado por el intento de asesinato del embajador khommite es desafortunado, pero debemos recordar que los khommites son clones. Confundir uno con otro era de esperar… dada la calidad de la información de inteligencia proporcionada.

Xizor nunca se alteraba ante tales púas disimuladas, y él daba tan bien como recibía.

—Quizá, no fue la calidad de la información la que tuvo la culpa —había dicho en respuesta a la última insinuación de Kaird—, sino la interpretación de los datos. Yo no elegí el equipo de asesinato; meramente suministré información vital —mucha de la cual parece haber sido ignorada.

Por supuesto, había sido Kaird quien había escogido a los seres y el que les había dado las órdenes de ataque. Y así se desarrollaba, de acá para allá, la interminable y sutil maniobra para conseguir posición, cada uno con la misma meta: el favor del Underlord Perhi.

Kaird sabía cuál era el deseo del falleen: poder y seguridad dentro de la organización, con un último disparo al título de Underlord. Lo mismo, en otras palabras, que el objetivo de todos los demás. La única forma de obtenerlo era clavar las garras en lo más alto posible de la cadena alimenticia, y ser un Vigo era casi lo más alto a lo que uno podía llegar. Había otros ocho que eran los iguales del Vigo, pero sólo uno que era superior: el propio Underlord. Xizor deseaba ardientemente ese poder y esa autoridad. No carecía de fondos; incluso si no hubiese sido un príncipe falleen, su negocio principal, Sistemas de Transporte Xizor, le reportaba millones de créditos anualmente sin que tuviera que alzar un dedo. Tampoco carecía de compañía femenina; incluso descontando su riqueza y su buena apariencia física, esas nubes invisibles de feromonas que podía derramar a voluntad le garantizaban mujeres en abundancia. No. Xizor quería una cosa y sólo una sola: puro poder en bruto, el poder que podría otorgarle ser el Underlord del Sol Negro.

Estaba tan cerca que casi podía saborearlo; Kaird podía verlo en sus velados ojos lavanda.

Kaird tenía ojos violetas. Eran capaces de una visión excelente; después de todo, sus antepasados aviarios habían evolucionado en los altos picos nevados de Nedij, un mundo alejado del núcleo en el borde este de la espiral. Habían ocupado su tiempo, entre otras cosas, en cazar criaturas humanoides no muy diferentes a los falleen. Su clase ya no poseía el poder del vuelo y aunque todavía era más fuerte y más rápido que la mayoría de seres, sabía que la condición física del príncipe, junto con su destreza en las artes marciales, podía deletrear el destino Kaird en letras grandes y fáciles de leer. Él no tenía intención de dejar que eso ocurriera… no cuando estaba tan cerca de su meta.

Se preguntó qué diría Xizor, el Underlord Perhi y la mayoría de los demás si supiesen cuál era el auténtico objetivo de Kaird. No era el poder en sí; no era la emoción de tener la atención del Underlord, o siquiera ser el mismo Underlord… no era nada de eso.

Kaird sólo quería irse a casa.

Volver a Nedij. Volver a los altos peñascos y promontorios iluminados por el sol de su mundo. Volver a su Bandada; probablemente ya le aceptarían, pues la transgresión por la que había sido proscrito había pasado hacía tiempo. Y si no le aceptaban, iría de todas formas, incluso si tenía que anidar en solitario. Solo en Nedij era mejor que allí en Coruscant en compañía de sinvergüenzas.

Allí en Coruscant no era muy preciso porque no estaban en el propio planeta. El Sol Negro tenía santuarios establecidos a lo largo de la galaxia y este en particular estaba en un gancho celestial, una estación espacial en órbita geosincrónica, unido al planeta por un eje de duracable de 37.730 kilómetros de largo. Para los pocos coruscanti lo suficientemente ricos o importantes como para estar en órbita en primer lugar, Sinharan T'sau era meramente otro centro vacacional privado; en este caso, un oasis en forma de cúpula de tachylyte tallado y rocas de obsidiana, punteados aquí y allá con aulaga naranja, cycadas púrpura y otros especímenes exóticos. Bajo la lustrosa superficie negra, sin embargo, se encontraba el santuario conocido como Hall de Media Noche. Muchos de los negocios del Sol Negro se trataban en esas cámaras y corredores oscuros y laberínticos. Y allí había pasado Kaird la mayor parte del año pasado.

Lo *odiaba*. Si hubiesen diseñado un infierno específico con él en mente, no podrían haber hecho un trabajo mejor. Cierto, estaba brillantemente iluminado, y bien ventilado, pero aun así, Kaird podía sentir la masa de toda esa piedra pesada presionándole hacia abajo, amenazando con romper sus huesos vacíos y aplastarle hasta convertirlo en una pasta. Él sabía que eso no podía ocurrir pero el conocimiento y la fobia tenían poco que ver entre sí.

Su plan pedía otros dos años, tres a lo sumo. Primero consolidaría su posición como Vigo, entonces usaría ese poder para descubrir subrepticiamente todos los pequeños secretos escabrosos, tumbas sin nombre y cosas así que pudiese averiguar. Porque sólo sosteniendo una espada lo bastante grande sobre las cabezas de sus observadores —y

quizá incluso sobre su único superior— podría retirarse con la cabeza todavía sobre los hombros.

Para muchos Sol Negro era un compromiso vitalicio… una vez que estabas dentro, estabas dentro de por vida, y esa vida podía ser cortísima si intentabas marcharte. Oh, podías salir, incluso podías pensar que estabas a salvo, que lo habías conseguido, que habías hecho lo que tantos antes que tu no habían podido. Incluso podías encontrar un bonito planeta en alguna parte, lejos de las principales rutas espaciales, un lugar donde un extranjero con suficientes créditos sería bienvenido con los brazos abiertos y ninguna pregunta. Pero tarde o temprano llegaría la llamada en tu puerta, y sólo tendrías el tiempo justo para lamentar el haber abierto antes de ser desintegrado en el olvido.

Kaird lo sabía. Lo sabía porque había estado al otro lado de esa puerta, con su desintegrador apuntando y listo muchas veces. A él no le pasaría eso.

Casi se había marchado una vez en el pasado, poco después del cese de hostilidades en Drongar. Él y sus dos esbirros, la falleen Thula y un umbarano llamado Squa Tront, se habían hecho con uno de los últimos cargamentos viables de bota. Kaird había esperado que, dándole su parte al Sol Negro, podría engendrar suficiente buena voluntad entre los Vigos para que le permitieran seguir su propio camino… eso, sumado al hecho de que él ya sabía dónde estaba enterrada una gran cantidad de cuerpos. Pero nunca tuvo la oportunidad de descubrirlo. Los dos estafadores le habían traicionado, habían escapado con todo el cargamento de bota, y habían dejado a Kaird flotando en el espacio en una bomba, lo cual había descubierto justo a tiempo.

La gola de plumas alrededor de su cuello se encrespó al recordarlo. La pérdida del bota había significado dejar de lado sus sueños de Nedij hasta un futuro indefinido, porque sin eso su posición no era lo suficientemente fuerte para que le dejaran ir. Él todavía creía firmemente que la venganza era para aficionados, pero si ese par de rufianes volvían a cruzarse alguna vez en su camino, simplemente haría una excepción.

Su crono sonó suavemente. Casi era hora de su reunión con el Underlord. No estaría solo, tristemente; tenía que compartirlo con dos de los Vigos elegidos. Una pena. Había tanto que podría conseguir hacia su propósito, si simplemente pudiese tener algo de tiempo ininterrumpido con el Underlord Perhi…

Suspiró. Sólo podía hacerlo lo mejor posible, y esperar un firme viento de cola que te impulsara más rápido hacia tu destino. Hasta entonces, jugabas al juego, mantenías la lengua cortés, y hablabas favorablemente de tus enemigos cuando ellos o sus espías podían oírte.

Aun así, no podían leer sus pensamientos. Y así no hacía ningún mal, y ciertamente mejoraba su estado de ánimo mientras Kaird caminaba hacia su reunión pensar en más formas diferentes e imaginativas de matar al Príncipe Xizor.

Siete

En una parte de Coruscant donde simplemente vislumbrar el sol podía ser una ocasión sobre la que hablar a los nietos, parecía raro que la auténtica oscuridad nunca llegara del todo. Pero tal era el caso; el pulso de los arrabales de los niveles inferiores de la ciudad-planeta no conocía el día o la noche. Con pocas excepciones, aquellos bajo, en o cerca de la superficie vivían en un perpetuo crepúsculo de electroluminiscencia. Los carteles cromáticos de neón, argón y otros gases ionizados iluminaban las calles de los Arrabales Pozo Negro a todas horas, y muy pocos seres eran conscientes de los horarios del mundo superior. Muchos negocios podían encontrarse abiertos en cualquier momento del ciclo de veinticuatro horas, y la mayoría de las especies seguían sus propios ritmos circadianos, por muy esotéricos que pudieran ser.

Como resultado —para Nick Rostu, al menos— el mundo de los niveles inferiores siempre parecía ligeramente irreal. Había una cualidad fantasmagórica que a veces encontraba fascinante, y a veces frustrante. Algunas veces se sentía como si llevara un dermaparche de especia de sueños, o algún otro psicodélico suave todo el tiempo.

La sensación era particularmente fuerte ahora mientras pilotaba su deslizador terrestre por una calle angosta. Su crono le decía que eran las 0342, pero esa era la hora de los niveles superiores, donde la noche y el día significaban algo. Allí abajo, en el crepúsculo eléctrico interminable, el tiempo tenía un significado diferente por completo. No era algo para ser programado, algo para ser cuantificado en términos de segundos, minutos u horas. Era medido de forma mucho más simple: o tenías suficiente, o no tenías suficiente. Y esos días, a Nick le parecía que nunca había suficiente.

El Maestro Piell, con su último aliento, le había explicado la urgencia de su misión, y también le había dicho a quien tenía que confiársela: a su antiguo Padawan, Jax Pavan, quien se había graduado como Caballero Jedi sólo algunos meses antes del final de la guerra. Era Pavan a quien había estado buscando el Maestro Piell y era Pavan a quien ahora Nick tenía que encontrar.

A primera vista, parecía completamente imposible. ¿Cómo encontrar a un hombre en una ciudad del tamaño de un planeta? Afortunadamente, Nick había conocido a Pavan ligeramente antes de la dispersión de la Orden, y una de las bases de datos que estaba creando Latigazo estaba diseñada para seguir la pista de los pocos Jedi que quedaban todavía en Coruscant. No tenían una posición específica para Pavan, pero Nick había podido averiguar que estaba en el Sector de Yaam, también conocido como Sector 1Y4F, cuyas regiones más bajas eran conocidas como los Arrabales Pozonegro, en alguna parte a lo largo de una calle llamada Avenida Amtor.

El Sector de Yaam estaba casi cinco mil kilómetros al este, a lo largo del cinturón ecuatorial, y cerca de cuatrocientos klicks al norte. Nick había cogido un hiper-tren durante la primera parte del viaje, uno de los grandes mag-levs que se movían a través de un tubo sellado a dos mil kilómetros por hora. Los compensadores de inercia protegían a los pasajeros de las altas fuerzas-g y de la fuerza de torsión, y el cuasi-vacío del tubo

reducía la fricción hasta casi cero. El resultado era un viaje confortable en poco más de dos horas y media, eso le había llevado casi un octavo del camino alrededor del planeta, incluso permitiendo un desvío para pasar un gran cráter.

El desvío había reducido la velocidad del hiper-tren el tiempo suficiente para que los pasajeros tuvieran una buena vista de la devastación. El cráter tenía siete kilómetros de ancho, sus paredes y su suelo estaban fundidos en cristal negro. Los restos de las estructuras se alzaban aquí y allá alrededor de los bordes, como velas derretidas. Nick sabía que había una gran cantidad de cráteres marcando la superficie urbana: prueba espantosa del bombardeo de Coruscant por parte de los Separatistas en los días finales de la guerra.

Él había cambiado en la Estación Ts'chai, cogiendo un monorraíl convencional para el resto del viaje. Cuando llegó al Depósito Yaam, un miembro de la resistencia tenía un deslizador esperándole, y se había zambullido en los Arrabales.

Era perturbador, pero fascinante, observar la descomposición y la decrepitud aumentando lentamente mientras pilotaba el deslizador en un ángulo pronunciado. No era nada que no hubiese visto antes, pero nunca antes le había parecido tan condensado. Alrededor del nivel 115, el aire se volvió brumoso, haciendo que le picaran los ojos, y el olor se volvió nocivo, hasta tal punto que consideró cerrar la carlinga. Sabía que ese era el efecto de los hidrocarburos y el ozono, causado por una capa de inversión climática, y que era producido por los moradores al quemar petróleo, madera, estiércol animal y cosas por el estilo para mantenerse calientes y obtener energía. En el mundo iluminado por el sol de las alturas, limpiadores de aire automatizados patrullaban la atmósfera superior, manteniéndola razonablemente limpia y fresca. Pero tales beneficios no estaban disponibles allí abajo.

Bajo el cinturón de arenoso aire marrón, era otro mundo… un mundo que Nick Rostu había llegado a conocer demasiado bien.

El tráfico aéreo era mucho menos abundante allí abajo que allá arriba, lo cual era bueno, porque los conductores eran mucho menos competentes. Nick estuvo a punto de ser aplastado por un deslizador que estaba virando a la derecha tan consistentemente que sospechó que la veleta del repulsor de estribor funcionaba mal. El piloto, un ortolano flemático, reconoció el encuentro casi fatal con una única contracción de su tronco azul, y después se perdió en la neblina.

Aunque los edificios del Sector de Yaam eran, en la mayoría de los casos, sólo cortanubes —muchos de ellos de no más de setecientos u ochocientos metros de alto, que palidecían junto a las impresionantes torres celestiales de dos mil metros del cinturón ecuatorial— estaban colocados extremadamente juntos. El Sector de Yaam era uno de los más viejos de Coruscant; no tan viejo como el Cuadrante Petrax, pero lo suficientemente viejo. Una gran cantidad de edificios habían sido construidos antes de que la mayoría de los océanos desaparecieran y las calles eran más estrechas y sinuosas, posiblemente porque los grandes vehículos de transporte terrestre no se habían usado tan extensamente en aquel entonces. Nick no sabía o realmente no le importaban las razones… sólo sabía

que las constreñidas y vermiculares rutas de esa parte de la superficie estaban volviéndole intensamente claustrofóbico. Además, muchas de las calles —más bien callejones glorificados, en su opinión— tenían una tendencia inquietante a provocar una parada abrupta porque algunos espíritus libres habían decidido, siglos atrás, erigir una estructura de algún tipo a través de ellas. Algunas veces estas tenían rutas laberínticas a través de las que podía navegar cautelosamente; más a menudo eran simplemente callejones sin salida, y tenía que desandar el camino y encontrar una ruta diferente. No ayudaba nada que el sensor localizador de ese deslizador funcionara mal.

Finalmente, después de mucho volver a trazar su ruta, llegó a la calle que estaba buscando. Avenida Amtor era un nombre demasiado grandioso para una tira constreñida de pavimento limitada a cada lado por almacenes industriales ennegrecidos, conductos enlechados lo suficientemente grandes como para meter un bantha, bahías de atraque y otras estructuras gigantes extendiéndose en ambas direcciones hacia la intermitente oscuridad. Algunos bloques más allá podía ver un reptador de muros ascendiendo lentamente por sus guías verticales, transportando contenedores de carga hacia los niveles superiores. Más allá todavía, gigavatios de azules descargas eléctricas parpadeaban y chisporroteaban entre enormes terminales en una planta generadora.

Otras luces más cercanas también titilaban, todas sobre él. Incluso allí abajo, en ese distrito predominantemente manufacturero, uno no podía escapar de la andanada sensorial de anuncio-esferas flotantes y holo-carteles. Imágenes puntiagudas, y caleidoscópicas pulsaban en los bordes de la visión de Nick mientras navegaba calle abajo, imágenes tridimensionales de venta personalizada, sitios de mala fama de la HoloRed, incluso diversas sustancias tóxicas ilegales.

No tendría que aguantarlos por mucho más tiempo, se dijo a sí mismo. Ahora era meramente una cuestión de encontrar el edificio correcto. Detuvo el vehículo con el piloto automático encendido, lo suficientemente alto para evitar que cualquier ladrón de deslizadores tuviese ideas impulsivas, y se concentró.

Un Jedi, incluso un simple Padawan, no tendría problemas en pilotar el deslizador, y probablemente mantener una conversación al mismo tiempo, mientras usaba la Fuerza para buscar a otro ser sensible a la Fuerza. Pero Nick no era un Jedi; ni mucho menos. La habilidad para tocar la Fuerza podía estar codificada en sus células, pero aun si había Jedi entre sus antepasados, lo que fuera que había heredado que accionaba la Fuerza evidentemente estaba bastante anémico comparado con el de sus antepasados. Rara vez había usado la habilidad, en Haruun Kal, para nada más que controlar perros akk. Multitarea estaba fuera de consideración. Había miembros de su ghosh que tenían mucho más poder que él pero el único Korunnai que él había conocido que realmente había sido bueno en ello había sido Kar Vastor. Y había sido atraído por el lado oscuro.

Uno pensaría que no debería ser tan difícil; después de todo, ¿cuántos seres sensibles a la Fuerza podría haber en cualquier calle dada en una pocilga como esta, particularmente después del derrocamiento de la Orden? Pero Nick sabía que normalmente los Jedi eran capaces de ocultar su conexión con la Fuerza, y asumió que

los pocos todavía vivos serían más asiduos que nunca de hacerlo. Eso haría aún más difícil encontrar a Pavan.

Todo lo que podía hacer era intentarlo.

El deslizador avanzó lentamente hacia adelante. Nick se sentó erguido, su cara arrugada por la concentración.

Nada.

Nick suspiró y fue al Plan B, que consistía en preguntar a los pocos locales que pudiera arrinconar momentáneamente si recordaban haber visto a un varón humano, de veintitantos años, pelo oscuro, etcétera, por los alrededores. Al principio, parecía que eso no iba a tener más éxito que pescar en la Fuerza. Pero entonces tuvo suerte: encontró un droide de protocolo, uno de la línea 3PO, que obviamente había estado en los niveles inferiores durante mucho tiempo, a juzgar por la pátina de hollín y mugre que revestía su armadura que una vez fue de alabastro. El droide pertenecía a un gánster hutt local llamado Rokko, y, aunque inicialmente reluctante, finalmente revisó sus exhaustivos bancos de memoria y produjo una lista de diez humanos con probabilidades coincidentes con la descripción que Nick había hecho de Pavan.

El primero vivía en un resicubo a la vuelta de la esquina, un bloque de treinta metros de ferrocreto gris oscuro. Había una puerta, pesadamente atrancada, y ninguna ventana. El cartel parpadeante sobre la puerta llamaba a esa atractiva pieza inmueble Las Armas de Coruscant. Nick detuvo el deslizador al otro lado de la calle. Si allí era donde Pavan tenía el campamento el aprieto de la Orden Jedi era peor de lo que había pensado.

Salió del vehículo y piso algo suave y maloliente apelmazado en la acera. No podía distinguir, bajo la luz tenue, lo que era, lo cual probablemente era mejor. Un narcotraficante kubaz intentó venderle algo de Somaprin-3, pero lo reconsideró precipitadamente cuándo Nick le dijo:

—Usa esos pies antes de que te los desintegre, nariz de insecto.

Sin lugar a dudas, pensó Nick, *llevo una vida encantadora*.

Había poco tráfico; esperó a que pasara un transporte de tropas para poder cruzar la calle. Pero en lugar de pasar, el transporte se detuvo, levitando justo delante de la entrada. Un momento después cinco soldados de asalto se bajaron y entraron en el hotel. Todos llevaban rifles BlasTech E-11. Un momento después el transporte se marchó.

Nick parpadeó de incredulidad, dándose cuenta de que ésta muy bien podría ser la segunda noche que había descubierto el músculo imperial a punto de machacar a un Jedi.
— ¿Cuántas son las probabilidades? —murmuró. Por supuesto, las tropas podían estar allí por un asunto completamente diferente, pero en el fondo él lo dudaba.

Suspiró, desenfundó el desintegrador que llevaba en la cadera, y empezó a cruzar la calle. Sin agallas no hay gloria, después de todo. No es que tuviese nada que probar. Nick sabía que tenía agallas. Las había visto.[1]

Ocho

Cuando llegó la llamada, Haninum Tyk Rhinann había estado esperándola. Sabía que el comunicador de seguridad sonaría tarde o temprano. Sabía que cuando eso ocurriera sería convocado ante su amo. Pero ese conocimiento no hacía que la propia tarea fuese menos que una experiencia muy dura. Uno no se aventuraba, después de todo, en la guarida del nexu casualmente… no si uno esperaba salir con todas las extremidades en su sitio.

—Sí, sí, por supuesto —le dijo al droide que había hecho la llamada—. Diez minutos. Allí estaré. —No era bueno *hacerle* esperar, después de todo. Si había una cosa que Rhinann comprendía, era el valor de la puntualidad. Aun así, se detuvo un momento ante el holoreflector, rotando su imagen 360 grados mientras se aseguraba de que cada pliegue de su túnica estuviese perfecto y que su corbata colgase justo a la distancia correcta de sus zarcillos del cuello. Entonces colocó la imagen en un ángulo de cuarenta y cinco grados para asegurarse de que el pelo de sus orejas estaba peinado. Tras lo cual se obligó a salir, deseando que hubiese tenido tiempo de pulir sus cuernos. Mientras salía se fijó en que uno de los ornamentos de la pared estaba colgando un pelo fuera de la auténtica vertical, pero logró salir sin tomarse un tiempo para ajustarlo.

Como la mayoría de elomin, la inclinación de Rhinann por la limpieza y el orden rayaba en lo fanático. Eso era lo que le convertía en la elección perfecta como ayudante de campo, y ciertamente Rhinann se tomaba sus responsabilidades muy en serio. Era muy consciente de que era una forma de vida extremadamente afortunada; la mayor parte de su especie había sido esclavizada después de que el Emperador había subido al poder y había sido condenada a trabajar en pozos de terror como las asquerosas fábricas y campos de trabajo de las áreas industriales de Coruscant. El propio Rhinann había estado abocado a tal destino, pero afortunadamente había sido liberado en el último momento. Todavía se consideraba rodeado de locura y discordia —sólo regresar a Elom podría remediar eso— pero sabía que podía haber sido mucho peor. Y todavía podía serlo, si no realizaba su función a la perfección.

Siguió un corredor ligeramente curvado hacia el turboascensor. Había muchísimas gente por allí, incluso a esa hora; predominantemente humanos, aunque vio a un ortolano y a un par de zabrak. Casi todos ellos evitaron sus ojos mientras pasaban por su lado apresuradamente.

Tomó un elevador expreso hasta el piso noventa y cinco. Esa sección del Palacio estaba escasamente decorada… mayormente paredes blancas, con algún grupo ocasional de columnas o una entrada adintelada para acentuar la severidad. Rhinann aprobaba ese estilo arquitectónico. Cuanta menos floritura, menos probabilidad de ser indecoroso.

Si uno deseaba obtener un rápido entendimiento sobre una especie, Rhinann sentía que una de las formas más fáciles y rápidas de hacerlo era considerar sus estilos arquitectónicos. Tomemos Coruscant. En su mayor parte diseñado por humanos, todas las áreas más lujosas se caracterizaban por ahí líneas rectas descendiendo en picado,

combinadas con estructuras antiguas, como pirámides y minaretes, con temas tecnológicos y mecánicos más modernos. Mostraba una conciencia de, e incluso reverencia por el pasado, junto con una mirada hacia adelante. Esto era bueno hasta donde ocurría; sin embargo, la ciudad como un todo tenía poca coherencia. Había pocos patrones perceptibles de cuadrícula u otras señales de regularidad; cualquier ostentación arquitectónica hecha era amorfa y disonante en el mejor de los casos… en el peor, anárquica. Justo como sus creadores.

Rhinann despreciaba a los humanos. No eran propensos al orden; de hecho, fueran donde fueran, dejaban caos y locura esparcida en su estela. Eran una llaga propagándose a través de las estrellas. Cierto, también lo eran otras especies, incluso los bárbaros eloms cavernícolas de su mundo, pero los humanos eran lo peor, aunque sólo fuera porque había tantísimos. Rhinann creía, como casi toda su gente, que en realidad los elomin eran la única especie civilizada de la galaxia.

Aun así, reflexionó mientras avanzaba deprisa, ya que los humanos eran ubicuos a lo largo de toda la galaxia, la especie sensible más abundante de todas con diferencia, no tenía sentido oponerse a ellos… especialmente cuando la mayoría de las veces contraatacaban. Como ahora. Después de todo, no había duda de que estaba mejor allí, haciendo eso, que en cualquier otro sitio, haciendo cualquier otra cosa. Incluso dejando a un lado los atavíos y los accesorios, el sueldo, y el apartamento de lujo, Rhinann habría cogido el puesto por una razón: le permitía ahondar en los misterios de la Fuerza.

La Fuerza le fascinaba. Sin tener ninguna sensibilidad a ella, a veces se sentía como un ciego escuchando a alguien describir las maravillas de la visión. En la superficie, la Fuerza parecía ser el instrumento definitivo del caos, especialmente cuando se usaba al servicio del lado oscuro. Pero si miraba con atención, había una serenidad debajo de la agitada superficie, un orden subyacente, tal como las olas tempestuosas podían esconder las plácidas profundidades. Ciertamente los Jedi parecían haber obtenido cierta paz, así como cierta osadía considerable. Hasta ahora no había escuchado de uno solo que no hubiese muerto noblemente. Había veces —como ahora, cuando estaba tan molesto por la perspectiva de esa reunión que incluso su cuarto estómago estaba agarrotado— que Rhinann envidiaba a los Jedi por su habilidad de usar la Fuerza como un bálsamo.

Pero ese no era el momento de una reunión para arreglarse el pelaje. Tenía que mantener el control de cuerpo y mente. La indecisión y la vacilación no serían vistas favorablemente.

Demasiado pronto se encontró delante de la puerta.

Estaba hiperventilando, se percató Rhinann. Respirar tan fuerte hacía que sus colmillos nasales vibraran. Con un gran esfuerzo, logró calmarse lo suficiente como para mostrar al menos una compostura ficticia.

Entró. La antecámara no era bastante grande en su opinión… pero ni siquiera el Gran Salón de Audiencias dejaría distancia suficiente entre Rhinann y su superior en la reunión que estaba a punto de comenzar. Se distrajo momentáneamente admirando el diseño: el techo era abovedado, y las líneas de las paredes acanaladas fluían en un patrón

tranquilizador hacia él, atrayendo la mirada. De ninguna forma estaba sobre-amueblado; Algunas sillas, un pequeño sofá, y una mesa fue todo lo que vio. Los colores estaban atenuados, la iluminación era suave y sin ninguna fuente visible. Con todo sería una habitación agradable y relajante… de no ser por el ser que entraba por la puerta más alejada. El ser que le había rescatado de una vida de esclavitud. El ser que le había dado una posición renombrada y que se había ocupado de que fuese pagado adecuadamente por ello. El ser al que se lo debía todo.

El ser al que Haninum Tyk Rhinann temía más que a cualquier otro de la galaxia.

—Siéntate, Rhinann —dijo Darth Vader.

—Creo que es hora de que afrontemos la realidad, I-Cinco —dijo Den.

—¿Alguna realidad en particular? El número de posibles mundos paralelos es literalmente astronómico.

Den consideró asestar al droide un buen golpe, pero ya que no tenía nada con lo que pegarle salvo sus manos desnudas, se resistió. No tenía sentido lastimarse la mano y sabía por experiencia que ese sería el caso. Aunque I-Cinco era un modelo fuera de lo común, su carcasa de duracero seguía siendo muy robusta.

El droide y el sullustano estaban caminando por una avenida conocida localmente como Calle Slan, dirigiéndose de vuelta al agujero literal en la pared que compartían. Sólo pensar en el lugar, con su baño goteante y las cucarachas-arañas suficientemente grandes como para tirarte de la cama… hizo que Den estuviese aun más decidido de persuadir a I-Cinco para largarse de esa superpoblada y excesivamente cara bola de basura.

Afortunadamente, la calle Slan estaba razonablemente bien iluminada y era marginalmente más segura que muchas de las otras vías públicas del Corredor Carmesí; además, los criminales locales había aprendido a apartarse de I-Cinco gracias a su puntería con los láseres que tenía en cada dedo índice. Den ya se había espabilado; como le había dicho al camarero, ciertamente era difícil emborrachar a un sullustano y correspondientemente fácil para él eliminar los efectos del alcohol sin una resaca. Con la sobriedad había llegado la comprensión de que había sido un tonto por ir de bar en bar en un barrio como ese por la noche. Era bueno que I-Cinco hubiese ido a buscarle.

Aun así, Den sentía que tenía el deber de intentar hacer que su amigo entrase en razón.

—Hemos usado nuestro mejor cartucho con esto —dijo mientras pasaban junto a un porche lleno de holocabinas de mala fama, sus parpadeantes anuncios 3-D detallaban las concupiscentes maravillas que prometían en el interior—. Pero creo que tienes que admitir que hemos agotado todas las avenidas de la indagación. Creo que hemos agotado incluso los callejones traseros de la indagación a estas alturas. Si Jax Pavan está vivo y en Coruscant, tratar de encontrarle es como buscar una aguja en un pajar.

El droide no contestó. Den le miró. La cara de I-Cinco estaba, por supuesto, inamovible e inexpresiva, estando hecha de metal. Pero con los años el droide había

desarrollado formas de simular expresiones faciales que eran sorprendentemente efectivas. Haciendo cambios sutiles en el ángulo y la intensidad de sus fotorreceptores, unido al lenguaje corporal, I-Cinco era capaz de emular la conducta humana con exactitud asombrosa. Era el motivo principal por el que la mayoría de la gente, incluyendo a Den, pensaban en el droide como *él* en lugar de *eso*.

Mientras realizaba su trabajo —cuando había tenido un trabajo— Den había estado muy familiarizado, por supuesto, con los aspectos de las expresiones faciales humanas y el lenguaje corporal. Y podía decir que, en ese momento, I-Cinco parecía complacido.

—¿Qué?

—Le he encontrado.

—¿En serio? —el tono de Den era escéptico. También habían recorrido esa vía espacial con anterioridad… varias veces, de hecho. ¿Y dónde está esta vez?

—Soy consciente de que las pistas falsas que me han dado en el pasado nos han causado algunas dificultades…

—Interesante manera de decirlo. Ahora, yo, llamaría a acabar con mis brazos arrancados por un vagabundo abyssino colocado de especia o quedar atrapados en mitad de una guerra de bandas entre los Raptores y los Zombis Púrpura un completo *desastre*, pero supongo que podría estar sobre-dramatizando.

—Sigues vivo y entero.

—Físicamente, sí. Mi mente, sin embargo, es sólo una sombra de lo que era. Me temo que mi dulce risa contagiosa no regresará nunca.

I-Cinco le ignoró.

—Según mi fuente, Jax está en el Sector de Yaam.

—Bien, eso lo reduce a aproximadamente ochenta kilómetros cuadrados. Sabes que llaman a esa área «niveles inferiores», ¿verdad?

—Es mejor que buscar en el planeta entero. Y sí, lo sé. Es conocido como los Arrabales Pozonegro.

—Cierto. Y ese es un mal nombre. Normalmente los malos nombres quieren decir malos lugares, y los malos lugares no son lugares donde no queremos estar.

Antes de que Den pudiese continuar, casi tropezó inesperadamente con un snivvian que yacía a la sombra de un portal entremetido, inconsciente o muerto. Al mismo tiempo, un altercado cercano entre un klatooiniano y un ishi tib estaba incrementándose rápidamente hasta convertirse en una pelea. Los dos sacaron vibroespadas y se rodearon el uno al otro con cuidado, buscando aberturas. Entonces, abruptamente, ambas armas resplandecieron en rojo y los dos combatientes las dejaron caer con gritos de dolor. Desaparecieron en la oscuridad en direcciones diferentes.

Den miró a I-Cinco y vio que el droide tenía ambos dedos índices extendidos, sus manos permanecían junto a su cintura. Los disparos gemelos fuego láser habían pasado desapercibidos entre los caleidoscópicos destellos generales de diversos carteles e imágenes en las entradas de las tiendas, y las armas ahora inservibles se perdieron entre la basura general y las chatarra esparcida por todas partes.

—Por muy malos que sean —dijo I-Cinco—, los Arrabales no pueden ser peor que esto.

Den suspiró.

—No puedo discutir eso. Sólo contésteme a una pregunta.

—¿Sí?

—¿Por qué ninguna de estas pistas nos conduce ninguna vez a algún lugar agradable?

—Porque estamos buscando a un Jedi proscrito, no a un famoso actor de holovideos. Bueno, he calculado el gasto del viaje. Tenemos justo el dinero suficiente para comprar dos billetes de ida al Sector de Yaam vía autobús deslizador.

—Oh, bien —dijo Den mientras comenzaban a andar otra vez—. Porque por un minuto me preocupaba que no pudiésemos llegar en uno de los trastos más miserables de esta galaxia *completamente* desposeída".

Con su pequeña bolsa llena con todas sus mundanas posesiones —y aun así medio vacía— Jax se volvió para abrir la puerta. Ya estaba arrepintiéndose de los pocos momentos que había pasado pensando en el pasado. El tiempo era primordial si quería salir de allí antes de…

Se detuvo, clavando los ojos en el pomo de la puerta. Oscuras hebras como hilos de araña, estaban entrelazándose rápidamente a su alrededor. Hebras que parecían atravesar la puerta, recorrer el pasillo, y enroscarse alrededor de…

Jax retrocedió de la puerta, pensando rápidamente. Estaba completamente atrapado… la celda que había estado llamando hogar apenas tenía tres metros por dos, y ninguna ventana. La pared exterior eran diez centímetros de ferrocreto sólido… ni siquiera su sable láser podría atravesarlo a tiempo.

Según los hilos de Fuerza reverberando en su mente, había al menos cinco soldados de asalto yendo a por él… posiblemente más. En pocos minutos atravesarían la puerta y él estaría muerto.

¿De dónde habían venido? En cuanto surgió la pregunta, Jax supo la respuesta. Evidentemente Rokko no había perdido el tiempo actuando con la información que sus matones le habían dado. Sin duda había contactado con la guarnición local y había denunciado a Jax por ser un Jedi.

Jax sacudió la cabeza asombrado por la corrupción de un régimen que tomaría la palabra de un criminal conocido para atrapar a un Jedi fugitivo.

No era algo sobre lo que tuviese tiempo de pensar en ese momento. No con cinco soldados yendo a por él.

Deja que vengan.

La voz diciendo esas palabras era muy clara: su propia voz interior, pero no menos clara por eso. Era como si alguien estuviese justo detrás él, susurrándole al oído. Casi se dio la vuelta para ver si, de hecho, había alguien allí.

Deje que vengan, dijo la voz otra vez. *Deja que te maten. ¿Por qué no? ¿De qué forma es la vida que llevas ahora mejor que la muerte? Tu Orden, tu gente, tu misión, ya ha sido destruida. Nada puede cambiar eso. Lo único inteligente es unirse a ellos*.

Deja que vengan. Deja que te maten. Será rápido. Será indoloro.

Jax sacudió la cabeza ferozmente.

—No —gruñó, como si la seductora voz fuese una entidad real tentándole. No sabía de dónde había surgido ese repentino deseo existencial, pero no se rendiría a él.

No hay emoción; Hay paz.

Era el primer principio del Código Jedi. Jax se lo susurró a sí mismo. No importaba lo oscura que pareciese la hora, él no cedería a la desesperación. Volvió a mirar hacia la puerta…

Y se quedó con los ojos clavados en ella de incredulidad.

Los hilos de Fuerza que era su forma única de conectar con ella se habían ido. Sólo por un instante, su conexión con la Fuerza pareció fluctuar. Entonces estuvo de vuelta y sintió la difusión familiar cubriéndole y empapándole. La vacilación había desaparecido; había ocurrido tan rápidamente que no estaba seguro de haber experimentado nada fuera de lo normal.

Jax metió la mano en el bolsillo interior de su abrigo y sacó su sabe láser. Lo encendió y observó la barra de pura energía azul saliendo de la empuñadura. Adoptó una posición de combate, piernas plantadas firmemente, flexionadas y separadas, con el sable láser sujeto por ambas manos y preparado. *Sí*, pensó. *Dejaré que vengan. Y alguien morirá esta noche*.

Nueve

Darth Vader dio un paso adelante en mitad de la sala. Sus botas producían sonidos suaves sobre la alfombra; su manto susurraba ligeramente mientras fluía a su alrededor. Aparte de eso, el único sonido en la habitación era el susurro regular de su máscara de respiración. Fue un sonido que Rhinann solía escuchar en sus pesadillas. La armadura parecía absorber la luz, en cierta forma; filtrando el color y la claridad de la sala. Era un color más allá del negro. Lord Vader inspeccionó a Rhinann, los lisos orbes insectiles de su casco veían indudablemente mucho más de lo que podrían hacerlo unos ojos normales. Rhinann sintió que sus nodos generativos se arrugaban en una respuesta de miedo.

—Tu informe, Rhinann, por favor.

La voz era rica, profunda, meliflua; las palabras infaliblemente educadas, como siempre. Parecería que no había nada abiertamente amenazador en ellas; todavía. Rhinann saltó como si le hubiesen picado avispas de fuego.

—Sí, sí, por supuesto, Lord Vader. Ah… se ha confirmado que el Maestro Jedi Even Piell fue… él fue…

—Eliminado. Eso me ha dicho la Fuerza. —Vader hizo un gesto despectivo—. Los Jedi restantes no me preocupan. Su eliminación final es inevitable. ¿No estás de acuerdo?

El elomin asintió con sacudidas.

—Oh, sí… por supuesto. Lord Vader, no hay duda de…

—Con una excepción —continuó la voz sedosa y amenazadora de Vader inmediatamente aplastando cualquier opinión que Rhinann podría haberse atrevido a ofrecer—. Un Jedi llamado Jax Pavan. —Vader pareció detenerse un momento, como si lo considerara, aunque el ciclo del respirador no cambió—. Está en el Sector de Yaam —continuó el Señor Oscuro—. No puedo determinar su posición más específicamente sin la posibilidad de alertarle de mi interés. Por consiguiente, encontrarás a este Jedi y dispondrás que sea traído ante mí, Rhinann —los dulces tonos se volvieron contemplativos, casi introspectivos—. Él y yo tenemos… asuntos.

—S-sí, mi señor. Pero, con su permiso… el Sector de Yaam es todavía un área enorme en la que buscar. Más especificidad sería muy…

Rhinann lamentó la frase casi inmediatamente, pero no había forma volver atrás. Vader no contestó de inmediato; simplemente miró a su ayudante, y el efecto fue como el de la mirada de una serpiente de cristal en su presa. El elomin no podía moverse. Vader alzó su mano derecha en un pequeño gesto y Rhinann sintió una leve presión alrededor de su garganta. El efecto inmovilizante de la mirada de Vader desapareció al mismo tiempo pero ya no había necesidad de él; Rhinann se había puesto rígido de miedo. Parecía que podía oír el triple golpeteo de su corazón de seis cámaras al latir, cada vez más fuerte… pero entonces el sonido y la sensación asfixiante desaparecieron, casi tan pronto como habían comenzado; apenas podía tener la seguridad de haberlos experimentado.

Vader bajó su mano.

—¿Confío en que tus deberes están claros?

—Sí, Lord Vader. Absolutamente. Lo que mi señor desea, así se hará.

—Excelente. Hemos terminado, Rhinann. Cuando volvamos a encontramos, espero oír buenas noticias. No me decepciones.

La puerta cercana a Rhinann se abrió inmediatamente. Lord Vader dio media vuelta y el elomin salió, un poco más rápido de lo que permitía la dignidad.

Una vez fuera de la oficina y caminando hacia el turboascensor analizó la situación temblorosamente. No había ido mal. Vader había admitido la eliminación de Piell, por muy poco ceremonioso que fuese, y le había asignado una nueva misión: encontrar al Jedi Jax Pavan.

No, nada mal. Nada mal en absoluto… ese agarre fantasma que había sentido por un instante en su garganta… nada más que su imaginación. Nada por lo que preocuparse, se dijo Rhinann a sí mismo mientras entraba en el turboascensor. Nada por lo que preocuparse en absoluto.

A menos, por supuesto, que no encontrase a Jax Pavan inmediatamente, si no antes…

Jax esperaba en tensión el ataque, que la puerta endeble fuese destrozada o echada abajo. No importaba cuántos fuesen, él, como mínimo, se vendería caro. Y era posible que saliese vivo de allí. Sólo podrían ir a por él uno o dos cada vez a través de la puerta. Y, lo más importante, él era un Jedi. No importaba cuántos hubiese, no eran rival para la Fuerza.

Se sentía tan bien sumergido en ella otra vez, casi valía la pena la pelea. Los hilos parecieron tensarse, arrastrando a los soldados por el pasillo y hacia la puerta…

Entonces, para su sorpresa, los atacantes se convirtieron en atacados.

Jax sintió la reverberación a lo largo de las hebras de Fuerza cuando los soldados de asalto reaccionaron con confusión y sorpresa. Alguien había subido detrás de ellos y había disparado un desintegrador, derribando al soldado que cubría la retaguardia. El siguiente soldado de la fila se dio la vuelta, sólo para ser golpeado por otra explosión de partículas cargadas.

Quienquiera que fuese ese nuevo jugador, estaba salvando la vida de Jax, ya fuera inconscientemente o no. Y en ese momento, no tenía importancia.

Jax atravesó el mecanismo del cerrojo con su sable láser, abrió la puerta de una parada y salió de un salto. Antes de que el hombre en cabeza pudiera disparar, la espada de Jax atravesó la parte superior de su torso. El soldado cayó y el hombre que estaba detrás de él disparó a Jax.

Como siempre, la Fuerza estuvo al menos tres segundos por delante del momento, advirtiendo a Jax que hiciese girar su hoja de energía justo a tiempo. Los haces de energía impactaron en el sable láser y rebotaron.

No le llevó más de unos segundos: claramente el escuadrón no había esperado un ataque por la espalda. Casi tan pronto como empezó, había acabado. El pasillo estaba lleno de polvo y humo; algunos de los haces habían chamuscado las paredes y el suelo. Estaba oscuro también, porque al menos dos lámparas habían sido acribilladas.

Jax entrecerró los ojos cuando la silueta de su rescatador fue hacia él a través de la humeante oscuridad. Todavía tenía su sable láser encendido y listo. Había algo en ese hombre —algo además de su tenue conexión con la Fuerza— que era familiar.

—Apaga tu vara luminosa, Pavan —dijo una voz que era también tentadoramente familiar— y vámonos. —Jax escuchó el distintivo sonido de un desintegrador deslizándose en su pistolera.

Desactivó su sable láser pero permaneció preparado para usarlo.

—¿Ir dónde?

—¿Qué importa? —una bota desgastada golpeó a uno de los soldados muertos—. Estos tipos han caído, pero pronto vendrán más; puedes apostar créditos frente a migas de pan a que sí. Por eso les llaman clones.

Mientras terminaba de hablar, salió de las sombras y el humo y se colocó delante de Jax, quien le miró fijamente sorprendido.

—¿Rostu? —dijo con incredulidad—. ¿Nick Rostu?

—No les pasa nada a tus ojos, pero tus orejas deben estar llenas de cera. Dije *vámonos*. —Pasó rozando a Jax, dirigiéndose hacia el extremo más alejado del corredor. Jax le siguió, todavía sorprendido al ver una cara familiar si bien una con la que no se había encontrado en un año.

Pasaron varias puertas más, todas las cuales permanecían cerradas. De hecho, ninguna de ellas se había abierto en ningún momento durante la lucha, lo cual sólo era sentido común por parte de los ocupantes. Estaba seguro de que ese no era el primer altercado que había visto el edificio aunque muy posiblemente era el único en el que estaban involucrados un Jedi y soldados de asalto.

Rostu pasó la última puerta.

—No hay salida en ese extremo —dijo Jax alzando la voz, entonces se encogió ante la repentina explosión.

—Ahora la hay —gritó Rostu sobre su hombro. Saltó a través del hueco que acababa de abrir en la pared.

Jax cruzó el último metro de suelo y saltó, esperando que Rostu hubiese recordado que estaban en el tercer piso. Usó la Fuerza para levitar parcialmente, reduciendo su caída a un aterrizaje suave, y miró a su alrededor. Estaba en el callejón que había detrás del edificio. Era estrecho y lleno de partes obsoletas de equipo, como los restos de alguna bestia mecánica gigantesca. Un colchón de espuma fundida, que sin duda había formado parte del equipo de aterrizaje de Rostu, yacía a un lado. Carcasas destrozadas y desechadas de droides astromecánicos, escáneres portátiles estropeados, incluso una mochila propulsora Z-6 —obviamente inutilizable, lo cual era una lástima— eran sólo algunas de las cosas que vio. Y el lugar apestaba, tan mal como si todo el detritus hubiese sido orgánico en lugar de mecánico.

Rostu no se veía por ninguna parte.

Entonces, abruptamente, oyó un siseo y un «¡Aquí abajo!» susurrado desde el extremo más alejado del callejón. Recobró la compostura y saltó otra vez, navegando

sobre los escombros. No tenía sentido intentar ser sigiloso: obviamente su localización había sido descubierta. De otra forma no habrían enviado un equipo de asesinato. La velocidad era la clave; se figuró que ya podía oír acercarse a los CPAs atraídos hasta la escena de la batalla y la explosión. No arriesgaban las vidas de auténticos oficiales allí abajo, pero los droides que pilotaban el crucero policial de apoyo eran, como los soldados de asalto, infinitamente prescindibles.

Aterrizó al lado de Rostu, quien se dio la vuelta y se dirigió hacia la boca del callejón.

—Mantengámonos en movimiento —dijo él.

Mientras bajaban por la avenida, Jax miró detenidamente al hombre que estaba a su lado. Difícil de creer que éste fuese ciertamente Nick Rostu, el korunnai que el Maestro Windu había traído, gravemente herido, de Haruun Kal; el héroe que había ayudado a capturar al notorio Kar Vastor y dado la vuelta a la Guerra del Verano.

—Has cambiado —dijo. Era cierto. Rostu siempre había tenido un aire de confianza, una actitud de no-te-metas-conmigo, lo cual no era sorprendente, dada su educación en las altiplanicies de su mundo selvático. Jax sólo le había visto algunas veces, todas ellas después de la comisión de Rostu. Ciertamente su estancia en el ejército no le había suavizado pero ahora…

Los hilos de Fuerza que le rodeaba eran de un gris sombrío como el duracero. Sus ojos eran como metal forjado. Rostu no podría haber sido llamado nunca, por ningún estándar, ni siquiera levemente pesado pero los últimos meses parecían haber eliminado cada gramo de grasa de su cuerpo. Era tan delgado como un Incursor Tusken justo después de una larga caminata. Este hombre podía ser peligroso, Jax lo sabía… pero no aquí, y no ahora.

—Bonita cicatriz —dijo él, más para llenar el repentino silencio que por cualquier otra cosa.

Rostu sonrió y se tocó el pómulo izquierdo. — ¿Verdad? —dijo—. Recuerdo de la vibroespada de un mangler. No te preocupes; la suya es bastante peor.

Los manglers eran señores del Submundo Sur y tenían reputación de ser una de las bandas más rudas del planeta; supuestamente incluso la Guardia Roja se lo pensaría dos veces antes de enfrentarse con ellos. Si Rostu decía la verdad —y Jax no vio ninguna indicación en la Fuerza de que no fuera así— era una prueba más de que era alguien a quien tener en cuenta.

También estaba en posición de ayudar a Jax. Nick Rostu era uno de los partidarios que podrían disponer que Jax estuviera en el siguiente transporte fuera del planeta. Y Jax estaba más que listo para irse.

—Tenemos que hablar —dijo Rostu cuando alcanzaron su deslizador.

—Conozco un lugar —contestó Jax.

Diez

Gort's era un oscuro y caprichoso restaurante mon calamari en el quincuagésimo nivel. Música quarren, en su mayor parte interpretaciones atonales de quetarra, emitidas suavemente desde altavoces escondidos. La clientela era variada: un verpine estaba sentado en la barra de sulyet, como un par de humanos, un toydariano y un sakiyano. Jax y Rostu también estaban sentados en la barra, donde podían ver tanto la entrada delantera como la trasera. Habían tomado una ruta indirecta y Jax se sentía razonablemente seguro de que no les habían seguido.

Era evidente que Rostu no había probado nunca la cocina quarren. Miraba con considerable desconfianza la sabrosa disposición de sulyet en la bandeja que el chef acababa de poner delante de ellos.

—Todavía se mueve.

—Eso quiere decir que está fresco. —Jax cogió una pequeña barra oblonga de semillas de tikit. Tenía una diminuta porción de gusano coralino púrpura encima, la cual se contorsionaba lentamente. Se lo metió en la boca y masticó, paladeando el fuerte sabor dulce y salado.

Rostu recogió cautelosamente una bola de semillas con una nudirama incrustada en ella. Un diminuto ojo en un tallo se abrió y le miró fijamente y él lo dejó en la bandeja precipitadamente.

—Y yo que pensaba que las raciones de batalla eran difíciles de tragar.

—No tan alto —dijo Jax—. Insultarás al chef.

—¿Y qué hará? ¿Alimentarme a la fuerza con más de ese aderezo púrpura de gusanos?

—No pero podría cometer un ligero error preparando ese pez nexu en el que está trabajando. El pez nexu es un veneno mortífero si no se sirve exactamente de la forma adecuada.

—¿Alguna razón particular por la que escogiste un restaurante donde el marisco es un arma mortífera o simplemente eres misantrópico en general?

En el otro extremo de la barra, el sakiyano aceptó un gran pedido de sulyet de pez nexu del chef y comenzó a devorarlo. Jax llenó una taza con vino de semillas de la garrafa.

—Entonces —dijo él—, ¿a qué debo el placer de este rescate?

La expresión de Rostu se volvió sombría.

—Me temo que tengo algunas malas noticias para ti —dijo él—. Even Piell era tu mentor ¿verdad?

Jax sintió un escalofrío por su piel.

—¿Cómo ocurrió?

Nick asintió.

—Ya lo sentiste, ¿no?

—Sí —suspiró Jax—. No sabía con seguridad si era él pero no quedan muchos entre los que elegir.

—Las noticias viajan rápido a través de la Fuerza. —Nick vaciló, entonces le contó como Even Piell había encontrado su destino.

Jax miró fijamente la taza de cerámica. Más que cualquier otro, el Maestro Piell había sido su guía a lo largo del camino Jedi. El lannik había sido pequeño en estatura física pero para Jax había sido un gigante… tanto un padre como un maestro. Bajo la instrucción del Maestro Piell había hecho sus primeras y tímidas incursiones en los misterios de la Fuerza, había modelado su sable láser, había aprendido las complejidades del combate. Gracias a la cuidadosa y exhaustiva instrucción del Maestro Jedi, Jax había pasado sus pruebas triunfalmente. Todo lo Jedi que era —todo lo hombre que era— todo eso y mucho más se lo debía al Maestro Even Piell.

El Emperador y su perro faldero Vader tenían mucho por lo que responder.

—Hay más —dijo Rostu.

Jax alzó la mirada, y una pequeña y alejada parte de él se dio cuenta de que ciertamente su expresión debía de ser oscura, porque incluso los ojos de Rostu se abrieron ligeramente al ver su cara.

—Sí —dijo él—. De otra forma él no te habría enviado a mí.

—¿Has oído hablar de Latigazo?

Jax asintió.

—Por supuesto.

—Hay un droide que tienes que encontrar. —Rostu echó un vistazo a su alrededor, y bajó la voz—. Es uno de la serie Te-O, número de clasificación Diez-Cuatro. Su apodo es Ojos de Insecto. Parece que su parámetro operativo está de alguna forma desbaratado y está pedido para cualquier propósito. Lleva datos vitales para el movimiento de resistencia –qué exactamente, no lo sé —metió un de los pedazos menos receptivos de sulyet en su boca, masticó, y tragó—. No está mal —dijo, en un tono de sorpresa leve.

—Supongo que no importa cuáles son los datos —continuó—. Lo que importa es que el Emperador lo quiere. Hay una frase de mando que te dará el control sobre él: *Zu woohama* —se encogió de hombros—. Me han dicho que es una frase descortés en wookiee. De cualquier manera, el Maestro Piell estaba intentando que el droide subiese a una nave y saliese de Coruscant cuando las tropas le atraparon.

—Y quiere que yo continúe con la búsqueda.

Rostu asintió.

—Fue su último deseo.

—Aun si no lo fuera —dijo Jax—, cuenta conmigo.

Once

—Bueno —dijo I-Cinco, mientras él y Den salían de la terminal de autobuses deslizadores—, podría ser peor.

El droide y el sullustano estaban parados en un balcón tres pisos sobre una de las calles principales de los Arrabales Pozonegro. Incluso a esa altura el hedor de los desechos orgánicos, los contaminantes industriales, y —siendo la hora de la cena— la mezcolanza de varias especies cocinando al aire libre era notorio. El constante ocaso crepuscular parecía mantener todo en un tiempo suspendido, como si estuviesen atrapados en alguna dimensión infernal. Podían oír bocinas, imprecaciones, gritos de miedo, fragmentos de música, pedazos de conversaciones en una plétora de lenguas, el zumbido doppler de repulsores mal ajustados mientras lo vehículos pasaban como una exhalación, todo unido en una mezcla de hostilidad y desesperación. Mirase donde mirase Den, veía parpadeantes carteles de fósforo anunciando lúbricas emociones. Los productos químicos del aire le irritaban los ojos. Se alegró de haberse deshabituado al uso de colirios reductores de luz, pues habrían exacerbado la irritación. De todas formas, casi nunca los necesitaba en los niveles inferiores.

Sintió la repentina presión de una mano en su hombro. O más bien un pie, se percató, cuando se dio la vuelta para ver a un dug a su lado.

—¿Píldoras letales? —graznó el caminante manual—. ¿Polvo de sueños? ¿Brillestim? Cualquier cosa que quieras, la tengo —dio un tirón a los bolsillos de su chaleco con sus diestras falanges—. Máxima calidad asegurada, ningún aditivo— Saltó hacia atrás con un grito de miedo cuando un rápido rayo láser del índice izquierdo de I-Cinco impactó en el empedrado frente a él, entonces se dio la vuelta y se alejó mitad corriendo, mitad brincando.

Den miró a I-Cinco.

—¿Cómo podría ser esto posiblemente peor?

—Podría haber estado infectado de costra putrefacta —dijo el droide, refiriéndose a una enfermedad altamente contagiosa que afectaba principalmente a dugs, ithorianos y sullustanos. Den decidió no dignificar eso con una respuesta, aunque tenía que admitir que era una posibilidad inquietante. No tan remota, tampoco; después de todo, era bien sabido que las enfermedades que habían sido erradicadas hacía mucho tiempo entre las clases más adineradas todavía podrían afectar en los niveles inferiores. Y ¿no sería irónico escapar con su salud intacta de Drongar, uno de los planetas más nocivos de la galaxia, sólo para caer presa de algún bicho en Coruscant?

Suspiró.

—No importa, estamos aquí, vivos y sanos… por el momento. Ahora encontremos algunos créditos y un refugio, pronto. Este es un barrio en el que no quiero estar después del anochecer. —El Sector de Yaam estaba en una zona horaria anterior a la del Sector Zi-Kree, y por tanto el sol aún no se había puesto— no es que uno pudiese distinguirlo fácilmente. Sin embargo, había más luces encendiéndose, cuando más bienes y

mercancías de dudoso sabor, e incluso más dudosa higiene, comenzaron a ser anunciados por los dueños de las tiendas y los mercaderes callejeros. Se estaba volviendo más claro en lugar de más oscuro mientras se acercaba la noche, pero hasta donde le importaba a Den, esa era una ironía mejor apreciada de puertas para adentro.

I-Cinco se dirigió hacia un tubo de descenso.

—Hey —dijo Den, corriendo detrás de él y agarrando su brazo—. Ese te bajará a la calle.

—Lo sé —contestó el droide, soltándose del agarre de su amigo y continuando hacia el tubo.

Den le miró fijamente.

—Entonces por qué vas…

—Me gusta la vida nocturna —contestó I-Cinco mientras entraba en el tubo. El campo repulsor le hizo descender rápidamente.

Den gimió. Un humano que estaba cerca le miró. Den le analizó rápidamente con el rabillo del ojo… su visión periférica era mejor que la visión frontal de muchas especies. El pelo del humano estaba teñido de un magenta oscuro y electrostáticamente cargado, elevándose unos buenos diez centímetros por encima de su cráneo y sus brazos musculosos estaban decorados con ratas resplandecientes. Una anuncio-esfera flotante emitiendo intermitentemente las palabras MIEMBRO de una BANDA en letras rojas, con una flecha señalándole, habría sido más sutil.

Para Den, ese era el tipo de ser que quitaba la vida de «vida nocturna», normalmente con gran regocijo y experiencia. El sullustano comenzó a andar hacia el tubo de descenso por el que se había ido I-Cinco.

El humano no le siguió, para su alivio. El campo bajó a Den con delicadeza pero rápidamente hacia la calle.

Humanos, pensó. *Vayas donde vayas, humanos*. Y humanoides. Era interesante que la selección natural hubiese favorecido la forma erguida, bípeda en la cual empaquetar inteligencia en tantos mundos diferentes. El propio Den era un ejemplo de eso. Una de las cosas que a más le desagradaban sobre los humanos era que todos ellos parecían atribuirse satisfechos el mérito de eso, como si hubiesen sido pioneros en todo el asunto.

Salió del tubo de duracero, momentáneamente absorto en sus divagaciones sobre los humanos, y estuvo a punto de ser arrollado por un kubaz montado en un patinete. El pequeño transporte monoplaza hacía honor a su nombre mientras su conductor de nariz larga lo maniobraba a través de la multitud. Den esperaba sinceramente que el come insectos diera con un charco de aceite que los sensores giroscópicos del patín no podrían compensar lo suficientemente rápido.

Buscó a I-Cinco, y se dio cuenta de que tenía un problema. Mientras los sullustanos no eran tan pequeños como los jawas o los chadrafan, tampoco eran exactamente capaces de escupirle a un wookiee en un ojo. Den sólo les llegaba a la cintura a la mayoría de especies conocidas, lo que significaba que sus probabilidades de divisar a I-Cinco ciertamente eran escasas.

No podía creer que el droide le hubiese dejado atrás. Justo cuando pensaba eso, un brazo metálico se extendió entre un quara y un duros y agarró su cuello, sacándolo de la multitud y colocándole al lado de un edificio.

—¿Me echabas de menos? —preguntó el droide.

—Dame un desintegrador y no lo haré la próxima vez. ¿Qué—?

—Estamos esperando a alguien.

—Alguien en especial, ¿o simplemente nos sentimos solos?

—Yo sí —murmuró I-Cinco, justo lo suficientemente fuerte para que Den lo escuchase. El reportero sonrió. No estaba seguro de qué combinación peculiar de circuitos había dado como resultado el aspecto sarcástico de la personalidad de I-Cinco, pero nunca dejaba de divertirle.

—Se bueno conmigo —le advirtió al droide—. ¿Quién es tu amo?

I-Cinco le dedicó una mirada que hizo que Den agradeciese que los láseres del droide estuviesen en sus dedos en lugar de en sus fotorreceptores. Un recordatorio burlón del supuesto estatus de propiedad de I-Cinco siempre era un modo seguro de hacer que se comportara. Lorn Pavan le había considerado un igual, no un pedazo de equipo que podía hablar. Según el droide, Lorn había rescatado a I-Cinco de a las atenciones no tan tiernas de una familia de niños ricos y mimados a los que les gustaba ordenar a sus «juguetes» que saltaran desde el tejado y apuestas cuáles acabarían siendo desechos de metal. *Deben haber tenido una buena cantidad de droides de esa forma,* pensó el sullustano. Durante su estancia en Coruscant el droide y el corelliano habían sido un equipo, ayudando e incitando el flujo de información del mercado negro y gris a través de diversos canales del submundo. Habían llevado una vida decente, según I-Cinco, hasta que habían adquirido cierto Holocrón neimoidiano y se habían percatado demasiado tarde de que las apuestas se habían vuelto repentinamente mucho más altas de lo que ellos estaban acostumbrados.

I-Cinco nunca había continuado mucho más allá de ese punto, pero Den había reunido bastante información —tanto de cosas que el droide había dicho sin querer durante sus conversaciones, y de usar su nariz de reportero para olfatear trocitos aquí y allá en la HoloRed— para saber que habían sido el objetivo de un experto asesino; una amenaza oscura que se había correspondido con una figura de gobierno situada en una posición extremadamente alta. Den se había preguntado a menudo qué datos contenía el Holocrón. Debían de haber sido jugosos pedacitos de información, ciertamente, para garantizar el camino sangriento que el asesino había dejado a través de las angostas calles en su búsqueda. Aparentemente el Corredor Carmesí nunca había merecido más su nombre.

Uno de los interminables viandantes pasajeros se detuvo delante de ellos. Era un bothan, se percató Den con una pequeña punzada de cautela. Había oído decir que un bothan podía descubrir más salidas de cualquier situación dada que un ordenador de navegación sobrealimentado. Eran maestros de la ambigüedad y la política, siempre trabajando desde todos los ángulos.

Este no dijo nada; meramente pasó un pequeño chip de datos desde su oscura mano peluda a la brillante y pulida de I-Cinco.

—¿El pago? —preguntó el bothan en voz baja.

—Ha sido depositado en tu cuenta —contestó I-Cinco.

El bothan le dedicó una leve inclinación y se fundió de nuevo con la multitud pasajera.

Den miró al droide.

—¿*Qué* ha sido depositado en su cuenta?

—Fue un arreglo realizado hace meses —los fondos se guardaban con este propósito en exclusiva.

Den le miró un momento con ira, pero decidió dejar pasar el tema. Lo hecho, hecho estaba; sabía lo importante que era para I-Cinco encontrar al hijo de Lorn.

Estaba de puntillas, intentando ver el chip en la palma metálica del droide.

—¿Entiendo que esto va a decirnos donde se esconde el viejo Jax?

I-Cinco cerró su mano.

—No directamente —contestó—. Pero hará lo segundo mejor.

—¿Y eso sería—?

—Me permitirá rastrearle a través de su uso de la Fuerza.

Den parecía escéptico.

—Según lo he oído siempre, no puedes medir, detectar, o calcular la Fuerza, más de lo que puedes coger un arco iris o enseñar modales en la mesa a un wookiee.

—Estás en lo cierto —la Fuerza, aunque evidentemente es penetrante, es no obstante imposible de cuantificar. Los midiclorianos pueden medirse, pero la propia Fuerza no puede ser evaluada en términos de culombios, julios o gauss. No es ni onda ni partícula; es única.

—Eres un banco de datos andante, ¿lo sabes? Ve al punto importante.

—Ningún instrumento conocido puede sentir o rastrear el uso de la Fuerza —dijo I-Cinco, con el indicio más leve de molestia en su voz—. Pero se ha demostrado que un ser sensible usándola exhibe un patrón bien definido de ondas cerebrales. Y las ondas cerebrales pueden ser sentidas. Y rastreadas, dentro de una distancia limitada.

—Ajá. ¿Cómo de limitada?

I-Cinco parecía algo desconcertado.

—Veinte metros o menos.

Habían estado andando por la vía pública mientras hablaban; en ese momento Den se detuvo tan abruptamente que un ho'din que iba detrás tuvo que dar un paso a un lado del sullustano para evitar tropezar. Den ni siquiera se dio cuenta; sólo miraba fijamente al droide.

—¿Veinte metros o menos?

—O algo más, en algunos casos…

—Veinte metros o menos —repitió Den—. Y tiene que estar usando la Fuerza antes de poder estar en ese estado de ondas mentales. ¿Me equivoco?

—No como tal, no, pero…

Den comenzó a reírse. No podía evitarlo. Se sentó en el paseo con las piernas cruzadas y se rió hasta que las lágrimas llenaron sus enormes ojos. La muchedumbre pasajera no le prestó la menor atención, salvo por algunos benefactores de diversas especies que dejaron caer centicreditos en su regazo.

Finalmente pudo controlarse a sí mismo. Se puso en pie y miró a I-Cinco, quien había permanecido inmóvil y en silencio todo el tiempo.

—Está bien —dijo—. Suficiente —extendió la mano—. Dámelo.

El droide dejó caer el chip en la mano de Den con una mansedumbre poco característica. Den lo dejó caer al pavimento y lo aplastó bajo el talón de su bota. Los fotorreceptores de I-Cinco se volvieron más brillantes —el equivalente de una mirada de asombro humana— pero no dijo nada.

—Vamos —dijo Den—. Voy a hacer lo que debería haber hecho en el momento que llegamos aquí.

I-Cinco hizo su gesto equivalente de alzar una ceja; Den nunca estaba realmente seguro de cómo lo conseguía, pero el escepticismo siempre salía alto y claro. — ¿Sí? —preguntó el droide amablemente—. ¿Y qué es?

—Encontrar a Jax Pavan —dijo Den—. A mi manera.

Doce

Kaird había oído decir que toda política era política local, y lo creía firmemente. Había muy poca diferencia entre dirigir un gobierno a escala galáctica y dirigir un pequeño pueblo, con una sola fábrica en algún mundo pre-tecnológico tan alejado del Alcance que tuviesen que importar la luz de las estrellas. Al final del día, todo se reducía a alianzas y traiciones, conflictos y decisiones… parpadear y no parpadear.

Era como un juego de dejarik; una comparación cliché, quizá, pero Kaird sabía que la razón por la que los clichés eran clichés era porque había mucha verdad en ellos. Tú pensabas por delante, planificabas tus movimientos por adelantado, y te preparabas, como mejor podías, para cualquier eventualidad.

Usando otra metáfora, el mundo del Sol Negro era un mundo selvático, no menos que Mimban o Yavin 4. La supervivencia requería más que sentidos agudos y reflejos rápidos; también requería el coraje para acechar al enemigo, incluso mientras él te acechaba a ti. Colocabas tus redes y tus trampas; entonces, habiendo camuflado tu trampa mortal tan bien como podías, esperabas con la esperanza de que cualquier bestia astuta en la que hubieses centrado tu mira cayese en ella.

Pero tu adversario también colocaba trampas. La supervivencia dependía de saber eso, de *esperar* eso.

Esa clase de retorcimiento no había sido algo natural en Kaird. Sus antepasados habían sido aves de presa, maestros de los ataques rápidos y quirúrgicos. El veneno en el vino, la daga en la espalda… esos tipos de intriga no le eran propios. Pero los había aprendido durante sus años en la organización, los había aprendido bien.

Por esa razón estaba en Los Talleres, una de las peores áreas de los niveles más bajos de Coruscant; no tan peligroso como el Corredor o los Arrabales, pero todavía debajo del estrato de humo y niebla. Había ido allí para ver a Endrigorn, un perista rakririano que traficaba principalmente con esculturas ligeras robadas, holo-arte, gemas preciosas y cosas por el estilo. Era de esperar, por supuesto, que el insectoide fuese interrogado después y entregase a Kaird… lo cual Kaird sabía que Endrigorn haría en un picosegundo si era amenazado. Por lo que llevaba un disfraz de piel adaptable; para Endrigorn y cualquier otro que pudiera estar observando, era un besalisk, elegantemente vestido con un traje del sintotela, con un pequeño capelet brocado, quien entraba en la tienda. Los servos del traje lo movían fácil y silenciosamente, el diseño osmótico proveía una fácil circulación de aire, e incluso tenía un dispositivo de información retroactiva algorítmica que extrapolaba los movimientos para los brazos inferiores, basándose en cómo movía Kaird los superiores.

Era difícil de leer la expresión facial del insectoide. Estando cubierto de quitina, tenía casi tanta expresión como una máscara… la máscara que llevaba Kaird, de hecho, mostraba más movilidad. Eso (Endrigorn era un zángano, un «facilitador» entre los rakririanos masculinos y femeninos) estaba perfecta e inusualmente inmóvil, salvo por el lento abrir y cerrar de sus mandíbulas. A Kaird le había dicho que el movimiento podía

significar que estaba en un estado de ánimo receptivo. O que podía estar preparado para defenderse. Difícil de distinguir con los rakririanos; tendría que esperar lo mejor.

—Tengo una proposición que podría resultar en nuestro mutuo beneficio —le dijo a Endrigorn—. ¿Está interesado?

El insectoide alzó su cuerpo segmentado, dejando seis piernas en el suelo y cuatro en el aire; las últimas realizaron unas complejas, y aparentemente rituales, series de gestos antes de hablar. —*Proccceede* —dijo en un zumbante y apenas comprensible Básico.

—Recientemente he adquirido una hipergema casi perfecta —dijo él. Las antenas de Endrigorn se movieron nerviosamente y sus piernas delanteras realizaron más genuflexiones. Kaird tuvo la impresión de que estaba entusiasmado, como debía estarlo. Las hipergemas eran increíblemente raras, y aun más valiosas. Formadas por las inimaginables fuerzas gravitacionales en los corazones de estrellas de neutrones, eran diamantoides aperiódicos con cristalinas redes planares extendiéndose en dimensiones más altas. El efecto de intentar contemplar una cuadrícula multidimensional con un cerebro acostumbrado a sólo tres dimensiones espaciales y una dimensión temporal causaba que alguna especie se volviese loca inmediatamente, mientras otros lo encontraban una cosa de inefable belleza, tan fascinante que podían morirse literalmente de hambre quedándose sentados y contemplándola, perdidos en el interior de sus interminables profundidades replegadas. Los falleen eran una de las pocas especies inmunes a los aspectos más mortíferos de las hipergemas; aun así, era duro incluso para ellos resistir su atractivo psicocrónico. Había oído que Xizor se sentaba en frente de una periódicamente, mirando fijamente sus distorsionadas visiones de realidad, simplemente para probar su fuerza de voluntad apartándose de ella.

Por supuesto, nadie más a parte de Kaird sabía que esta hipergema en particular era la preciada propiedad de un chagrian llamado Gogh Pleetik, uno de los jefes del Sector Corporativo en el apestoso mundo industrial del Núcleo, Metellos. Kaird había pagado una cantidad considerable para que la robaran, y sabía que Pleetik se enfadaría. Después de todo, viviendo en Metellos, probablemente usaba cualquier forma que pudiera para escapar de la realidad.

—¿Le interesa? —le preguntó Kaird a Endrigorn.

El insectoide hizo vibrar sus segmentos quitinosos, produciendo un zumbido que Kaird interpretó como excitación. —*Esss posssessionnn dessseada* —dijo—. ¿*Cuánnnto*?

Kaird dijo una cifra que no era demasiado escandalosamente alta. No podía aparentar que estaba demasiado ansioso por venderla, después de todo. El comprador respondió con más movimientos arcanos, esta vez añadiendo otro juego de piernas.

—*Nno esss ssaatisssfaccctoriiiio*.

El zumbido estaba dándole a Kaird dolor de cabeza, pero no dio muestras de ello. Discutir el precio era necesario o el rakririano sospecharía de motivos ocultos. Los cuales Kaird, por supuesto, tenía.

—Dígame qué tiene en mente —urgió al insectoide.

Endrigorn dijo una cifra tan baja que Kaird tuvo problemas para no reírse en voz alta. Lanzó una contraoferta, y así continuaron. Después de algunos intercambios más de cifras, ambos consideraron que estaban siendo igualmente robados, y el trato fue cerrado.

Kaird tomó la lanzadera de conexión de regreso hasta el Hall de Media Noche, sintiéndose muy complacido por esa particular trampa mortal que había colocado. Sabía que Endrigorn y Xizor habían tenido negocios recientemente, así que tenía sentido que el rakririano contactase con el rival de Kaird, sabiendo que los falleen consideraban las hipergemas preciosas más allá de las palabras. Xizor no podría resistirse a comprarla. Entonces llegaría a los oídos del Jefe Pleetik, por medio de un rumor cuidadosamente colocado, que un miembro de la élite del Sol Negro estaba en posesión de su propiedad.

Mientras cualquier ser lo suficientemente listo como para lanzar una roca sabía lo suficiente como para no lanzársela al Sol Negro, los traga-fango de Metellos eran posiblemente los únicos seres lo suficientemente duros y perpetuamente enfadados para no preocuparse. Además, una gran cantidad del material del mercado negro encontraba su camino desde Metellos hasta el Sol Negro, y viceversa. El nuevo Underlord no podía permitirse una crisis diplomática al poco tiempo de tomar el poder. Investigaría, y descubriría quién tenía la hipergema.

Kaird miró por la portilla hacia la brillante curvatura del planeta y sonrió. Con todo, había sido un día de trabajo muy satisfactorio.

* * *

Jax había escuchado expresar el sentimiento a menudo, tan atrás como podía recordar. La frase podría ser ligeramente diferente, dependiendo de quién hiciese la Declaración, pero el sentimiento era siempre el mismo:

Sin los Jedi, no soy nada.

Sabía que era verdad. No había tenido otra vida más que la del Templo, y había estado conforme con eso. Llevado a la Orden siendo apenas capaz de andar, Jax Pavan no recordaba ni a su madre ni a su padre, y no había sentido que faltara algo en su vida, porque aquellos dentro de la Orden habían sido ambos para él y más. Los vastos vestíbulos y habitaciones de techos altos, las rutinas de meditación, de gimnasia, de prácticas con el sable láser… todo eso había sido su vida, y había sido una vida rica. Pero ahora había desaparecido, todo ello, para nunca más volver, o al menos no en lo que le quedaba de vida. Su Maestro, y la mayoría, si no todos, de los miembros del Consejo, estaban muertos. El Templo estaba destruido y vacío. Y él estaba solo.

Solo entre trillones de personas. En peligro a cada hora que pasaba. Cada vez más, no podía evitar preguntarse: ¿Cuándo tendría más sentido detenerse? ¿Abandonar, rendirse, y buscar la unidad con la Fuerza?

Durante mucho tiempo había sido un principio de las creencias Jedi que cuando un Jedi moría, él o ella o ello entregaba su yo a la Fuerza y se convertía en uno con ella. Podía ser la muerte de la identidad, del individuo, pero era también una transformación, una trasmigración, una trasfiguración. Una ascensión hacia un plano más elevado en el que la esencia de cada uno se fusionaba con la de incontables otros, construyendo un

gestalt que escapaba a los grilletes del espacio-tiempo, creándose, alimentándose y manteniéndose a sí mismo. Jax nunca había comprendido realmente el beneficio de todo esto. Incluso si uno podía, a través de la meditación y la estricta adherencia al Código Jedi, lograr tal metempsicosis en el propio lecho de muerte, ¿por qué era esta elevación a la unidad diferente del mero cese de la conciencia? Sí, sería parte de un todo mayor, pero no sería consciente de ello. No podía imaginar cómo un cambio tan profundo podría ser más deseable que detenerse simplemente, rendirse a la oscuridad eterna. Él había estado dispuesto a aceptar que era así por fe, pero nunca lo había comprendido completamente.

Pero, después de todo, ¿era la vida eterna realmente tan deseada? La eternidad era *mucho* tiempo. ¿Era la Fuerza eterna? Algunos científicos, sabía Jax, creían que en la extensión más extrema del futuro, la entropía triunfaría completamente. Que los agujeros negros se tragarían todo el calor y la luz y, finalmente, también a sí mismos, y que el universo se convertiría en un espacio infinitamente frío, yermo, y estéril en el cual no brillaría ninguna estrella, no florecería ninguna flor y no reiría ningún niño. ¿Podría de alguna forma la Fuerza mantenerse a sí misma contra tal destino? ¿Podría trascender la muerte del propio tiempo?

Jax había estado forcejeando con acertijos metafísicos como ese más de lo que le importaba últimamente. Recordó la voz insistente y persuasiva que le había hablado cuando había estado esperando para el ataque en las Armas de Coruscant, la voz que le había instado simplemente a dejarles disparar, a dejarles que le atravesaran con fragmentos de átomos ionizados, a dejarles que le mataran.

Era una voz a la que casi había prestado atención.

Todavía no estaba realmente seguro de por qué no lo había hecho. ¿Era tan preciosa esa vida actual, tan colmada de promesa, como para aportar alguna esperanza? Incluso si huía de Coruscant, incluso si lograba construir una nueva vida en algún remoto mundo senil… ¿valdría la pena? ¿Sería una vida, o simplemente un simulacro de una? Jax temía que sería lo último… al menos mientras el Emperador Palpatine y Darth Vader estuviesen vivos. La Fuerza trascendía el tiempo y el espacio; como dos partículas subatómicas misteriosamente unidas a pesar de las distancias cósmicas entre ellas, alguien lo suficientemente avezado y lo suficientemente poderosos en la Fuerza podría detectar posiblemente la localización de otro, aunque estuvieran separados por miles de parsecs. Y en ese caso, huir no tenía importancia; bien podría estar allí en la Reina de los Mundos del Núcleo como sufriendo en silencio en el planeta más lejano de los bordes congelados del Espacio Salvaje.

Por supuesto, había una forma bastante fácil de descubrirlo. Todo lo que tenía que hacer era extenderse a través de la Fuerza e intentar sentir la presencia de Vader. El problema era que esta era una conexión de doble vía… si podía sentir a Vader, Vader también podría sentirle. Y entonces sabría, o al menos tendría una idea bastante aproximada, de dónde se escondía Jax. Mientras era bien sabido que el Emperador y Vader consideraban que la Orden estaba tan completamente quebrada que no merecía la pena preocuparse por ella, aun así no tenía sentido correr riesgos. Si un Jedi apareciese en

su radar, por así decirlo, probablemente las tropas de asalto estarían echando el aliento sobre el cuello de ese Jedi en un breve plazo de tiempo.

Pero había otra razón para ser cauteloso. Como Rostu le había dicho antes de separarse, el Maestro Piell parecía pensar que, además de buscar el droide, Vader también podría estar buscando a Jax… no simplemente como parte del exterminio Jedi, sino por alguna otra razón. El lannik había muerto antes de poder decir por qué… si es que había sabido la razón para empezar.

Si ese era el caso, no parecía inteligente encomendarle a Jax esta misión de encontrar el droide perdido. Pero Jax había sido el único en el que el diminuto Maestro Jedi confiaba lo suficiente como para continuar la búsqueda.

Jax frunció el ceño. Sabía que habían puesto precio a su cabeza automáticamente simplemente por ser un Jedi. ¿Pero por qué tenía Darth Vader algún interés especial en él? Todo Jedi tenía enemigos, eso era cierto. Era parte del trabajo. Pero él no había sido Caballero Jedi lo suficiente como para haber hecho enemigos… que él supiese, de cualquier manera. Y sus misiones como Padawan no habían sido lo suficientemente importantes para acumular tal enemistad, especialmente en un nivel tan alto.

Estaba de pie sobre una pasarela mecánica que le llevaba a él y a un número de peatones a lo largo de un puente a cinco pisos por encima de la calle. Dio un paso hacia el borde; la anisótropa superficie desaceleró para él y le permitió bajarse en un entresuelo externo.

Mientras tratase de no llamar la atención, restringiendo su uso de la Fuerza a seguir los hilos, e incluso eso hasta cierto punto; mientras permaneciese pasivo, dejando que la Fuerza le guiase, o como mucho empujando un poquito… sentía que estaba razonablemente a salvo de ser detectado. Incluso si Vader estaba buscándole en particular, seguirle la pista difícilmente podría ser el primer punto en la lista de cosas por hacer del Señor Oscuro. Después de todo, estaba ocupado con el gran esquema. Ser el instrumento del Emperador era un trabajo a jornada completa. Era una galaxia grande; todavía había montones de mundos que conquistar y dominar, todavía muchas especies que esclavizar o aniquilar… comparado con todo eso, un Jedi como Jax Pavan posiblemente no podía ser una gran prioridad.

¿O sí?

Jax se mojó los labios secos y miró a su alrededor. Los revoloteos y las desnatadoras pasaban en lo alto en una formación más o menos desastrosa a diez metros sobre su cabeza; el zumbido de sus repulsores, junto con las incesantes conversaciones en curso, todo convertido en un ruido blanco de fondo. El tráfico peatonal era la cabalgata heterogénea habitual: duros, toydarianos, mon calamari, twi'leks… y, por supuesto, humanos como él. Todos con un lugar al que ir, apresurándose de acá para allá, abriéndose paso, esperando, sus ojos —los que tenían ojos— brillando de desesperación.

Los habitantes del submundo.

Y, para bien o para mal, él era uno de ellos.

Jax olió el aroma especiado de la carne asada a la parrilla de un vendedor cercano, y se dio cuenta de repente que tenía un hambre voraz. Compró una tira de carne en un palillo. A esa altura sobre la calle, era bastante probable que fuese halcón-murciélago de verdad, como afirmaba el vendedor, en lugar de rata blindada o algo aun menos apetecible. Era difícil saberlo por el sabor, porque estaba considerablemente especiada.

No tenía importancia. Se lo comió, masticando su dureza cartilaginosa hasta que le dolió la mandíbula.

Se preguntó por qué no había seguido el consejo del Maestro Piell y se había cambiado el nombre. Después de todo, había tomado la precaución de hacer que un hacker informático borrara sus registros de los bancos de datos, entonces ¿por qué no llegar hasta el final?

La razón más grande era que eso no tendría importancia para Darth Vader; conocería a un Jedi por lo que era, sin importar qué alias hubiese asumido. Pero, mientras esto era cierto hasta donde le concernía a Vader, un cambio de nombre podría ayudarle a quitarse de encima a cualquier soldado que se acercase demasiado. De nuevo, Jax no podía ver que eso significase alguna diferencia. Había millones de humanos con el mismo nombre que él, dispersos por Coruscant; requeriría décadas investigarlos a todos. Y ya no había nada que relacionase a este Jax Pavan en particular con los Jedi, más que a cualquiera de los otros.

Por muy válidas que pudieran ser todas esas razones, en el análisis final ninguna tenía sentido. La cuestión realmente era muy simple. El Emperador y Vader le habían quitado todo lo demás: sus amigos, su hogar, su propio estilo de vida. Incluso había sido cohibido en el uso de la Fuerza. Su nombre era todo lo que le quedaba, y no iba a entregar eso también.

Jax volvió a la rampa mecánica y dejó que le llevase, sólo otra cara entre la multitud. Intentó alejar los pensamientos de desesperanza, de desesperación —de suicidio— de su mente. Ahora al menos tenía un propósito. Se le había encomendado cumplir la última petición del Maestro Piell: encontrar el droide 10-4TO, también conocido como Ojos de Insecto. Nick Rostu se había ofrecido a ir con él, pero Jax le había dicho que eso era algo que tenía que hacer solo. Rostu lo entendió. La última petición de un Jedi era tan sagrada para su Orden como lo era un juramento de sangre para un korunnai.

Cuadró sus hombros, sintiéndose rejuvenecido. Durante un tiempo, al menos, la vida tendría significado, tendría un propósito otra vez. Realizaría su última tarea como Caballero Jedi, o moriría en el intento.

Y en realidad no estaba seguro de qué resultado era el más apetecible.

Sin los Jedi, no soy nada…

Trece

Como siempre, él no la encontró a ella; ella le encontró a él.

Era un área medianamente desierta cerca de un grupo de enormes vaporadores que filtraban la humedad del aire urbano. Jax estaba junto a la base de uno, escuchando el gruñido casi subsónico de sus dínamos. De niño, otro estudiante le había dicho que el funcionamiento de un vaporador era tan intenso y eficiente que, si eras lo suficientemente tonto para trepar hasta las turbinas, quedarías atrapado, y el agua sería succionada a través de tus poros casi instantáneamente, dejándote convertido en una cascara seca y disecada. De adulto, supo que eso no era cierto, pero su niño interior todavía se ponía nervioso estando tan cerca de uno.

Miró hacia arriba. El cielo, lo poco de él que podía ver, tenía un color rojo pernicioso. Centax 1, una de las lunas, sólo mostraba un trocito en el oeste. Y todo alrededor eran edificios, torres, cortanubes, y rascacielos, todos ellos cerniéndose desde una altura imposible y demasiado juntos entre sí. Se decía sobre los desafortunados recién llegados al nivel del suelo que, incluso si lograban sobrevivir a los peligros de las calles, tenían un buen número de posibilidades de volverse locos de pura claustrofobia, especialmente si venían de un mundo con grandes espacios abiertos. Era suficientemente malo en los niveles superiores, pero allí abajo las ciclópeas estructuras parecían listas para perder el equilibrio en cualquier momento, enterrando a uno debajo de megatones de escombros.

La detectó en el mismo momento que ella habló.

—Estás muerto, Pavan.

Jax se dio la vuelta, y allí estaba, de pie sobre uno de los vaporadores, silueteada contra el resplandor parpadeante de un anuncio defectuoso de neón. Aun si no hubiese hablado, y aun si la Fuerza no se lo hubiese dicho alto y claro, Jax la habría reconocido. Laranth Tarak no era fácil de olvidar.

Bajó de un salto de la unidad y avanzó hacia él, apuntando su desintegrador hacia él con su mano derecha. Su compañero permanecía en su pistolera, colgando bajo en su cadera izquierda. Laranth era una twi'lek de piel verde, esbelta y musculosa, con ojos que habían visto demasiado. Un haz desintegrador había quemado diez centímetros más o menos de su lekku izquierdo hacía dos meses; en lugar de mantenerlo envuelto detrás de su cabeza, ella lo dejaba colgar libremente en una clase de orgullo perverso. Llevaba un chaleco negro de sintolana sobre un jersey gris, bombachos grises de micropiel, y botas de neocuero.

Ella se detuvo ante él, todavía sosteniendo el desintegrador; entonces lo guardó en su pistolera.

—Si hubiese sido un soldado de asalto, quieres decir.

—Tal vez —contestó él—. Pero no habría sido una muerte solitaria. Su mirada descendió un momento. Ella miró y vio el desintegrador retráctil en su mano, al final de su extensión, apuntándola al estómago.

Laranth asintió, muy ligeramente.

—Veo que has estado practicando.

—No, siempre he sido así de bueno. Sólo que no quería hacerte sentir inadecuada. —Jax dobló el codo, y la extensión del diminuto arma se plegó rápidamente en su manga.

Ella no se rió; él nunca la había oído nada parecido a una carcajada, ni siquiera la había visto sonreír.

—No te había visto desde la Noche de las Llamas —dijo ella—. ¿Qué te trae aquí abajo? Éste es un territorio peligroso, incluso para los Arrabales.

—Si es tan peligroso —contestó Jax—, ¿por qué estás aquí?

Su expresión se volvió aun más sombría, si eso era posible.

—Ya conoces la respuesta, Jax.

Él conocía la respuesta, bastante bien; aunque sólo fuese por los hilos enroscándose alrededor de ella. Laranth Tarak era un Paladín Gris, una rama de los Paladines de Teepo, un grupo marginado de la Orden Jedi. El Consejo había censurado a los Paladines de Teepo años atrás por apoyar el uso de desintegradores y otras armas junto con los sables láser. En el mejor de los casos, esto había sido visto como extremista; en el peor de los casos, Teepo y sus seguidores habían sido aislados como potenciales adeptos del lado oscuro.

Los Paladines Grises sostenían puntos de vista más radicales incluso. Mientras que los Teepos todavía buscaban la unidad con la Fuerza, algunos de ellos llegando hasta el punto de llevar máscaras o accesorios que taparan sus ojos en combate para maximizar su conexión con ella, el argumento de los Grises era que la Orden Jedi había acabado dependiendo demasiado de ella en ciertos aspectos. Admitían que un Jedi no podía ser más independiente de la Fuerza que del alimento o del aire; no obstante, habían desarrollado habilidades y técnicas que no utilizaban sus aspectos «más vistosos». Evitaban el uso del sable láser completamente, escogiendo en su lugar confiar en la destreza con desintegradores y otras formas de combate, tanto armado como desarmado. Se convirtieron en expertos en diversas formas de artes marciales como el teräs käsi, así como en armamento exotérico como el lanzador de discos sallisiano y los palillos giratorios, en vez de confiar en la velocidad y la gimnástica aumentadas por la Fuerza. No estaban en contra del concepto de la Fuerza; simplemente sostenían que las habilidades debían ser desarrolladas para poder utilizarlas con la mínima dependencia sobre ella.

La mayoría de los Jedi había considerado que esto era heterodoxo, así como un sin sentido. Ya que la Fuerza envolvía a todas las criaturas, era imposible, argumentaban, que existiese cualquier situación en la cual la habilidad de actuar independientemente de ella pudiera ser necesaria. Aun así, irónicamente, esa misma situación se había hecho realidad, y los pocos Jedi supervivientes que había propugnado la filosofía de los Paladines Grises tenían ventaja en este nuevo mundo.

Los Grises eran también bastante más militaristas que los Teepos, o incluso que los Jedi tradicionales. Habían luchado contra los soldados de asalto durante la Purga, pero los pocos que sobrevivieron no se habían permitido volverse rotos y desmoralizados como

habían hecho tantos de la Orden. Sin embargo, según las estimaciones más generosas, no quedaban más de un par de docenas, habían ayudado a organizar Latigazo y habían trabajado incansablemente para resistir el yugo del Emperador, sin importar lo desesperada que parecía la lucha.

Laranth Tarak estuvo siempre en el frente de esas luchas. Jax la había conocido no mucho después de su propio escape por los pelos del Templo en llamas y de la matanza. Después de su involuntaria participación en el horror de aquella noche, Jax no había oído hablar mucho de Laranth. Asumió que había permanecido oculta mientras se curaban sus heridas. La estudió, y pudo ver la luz fluctuante reflejándose en la lustrosa superficie de tejido cicatrizado en su cuello y su mejilla izquierda. La cicatriz y la mutilación podía haber sido tratada si hubiese tenido acceso a un tanque de bacta… pero encontrar uno allí abajo era casi tan probable como encontrar el camino al balneario privado del Emperador.

—Entonces —dijo ella—, ¿qué es lo que te tiene tan nervioso?

—¿Es tan obvio? Demasiado para mi cara de sabacc.

Ella bufó.

—Tienes la Fuerza a tu alrededor hirviendo como sopa de pletik.

Él le habló sobre la muerte del Maestro Piell, y sobre su última petición. Aunque el color y el código escogido por Laranth era el de los Grises, los hilos que la envolvían eran muy raras veces algo cercano a ese tranquilo y calmado matiz. Generalmente iban del naranja cálido al rojo ardiente, y algunas veces, cuando era consumida por la cólera, parecía estar envuelta en un blanco candente capullo de larva. Tal era la pasión con la que vivía Laranth, una pasión que Jax envidiaba algunas veces. Aunque era incapaz de ver los hilos que le envolvían a sí mismo, estaba seguro que no quemaban tanto como los de ella.

Mientras ella le escuchaba, Jax pudo ver sus hilos resplandeciendo, casi demasiado brillantes para mirarlos directamente.

Le había dicho a Nick Rostu que esa tarea era sólo para él. Eso no era del todo cierto; Jax no estaba lo suficientemente loco para pensar que podía cumplir la última petición del Maestro Piell sin ayuda. Pero éste era un asunto Jedi, y, por muy blasfema que ella pudiera haber sido considerada por algunos miembros de la Orden, Laranth Tarak era una Jedi. Jax confiaba en ella como confiaba en otros pocos y ella era mejor en una pelea que otros cinco guerreros cualesquiera que conociese.

Le informó rápidamente mientras salían del área industrializada, de vuelta a la mejor iluminada y ligeramente más segura Avenida Amtor. Ella escuchó sin hacer preguntas hasta que hubo terminado, entonces peguntó:

—¿Alguna idea de dónde empezar a buscar?

—No. Según Rostu, el droide desapareció poco después de la Purga, y todo lo que sabía el Maestro Piell era que está en algún lugar del Sector de Yaam.

—Si todavía funciona. Pueden haberle borrado la memoria, o pude haber sido canibalizado para conseguir piezas de recambio a estas alturas.

—Tenemos que operar asumiendo que todavía está de una pieza y funcional. Pero tienes razón —si está en algún lugar de los Arrabales, eso podría cambiar muy rápido.

Necesitamos información… necesitamos hablar con alguien que sepa qué está ocurriendo en cada esquina oscura y agujero de mala muerte de este sector. Alguien para quien la privacidad y la propiedad carezcan de sentido. Alguien que comercia con la vida como si fuese mercancía.

—Ah —dijo Laranth—. Rokko el Hutt.

Catorce

Rhinann realizó la búsqueda del Jedi Jax Pavan con el mismo meticuloso cuidado que un Elomin ponía en cualquier proyecto. Encargó a los infodroides que se introdujesen en la dataesfera y registrasen de arriba abajo los casi ilimitados bancos de memoria virtuales de la HoloRed buscando cualquier byte de información sobre su presa. Autorizó a hackers para que revisaran la red de seguridad planetaria buscando registros de un humano correspondientes a la descripción física de Pavan sacada de los registros del Templo. Añadió múltiples factores a los parámetros de búsqueda: falta de empleo previo, registros de crédito, transacciones tanto legales como ilegales, y tantos otros como pudo imaginar. Finalmente, envió operativos, tanto encubiertos como al descubierto, así como droides de búsqueda en miniatura —básicamente diminutas cámaras voladoras capaces de escanear docenas de kilómetros cuadrados en cuestión de horas— a ese área de la ecumenópolis en la cual Lord Vader había dicho que podía encontrarse el Jedi: el Sector 1Y4F.

A pesar de lo exhaustivos que eran esos esfuerzos, él era muy consciente que apenas estaba arañando la superficie. El número de lugares donde Pavan podía haberse escondido en Coruscant, incluso si se restringía a un sector, era prácticamente ilimitado… asumiendo que todavía estuviera en el planeta.

Sólo tenía la seguridad de Vader como razón para creer que lo estaba, y todas las razones para pensar que no.

Era obvio, sin embargo, que la confianza del Señor del Sith procedía de la Fuerza. Rhinann había oído que era posible para un Jedi detectar a otro usuario de la Fuerza. Si uno tan experto en la Fuerza decía que un Jedi podía encontrarse en cierto sitio, entonces era casi una certeza que él o ella se encontraría allí. Rhinann sacudió sus zarcillos del cuello sorprendido por esto. Si él mismo hubiese tenido el más mínimo presentimiento de que Darth Vader estaba interesado en su localización, habría escapado de los sistemas del Núcleo lo suficientemente rápido como para dejar tras de sí una estela de iones ardiendo. Su esperanza era que el sentido de autoconservación de Pavan no estuviese tan altamente desarrollado como el de la mayoría de seres. Éste era un rasgo que había percibido en muchos humanos: un estúpido coraje casi suicida que a menudo les impelía a permanecer en situaciones de las cuales la mayoría de seres racionales habrían salido corriendo y gritando hacía mucho tiempo.

Los resultados iniciales de las indagaciones en la dataesfera no eran alentadores. Había muchísimos humanos registrados con el nombre *Jax Pavan*, tanto varones como hembras. Las hembras podían ser descartadas, obviamente… a menos que Pavan hubiese elegido realizarse cirugía de cambio de género. Después de alguna reflexión, Rhinann decidió ignorar esa posibilidad de momento. Pero no había ninguna conexión que pudiera encontrar entre el resto de lista y el Jedi que buscaba.

Rhinann exhaló con fuerza suficiente para hacer vibrar sus colmillos nasales, produciendo un gorjeo de profunda frustración. Con toda probabilidad Pavan había usado

un hacker para eliminar cualquier conexión entre él y la Orden. Clavó la mirada en el holoproyector. Había aproximadamente 582,797,754 varones humanos llamados Jax Pavan en Coruscant en este momento. Los números parpadearon al realizar un pequeño ajuste incluso mientras observaba, reflejando muertes, nacimientos, llegadas, partidas, y otras variables estadísticas.

Malditos humanos, pensó. Ese era el problema. Si hubiese estado buscando un falleen o un neimoidiano, o incluso uno de su propia raza, los datos no serían tan abrumadores. Pero prácticamente en cualquier parte a la que fueras, parecía que los humanos sobrepasaban en número a cada una de las otras especies por un margen ridículo.

Incluso cuando excluyó al resto de población y se centró solamente en el Sector de Yaam, los resultados no fueron alentadores: 8,674 Jax Pavans. Era un nombre medianamente común entre los corellianos.

Gruñó otra vez. De acuerdo, la tarea no era fácil. Había sabido que no lo sería. Se obligó a calmarse. La salvación yacía en la metodología. Tenía que haber una forma de aventar la paja. ¿Pero cómo? Si Pavan había borrado su pasado y había construido uno falso, no había forma de conectarle con los Jedi, y por consiguiente no había forma de encontrarle.

Si fuese capaz de rastrear a Pavan a través de la Fuerza… Pero eso, sabía Rhinann, era completamente imposible. ¿Qué hacer? Si Pavan no era llevado ante Lord Vader en un breve plazo, Vader se encargaría.

—Rhinann se estremeció. Ni si quiera podía comenzar a especular sobre las torturas que la mente del Lord Sith podría concebir.

Había una última cosa que podía intentar. Inmensas cantidades de datos, personales y de otro tipo, habían sido confiscadas del Templo inmediatamente después de la Purga… incluso los registros casi completos del genoma. Conteniendo el aliento, Rhinann programó una búsqueda de las firmas de ADN. Parecía un esfuerzo fútil, porque ningún hacker que valiese un decicredito olvidaría falsificar también esos registros. Pero a esas alturas estaba desesperado. Cuando la búsqueda resultó negativa, como había sabido que sería, sintió un momento de auténtica desesperación. Además del miedo ante cualquier represalia que Lord Vader pudiese infligirle, su patrimonio, tanto cultural como biológico, exigía que tuviese éxito. Esta clase de investigación meticulosa era exactamente el tipo de cosa en la que se suponía que él y los su clase sobresalían. Pero parecía que todas las habilidades y trucos que tenía a su disposición eran inútiles en este caso.

Desesperadamente, expandió los parámetros de búsqueda, buscando cualquier conexión que pudiese resultar provechosa. Alguien que posiblemente podría haber estado asociado, o en contacto, con un Jedi, no importa cuán tenue. Tal investigación indisciplinada envió oscilaciones de ansiedad ondeando a través de su médula espinal; no obstante, sintió que no tenía otra opción.

Un suave pitido de la unidad indicó un descubrimiento. Rhinann desplegó la información y estudió el informe.

Era un holo reciente de varios soldados de las tropas de asalto siendo emboscados por dos hombres en un pequeño resibloque en el Sector 1Y4F. Rhinann sintió un escalofrío de excitación subiendo por su columna vertebral. La mayor parte del incidente había sido captado por las cámaras de seguridad del edificio. Sólo habían captado un rápido flash de una cara, pero el ordenador había establecido la identificación con una probabilidad del 74 por ciento.

El Mayor Nick Rostu, anteriormente del Ejército Imperial, ahora era un asesino buscado.

La identidad del otro hombre no estaba clara, pero puesto que aparecía en varias imágenes esgrimiendo un sable láser, Rhinann se sintió medianamente seguro en asumir que era un Jedi.

Su acreditación de seguridad hizo que descubrir la identidad de los inquilinos del resibloque fuese una tarea simple. Para su asombro, encontró que un Jax Pavan se encontraba entre ellos.

¿*Quería* el Jedi ser encontrado?

Claro que no, se percató Rhinann después de pensarlo un momento. Dado el número de Jax Pavan sólo en ese área, y dado que el Jedi no tenía razón para creer que estuviera siendo buscado en particular, obviamente no había visto razón para camuflar su identidad. Después de todo, era Coruscant, con la población más densa de cualquier mundo de la galaxia conocida.

Notó, sin gran sorpresa, que Pavan se había marchado de su diminuto lugar de residencia. Quizá se había escondido por el momento, creyendo confortablemente que sería indetectable, un humano entre incontables otros. Y sin duda estaba seguro de que su conexión con la Fuerza le alertaría de cualquier peligro inminente. Quizá lo haría… si Rhinann era lo suficientemente tonto para lanzarse sobre él directamente.

Pero había otra forma.

Rhinann se reclinó satisfecho. Era un buen comienzo. Encontraría a Pavan, más pronto que tarde.

Lord Vader estaría complacido.

Nick Rostu no había regresado inmediatamente a sus lugares de siempre en el Sector Zi-Kree. Después de los acontecimientos de las pasadas cuarenta y ocho horas estándar, había sentido que se le debía un poco de tiempo de relax, y había oído considerables alabanzas sobre Tangor Square y los entretenimientos que encontrarían dentro. No estaba particularmente interesado en las diversas actividades que tenían lugar detrás de la mayoría de las puertas cerradas, pero el área tenía un salón de shronker.

El salón estaba medianamente animado; hubo cinco esferas, todas ellas en uso. Nick pidió una jarra grande de cerveza de Alderaan y la bebió a sorbos mientras veía el juego más cercano. Era entre un quarren y un yevetha. Esto era ligeramente sorprendente en sí mismo, ya que los yevetha tendían a considerar a otras especies como escasamente dignas de su atención. Quizá este era un poco más liberal. Por supuesto, el hecho que estuviera

pateando el escamoso trasero del quarren en el juego probablemente le ayudaba a mantener un estado de ánimo agradable.

No llevó mucho tiempo que el quarren fuese derrotado. El taciturno Cabeza de Calamar volvió a la barra, y el yevetha miró a Nick. — ¿Quieres jugar? —graznó.

—Lo intentaré. —Nick se aproximó al tablero de mandos que el Quarren acaba de dejar vacante.

—¿Configuración? —preguntó el yevetha.

—Bespin Ardiente.

Las reglas del juego eran medianamente simples. Dentro de la holosfera había una imagen estilizada de un sistema solar; al iniciar el juego, los jugadores podían escoger disposiciones basadas en sistemas conocidos, o podían crear las suyas. Había cuatro tipos de mundos: gigantes gaseosos, mundos gemelos, planetas, y lunas. En el centro de la esfera estaba la estrella primaria. Cada jugador controlaba un cometa, el cual era el único objeto en el juego que podía cambiar de curso.

El juego comenzaba con los planetas en órbitas establecidas. Había varias configuraciones diferentes, con el escenario «Bespin ardiente» considerado generalmente el más difícil. El objetivo del juego era utilizar el cometa para impactar en los diversos mundos, y ser el primero en enviarlos girando hacia la estrella del sistema.

Nick entrelazó sus dedos y crujió sus nudillos. Se encogió de hombros, aflojando el cuello y los músculos de los hombros, entonces se reacomodó en una posición relajada delante de la palanca de control. El yevetha observaba, sus ojos negros tan inexpresivos como piedras.

Nick alineó su cometa y realizó su primer disparo. Golpeó a uno de los planetas, rebotando hacia las regiones más exteriores mientras el planeta se salía del plano, adoptando una órbita elíptica.

Cada uno de los mundos tenía propiedades diferentes. Los gigantes gaseosos eran voluminosos, y por tanto poseían mayor inercia; un impacto directo sólo los desviaría ligeramente. Un Bespin ardiente orbitaba extremadamente cerca del sol primario, girando a su alrededor más rápido que los demás, haciendo que fuese más difícil enviar a un mundo alejado del centro rebotando hacia un fogoso final, mientras que un Bespin frío, orbitando en las regiones exteriores del sistema, tendía a interceptar los cometas y a proteger los planetas interiores. Los mundos binarios, orbitando alrededor de un baricentro, podían ser separados por un disparo adecuadamente orientado, y cualquiera de los dos o ambos caían en el pozo de gravedad del sol primario. Los planetas comunes no presentaban ningún reto en particular, mientras que las lunas eran las más pequeñas y más difíciles de golpear; también tenían una tendencia a ser capturadas por los otros planetas. Normalmente era una luna la última en ser incinerada, dando el juego por finalizado.

Pronto quedó claro para Nick que su adversario era muy diestro en el shronker. Igual de claro quedó para ambos que Nick era mejor.

El juego atrajo gradualmente la atención de los otros clientes, en parte debido al virtuoso modo de jugar tanto de Nick como del yevetha, y en parte por la marcada diferencia en sus actitudes. Nick tenía una actitud casual y estaba relajado; después de otra jarra de cerveza estaba siendo casi locuaz. Elogió a su adversario por los disparos particularmente bien colocados y desacreditó modestamente sus propias habilidades, aunque estaba claro para los que observaban que él era el mejor jugador.

El yevetha no dijo nada durante todo el juego, pero su expresión se fue volviendo cada vez más atenta… o eso asumió Nick; la fisonomía esquelética del alienígena estaba lo suficientemente cerca de considerarse humanoide para tener un lenguaje corporal similar. Se decía que los yevetha eran rápidos aprendices. *Este ha debido quedarse en órbita cuando se repartió esa habilidad en particular*, meditó Nick. El juego del yevetha mejoró algo hacia el final, pero para entonces era poco y demasiado tarde. El último orbe —un mundo verde y azul— fue dando tumbos por la pronunciada pendiente del espacio-tiempo hacia el infierno de su centro.

El Yevetha permaneció inmóvil. La sala quedó en silencio. Y Nick estaba borracho, por lo que rodeó la ya vacía holosfera, y extendió su mano derecha mientras decía.

—Oye, excelente partida, casi has…

El yevetha se movió rápido; Nick apenas tuvo tiempo de apartar el brazo cuando la cadavérica garra izquierda de la criatura salió disparada de su funda de piel. Nick tenía su desintegrador en la mano y apuntado hacia el yevetha antes de que éste pudiese retraer su garra.

—Tranquilo —dijo él, meneando el dedo índice de su mano libre hacia el otro.

—Lodo putrefacto —siseó el yevetha. Siguió asociando a Nick con otros objetos desagradables, siendo la ofensiva mínima el resultado de un improbable enlace romántico entre un hutt y un wookiee.

—Generalmente no es una buena idea insultar al tipo que tiene el desintegrador —le dijo Nick. Pero antes de que pudiese añadir nada más, sintió la sensación inconfundible del cañón de un lazaproyectiles presionado en su espalda. Una voz detrás de él dijo:

—Y siempre es buena idea mantener la espalda contra la pared en un sitio como este.

Nick pensó que la voz sonaba humana. Ese fue el último pensamiento que tuvo durante algún tiempo.

Quince

—Fue un discurso conmovedor el que hiciste antes —le dijo I-Cinco a Den. Acababan de entrar en un cubo, alquilado para pasar la noche, y pagado con los créditos obtenidos cuando Den empeñó su microcámara. La habitación era una diminuta burbuja, de dos metros de lado, en un sucio resicubo de ferrocreto. Estaba diseñado para acomodar a una forma de vida humanoide; había un baño con una ducha de agua, un rincón de cocina con una unidad que funcionaba tanto de conservador como de calentador, una extrusión silla/mesa, y una extrusión cama. Eso era todo. El único fluorescente del techo lanzaba una débil luz mortecina sobre todo, y en cualquier momento que permanecían quietos podían oír a las arañas-cucaracha corriendo por los respiraderos. No había ventanas; el cubo estaba formado por celdas y las paredes alrededor de ésta tenían al menos quince metros de grosor. Si la ventilación fallaba, se percató Den, muy probablemente se asfixiaría antes de llegar al turboascensor en el otro extremo del edificio, dado que el corredor se llenaría de docenas de seres en estado de pánico, todos intentando desesperadamente entrar en tropel en el mismo ascensor, y ninguno, muy probablemente, dispuesto a dejarle ir primero.

En ese momento Den casi hubiese agradecido tal situación. Estaba forcejeando para sacar la extrusión de la cama, la cual se había atascado a mitad de camino saliendo de la pared. El orificio no era lo suficientemente grande para que pasase, y aunque pudiese, apenas tendría espacio para tumbarse boca arriba. Den no era claustrofóbico —los sullustanos, viviendo en cuevas, raras veces lo eran— pero incluso él tuvo que admitir que la perspectiva de pasar más de una noche en ese pozo era deprimente en grado sumo, aun así, estaba cansado, y ese había sido el único lugar que pudieron permitirse.

Bostezó, entonces se dio cuenta tardíamente que I-Cinco había hablado. — ¿Qué? —gruñó, forcejeando todavía con la cama atascada.

—Dije, un discurso conmovedor. Pero ¿cómo, exactamente, vas a encontrar a Jax?

Den se sentó en el borde parcialmente protuberante, cediendo la victoria, por el momento, al mecanismo defectuoso.

—Oye, Cinco… soy un reportero —hizo una mueca—. Lo era, de cualquier manera. Puedo rastrear un digimorfo a través de una tormenta de datos. Él no puede esconderse de mis orejas.

—Nadie puede esconderse de tus orejas. Me sorprende que el encargado escaleras abajo no las contase como inquilinos aparte.

Den agarró firmemente su pecho fingiendo sentirse herido.

—Me hieres. —Entonces se levantó de un salto y se giró repentinamente, como si tratara de pillar a la extrusión por sorpresa. Sin embargo, en lugar de agarrar la cama propiamente dicha, agarró el colchón de espuma y tiró bruscamente hacia él.

—¡Hah! —lo colocó en el suelo, cubriendo una porción considerable de la superficie sucia—. Es bueno que no duermas —añadió para I-Cinco.

—Oh, sí. Que afortunado soy, experimentando cada microsegundo de nuestra estancia aquí. Me aseguraré de gravarlo para la posteridad. Tal vez incluso…

El droide se detuvo. Den estaba mirándole fijamente, con expresión pensativa.

—Posteridad —murmuró el sullustano.

I-Cinco no dijo nada. Meramente observó, sus fotorreceptores brillando con lo que Den había llegado a reconocer como interés… y esperanza.

—Tienes imágenes archivadas en tus bancos de memoria de Lorn Pavan, ¿verdad?

—Sí.

—Veámoslas.

El droide proyectó una serie de hologramas en el aire entre ellos. Den observó el ciclo de imágenes pasar: varios ángulos del antiguo socio y amigo de I-Cinco. Parecía un tipo majo, con lo que otros humanos llamarían una «cara honesta». Parte del trabajo de Den como reportero había consistido en entrenarse para distinguir las diferencias en la apariencia dentro de diversas especies. Era bastante obvio para toda la galaxia que todos los miembros de una especie les parecían iguales para los miembros de otra. Den, sin embargo, se había adelantado a esto en gran medida.

—De acuerdo —dijo él. I-Cinco detuvo la proyección, y el desfile de hologramas desapareció con un parpadeo. Den miró a su alrededor—. ¿Hay un puerto de datos en este basurero?

El droide miró a su alrededor con desdén.

—Si tenemos suerte, podría haber un módem de estilo antiguo.

Sin embargo, para su sorpresa, había un puerto de datos. Aun más asombroso fue que estaba activado, aunque I-Cinco hizo un trabajo notablemente bueno, dado su semblante inmutable, de trasmitir la idea de una nariz arrugada por repugnancia.

—¿Quieres que interactúe con *eso*? Sólo el Hacedor sabe qué ha estado conectado ahí recientemente…

—No seas tan bebé. Tu antivirus está actualizado, ¿no?

El droide suspiró. — ¿He mencionado últimamente cuánto disfruto de nuestra asociación? —alzó su mano derecha, y uno de sus dedos se extendió, transformándose en un acoplamiento de transceptor. Lo introdujo cautelosamente en el puerto—. ¿Y por qué estoy haciendo esto?

—Estás interactuando con la red principal de seguridad de este sector.

—Lo cual es altamente ilegal.

—¿Y?

—Simplemente una observación casual. ¿Y estoy buscando…?

—Estás buscando imágenes de varones humanos tomadas en la última semana que tienen una alta correlación con tus datos visuales de Lorn Pavan. En otras palabras…

—Un parecido familiar —el droide permaneció en silencio por un momento, entonces dijo—. No puedo creer que nunca pensara en esto.

—Yo tampoco. Sospecho que ese montón de circuitos de tu cabeza todavía tiene que crear algunas sinapsis. —Den intentó, aunque no mucho, evitar darle una nota de complacencia a su voz—. Además, aún no sabemos si esto funcionará.

I-Cinco no contestó. El droide parecía estar concentrándose.

—¿Problemas? —preguntó Den.

—Han instalado un nuevo cortafuegos desde la última vez que me colé dentro.

—No me sorprende —dijo Den—. Han pasado, ¿qué? ¿Casi dos décadas?

—Silencio. Esto es complicado.

Den esperó, resistiendo la tentación de bailar nerviosamente sobre uno y otro pie. Si I-Cinco activaba una protección de seguridad, podría provocar toda clase de resultados desagradables, no siendo el menor que la red sináptica del droide se fundiese más rápido que un cometa en una llamarada solar. Si eso ocurría, Den sabía que nunca se perdonaría haber sugerido eso. No es que fuese a tener tanto tiempo para castigarse por ello, ya que lo más probable es que hubiera una brigada de CPAs rodeando el edificio mucho antes de que pudiese salir.

—Estoy dentro —anunció I-Cinco—. Especificando parámetros del algoritmo… incitando modalidad de búsqueda… descargando datos —el dedo de la interfaz se desconectó del puerto de datos y retrocedió, recobrando su forma anterior.

—¿Y bien? ¿Qué tienes?

I-Cinco activó su holoproyector otra vez. Cinco imágenes 3-D de un joven vestido con un mono de vuelo poco llamativo se sucedieron destellando. Aunque las proyecciones no eran muy claras, el parecido entre él y las imágenes de Lorn Pavan era inconfundible.

—Hola, Jax —murmuró Den.

I-Cinco guardó silencio. Sus fotorreceptores, sin embargo, estaban muy brillantes.

Una imagen era Jax Pavan cruzando una calle abarrotada; otra, él comprando algo en el puesto de un vendedor callejero. Las últimas tres eran tomas borrosas de él sobre una pasarela, conferenciando o quizá discutiendo con un hutt, un klatooiniano y un nikto.

La última imagen parecía ser una toma del humano, el klatooiniano y el nikto, con dos objetos borrosos volando entre el hombre y los otros dos. Den la miró fijamente, frunciendo el ceño.

—¿Puedes aumentar la resolución de esa?

I-Cinco accedió. La holoproyección se volvió más definida y más grande.

Den parpadeó.

—Eso parecen un par de desintegradores siendo arrancados de esos dos matones hacia él, de alguna manera…

Entonces se dio cuenta de lo que quería decir.

—Está usando la Fuerza para desarmarlos.

I-Cinco dijo:

—Estas imágenes fueron tomadas por una cámara de seguridad automatizada. La última estaba marcada para una investigación relacionada con posible actividad ilegal Jedi.

—Eso no es bueno. ¿Cuánto tiempo antes de que lo descubran?

—Es difícil de decir. La posición oficial del Imperio es que la Orden Jedi está destruida, y que capturar al último de ellos no es una prioridad alta. Dependería del número de casos de los oficiales locales de policía. Podrían ser semanas. O días. U horas. Tarde o temprano, sin embargo, será investigado.

—Entonces hemos conseguido encontrarle primero. ¿Sabemos cuándo y dónde fueron tomadas?

—Las tres últimas fueron tomadas hace cuarenta y seis horas y veintisiete minutos, en el Mongoh Mezzanine, cerca de dos kilómetros al oeste de aquí.

—Podría estar en cualquier lugar en este momento. ¿Cómo podemos…?

—No hay problema —dijo el droide—. Ahora las cámaras han sido alertadas para hacer de la toma de imágenes de Jax una prioridad más alta. Y, habiéndome introducido en la red de seguridad una vez, puedo hacerlo de nuevo mucho más fácilmente.

—¿Estás seguro?

—¿Mentiría esta cara?

* * *

Kaird de los Nediji estaba sentado en una esquina de la mesa de conferencias en las habitaciones del Underlord. Estaba tanto alerta como relajado, su postura en la silla autoadaptable era casual, pero no tanto como para sugerir despreocupación. Uno no quería estar demasiado cómodo en presencia del Underlord Dal Perhi.

Al otro lado de la mesa, en el segundo punto del triángulo equilátero, se sentaba su némesis: el Príncipe Xizor de la Casa Sizhran. Xizor proyectaba la misma actitud de calma y decisión. Sin embargo, había un toque más arrogante en su lenguaje corporal, un sentido de orgullo que sin duda sentía como propio de la realeza Falleen. Su largo pelo negro estaba sujeto apretadamente en un moño tradicional y sus atractivas características parecían estar esculpidas en jade.

El Underlord Perhi estaba sentado en el tercer punto de la mesa, bajo el símbolo del Sol Negro en la pared. La mesa estaba diseñada para cambiar de forma dependiendo de cuántos se reunieran con el Underlord; podía ser reconfigurada como cualquier cosa desde un simple rectángulo estrecho para conversaciones de uno a uno hasta un decágono que acomodaba a los nueve Vigos y al Underlord.

El Underlord Perhi era humano, cincuenta y ocho años estándar, y un metro y cuarto de altura, lo cual no era terriblemente alto para ser un humano. Tenía el cabello rubio cortado a rape, y parecía estar algo regordete; Kaird estimaba su masa en unos setenta y cinco kilos en un campo de gravedad uno. Sin embargo, ninguno de ellos era de grasa. Kaird podía dar testimonio de ello; había jugado a shockbol con el hombre, Perhi jugaba duro y jugaba para ganar.

Había empezado en el Sol Negro como lo habían hecho tantos otros, incluyendo a Kaird: como un matón. En el caso de Perhi, había sido para un hutt llamado Yanth, el cual había dirigido una casa de juego llamada El Oasis Tusken en el Corredor Carmesí. Un misterioso asesino, cuya identidad nunca fue descubierta, había acabado con el jefe de Perhi. Ni si quiera los Jedi, los cuales investigaron porque un par de los suyos podrían haber estado involucrados, pudieron descubrir quién fue el responsable.

Se decía que uno de los Jedi que investigaron el asunto se había enredado con Perhi y había salido mal parado. El Underlord nunca había confirmado eso, pero tampoco lo había negado. Lo que le dio estatus de leyenda fue que el Jedi en cuestión había sido Obi-Wan Kenobi, más tarde convertido en uno de los grandes héroes de las Guerras Clon. Fuera cierto o no que Perhi había superado a Kenobi, la circulación del rumor a través de los corredores del Hall de Media Noche no había impedido el rápido ascenso de rango del humano. Dos años después de la Batalla de Naboo había sido un Vigo; un año después de eso se había convertido en Underlord.

Y tal era su poder y su personalidad que había mantenido la posición durante la mayor parte de una década. Kaird admiraba al hombre tremendamente. Por supuesto, eso no le impediría asesinarle en el latido de un jawa si le beneficiaba hacerlo.

No estaba realmente seguro de por qué él y Xizor habían sido llamados a su presencia. Ciertamente Xizor no estaba dando ninguna pista; podría haber estado llevando una máscara de muerte creada por sus propias facciones. Su pigmentación de piel tenía un matiz verde neutral, y no estaba emitiendo feromonas. De esto último, Kaird estaba realmente seguro, porque llevaba un sensor molecular miniaturizado programado para recoger cualquier producto químico del aire. Si el falleen trataba de influenciarle, o de dirigir sus emociones de una u otra manera, aunque lo hiciera muy sutilmente, él lo sabría. Kaird no sabía si el Underlord Perhi llevaba algo similar, pero sospechaba que no. En su caso no había necesidad; el conocimiento de lo que le ocurriría al Príncipe Xizor si llegaba siquiera a pensar en tal ofensa era sin duda más que suficiente como para evitar que el falleen lo intentara. Xizor era muchas cosas desagradables —altivo, arrogante y despiadado— pero no era estúpido.

El Underlord Perhi dijo:

—Acabo de recibir un comunicado de uno de los administradores del sector en Metellos. Se queja de que se le ha robado un artículo muy valioso de su propiedad. Asegura que fue un operativo del Sol Negro el que lo cogió. Un operativo de alto nivel.

Kaird sintió un diminuto zarcillo de desasosiego comenzando a desenrollarse en sus entrañas. Xizor estaba bajo sospecha, lo cual estaba bien y era bueno, pero ¿por qué estaba él allí? ¿Le había traicionado Endrigorn? ¿O había descubierto Xizor su complot? Sabía que la hipergema había acabado en manos del príncipe; él había permanecido en sus lugares habituales, y había mantenido asiduamente su distancia oficial.

No había sentido en la especulación infructífera. Sólo podía esperar y ver cómo se desarrollaban las cosas desde ese momento.

Dal Perhi les observó a ambos. Su actitud era casual pero Kaird no se dejó engañar. Sabía que ningún ancestro suyo rapaz en Nedij había observado nunca a una presa potencial con más entusiasmo con el que el Underlord les observaba a ambos en ese momento.

Kaird fingió un interés que se correspondía con la seriedad del cargo, pero sin indicar culpabilidad de ningún modo.

—Ésta es una acusación de gravedad considerable —dijo él—. ¿Ofrece alguna prueba de este robo?

—Sus operativos rastrearon el artículo —una hipergema— desde su lugar de reposo inicial en Metellos hasta el submundo de Coruscant, dónde fue vendido a un traficante rakririano llamado Endrigorn.

¿Rastreado? ¿Cómo? Él había pagado una enorme cantidad de créditos para que se la llevaran sin una traza de…

—Evidentemente —siguió Perhi—, quienquiera que la robó —o estuvo detrás del robo— ignoraba que las hipergemas dejan un rastro residual de partículas tachyonicas. Fácil de seguir, con el equipo adecuado.

Si Kaird hubiera sido un mamífero, estaría sudando en ese momento, él lo sabía. Tanto Xizor como Perhi estaban mirándole.

Perhi dijo:

—Ciertamente fue un operativo de alto nivel el que robó esto —y sacó de un bolsillo interior la hipergema que Kaird le había vendido al traficante de arte. Lo sostuvo en alto, admirando por un momento su brillo de otro mundo y entonces la bajó y miró a Kaird.

Y entonces, en un torrente de comprensión, Kaird lo entendió.

No había engañado a Xizor; Xizor le había engañado a *él*, desde el principio. Fue el falleen el que había filtrado la información sobre la hipergema en primer lugar, sabiendo que eso intrigaría al nediji con sus posibilidades. Entonces, después de haberla vendido, Xizor la había obtenido y había ido directamente al Underlord, acusando a Kaird del robo y entregando la hipergema como prueba de su inocencia.

Era tan retorcido que casi era admirable.

Durante todo esto Xizor había permanecido sentado en silencio, sin decir nada. Ahora se levantó, recogiendo los pliegues de su túnica brocada a su alrededor.

—Si mi señor no tiene objeción —dijo quedamente a Perhi—, me marcharé. —Su mirada se volvió hacia Kaird—. Siempre es triste ver a un colega de confianza no alcanzar las propias expectativas.

—Ve, entonces, Príncipe Xizor —dijo el Underlord Perhi—. Tengo algunos asuntos que discutir con Kaird.

Xizor se inclinó. Su mirada permaneció fija en Kaird, aunque la reverencia era para Perhi.

—Con su permiso, entonces, Underlord. —Se dio la vuelta y salió de la cámara, las líneas de su lustrosa musculatura eran claramente visibles a través del traje de sintoseda de una sola pieza que llevaba debajo de la túnica.

Las puertas dobles se cerraron con un siseo tras él. Kaird estaba solo con el dirigente del Sol Negro, con su perfidia descubierta. Pensó tristemente en su mundo natal. Ya no había ninguna forma de que lo viera, a menos que realmente hubiese una vida después de la muerte y pudiese mirar hacia abajo desde el Gran Nido.

El Underlord Perhi le miró, juntó sus dedos y dijo:

—Hablemos.

Dieciséis

La vida había sido amable con Rokko del clan Besadii. Relativamente joven para su especie —sólo cuatrocientos años estándar, había escuchado Jax— el gran gastrópodo se las había arreglado para labrarse un provechoso lugar en los niveles inferiores. Fuera del mercado negro, las principales fuentes de ingresos de Rokko eran las holosalas de ambiente virtual de mala fama que se alineaban en la Plaza Tangor y en otras calles de los niveles bajos en los Arrabales. Utilizando una combinación de imágenes holográficas, sutil estimulación olfatoria, hipersonidos, y manipulación táctil de presión/tracción, cualquier deseo, sin importar cuán bizarro, podía ser satisfecho para cualquier forma de vida. Las salas disfrutaban de una clientela constante y próspera y los créditos entraban a raudales, directamente a las arcas de Rokko —tanto era así que, puesto que la mayor parte de su negocio era dirigido en los niveles inferiores, el gánster había decidido mostrar un orgullo perverso en su posición del submundo. Por ello vivía en una espaciosa mansión bien situada, a cincuenta metros por debajo de la superficie.

Jax y Laranth descendieron en un turboascensor. Sólo había un problema con acercarse al hutt, le había dicho Jax a ella, explicándole cómo había tratado con los matones de Rokko. Laranth había quedado impresionada, pero no exactamente de la manera en la que Jax podría haber esperado.

—¿Así que simplemente vamos a colarnos en su casa?

—Pensaba llamar primero. Los modales son importantes en una sociedad civilizada.

—Rokko es casi tan civilizado como un reek muerto de hambre —dijo Laranth mientras el turboascensor les depositaba en el gran túnel de ferrocreto que era la entrada de la morada del hutt.

—Confía en mí. ¿Alguna vez he hecho que te mataran?

La entrada a la vivienda de Rokko estaba protegida por un droide de combate Aegis-7. Éste era un modelo posterior, humanoide, pero con placas repulsoras giratorias en lugar de piernas que le proporcionaban velocidad y máxima maniobrabilidad. Se decía que un Aegis-7 podía alcanzar a una moto deslizadora que fuese a toda velocidad. Y si no podía alcanzarla, podía convertirla en astillas con un disparo del cañón de pulso, acribillarla a puñetazos o detenerla de otras doce formas mortíferas.

Jax no tenía duda de que Rokko había hecho numerosas modificaciones en el droide para volverle aun más poderoso y versátil. Se detuvo, con las manos a los lados y claramente vacías. Laranth se detuvo a su lado, manteniendo también sus manos bien lejos de sus desintegradores.

El droide realizó un rápido escáner láser sobre ellos. — ¿Puedo ayudarles? —su vocalizador estaba bien modulado y era cortés, pero Jax sabía que cualquier movimiento repentino en ese momento resultaría en que tanto él como Laranth fuesen instantáneamente asesinados.

—Por favor anuncie al Jedi Jax Pavan y a la Paladín Laranth Tarak —dijo él. Aunque estaba mirando directamente hacia adelante, pudo sentir la cautela de ella. Él tocó su mente sutilmente con la Fuerza, reconfortándola sin palabras.

La nerviosa marea de sus hilos de Fuerza se calmó un poco. Jax apreciaba el enorme esfuerzo que estaba haciendo ella; él sabía que, desde la destrucción del Templo, Laranth encontraba difícil confiar en alguien. Y ahora alguien a quien sólo había visto algunas veces acababa de identificarla ante un gánster despiadado. Cierto, Jax era un Jedi: pero los Jedi habían sido conocidos por volverse malos anteriormente.

Él contaba con que Rokko fuese consciente de ese hecho.

El droide no se movió, pero un diodo parpadeante en su placa pectoral indicaba que estaba en contacto con sus superiores, posiblemente con el mismo Rokko. Después de un tenso momento, que duró lo suficiente como para que Jax se preguntase si había tomado la decisión correcta, el droide habló de nuevo, esta vez con la voz gutural de Rokko.

—Jax —arrulló el hutt—. Has estado ocultándome secretos. Sin embargo no guardo rencor en mi corazón. Por favor, entra, y trae a tu encantadora amiga.

El droide de combate confiscó sus desintegradores y vibrocuchillos mientras la voz de Rokko continuaba hablando:

—Tenemos una firme política de nada de armas aquí, por razones que estoy seguro puedes entender. —Laranth lanzó un juramento en voz baja mientras se abría la puerta.

La primera sala del domicilio de Rokko era grande y palaciega, de estilo huttés; las paredes y el suelo eran de deprimentes tonos pardos y ocres, y las cabezas rugientes de animales feroces —acklays, rancors, nexus— estaban colgadas alrededor de la gran cámara central. Los glifos estaban grabados en bajorrelieve sobre pasajes acortinados, y las exóticas esculturas cristalinas y los frisos parecían estar mirara donde mirara Jax. También había fuentes, lo cual era desafortunado, porque en lugar de agua contenían una sustancia abyecta, cuyo hedor casi dejaba inconsciente. Requería cierto esfuerzo no jadear, lo cual probablemente habría sido un error fatal.

Quedó asombrado al ver ventanas en las paredes, puesto que estaban bajo el suelo, y más sorprendido todavía cuando se dio cuenta de que a través de ellas se veía la superficie de Nal Hutta, el planeta natal de los hutt. Nunca había estado allí, sólo había visto holos, pero su apariencia era inconfundible; el dañado paisaje, con sus decadentes zonas urbanas y sus vías fluviales llenas de cieno, sólo podía ser bello para un Hutt.

—Ah, estás admirando las vistas de mi planeta natal. —Rokko estaba recostado en un diván, la masa superior de su cuerpo sobresalía sobre el borde. El narguile inevitable burbujeaba quedamente a su lado. Jax podía oler el aroma de la especia en el aire. El hutt estaba flanqueado por dos gamorreanos que parecían lo suficientemente duros y estúpidos como para atravesar una pared de duracero con la cabeza por delante.

—Son ventanas al pasado —continuó el hutt, con un tono extraño reptando en su voz, el cual Jax reconoció con sorpresa como nostalgia—. Creados hace siglos por el gran artista hutt Gorgo, el cual, sobre el curso de las décadas, las expuso a diversas vistas escénicos de Nal Hutta. Consisten en condensados sometidos a superenfriamiento de gas

prothium; la densidad óptica es tan extrema, que la luz tarda literalmente años en brillar a través de ellas.

—Gorgo murió antes de que yo naciese. Fui lo suficientemente afortunado para adquirir recientemente estas últimas creaciones. Cuando las imágenes que sangran lentamente a través de ellas hayan desaparecido, ya no habrá más.

Había auténtica tristeza en el tono de Rokko. *Otra sorpresa más en un día lleno de ellas*, pensó Jax.

Rokko tomó un sorbo largo y lento del tubo.

—Bueno, entonces ¿a qué debo este placer tan inesperado?

—Creo que ambos sobrerreaccionamos un poco el otro día —dijo Jax—. Estoy dispuesto a dejar pasar el, ah, malentendido sobre el Cereano y la subsiguiente visita a mi casa de las tropas de asalto, si tú lo estás.

—¿Y mi motivación al hacer esto sería…?

—Trabajar en nuestro mutuo beneficio.

Rokko dejó escapar el humo aromático de su boca.

—Tienes mi atención. Por el momento, de cualquier forma.

—Necesito tu ayuda para encontrar un droide perdido.

El hutt parpadeó sus ojos amarillos como platos.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Porque hay muchos créditos para ti si lo haces —dijo Jax—. Este droide lleva información que, si cayese en manos de los rebeldes, podría ser dañina para el Imperio. —Jax sabía que aunque Rokko, como la mayoría de los tipos de los bajos fondos, tenía poco aprecio por Palpatine, era lo suficientemente listo para saber en qué lado de la tarta de hongos el cieno era más grueso. Si pudiese hacer algunos créditos encontrando y entregando ese droide al Emperador, el hutt no perdería el sueño por hacerlo.

—¿Y cuál, exactamente, es la naturaleza de esa información?

—No lo sé. Todo lo que sé es que ambos lados están buscándolo, así que imagino que lleva algo más que una receta para la Sorpresa de Trikaloo. Sea cual sea la rezón, ya hay varios cazarrecompensas en su búsqueda. —Nick había mencionado esto último sólo como un rumor, pero Jax no tenía problema en inflar la urgencia de la situación.

—Así que vienes a mí —dijo Rokko—. ¿Por qué?

—¿No es obvio? Incluso si encuentro ese droide primero, no puedo entregárselo al Emperador o a Vader yo mismo. Olerían la Fuerza en mí, me reconocerían como un Jedi. Pero tú puedes entregarlo y recoger la recompensa por nosotros.

—Podrías utilizar otros intermediarios.

—No quiero arriesgarme. Además, con tus recursos y nuestro uso de la Fuerza, podemos localizar fácilmente al droide primero.

Rokko guardó silencio. La tensión se extendió, y la mano de Jax comenzó a picarle pidiendo la empuñadura de su sable láser.

—Yo podría simplemente entregaros a ambos a Vader —dijo Rokko—. Cobrar la recompensa por vosotros como Jedi. No es mucho, pero tampoco lo es el esfuerzo.

Jax sintió una oleada de alivio. No estaba realmente seguro de cómo —quizá era a través de la Fuerza, o simplemente de conocer al gánster tan bien como le conocía— pero fuera cual fuera la razón, sabía que Rokko había tragado el anzuelo. Aun así, no podía dejar que ese último reto implícito quedara sin respuesta.

—Creo que encontrarías que el esfuerzo requerido para doblegar a dos Jedi, incluso desarmados, es considerablemente más grande de lo que piensas.

Rokko agitó un pequeño y fofo brazo desestimando sin preocupación sus palabras.

—*Eniki, eniki*. No hay necesidad de adoptar esa actitud. Somos socios comerciales, al menos por ahora —hizo otro gesto, y un Kubaz salió de uno de los pasajes acortinados.—Trae bebidas —ordenó Rokko—. Lo habitual, y ese sudor aguado de ronto que llaman cerveza corelliana —el Kubaz asintió y se escabulló.

Rokko sonrió abiertamente a los dos Jedi. Era una visión inquietante. Los hutts no tenían dientes, pero sus labios cartilaginosos estaban aserrados, y, dada la elasticidad de su piel, el resultado fue un rictus que por un momento le hizo parecer como si la parte superior de la cabeza de Rokko estuviera aserrada.

—Sentaos —dijo el hutt, en una voz que probablemente pretendía ser amigable—. El tiempo es la clave.

Jax miró a Laranth, y supo que ella estaba pensando lo mismo: Rokko usaría sus espaldas como fundas de vibroespada tan pronto como fuese posible. Aun así, una alianza entre bandidos era mejor que ninguna, al menos en lo que se refería a encontrar a Ojos de Insecto. Cómo sacaría al droide de las garras del hutt y lo pondría a salvo era algo de lo que se preocuparía después.

Si, como decía el dicho, había un después…

Diecisiete

Nick se despertó. Esto le sorprendió, ya que no sabía que hubiese estado dormido.

Y de hecho, se percató algunos segundos más tarde, que no lo había estado, salvo por la definición más liberal de la palabra, a juzgar por la magulladura enorme y muy dolorosa de su nuca. Se movió cautelosamente, haciendo estallar fuegos artificiales celestiales que rebotaron y reverberaron dentro de su cráneo. Nebulosas púrpura, supernovas blanco-anaranjadas, cometas plateados… era toda una galaxia de dolor dentro de su cabeza. Gimió y tomó nota mental de no jugar nunca más al shronker con ningún miembro de cualquier especie sensible que no fuera la suya… y también iba a ser muy particular con ellos.

De acuerdo. Pasemos al siguiente punto del orden del día… ¿Dónde estaba?

La respuesta inmediata fue que estaba en el suelo, mayormente sobre su estómago, un poco sobre un costado. Era una cubierta; dondequiera que fuera, ciertamente no era el suelo del pabellón de shronker en el que había estado. Aquél había sido de sintomadera, cubierto con serrín y otras muchas cosas malsanas. Éste era metal frío, y vibraba muy ligeramente. Un «todo menos *zumbido* subsónico» con el cual Nick estaba muy familiarizado.

Estaba en una nave. Y la nave iba a algún lado. Rápido.

Intentó reconstruir los últimos momentos de conciencia que recordaba. Recordó el cañón de un lanzaproyectiles contra su columna vertebral. Incluso recordó el comentario de su asaltante desconocido acerca de mantener la espalda contra la pared, y muchísimas gracias por *ese* pedazo de consejo inútil… y entonces le habían golpeado, sin duda con la culata de la pistola, aunque se había sentido más como un rascacielos desmoronándose.

Caído allí; despierto aquí. Bien… ¿dónde era «aquí»?

Todavía en Coruscant, eso parecía cierto. Nada era más estable que un campo de gravedad artificial; si te asomabas a una portilla en el espacio, tendrías la impresión de que el universo se movía en vez de estar moviéndote a través de él. Pero las naves rara vez mantenían encendidos sus campos antigravitatorios mientras estaban en la atmósfera; Demasiado caro, en primer lugar, y la masa del planeta interfería con los amortiguadores de inercia. Nick podía sentir cambios en la velocidad y en el impulso, lo cual quería decir que todavía estaba en el planeta. Tampoco era una nave terriblemente grande, a juzgar por la forma en la que su estómago saltaba ocasionalmente.

Decidió que era hora de hacer un poco de reconocimiento. Sus intestinos estaban casi tan desenmarañados como iban a estarlo, y él estaba tan listo como podía para cualquier cosa que estuviera esperando su regreso a la conciencia. Nick abrió los ojos.

Yacía sobre la cubierta del puente de una nave. Reajustó su posición lentamente y cautelosamente para conseguir un mayor campo visual.

No parecía haber nadie alrededor. Nick se movió un poco más, y entonces fue cuando se dio cuenta de que llevaba esposas aturdidoras en las muñecas y los tobillos. El movimiento envió sensaciones de picazón recorriendo sus extremidades.

Miró a su alrededor. Yacía con los pies hacia la popa; levantando el cuello —una acción que hizo estallar una granada de iones en su nuca— sólo podía ver el compartimiento del puente. Era pequeño, con asientos para el piloto y el copiloto. Los asientos tenían respaldos altos, así que no podía ver quién estaba sentado en ellos. De la forma en que las sillas se movían, sin embargo, se notaba que ambas estaban ocupadas.

Se relajó, volviendo a tumbarse en la cubierta; incluso esa pequeña acción le había dejado mareado y con náuseas. A juzgar por el tamaño y el trazado de los corredores que salían del puente, Nick decidió que estaba a bordo de un carguero ligero o de una nave de transporte. Definitivamente no era un vehículo militar… demasiado desordenado para eso. Los clones habían sido programados para la limpieza desde el principio, y las fuerzas armadas, ya fueran imperiales o republicanas, tenían una tradición largamente establecida de mantener las cubiertas lo suficientemente limpias como para comer en ellas.

Esa nave, si lo que podía ver era una indicación, estaba hecha un desastre. Los mamparos tenían marcas grasientas de dedos de varias especies diferentes, y el barro de diversos mundos había sido esparcido alrededor y sin duda debajo de donde yacía. Además, el lugar olía raro. No el hedor de demasiadas formas de vida sin lavar en una proximidad demasiado cercana durante demasiado tiempo, sólo… raro.

Todo eso era interesante, pero no le estaba dando mucho a título de explicación. Decidió que, puesto que no tenía forma de liberarse a sí mismo de las esposas, no importaba si sabían que estaba despierto.

—¡Hey! —gritó.

La silla del piloto giró un poco, y de ella se levantó una criatura de pesadilla. Medía casi dos metros de alto y tenía la piel gris, parecida al cuero, así como también siete u ocho largas trenzas de pelo colgando de una cabeza calva. Llevaba una túnica corta, de color castaño, con botas del mismo tono. Parecía lo suficientemente perverso como para arrancarle un brazo a Nick y golpearle con él hasta la muerte. De hecho, parecía lo suficientemente perverso como para arrancarse su propio brazo y golpearle con él hasta la muerte.

Después de la conmoción inicial, su mente volvió a funcionar en condiciones y reconoció al ser como un weequay. Nick no sabía mucho sobre ellos, excepto que eran feroces guerreros. Habían servido como mercenarios para ambos bandos durante las Guerras Clon, y ahora muchos de ellos se dedicaban a ocupaciones de moral dudosa tales como cazarrecompensas, matones del Sol Negro, contrabandistas y cosas por el estilo.

En resumen, generalmente no eran una especie agradable por la que ser secuestrado.

El weequay se agachó a su lado. Su rugosa cara no mostraba ninguna expresión. Sus ojos negros brillaban intensamente.

—Uh… ¿puedo tomar una bebida en este vuelo? —preguntó Nick.

El weequay no contestó; la charlatanería no parecía ser el sello de la especie. Agarró a Nick y le puso de pie, provocando más explosiones en la cabeza del korunnai. Nick combatió el deseo de vomitar, entonces pensó, *Hey, no es mi nave*, y vomitó

espectacularmente. En su mayor parte cayó por la cubierta, pero las botas del weequay también recibieron su parte.

El weequay miró hacia abajo en estado shock. — ¡Mis… *botas*! —rugió, las palabras rechinaban con dificultad desde su garganta. Clavó la mirada en Nick, el cual sólo pudo ofrecer una sonrisa enfermiza y un encogimiento de hombros como respuesta. El weequay cambió su agarre a una mano sujetando el frontal de la camisa de Nick. Formó un puño con la otra mano que parecía tan grande y duro como un asteroide, echó el brazo hacia atrás, y…

—¡Mok! ¡Detente!

El asteroide homicida dirigido hacia la nariz de Nick vaciló.

—Suéltale. —La voz era humana, se percató Nick. Entonces Mok le soltó; él se tambaleó hacia atrás y mitad se sentó, mitad se derrumbó sobre las planchas de cubierta.

—Ve a limpiarte —dijo el humano—. Y envía un droide aquí arriba para encargarse de este desastre —mientras hablaba, fue girando el asiento del astronavegador, dándole a Nick una buena visión de su persona.

Nick ya había supuesto que estaba a bordo de la nave de un contrabandista, y la apariencia del hombre que tenía a la vista parecía confirmar sus sospechas. Era bajo y regordete, con barba de al menos una semana y una cicatriz no tratada a través de su mejilla izquierda que elevaba su labio superior en una mueca constante. El rosado tejido cicatricial contrastaba vívidamente con el tono de su bronceado natural. Llevaba unos pantalones, una camisa mal abrochada, y un chaleco repleto de bolsillos. Un pequeño desintegrador E-9 colgaba de una pistolera debajo de su brazo izquierdo. Podía haberse escapado del casting de un holovideo de piratas espaciales.

—Debes disculpar a Mok —dijo en un tono sorprendentemente agradable—. Está bastante orgulloso de esas botas.

Un droide MSE-6 salió a toda prisa de uno de los corredores por encima del puente y comenzó limpiar los restos de la última comida de Nick. El humano sonrió.

—Bienvenido a bordo del *Ranger Lejano* —dijo él.

Momentos después el weequay regresó, habiéndole devuelto a sus botas su antigua gloria. Miró furiosamente a Nick.

—Deberíamos espaciarle —dijo, emitiendo cada palabra laboriosamente desde su laringe.

—Centrémonos en nuestro objetivo —contestó su socio humano—. Recuerda, hay una atractiva recompensa sobre el Mayor Rostu. Después de todo, es un desertor, y mató a un representante de alto rango del Imperio.

El corazón de Nick se hundió. Había estado tanto tiempo en los niveles inferiores, habían amenazado su vida y su libertad desde tantas direcciones diferentes, que casi se le había olvidado que había una recompensa imperial por su cabeza. A través de la carlinga delantera podía ver el paisaje urbano pasando por debajo de la nave. Se encaminaban al corazón de Ciudad Imperial, el Palacio. Era poco antes del amanecer en esa zona

horaria… más tarde que la hora más oscura de la noche que había dejado atrás en los Arrabales. Estimó que había estado inconsciente alrededor de dos horas.

—Casi hemos llegado a nuestro destino —dijo su captor—. Oh, disculpa mi falta de modales —mi nombre es Drach Coven. No es que vaya a tener mucha importancia para ti a largo plazo. Imagino que estarás muerto o en prisión antes de que acabe el día. Dicen que la justicia se dispensa bastante rápido ahora que todo ese fastidioso proceso de litigación ha sido reemplazado por el decreto imperial.

Nick se preguntó brevemente quién era ese tipo; aunque parecía un pordiosero, hablaba como alguien de una clase más refinada. Pero realmente esa no era su mayor preocupación en ese momento. Estaba mucho más preocupado sobre cómo iba a escapar estando frente a un maldito escuadrón en un futuro muy cercano. Varios posibles escenarios pasaron rápidamente a través de su cerebro… desafortunadamente, todos ellos comenzaban con él sin estar esposado de pies y manos.

El droide ratón terminó de limpiar la cubierta y se fue a toda prisa. El weequay, con una mueca final hacia Nick, se sentó de nuevo en el asiento del piloto.

Coven dijo cordialmente.

—Mok puede ser un poco malhumorado; un fallo de la especie, creo entender. Sé que parece un bruto, pero en verdad es muy brillante, y un piloto mucho mejor que yo, el Discurso es un modo secundario de comunicación para su raza. Entre ellos disertan mediante descargas de feromonas.

Eso explicaba el olor extraño, se percató Nick. Probablemente el equivalente olfatorio de mascullar en voz baja para un weequay. Cuando no respondió a esa declaración, el contrabandista frunció el ceño.

—Espero que no estés resentido sólo porque vamos a entregarte por la recompensa. Obviamente, no es nada personal. Tengo gastos, después de todo. Esta nave no funciona con pensamientos agradables.

—Supongo que funciona con combustible del mercado negro —dijo Nick.

Coven alzó una ceja.

—Qué divertido —un asesino con moral elevada sobre el comercio.

Nick comenzó a contestar, entonces se encogió de hombros. ¿De qué serviría?

Coven se volvió hacia la consola y abrió un canal de comunicaciones.

—Puerto de atraque Uno-Cuatro-Cinco-Tres-S-G, aquí el carguero corelliano *Ranger Lejano* de la Liga Interestelar de Comercio, pidiendo autorización de aterrizaje…

La nave descendió delicadamente sobre su cojín invisible de energía repulsora. Nick vio momentáneamente a un pequeño comité esperando; algunos soldados de asalto, un subalterno, y un elomin vestido con túnicas caras. Una vez que el tren de aterrizaje de la nave reposó firmemente en el muelle, Mok abrió la rampa.

Nick esperaba que le quitasen las esposas de las piernas para que pudiese salir de la nave. En lugar de eso Mok le alzó y se lo colgó sobre el hombro, llevándole como Nick podría llevar un saco de purnix maduro, por lo que no pudo ver nada aparte de la cubierta y los talones de las botas del weequay.

Coven intercambió saludos con el elomin, quien se identificó a sí mismo como Haninum Tyk Rhinann. Mok dejó a Nick en el suelo mientras Rhinann hacía un ademán a su subalterno, un givin, que le entregó un paquete a Coven. Este último sonrió y lo guardó en su chaleco. Le dio al elomin un saludo alegre.

—Un placer hacer negocios con usted —dijo él.

El elomin hizo otro gesto. Dos soldados de asalto alzaron sus desintegradores.

—Siguiendo el procedimiento, se os ha pagado la recompensa por entregar a un enemigo del Imperio —le dijo a Coven y a Mok—. Ahora estáis bajo arresto por contrabando y otros crímenes contra el Gremio Mercantil. —El givin dio un paso adelante y cogió el dinero de la recompensa del chaleco del desconcertado Coven—. Puesto que el Imperio no negocia con criminales —continuó Rhinann—, vuestra recompensa es por tanto retirada y confiscada —así como vuestra nave y todas las posesiones y accesorios que se encuentren en ella.

—¡Está cometiendo un error! —protestó Coven—. Somos miembros autorizados de la LIC…

—Llévenselos. —Rhinann hizo un gesto de despido.

Coven estaba demasiado aturdido como para seguir protestando; Mok no. El weequay rugió de furia y golpeó a uno de los soldados, lanzándole unos buenos cinco metros a través de la cubierta. Mientras Mok se volvía hacia el otro soldado, fue golpeado en la espalda por un rayo aturdidor disparado por un tercero. Los anillos concéntricos de energía le recorrieron por todo el cuerpo, haciéndole caer con un impacto que hizo vibrar el duracreto.

Rhinann observó desapasionadamente como se llevaban a los contrabandistas.

—Encárgate de que eso —hizo un gesto de menosprecio hacia el carguero— es confiscado —le dijo a su asistente. Hizo otro gesto, y un soldado de asalto puso a Nick en pie.

—Quítele las esposas aturdidoras —dijo Rhinann. Nick tuvo tiempo de una breve oleada de esperanza antes de que el elomin añadiese—. Lord Vader querrá verle inmediatamente.

¿Vader? pensó Nick. *Darth Vader, ¿el lugarteniente del Emperador*? ¿Qué, en nombre de todos los antepasados de su ghosh, quería el Lord Sith de él?

Tenía un *auténtico* mal presentimiento sobre eso…

Dieciocho

El Mercado Mongoh cerca de la medianoche no era un lugar que quisiera visitar a solas, reflexionó Den. Esencialmente era un mercado al aire libre, con puestos abarrotados atendidos por diversas especies, todas vendiendo sus mercancías en una cacofonía de gritos, silbidos, zumbidos, y rugidos. Den se había acostumbrado más o menos a la constante andanada de decibelios que era parte de la vida en la gran ciudad-planeta, pero el ruido producido allí, a pesar de que el lugar no estaba cerrado, era increíble. Deseó haber recordado sus amortiguadores sónicos.

Los clientes eran tan variados y pintorescos como los vendedores. I-Cinco parecía ser el único droide que Den podía ver, aunque nadie se fijó particularmente en él mientras se deslizaba hábilmente entre la multitud, evitando a un rodiano borracho con un educado «discúlpeme», deteniéndose para recoger, con increíble velocidad, una cesta de vainas verdes que había dejado caer una hembra snivvian y dándole indicaciones a un arcona que buscaba una estación pública de comunicaciones. A todas luces era el perfecto droide de protocolo, educado y útil hasta un punto que rozaba el servilismo. Nadie sospecharía que era una máquina con una misión.

Den le siguió lo mejor que pudo, preguntándose cómo pensaba el droide que podría encontrar a Jax entre ese gentío, incluso si el Jedi todavía seguía en algún lugar de la vecindad. También se preguntaba, no por primera vez, si el compromiso de I-Cinco de localizar al hijo de su antiguo socio estaba pasando de la obsesión a la más completa aberración. *Es terriblemente leal para ser un droide*, pensó él. *En realidad es un poco patético*.

Después de algunos minutos más de lo que a Den le pareció búsqueda aleatoria, el droide se detuvo junto a un pequeño puesto de plastiacero y sintomadera donde vendían máscaras de ozono, parches antioxígeno, filtros nasales y otros bálsamos para los respiradores de oxígeno más paranoicos.

El propietario, un humanoide de una especie que Den no reconoció —lo cual era sorprendente en sí mismo, dado que había recorrido la galaxia de punta a punta en más de una ocasión— hablaba en voz baja con I-Cinco. Para cuando Den logró atravesar el gentío y llegar lo suficientemente cerca del puesto, la conversación había acabado, e I-Cinco se alejaba rápidamente. Den suspiró y cambió de rumbo para no quedarse atrás.

Alcanzó al droide en el mismo instante en el que salían del mercado; la relativa quietud fue una bendición y media.

—De acuerdo, droide espía, ¿de qué iba *eso*?

—Aparentemente Jax tuvo un enfrentamiento con uno de los gángsteres locales hace un par de días. Un hutt llamado Rokko.

—He oído hablar de él. Así que esa fue la escena de la pasarela.

—Exactamente. Y ahora ya sé la localización de la residencia de Rokko.

—Y simplemente vas a ir hasta él y vas a preguntarle por nuestro chico —el pequeño sullustano estaba empezando a jadear… sus piernas cortas no podían igualar las largas zancadas que daba I-Cinco.

—Algo así —contestó el droide.

Den se abalanzó y logró agarrar el brazo de I-Cinco, ralentizando al droide.

—Si crees que va a ser tan fácil —dijo él—, entonces tengo un campo de asteroides en el Alcance que me gustaría venderte —permaneció agarrado, e I-Cinco se detuvo reluctantemente.

—Está bien —dijo él—. Dame una alternativa.

Den sabía que no tendría la atención del droide durante mucho tiempo. Habló rápidamente.

—Simplemente no podemos entrar de pronto y sin invitación como un par de soldados de asalto colocados y empezar a hacer demandas. Necesitamos alguna clase de tapadera: una historia que se crean.

—Y tú tienes una.

—La tendré, en un minuto. —Den pensó furiosamente—. Necesitamos algo con lo que tentarle, algo que quiera ver… —sonrió—. Tu.

El droide parpadeó, un rápido destello de apagado y encendido de sus fotorreceptores.

—¿Yo?

—Más precisamente, tu habilidad jugando al sabacc. Rokko adora jugar a juegos de azar, por lo que he oído. Estará fascinado por un droide que juega a las cartas.

I-Cinco proyectó escepticismo.

—Cualquier droide de protocolo puede ser programado para…

—Para jugar a las cartas, seguro. Pero no se puede programar una aptitud para eso. No como lo has sido tú.

—Asumiendo que estés en lo cierto…

—Confía en mí en esto —dijo Den—. Estoy en lo cierto. En Drongar te enfrentaste con Tolk, Barriss y Klo —una lectora de expresiones corporales, una Jedi, y un mentalista, sin mencionarme a mí, que tengo cierta habilidad en el juego— y lograste reunir suficientes créditos para traernos a Coruscant y mantenernos con vida todo este tiempo. Eso requiere algo más que un buen chip calculador. Además, es como la frase sobre un noghri recitando poesía —lo asombroso no es que lo haga bien, sino que lo haga.

—Muy bien —dijo el droide—. ¿Cuál es la estafa?

—Simple. Voy a venderte a Rokko.

* * *

El Elomin no era un tipo hablador. Nick nunca antes se había encontrado con un representante de esta especie en particular. Haninum Tyk Rhinann era alto y delgado, y sus zancadas era difíciles de seguir. Cada vez que exhalaba, sus colmillos nasales chirriaban. Era molesto en extremo. Nick había oído decir que eran criaturas temibles para algunos, con sus cabezas con cuernos y colmillos nasales, pero personalmente

pensaba que Rhinann parecía algo tonto… como un caminante AT-ST vestido con ropas ostentosas, avanzando por el corredor del Palacio.

Como si leyese los pensamientos de Nick. —*¿Son los Elomin telepáticos*? se preguntó en un momento de pánico— Rhinann volvió la cabeza hacia él y le traspasó con la mirada. —Continúa, humano. A Lord Vader no le gusta que le hagan esperar.

Buen punto. Si bien Nick no estaba exactamente deseoso de conocer al Señor Oscuro, llegar a tiempo sería mejor que retrasarse.

—¿Pero por qué quiere verme? —preguntó—. No soy tan importante —soy simplemente un guerrillero. Yo…

—Anoche ayudaste a un Jedi. Le ayudaste a escapar de un pormenor enviado para él por las autoridades locales.

Nick le miró fijamente. — ¿Cómo supiste…? —pero se dio cuenta de la respuesta antes de que terminase la pregunta—. Las cámaras del pasillo. —Muchos hoteles y otros establecimientos por el estilo en lugares como los Arrabales tenían videocámaras colocadas en los pasillos, y probablemente también dentro de una buena cantidad de habitaciones. Sin duda una cámara había captado los últimos minutos de la pelea en Las Armas de Coruscant. Y habría sido una simple cuestión de comparar su holo identificador con el del antiguo mayor Nick Rostu.

—Sí. Lord Vader ha examinado las imágenes y ha identificado al Jedi como Jax Pavan. Poco después, nuestras cámaras te descubrieron en Tangor Square. Enviamos al weequay y su compañero a capturarte. Eran contrabandistas y cazarrecompensas. El resto ya lo sabes.

—¿*Eran* contrabandistas y cazarrecompensas?

—Exactamente. Ahora son desperdicios, el Imperio ha adquirido un nuevo carguero sin coste alguno y no se ha quebrantado ninguna ley. Muy eficiente.

Nick quedó sorprendió por la compasión que sintió para sus antiguos captores, y nada sorprendido por la cólera que sintió hacia Rhinann. Con un esfuerzo la apartó y dijo:

—Nada de esto explica qué quiere Vader de…

—Él no te quiere a *ti* —dijo Rhinann—. Quiere a Jax Pavan. Tú meramente eres los medios para conseguir ese fin.

Diecinueve

—Pensabas que le tenías, ¿verdad? —preguntó el Underlord.

No había sentido en disimular, Kaird lo sabía. A menudo había oído decir que cuando uno se da cuenta de que todo está perdido, y la deshonra y la muerte son una garantía, cierta serenidad acompaña al conocimiento. Una comodidad paradójica, o al menos un alivio, al mirar finalmente a la muerte de frente. No más intentar seguir una docena de líneas temporales simultáneamente; no más intentar trazar un curso a través del brumoso laberinto del futuro. No más planes. No más preocupaciones. Sólo aceptación.

Kaird sabía de la calma que acompaña al compromiso absoluto del guerrero, aunque él mismo nunca había tenido que experimentarla. Generalmente esa no era la jurisdicción de un asesino, el cual tiene la misión de terminar el trabajo mediante cualquier medio posible. El honor no era sólo superfluo para alguien como Kaird, a veces era categóricamente peligroso. Los asesinos no podían permitirse el lujo de tener honor.

Dado todo eso, estaba sorprendido de sentir esa sensación de serenidad de la que había oído hablar. Pero ahí estaba. Sabía que no había forma de escapar de eso: sólo quedaba que el Underlord pronunciara su sentencia. Había unos cuantos en la organización que se empujarían para estar en primer lugar y apretar el gatillo y muchos más que no lo considerarían nada especial y a los que no les quitaría el sueño. Incluso los pocos que Kaird contaba como amigos y aliados le enviarían al Gran Nido con poco más que una lágrima o dos. Después de todo, como decía el dicho, no era personal. Simplemente eran negocios.

Y él no tenía ilusiones sobre la gravedad de sus acciones. Intercambiar insultos e insinuaciones con Xizor durante el curso de las reuniones era una cosa; intentar tenderle una trampa para incriminarle por el robo de una propiedad de valor casi incalculable de un poderoso jefe de sector en Metellos era algo totalmente diferente. Como castigo por lo primero, el Underlord Perhi probablemente se habría contentado con abrirle a Kaird una nueva cloaca; por lo último Xizor exigiría nada menos que los restos congelados del nediji flotando a la deriva en órbita sobre el planeta.

Si se hubiese salido con la suya, habría sido diferente. La casa Sizhran no habría estado muy contenta con la expulsión de su hijo predilecto, pero como Vigo, Kaird habría estado en una posición mucho mejor para tratar con sus reacciones.

Pero no se había salido con la suya. Y Ahora…

—Fue más listo que yo —dijo Kaird. No había vergüenza en admitirlo.

—Cierto —contestó el Underlord—. Tendrás que ser más precavido la próxima vez.

¿La próxima vez?

Kaird observó la cara de Dal Perhi cuidadosamente. Era medianamente adepto leyendo las expresiones humanas, pero el Underlord no estaba mostrando nada en ese momento. Los pensamientos surgieron en la mente del nediji, persiguiéndose unos a otros como plumas en una corriente elevada. Sabía que Perhi no era dado a la crueldad innecesaria o excesiva; por otra parte, la compasión tampoco era exactamente el núcleo

de su reactor principal. El meollo del asunto era que el Underlord del Sol Negro no era conocido por actos magnánimos.

Sólo por los prácticos.

Kaird inclinó la cabeza ligeramente.

—¿La próxima vez?

Perhi asintió, como si reconociera algo confirmado. Se reclinó hacia atrás.

—El príncipe Xizor es ambicioso —dijo él, y se encogió de hombros—. No es nada particularmente asombroso; los falleen no presumen de tener una ascendencia linda y adorable.

—Tampoco los Nediji —dijo Kaird.

—Muy cierto. Pero hay una diferencia crucial entre Xizor y tú. Xizor sería Underlord. De nuevo, no es algo terriblemente sorprendente —muchos miembros del Sol Negro ven el puesto de Vigo como penúltimo. Pero tú no, Kaird.

Kaird sintió erizarse las finas plumas que cubrían su piel; no podía controlar la antigua reacción ante el peligro repentino al igual que no podría haber detenido su corazón. Y aún así… ¿había realmente algún peligro al que reaccionar? Siempre había asumido que su deseo de dejar la organización era equivalente a poner precio a su cabeza si alguien se enteraba de ello. Pero el tono del Underlord no era acusatorio.

Dal Perhi se enderezó y extendió una mano hacia la pared. Una sección de la superficie de cristacero se volvió transparente, revelando una magnífica vista: la brillante curva del mismo planeta, frente al terciopelo del espacio. Puesto que Sinharan T'sau era un gancho celestial, Coruscant parecía estar «sobre» ellos, refulgente contra la noche. Mientras Kaird observaba, un Destructor Estelar de la clase *Victoria* salía lentamente de órbita. La nave en forma de cuña de novecientos metros, erizada de turboláseres, dispositivos de lanzamiento de misiles y demás armamento comenzó a elevarse lenta y silenciosamente hacia las estrellas, con su conjunto de motores iónicos resplandeciendo. Apuntaba en dirección a la Nebulosa Massiff, aunque Kaird sabía que esa no era indicación del destino final del Destructor.

—Xizor quiere todo de esto —dijo el Underlord, haciendo un gesto hacia la medialuna dorada que llenaba la mitad superior de la gran ventana—. Verdaderamente creo que, si me reemplaza, no quedara satisfecho. Creo que intentará usar su posición para hablar al oído del mismísimo Emperador.

Kaird estaba sorprendido. La actitud de la República hacia el Sol Negro había sido una de intolerancia; las instituciones locales para la aplicación de la ley en diversos planetas habían asaltado casas de apuestas, habían cerrado guaridas de especia y puntos de distribución cuándo y dónde podían, y en general les habían hecho la vida sumamente complicada, especialmente en los sistemas del Núcleo. Por supuesto, hacia el fin el Senado se había vuelto tan hinchado e ineficaz que la amenaza era pequeña, si es que la había, pero el estigma había permanecido.

Con el Imperio, era diferente. El Emperador Palpatine había resultado ser un gobernante mucho más pragmático que el Canciller Palpatine. Se oponía a cualquier

reconocimiento oficial del Sol Negro, por supuesto, pero era un secreto a voces que, mientras no se intentara nada demasiado descarado, las rutas de contrabando de especia, las guaridas de perdición y el tráfico del mercado negro eran libres de operar. Esos días era muy probable que el personal planetario del orden volviese su órgano sensorial hacia otro lado ante las diversas operaciones lucrativas de la agrupación.

Naturalmente, hubo un precio —o mejor dicho, un montón de precios, tarifas, comisiones, etc.— por esto, pero para la mayor parte el Sol Negro lo pagaba gustosamente. Considerándolo todo, verdaderamente era, como Palpatine había proclamado después de tomar las riendas del gobierno, una Edad Dorada. Para los criminales de todas formas.

Perhi, sin embargo, no creía que la luna de miel durase para siempre, y no estaba convencido de que fuese una bendición sin impurezas mientras lo hacía. El Underlord sentía que era importante que el Sol Negro conservase su autonomía. No quería una guerra perpetua entre el Sol Negro y el Imperio, pero consideraba que el detente debería proceder sólo hasta ahí. El acuerdo completo conduciría final e inevitablemente a la complacencia, y de allí a la conformidad. Dado todo esto, Kaird podía ver cómo la amenaza percibida de Xizor tenía muy preocupado al Underlord Perhi… y no sólo por su bien.

Todo esto pasó como un relámpago por la mente de Kaird. Antes de que pudiese hablar, sin embargo, Perhi alzó una mano tranquilizadora.

—Ahora —dijo él—, estoy medianamente seguro de que he leído a nuestro príncipe falleen correctamente. Dime si te he juzgado tan acertadamente.

—También tú aspiras a ser un Vigo, Kaird de los Nediji —dijo él—. Pero tu objetivo final no es ser Underlord del Sol Negro. De hecho, tu meta yace en el extremo más alejado de uno de los brazos de la espiral. —Gesticuló otra vez, y la vista panorámica cambió abruptamente, mostrando el plano galáctico. Un momento después Kaird tuvo que suprimir un jadeo cuando todo el gancho celestial pareció *saltar* hacia adelante, dirigiéndose con increíble velocidad hacia el cegador Núcleo galáctico.

Por supuesto, se dijo a sí mismo, todo el viaje era simulado, generado en un ordenador central en alguna parte del Hall de Media Noche. Aun así, el realismo era absoluto. Parecieron pasar como un relámpago por el Núcleo en segundos, pasando silenciosamente entre las apiñadas estrellas que estaban separadas, en algunos casos, por meros meses-luz. Durante un instante se balancearon en el borde de la apabullante vorágine del centro, el hambriento agujero negro que tragaba estrellas enteras en sus desconocidas profundidades… y entonces lo dejaron atrás, acelerando otra vez a través de cegadoras capas de nebulosas, el abarrotado firmamento finalmente comenzaba a diluirse.

Quedaron libres del Núcleo y continuaron el viaje, sin reducir la velocidad; si acaso, se dio cuenta Kaird, aceleraron, cubriendo miles de años-luz en un segundo, haciendo que el viaje hiperespacial más rápido pareciese el deambular de un viejo dewback. Entonces, por fin, la simulación comenzó a reducir la velocidad. Entraron en un sistema, dejando

atrás rápidamente un gigante gaseoso anillado, uno no anillado más pequeño… y finalmente se detuvieron ante un mundo blanco y azul, orbitando en el estrecho bocel entre los puntos de ebullición y congelación del agua. Con una sacudida, Kaird lo reconoció.

Nedij. *Su* mundo.

Y detrás de él, suavemente, el Underlord dijo:

—Tú sólo quieres ir a casa, ¿verdad, Kaird?

Veinte

—No puedo decir que esté emocionado con esta idea —dijo I-Cinco.

—Claro que no. Nunca te emocionan mis ideas. Si hubiese sido tu idea venderte en esclavitud a un gángster cruel sólo para conseguir información, averiarías los cables de tu colector de energía para probarlo.

—¿Lo haría?

—Claro que sí —le aseguró Den al droide mientras se aproximaban a la entrada subterránea de la guarida de Rokko—. Porque eres más listo que el droide común, de lejos. Encontrarás la manera de obtener la información que necesitamos, y después escapar. Cualquier cosa por el bueno de Jax.

Los fotorreceptores de I-Cinco se volvieron hacia él, su ángulo, foco, e intensidad registraron leve sorpresa.

—¿Detecto una nota de sarcasmo?

—Justo lo que necesito ahora mismo: un droide paranoico. —Detrás de su rápida respuesta, sin embargo, Den se sintió incómodo. El comentario de I-Cinco había dado en el blanco más de lo que a él le importaba admitir. Aunque había intentado negárselo a sí mismo, según se había intensificado la búsqueda de I-Cinco de Jax Pavan, Den había empezado a encontrarse cayendo víctima de una emoción muy inesperada y muy desagradable.

Estaba celoso.

Al principio había intentado negárselo a sí mismo, pero no había tardado en darse cuenta de la futilidad de ese curso. Así que lo había admitido, silenciosamente, y trató de racionalizar su salida, diciéndose a sí mismo que el hijo de Lorn no pondría en peligro de ningún modo su amistad con I-Cinco, siempre y cuando lo encontraran. Eso tampoco ayudaba. Eso estaba consiguiendo que cada vez que el droide mencionaba a Jax, Den se encontraba a si mismo rechinando los dientes.

Esto es absurdo, se dijo a sí mismo. *No puedes sentirte inseguro sobre lo que siente un* droide *por ti. ¿Cómo de patético es eso*?

No obstante, así era como se sentía.

Por lo que sabes, I-Cinco fue programado por Lorn para buscar a Jax con toda esta devoción inquebrantable. Pero incluso mientras pensaba esto, sabía que ese no era el caso. De todos los droides con los que Den se había encontrado alguna vez, I-Cinco era el único sensible. Parte de ello, sabía el reportero, estaba o preprogramado o era mímica heurística, tal como era con todos los droides de protocolo. Los amortiguadores de creatividad y los inhibidores de conducta incorporados, se decía, evitaban que las máquinas alcanzaran ese extraño nivel de auténtica conciencia reservado para humanos y otros seres orgánicos. Pero I-Cinco se había deshecho de su amortiguador de creatividad y de la mayor parte de su software de IC. Había algunas subrutinas inalterables que estaban tan profundamente integradas que no podían ser eliminadas sin dañar físicamente su procesador principal, por supuesto. Por ejemplo, podía cometer asesinato tanto como

podía volar agitando los brazos, aunque podía defenderse y a aquellos bajo su protección. Pero además de las opciones ampliadas que le proporcionaban la falta de hardware y software, Den no podía evitar sentir que I-Cinco tenía algo más en él, algo indefinible, algo que le hacía ser más que la suma de sus partes electrónicas.

Todo ello se reducía a que el maldito hombre de metal tenía libre albedrío, hasta un nivel sin precedente. No era su programación lo que le conducía tan implacablemente a encontrar al hijo de su socio y amigo: era deseo. Buscaba por las peores calles de lo más bajo de Coruscant porque *quería* encontrar a Jax Pavan.

Y Den no podía evitar preguntarse si, llegado el caso, I-Cinco mostraría ese mismo nivel de amistad y devoción por él.

Se dio cuenta de que el droide había dicho algo.

—Lo siento ¿qué?

—He dicho, ¿qué pasa si me colocan un perno de contención?

—Bueno…

—No has pensado en eso, ¿verdad? —Cuando Den no respondió, el droide continuó—. Afortunadamente, una de las primeras cosas que hizo Lorn cuando me rescató de la guardería del infierno fue instalar software de contrabando que desactiva pernos de contención y otros dispositivos inhibitorios externos.

—Ya sabía eso —dijo Den precipitadamente. El droide le dedicó una mirada escéptica mientras doblaban la esquina y se encontraban abruptamente frente a un droide muy grande y muy intimidante. Den no estaba familiarizado con el modelo, pero se notaba que no había sido diseñado para ser portero. Parecía lo que era: una máquina aniquiladora.

—¿Cómo puedo ayudarles, amigos? —le preguntó la voz electrónica a Den. El tono era cortés, incluso solícito, pero Den no se dejó engañar; sabía que si el droide percibía cualquier cosa remotamente como una amenaza, le cocinaría. No importaba que fuera un sullustano desarmado, lo cual le hacía casi tan mortífero como un hugglepup con la barriga llena de raíces de bliss; si no escogía su respuesta cuidadosamente enviarían sus restos de vuelta a Sullust en una bolsita.

El droide esperó una respuesta. Ignoró a I-Cinco, lo cual no era sorprendente… un mero droide de protocolo no era una amenaza.

—Tengo un artículo curioso que creo que el gran Rokko podría encontrar divertido —dijo Den. Gesticuló hacia I-Cinco—. ¿Alguna vez has visto a un droide de protocolo jugar al sabacc?

El guardia droide volvió sus fotorreceptores hacia I-Cinco. Era la voz de Rokko la que salía ahora por el vocalizador; aunque Den nunca había oído hablar a ese Hutt en particular, estaba muy familiarizado con la pronunciación del Básico que caracterizaba a la especie.

—De hecho, sí. —El gánster sonaba aburrido.

—¿Alguna vez ha visto a uno ganar nueve partidas de diez? —preguntó Den.

Hubo una pausa; aunque el guardia droide permaneció inmóvil, el reportero sabía que dentro de su santuario, Rokko acababa de quedarse de una pieza.

—No —dijo lentamente la voz raspante—. Eso no lo he visto.

* * *

Nick Rostu conocía la oscuridad.

Después de todo, había ayudado al Maestro Jedi Mace Windu contra Kar Vastor en las vaporosas selvas de Haruun Kal. Kar Vastor, líder de la resistencia Balawai; Kar Vastor, con sus vibroespadas incrustadas en los brazos y su fuerza casi sobrenatural. Kar Vastor, más fuerte en la Fuerza que cualquier otro korunnai, más fuerte que cualquier otro en la galaxia, quizá, salvo por los Jedi. Kar Vastor, tan sumergido en el lado oscuro que, aunque Nick había estado sólo a un par de metros de él durante esa batalla final, aunque podía ver al hombre tan claramente como podía ver a Mace, o a Iolu, el guarda que le había abierto desde el esternón hasta el ombligo… aun así, echando ahora hacia atrás la mirada, se dio cuenta de que no podía visualizar la cara del líder de la guerrilla. Era como si el comandante balawai hubiese estado cubierto de oscuridad, en cierta forma, como si el lado oscuro de la Fuerza radiase una extraña antiluz. Kar Vastor había sido la esencia, la personificación, del poder primitivo, del salvajismo de la selva y del ansia de sangre hecho carne. Nick nunca había visto a nadie o a nada igualarle.

Hasta ahora.

Hasta que estuvo en pie, desarmado, delante de Darth Vader.

Como si estar armado supusiese alguna diferencia, pensó. Podría estar equipado con cohetes de muñeca, un rifle de bolsillo, un par de DL-44, y un rifle disruptor y sería lo mismo que llevar una estaca afilada.

Vastor había sido ferocidad animal y amenaza, apenas contenida. Había retumbado con el poder del lado oscuro. Sus brazos, sus piernas, su torso y sus hombros habían estado revestidos por capas de músculo estriado; parecía que podía haber alzado una pastadora embarazada sobre su cabeza. Con una mano.

Vader era tan alto como había sido Vastor, pero probablemente pesaba unos buenos veinte kilos menos. No era igual de impresionante físicamente; Nada de musculatura visible debajo de la negra armadura. No tenía importancia. En la mente de Nick no había duda de que si Kar Vastor se hubiese enfrentado a Darth Vader, el fiero renegado balawai no habría tenido ninguna posibilidad.

La Fuerza era poderosa en Vader; incluso la débil conexión de Nick podía sentirlo. Era mucho más poderosa de que lo que había sido en Kar Vastor. Había emanado de Vastor en ondas de furia, estallado como un horno abierto. En Vader, era…*contenida*. Acumulada.

Esperando.

El escenario era suficientemente innocuo: estaban en un balcón, a gran altura sobre los niveles principales de la ciudad. Era poco después del amanecer; los rayos matutinos del sol de Coruscant arrancaban destellos opalescentes de muchas torres, zigurats, cúpulas y otras estructuras que rodeaban el Palacio Imperial. La espiral en forma de bala

que los sostenía era más alta que la mayoría; Nick estimó que se encontraban por lo menos a setecientos metros por encima de las calles. Si cayese desde esa altura, tendría casi diez segundos para lamentarlo antes del impacto… asumiendo que no chocase a medio camino con uno de los muchos vehículos que ocupaban los diversos estratos de tráfico.

Vader estaba cerca del borde del balcón, mirando fijamente la ciudad. Nick podía oír su respiración dificultosa. Después de un momento, se dio la vuelta, la capa negra ondeando tras él. Los únicos rastros de color en su cuerpo eran las parpadeantes luces de estado en su placa pectoral. El casco se volvió hacia él. Los opacos hemisferios redondeados que protegían sus ojos —o eran sus ojos, por lo que Nick sabía— no mostraban ningún movimiento; pero en cierta forma Nick se dio cuenta de que estaba siendo inspeccionado.

—Mayor Nick Rostu —la voz sobresaltó a Nick. No estaba seguro de cómo había esperado que sonara Vader, pero no una voz aterciopelada de barítono—. Antiguo miembro del Grandioso Ejército de la República —continuó Vader—. Se le acusa del asesinato del Coronel Majjen, un representante imperial.

No parecía haber ninguna razón para contestar a eso, así que Nick permaneció callado.

Vader no pareció notarlo.

—También es responsable de los asesinatos de un considerable número de soldados imperiales durante el tiempo que pasó como luchador callejero. Sin mencionar el incumplimiento de varias leyes.

—Se llama guerra —dijo Nick. Le exprimiría si se dejaba intimidar… o eso se dijo a sí mismo. La verdad era que ya estaba bastante intimidado. Su voz había sonado un poco más alta de lo que le había gustado.

—No —dijo Vader—. Se llama sedición. Y cuando la realiza un oficial, se llama traición. —El Señor Oscuro guardó silencio durante un momento, ocupado aparentemente con sus propios pensamientos. Entonces dijo—: La Fuerza arde en su interior, Mayor. Su llama arde débilmente, pero hay potencial. Su fuego podría ser alimentado y rápidamente, por el poder del lado oscuro.

Nick permaneció en silencio, esperando.

—Tengo una tarea para usted, Mayor —dijo Vader—. Si la completa satisfactoriamente, recibirá una nave y se le dejará marchar, ninguna mano se alzará en su contra —siempre que abandone Coruscant y los sistemas del Núcleo. Fracase, y su vida quedará confiscada. ¿Comprende?

—Queréis que encuentre a Jax Pavan por vos —dijo Nick—. No lo haré. —Su voz tembló un poco, pero pronunció las palabras.

Vader dio un paso hacia él.

—Creo lo hará. De hecho, sé que lo hará. Es valiente; su expediente lo deja claro. No teme a la muerte —alzó su mano izquierda, su dedo índice ligeramente extendido, como haciendo una observación—. Pero hay cosas peores que la mera muerte…

Y antes de que Nick se diera cuenta de lo que estaba pasando, el Señor Oscuro estaba de alguna manera *dentro* de su cabeza, una sombra oscura interrumpiendo el flujo de sus pensamientos. La sombra parecía expandirse…

Nick gritó y cayó en una negrura aun más perfecta que los ojos de Darth Vader.

Veintiuno

Jax tenía que admitir que la hospitalidad de Rokko parecía suficientemente genuina. El hutt les había ofrecido el lujo de una buena comida y una ducha, así como el lavado y el remendado de sus ropas. Jax había tomado la precaución de sacar primero su sable láser del bolsillo oculto dentro de su gabardina. No importaba si lo encontraban. —Rokko ya sabía que era un Jedi— pero no quería ni pensar en que se lo robaran.

A una larga ducha ultrasónica y un masaje enérgico de un droide TDL modificado, cuyos dos sets de manos habían sido equipados con dedos vibratorios, les había seguido una comida de t'surys a la parrilla aderezados con esponjas wort y rematados con una botella de Chandrilano Azul del 439. Después del cual Jax tuvo que admitir que se sentía considerablemente mejor. También se sentía capaz de dormir durante una semana estándar.

—Rokko va a prestarnos a un par de sus matones para que nos proporcionen protección mientras buscamos a Ojos de Insecto —dijo Laranth mientras se abrochaba el cinturón del desintegrador alrededor de sus caderas. El tono con el que dijo esto indicaba lo superflua que consideraba tal protección—. También tiene a su gente intentando localizarlo.

—Bien. Cuanto antes nos pongamos en marcha mejor. —Jax no mencionó sus preocupaciones sobre aceptar la ayuda del hutt, porque indudablemente estaban siendo monitorizados. Además, no era necesario; Laranth sabía tan bien como él que Rokko intentaría encontrar alguna forma de traicionarles en esto. Era una conclusión obvia que los agentes del Emperador pagarían más por el droide y un par de Jedi rebeldes que sólo por el droide. El truco consistía en encontrar el momento oportuno para convertir la traición en una traición doble.

—Acabemos aquí y volvamos a las calles —dijo él.

—Todavía no —contestó Laranth—. Rokko quiere vernos antes de que nos vayamos. Y ahora mismo está ocupado negociando por un nuevo droide.

Jax alzó una ceja.

—¿Un nuevo droide?

—No te preocupes. Por lo que he escuchado, no es nuestro droide. Es una unidad de protocolo —supuestamente un mago al sabacc, o algo.

Jax gesticuló impacientemente.

—Lo que sea. No tenemos tiempo para esto.

—Aparentemente sus prioridades son diferentes —dijo Laranth—. Yo no le apresuraría, Jax. Ahora mismo es la mejor —posiblemente la única— opción que tenemos de encontrar al Cuatro-Te-O.

Las cartas parecían ridículamente enormes en las regordetas manos del hutt. Las estudió un momento, y entonces anunció:

—Apuesto dos —metió dos créditos en el bote.

I-Cinco parecía completamente inmutable, incluso para Den, quien sabía cómo leer las expresiones del droide.

—Subo dos —entraron dos créditos más.

Den resistió la urgencia de mover los pies. En esa partida se estaba jugando mucho más que su reputación.

—Subo cinco. El hutt era un jugador impasible, un maestro de la máscara de sabacc —la cara ilegible que no daba pistas o indicaciones de la clase de mano que sostenía el jugador. Sin embargo, nadie podía ser más inexpresivo que un droide, y ningún jugador que Den hubiese conocido era más avezado en leer el lenguaje corporal más sutil, sin importar la especie, que I-Cinco. Ni siquiera los lorrdianos, con todos sus alabados talentos, eran tan buenos.

Rokko hizo rodar el dado hexagonal para el cambio. Fue uno dos; ningún cambio.

—Lo veo —dijo el droide serenamente.

Rokko parpadeó, entonces mostró sus cartas. I-Cinco hizo lo mismo. Den casi se quedó sin aliento, y pudo oír las conversaciones excitadas y asombradas de los empleados, muchos de los cuales se habían detenido a ver el juego. Los comentarios en voz baja eran justificados: el droide tenía una mano perfecta, las cartas sumaban veintitrés. Era una victoria automática y le había llevado al droide menos de diez minutos.

Durante un breve momento, el silencio en la sala fue la cosa más ruidosa que Den hubiese oído nunca. Entonces Rokko se rió. Su masa invertebrada tembló mientras expresaba su humor, sus michelines, cada uno del tamaño de un gong de llamada, temblaban de regocijo.

—¡Me gusta este droide! ¡Puedo hacer mucho dinero con este droide! Nadie creerá que un droide puede jugar al sabacc así. E incluso después de que lo crean, seguirán viniendo para verle jugar de nuevo —se volvió sopesadamente hacia Den—. Te daré quinientos créditos por él —dijo en un tono magnánimo.

Den pudo ver a I-Cinco alzarse con indignación y lanzarle una mirada. El droide, recordando que estaba haciendo el papel de una unidad pasiva de protocolo, se apaciguó, aunque Den podía ver que todavía estaba ofendido. Quinientos créditos serían una ganga por un droide en condiciones mucho peores. I-Cinco podía ser un modelo anticuado, pero todas sus partes estaban en buen estado de funcionamiento.

Pero éste no era de ninguna manera un trato del tipo lo tomas o lo dejas. Den sabía que a los hutts les gustaba regatear casi tanto como a los toydarian.

—Ésta es una unidad única. Mil quinientos no sería pedir demasiado… sin embargo, en reconocimiento a su elevada posición como hombre de negocios en el Sector de Yaam, lo dejaré en dos mil.

Los enormes ojos acuosos del hutt se estrecharon.

—¡*Pfah*! Sólo es un droide de protocolo con alguna clase de mejora en el cálculo de probabilidades. Ochocientos.

Finalmente acordaron mil, que era lo que Den había imaginado. Mientras los créditos eran contados sobre la mano de Den, Rokko le hizo un gesto al droide.

—¿Cuál es tu clasificación?

—I-Cinco-Y-Q, señor —el tono fue correctamente servil, notó Den con alivio. Aparentemente Rokko tampoco encontró nada objetable en él, porque dijo:

—Ve por el pasillo y trae a los dos que están esperando en la última habitación —para Den añadió, mientras I-Cinco se marchaba obedientemente por el pasillo—. Un par de Jedi pidiéndome ayuda. Te lo digo, la vida se vuelve cada vez más extraña —se rió ahogadamente.

¿Un par de Jedi? Den se volvió rápidamente, pero I-Cinco ya había desaparecido. Se encogió de hombros. *Después de todo*, se dijo a sí mismo, *¿qué probabilidades hay*?

—Hemos esperado lo suficiente —dijo Jax—. Vamos —se volvió hacia la puerta, y Laranth le siguió.

—Tal vez tengas razón. Me sentiré mucho más cómoda cuando recupere mis desintegradores.

Jax no contestó. No estaba realmente seguro de por qué tenía de repente tanta prisa. En parte era por la sensación renovada de propósito que había extraído del encargo del Maestro Piell… probablemente el último encargo que tendría como Jedi. Era bueno tener un propósito. Por lo pronto, al menos, su vida volvía a tener significado; se sentía vivo y confiado. Estaba listo para afrontar cualquier sorpresa, cualquier giro inesperado, que el futuro pudiera tenerle reservado. *Deja que vengan*, se dijo para sí mismo. Se enfrentaría gustosamente cualquier nuevo reto o complicación que se cruzase en su camino.

Abrió la puerta y vio a un droide de protocolo delante de él, con un brazo alzado para llamar. El droide le miró y Jax tuvo la extraña sensación de que, si bien la cara del droide estaba inmóvil, éste estaba en cierta forma sorprendido de verle. Más que sorprendido; conmocionado, luchando con la incredulidad.

El droide dio un paso atrás, bajando el brazo.

—Jax Pavan —dijo suavemente.

—¿Sí? —Obviamente el droide había sido enviado por Rokko para recogerlos… pero eso no explicaba por qué parecía tan conmocionado. Y ciertamente no explicaba *cómo* parecía tan conmocionado.

El droide dio un paso adelante otra vez. Cuándo habló de nuevo, su voz era incluso más baja; un tono conspirador. Dijo siete palabras, y entonces fue el turno de Jax de mirar con incredulidad.

—Soy I-Cinco. Me envía tu padre.

Parte II

Tanto arriba, como abajo

Veintidós

De camino hacia la superficie de Coruscant, Kaird de los Nediji reflexionaba sobre los extraños giros y vueltas que algunas veces podía dar la vida.

Había estado tan absolutamente seguro de que el Underlord iba a arrancarle las plumas de la cola que había tardado algunos momentos en comprenderlo… primero, que había sido perdonado, y segundo, por qué había sido perdonado. Si su boca hubiera estado compuesta por piel suave, en lugar de queratina, probablemente su mandíbula habría caído formando una expresión demasiado humana de asombro.

Y aun así, todo tenía sentido. También era simple, tan simple que Kaird se reprochó interiormente no haberlo visto venir.

Después de todo, era un asesino.

El Príncipe Xizor, le había explicado Perhi, tenía puesta su vista en el título de Underlord. Cualquiera que supiese algo sobre la especie falleen sabía que, aun sin su fuerza excepcional y su manipulación feromónica, eran enemigos a tener en cuenta. Se decía que hasta un neimoidiano envidiaría su malicia natural y su astucia. Combinar todo eso con un intelecto tan agudo como un láser, ciertamente hacía de Xizor un enemigo formidable.

Por eso el Underlord había enviado a Kaird a matarle.

Era un plan simple y directo, y eso era lo que hacía posible que funcionara: el cerebro de Xizor, acostumbrado a construir trampas elaboradas a partir de fugas, información errónea y verdades a medias, no podría ver lo que estaba delante de él hasta que fuera demasiado tarde. Al menos, eso era lo que esperaban tanto Perhi como Kaird.

Puesto que el encargo no podía llevarse a cabo en el Hall de Media Noche, por razones obvias, había que encontrar una excusa para que el Príncipe Xizor dejara el gancho orbital y regresase a Coruscant. Perhi había ideado una treta excelente. Una serie de comunicados interceptados entre funcionarios imperiales habían hablado sobre un droide que llevaba datos valiosos para la naciente rebelión surgida en las calles de Coruscant, y por tanto también para el Imperio. Supuestamente se había ocultado en alguna parte de uno de los sectores más turbios de Coruscant. Si eso era cierto, y si el Sol Negro podía encontrarlo primero, la organización tendría una poderosa pieza de regateo en las futuras negociaciones con el Imperio.

Todo ello era razón suficiente para enviar a Xizor en una misión para encontrarlo y llevarlo de vuelta al Hall de Media Noche. Perhi le había dicho a Xizor que le confiaba esa tarea a él y sólo a él, porque el príncipe falleen era el más capacitado de todos los aspirantes Vigo. Si Xizor tenía un defecto que podía ser aprovechado, ese era la arrogancia. Su orgullo le exigía que tuviese éxito. Encontraría a ese droide 10-4TO, de eso no había duda en la mente de Xizor. O en la de cualquier otro, por lo que a él respectaba. Y cuando lo trajera, sería ascendido a Vigo.

Pero Xizor no lo traería. Ese honor le pertenecería a Kaird.

El Underlord le había dejado muy claro a Kaird que la recuperación del droide sería considerada como un extra. Cierto, podía ser una pluma en sus capas colectivas, pero Xizor era el blanco principal. Cuando Kaird le mostrara a Perhi pruebas de la muerte de Xizor, el Underlord tendría lo que quería: inmunidad frente a un seguidor peligrosamente ambicioso. Y Kaird tendría lo que él quería: un montón de créditos y la promesa de pasaje seguro de vuelta a Nedij. *Todo el mundo gana*, se dijo a sí mismo. *Bueno, excepto Xizor*.

Su nave —un transporte de asalto surroniano, lisa y estéticamente agradable así como aerodinámica— llevaba un curso preprogramado de descenso hacia la pista de aterrizaje de Puertoeste. Kaird no tenía nada que hacer excepto recostarse y relajarse mientras el ordenador de navegación procesaba las indicaciones entrantes y ajustaba el vector de la nave y la velocidad en consecuencia. Odiaba ceder el control del dinámico y lustroso transporte incluso durante los escasos minutos que tardaba Tráfico del Espaciopuerto en guiar la entrada. Le había robado el *Aguijón* al antiguo comandante de MedStar, el Almirante Bleyd. Quizá *robado* era una palabra demasiado fuerte; después de todo, había matado a Bleyd antes de tomar su nave. ¿Era posible robarle a un muerto?

El curso le llevó en un arco largo de descenso desde el sur, pasando por encima de las Alturas Calocour, y finalmente, por el Palacio Imperial. Todavía había, notó, enormes cráteres puntuando el paisaje urbano aquí y allá, aunque los nuevos droides gigantescos de construcción a los que Palpatine había ordenado construir inmediatamente después del cese de las hostilidades ya habían hecho un trabajo notable borrando las cicatrices de la guerra. De cuarenta pisos de alto, estas gigantescas máquinas estaban armadas con enormes brazos pala, trazadores láser de una ringlera de ancho y destructivos rayos de partículas cargadas, arietes de derrumbamiento, y otro equipo que podría derruir y triturar cualquier tipo de estructura. Dentro de la enorme construcción, billones de nanodroides se hacinaban como microbios en la barriga de una enorme bestia, desensamblando el detritus, molécula a molécula, según era ingerido, y reensamblándolo con increíble velocidad formando cualquier propósito que mejor se adaptara al rediseño arquitectónico de la ciudad: una rampa de circulación, quizá, o un transparente tubo mag-lev de cristacero, o una mónada de gran altura. Como enormes gusanos mecanizados, los droides de construcción avanzaban lentamente y sopesadamente a través de las destrozadas calles, triturando vigas maestras de duracero, paredes plasticreto, y ventanas de transpariacero con el mismo apetito mientras excretaban estructuras completamente nuevas y vías públicas para ocupar sus lugares. *Entra lo viejo y sale lo nuevo*, pensó Kaird. Podía ver uno de los titánicos droides, silueteado junto a un edificio derruido. Meció su bola de derribo como algún gigante de la historia de un niño podría mecer una maza, e hizo pedazos la pared que aun quedaba en pie.

Los muelles de Puertoeste alojaban toda clase de naves espaciales, desde las ubicuas lanzaderas Lambda hasta Destructores Estelares *clase Victoria*. La nave de Kaird pasó a través de varios estratos de atraque de transportes más pequeños; su identidad falsificada

como miembro de alto rango del Gremio Mercantil le proporcionaba autorización prioritaria.

Había hecho los preparativos para tener transporte de alta velocidad esperándole, y en pocos minutos estaría de nuevo en camino. Los considerables poderes de rastreo de datos del Sol Negro habían sido utilizados para encontrar al droide, y podía decirse con bastante exactitud que estaba en alguna parte del Sector de Yaam. Aun así era un área considerable en la que buscar, y a una buena distancia de donde él se encontraba. Pero un rasgo que tenía que cultivar un asesino era la paciencia. Tarde o temprano, encontraría a su presa. Sólo era cuestión de tiempo; el tiempo de Xizor, en este caso, el cual se estaba agotando rápidamente.

Rhinann bajó a Nick Rostu a la bahía del hangar. Rostu estaba consciente, pero silencioso, con la mirada perdida en la distancia. Rhinann se había familiarizado en cierta forma con las expresiones faciales humanas y el lenguaje corporal, y podía ver que Rostu había visto u oído algo tan impactante que casi le había dejado en un estado vegetativo. Rhinann se estremeció, intentando no pensar en qué horrores le habría impartido Vader al humano. Cualesquiera que hubiesen sido, le habían dejado tan aturdido que las esposas de fuerza que llevaba parecían casi superfluas.

Mientras esta observación cruzaba la mente del elomin, Rostu cayó de rodillas en la alfombra color ciruela. Rhinann titubeó, entonces extendió la mano vacilantemente y le ayudó a ponerse en pie. Tuvo cuidado de tocar sólo los hombros de Rostu y la parte superior de sus brazos, donde la piel estaba cubierta por su camiseta. Aun así, la propia piel de Rhinann se replegó por haber tenido que establecer auténtico contacto físico con un humano.

—Por aquí, Mayor —dijo él—. Hora de irse.

Rostu no dijo nada. Él dio vuelta obedientemente y comenzó a caminar otra vez. Rhinann entendió.

Humanos, pensó amargamente. Casi todo en la galaxia —cada mueble, cada medio de transporte, cada herramienta, cada arma, incluso cada maldito utensilio de cocina— estaba, a menos que hubiese sido creado o construido para una especie específica, orientado hacia el uso humano. Si eras un respirador de metano nativo de Helix IX y encargabas un crucero estelar personalizado, tenías que asegurarte de que hacía circular la mezcla correcta de gases para mantenerte vivo. O si viajabas en un transporte multiespecies de casi cualquier tipo, a menos que especificases otra cosa, la gravedad era siempre una g Coruscanti, la luz estaba siempre en el estrecho rango de trescientos a setecientos nanómetros y la temperatura siempre alrededor de veinticinco grados. Era el estado por defecto, la norma, el tan común denominador y que la desgracia te aconteciera si te quejabas lo más mínimo del orden de las cosas.

Humanos. Dominaban la cultura, el comercio, el gobierno, el ejército… todo, en resumen. Los amaras o los odiaras, no podías ignorarlos. Para bien o para mal, los humanos eran los arquitectos del futuro de la galaxia. A Rhinann le parecía que sólo una

especie tan ignorante, agresiva, y arrogante podía haber creado un monstruo como Darth Vader.

Habían llegado a la estación del turboascensor. Varios funcionarios del palacio de diversas especies estaban esperando el ascensor. Todos ellos retrocedieron un poco cuando Rhinann y su prisionero se acercaron.

El ascensor se abrió, y Rhinann, todavía medio guiando a Rostu, entró. Fue hasta la parte trasera y miró hacia atrás. Ninguno de los demás había subido al ascensor, aunque había muchísimo espacio. Después de un momento, un ishi tib dijo:

—No pasa nada. Cogeremos el siguiente.

Las puertas del turboascensor se cerraron. Rhinann suspiró ruidosamente a través de sus colmillos.

Humanos.

Veintitrés

Al principio Jax no estaba seguro de qué estaba tratando de decirle el droide. Se preguntó si quizá lo había entendido mal, o si algún fallo en su procesador había sustituido la palabra *padre* por *anfitrión*. Por el rabillo del ojo pudo ver la cara de sorpresa de Laranth. Entonces no lo había entendido mal.

—¿Qué? —preguntó.

El droide —¿cuál era su designación, I-Cinco?— parecía agitado. Jax no tenía ni idea de cómo le producía esa impresión, puesto que el chasis del droide estaba tan inmóvil como su cara.

—He estado buscándote durante bastante tiempo —dijo en esa misma voz baja—. Tu padre, Lorn Pavan, era mi amigo. Él…

¿Amigo? Esto se estaba volviendo demasiado surreal para que Jax pudiese manejarlo, al menos de momento.

—Lo que sea —dijo, dejando atrás a I-Cinco y abandonando la habitación—. No tengo tiempo para esto. —Oyó al droide resoplar molesto, después dio un suspiro exasperado, detrás de él mientras avanzaba por el…

Un momento.

Los droides no resoplan. Los droides no suspiran, porque los droides no respiran. Jax se dio la vuelta y miró al droide, el cual se había girado para seguirle. De nuevo, no pudo evitar percibir una sensación de urgencia y preocupación proyectada de alguna forma por él.

Dio un paso hacia él.

—No perteneces a Rokko —dijo él.

El droide sacudió su cabeza… otra acción extrañamente humana.

—No.

—¿Y dices que mi padre te envió?

—Sí. Lorn Pavan. Él era…

—Mi padre está muerto —le interrumpió Jax—. Nunca le conocí. Y ahora definitivamente no es momento para…

—Murió como un héroe, Jax. Murió vengando la muerte de un Jedi. Murió en un intento de evitar que la República fuese derrocada. Murió en combate luchando contra uno de los asesinos más peligrosos de la galaxia. Y —dijo I-Cinco, su voz llena de compasión y pena—, nadie lo sabe excepto yo.

Jax miró fijamente al droide, completamente vacío de pensamientos o palabras. I-Cinco extendió un brazo y puso una mano amable en el hombro de Jax.

—Es bastante fácil probar mi veracidad —dijo—. Usa la Fuerza. Examina tus sentimientos. Escucha a tu corazón, Jax. Sabrás que es la verdad.

—Pero… eres un *droide*. No tienes… no hay nada que…

—Confía en lo que te dice la Fuerza, Jax. Si no confirma lo que digo, lo que sabes que es cierto en tu corazón —el droide extendió sus manos en un gesto de derrota—. Entonces pertenezco a Rokko.

Jax sacudió la cabeza, confundido. El droide no podía saber de lo que hablaba. Aun así, sólo se necesitaba un segundo para comprobarlo. Y la intensidad de su importunio era ligeramente intrigante.

Abrió su visión mental a la Fuerza.

Los hilos que siempre formaban su conexión más completa con la Fuerza envolvieron y se infiltraron en I-Cinco. Al principio parecía no haber nada allí más allá de lo que había esperado: el latido de los fluidos lubricantes, el zumbido de condensadores y acopladores cuánticos, la impasibilidad de los superconductores. Más allá de eso, Jax podía sentir las incesantes interacciones de partículas subatómicas que, uniéndose y dividiéndose y volviendo a unirse de nuevo, le daban a I-Cinco una capacidad literalmente infinita para procesar, refinar y utilizar información.

Jax nunca antes se había molestado en explorar un droide; ¿para qué? Incluso aquellos sin amortiguadores de creatividad carecían de la chispa esencial. Uno podría buscar igualmente una conexión significativa con un comunicador. Pero entonces, en ese droide de exterior poco llamativo, sintió… algo. Algo que no era explicable en términos de ingeniería, sistema de circuitos o mecanismos. Algo… más.

Retrocedió, y entonces contempló el droide envuelto en los hilos. Se extendían en todas las direcciones, así como hacia el pasado y el futuro. A menudo podía estudiarlos y rastrear la vida de una persona en conjunto, viendo no sólo la línea por la que él o ella viajaba a través del continuo, sino también las innumerables conexiones establecidas con otros seres. Vibraron esos hilos, y las ondas armónicas que produjeron dentro de la Fuerza conectaron todo lo que era con todo lo que alguna vez había sido, o alguna vez sería.

Sintió la conexión de I-Cinco con un hombre que no lo había considerado como una propiedad, sino como una persona. Un compañero. Sintió el afecto del droide por ese hombre, ese hombre con quien Jax estaba ahora conectado, a través los hilos de Fuerza alineados con los patrones de energía en los bancos de memoria del droide.

Su padre.

Jax cortó la conexión, retrocediendo con tal rapidez que se tambaleó físicamente sobre sus talones. Vio a Laranth observándole sobre el hombro del droide. La cara inmóvil de droide también parecía preocupada en cierta forma.

—¿Jax? —preguntó el droide—. ¿Estás…?

—Aléjate de mí —dijo Jax. Se dio la vuelta y avanzó por el pasillo.

Den estaba empezando a preguntarse qué le habría ocurrido a I-Cinco cuando un hombre apareció por el pasillo y pasó a su lado, moviéndose rápidamente. Den sólo tuvo el tiempo suficiente para registrar que ese era probablemente uno de los Jedi a por los que

Rokko había enviado a I-Cinco cuando una hembra twi'lek, que tenía pinta de poder enfrentarse a un comerrocas sullustano y salir intacta, fue rápidamente detrás de él.

Detrás de ambos llegó I-Cinco, proyectando lo que sólo podría ser descrito como angustia. — ¡Jax! —gritó el droide.

Todos estaban lo suficientemente dentro de la cámara principal que su grito pudo ser oído por todo el mundo. Rokko se giró, sorprendido.

—¿Qué pasa, Pavan? ¿Quién es…?

Entonces el hutt se fijó en I-Cinco. Hizo un gesto, y dos corpulentos guardas gamorreanos bloquearon la salida antes de que Pavan pudiese alcanzarla.

Rokko miró primero a Pavan, después a Den y a I-Cinco. Sus ojos se estrecharon. *Uh-oh*, pensó Den.

—Qué interesante —gruñó el hutt—. Un estafador sullustano me trae un droide con una inclinación inusual por el juego, y que resulta conocer al Jedi que vino a mí poco antes, ofreciendo otro trato para ganar dinero. Difícilmente puede ser una coincidencia. Aquí hay algo que huele a keebada podrido. —Hizo un gesto y un trandoshano cerca de una de las columnas apuntó su desintegrador hacia ellos.

—Explicaciones —dijo Rokko—. Las plausibles podrían preservar vuestras vidas un poco más.

El hombre que, según I-Cinco, era Jax Pavan dijo:

—No tengo ni idea de quién es este droide, Rokko. Nunca antes lo había visto. Y lo mismo digo del canijo. —Hizo un gesto hacia Den.

—Vale —dijo Den—. Estás fuera de mi lista de holotarjetas festivas.

—Keel-ee calleya ku kah, Jedi —rugió el gángster—. Habría pensado que eras más listo que eso —hizo un gesto al trandoshano—. *Keepuna nanya* —dijo.

El trandoshano alzó su desintegrador.

—¡Espera! —dijo Pavan—. ¡Teníamos un trato!

—Teníamos. Tiempo pasado. Que es lo que todos vosotros seréis en el próximo segundo. —El hutt se dio media vuelta, su masa deshuesada fluyendo sobre el suelo de losas.

Esto es todo, pensó Den, sintiéndose sorprendentemente tranquilo, teniendo en cuenta las circunstancias. *Bueno, por lo menos estoy bajo tierra*.

Un destello de luz roja proveniente de I-Cinco hizo que se volviera rápidamente. El droide estaba apuntando un dedo índice, disparando el láser oculto en su interior. Pero no estaba disparándole a Rokko, o al trandoshano. En lugar de eso, el rayo fue apuntado directamente a uno de los cuadros… o ventanas; Den no estaba seguro de lo que eran realmente… que mostraban imágenes en tiempo real de Nal Hutta. La imagen parecía absorber el rayo de luz de alta intensidad. Un tinte carmesí se extendió lentamente sobre ella.

Rokko se detuvo y se dio la vuelta con un ruido húmedo ondulante. Den no había pensado que los hutts pudiesen moverse tan rápido. — ¿Qué estás haciendo? —gritó Rokko.

—Dile al trandoshano que baje el arma —dijo I-Cinco—. Y ya puestos, dile también a tus otros secuaces que se desarmen. Y estoy seguro que a mis colegas les gustaría recuperar sus armas.

— *¡Eniki! ¡Eniki*! —gritó el hutt. Entonces, les dijo a sus hombres:

—¡Haced lo que dice! *¡Yatuka*!

Rápidamente, trajeron varias armas y se las devolvieron a Pavan y a su compañera twi'lek, mientras los guardaespaldas de Rokko se desarmaban.

—Desactiva también tus droides de ataque y mecanismos de defensa —instruyó I-Cinco al hutt—. Nada de subterfugios, por favor. Ahora mismo mi láser está graduado en un factor de colimación de cinco punto tres. Si lo pongo más alto comenzará a derretir el cristal de aleación condensada de densocris e impervium.

Rokko *palideció* de verdad… el cuerpo entero del hutt se volvió de un tono blanco enfermizo moteado. Den nunca había visto a uno de los grandes gusanos tan asustado.

Los cuatro retrocedieron por la cámara subterránea, I-Cinco manteniendo su láser apuntando sobre la imagen hasta que un giro del corredor le obligó a apagarlo.

—¿Ahora qué? —le preguntó Den.

—Ahora corremos.

Pero antes de que pudiesen alcanzar los turboascensores escucharon sonidos de persecución tras ellos: el gemido de placas repulsoras. El gran droide guardián iba tras ellos.

Pavan se detuvo, se giró, y adoptó una posición de combate, activando su sable láser.

—Seguid —dijo tensamente—. Yo los retendré.

—¿Tú y qué legión de droidekas? —preguntó la twi'lek, cuyo nombre Den no sabía—. Ese droide puede atravesar un búnker de ferrocreto como un neutrino un haz de plasma.

—Tienes que completar la misión —dijo Pavan—. Encuentra al droide y…

—Disculpadme —dijo I-Cinco. Se puso delante del Jedi y disparó ambos láseres a plena potencia contra el techo justo sobre el último giro. También comenzó a usar su vocalizador para emitir un chillido agudo; tan alto, de hecho, que probablemente Den era el único que podía oírlo, y deseó no serlo.

Pavan y la twi'lek miraron al droide, después el uno al otro. Antes de que pudiesen decir nada, sin embargo, Den vio y escuchó que aparecían grietas en el techo, radiando hacia afuera como serpientes de cristal en un nido alterado. El droide guardián acababa de aparecer por la esquina cuando el techo cedió, enterrándolo bajo toneladas de escombros.

El silencio fue repentino y completo, excepto por los últimos choques de las piedrecillas al caer. Entonces la twi'lek le dijo a I-Cinco en un tono de asombro:

—Ese techo era ceramiacero sólido. ¿Cómo has…?

El montón de escombros, que bloqueaba todo del pasadizo, tembló. Entonces tembló de nuevo, esta vez más fuerte.

—Sugiero que nos marchemos —dijo I-Cinco—. Parece que Industrias Arakyd fabrica muy bien sus droides.

Mientras se elevaban hacia la superficie en el turboascensor, Den preguntó.

—Bueno, ¿cómo derrumbaste el techo de esa manera?

—Vibraciones ultrasónicas junto con el calor de mis láseres. Ni siquiera el ceramiacero puede aguantar la combinación.

—Bien, eso fue un pensamiento rápido —admitió Den—. Pero esa cosa del cuadro en la pared… eso era un, uh…

—Una imagen luminiscente desacelerada.

—Un superfluido —añadió la twi'lek—. Enfriado hasta casi el cero absoluto, desacelera la luz que lo atraviesa hasta detenerla casi por completo.

—Corrección. Es sumamente denso. Se podría decir que, en cierto modo, cada pieza tiene varios años luz de grosor. Una ventana al pasado.

—¿Y qué habría ocurrido si hubieses perforado el cristal protector? —preguntó Den.

—Una pregunta interesante —contestó I-Cinco—. Confieso que mis datos sobre condensados cuánticos superenfriados no son tan completos como me gustaría, pero, dado el coeficiente de densidad y la probable velocidad de expansión… digamos simplemente que fue algo bueno que Rokko accediese a mis demandas.

—¿Estás diciéndome que podrías haber volado toda la guarida subterránea de Rokko?

—No —contestó I-Cinco, sin inmutarse—. Te estoy diciendo que habría podido volar varios kilómetros cúbicos de bienes inmuebles del Sector de Yaam.

Den tragó saliva, sintiéndose de repente como si tuviera un trozo de condensado superenfriado alojado justo en su estómago.

Alcanzaron la superficie y salieron del tubo elevador a una estación de ascensores desierta y levemente iluminada en una calle lateral de los Arrabales. Estaba llena de basura y mobiliario destrozado, y olía muy mal.

—Por supuesto —añadió I-Cinco—, mi láser habría necesitado aproximadamente tres semanas, incluso a máxima potencia, para atravesar el cristal. Afortunadamente, Rokko no lo sabía.

Mientras Den seguía todavía demasiado aturdido para contestar, I-Cinco se volvió hacia el hijo de su antiguo amigo.

—Jax —dijo él—. Me alegro tanto de que finalmente…

—No hay tiempo para esto —dijo Pavan. Pasó una mano por encima del hombro de I-Cinco y pulsó el interruptor maestro de desactivación de la parte trasera del cuello del droide. I-Cinco se congeló, la luz de sus fotorreceptores se apagó.

Den le miró ultrajado. Pavan se volvió hacia su compañera y dijo:

—Ahora saben que vamos tras la pista del droide. Tenemos que encontrarlo antes que ellos.

Laranth asintió, y los dos se alejaron de Den y de I-Cinco sin mirar atrás.

Den reactivó a su amigo. El procesador de I-Cinco se encendió de nuevo. Miró con incredulidad hacia Pavan.

—Oh, sí —le dijo Den al atónito droide—. Definitivamente se está encariñando de ti.

Veinticuatro

El *Ranger Lejano* estaba en modo automático, siguiendo un curso previamente establecido que alejaba a Nick del Palacio y le devolvía al Sector de Yaam. No le apetecía pilotar un crucero para chiquillos en ese momento, así que simplemente estaba recostado en el asiento del piloto y miraba pasar el interminable paisaje urbano que se encontraba por debajo.

Sentía como si le hubiesen llenado la mente de agujeros… agujeros que permitían que los pensamientos conscientes se desvanecieran tan rápido como aparecían. O quizá sólo era que los pensamientos eran demasiado horribles como para retenerlos mucho tiempo.

La elección que se le había dado era simple. Eso no era sorprendente; las grandes siempre lo eran. Podía traicionar a Jax Pavan, guiarlo hacia una trampa, y entregárselo a Darth Vader…

O Vader destruiría su ghosh.

Nick no lo había creído al principio. El clan Rostu, su tribu, se movía por una de las mesetas más grandes de la región montañosa de todo Haruun Kal, siguiendo a sus manadas de pastadores, las grandes bestias que eran el alma de su gente. ¿Cómo podría Vader encontrar a una tribu nómada?

La respuesta, por supuesto, era simple: no tenía que hacerlo. Le bastaba con arrasar la meseta entera desde la órbita.

Cualquier Destructor Estelar podría generar el tipo de potencia de fuego concentrada requerida para ello. Todo lo necesario para poner el proceso en marcha era una palabra del Señor Oscuro. Y Vader le había dejado muy claro a Nick que no sentiría el más mínimo remordimiento si tenía que dar esa palabra.

La vibración subsónica de los motores de iones sentaba bien; no había distorsiones en la armonía. No era una mala nave, considerándolo todo. Sus anteriores dueños la habían cuidado bien, al menos los sistemas mecánicos y electrónicos. Y un carguero era prácticamente invisible… no gracias a un dispositivo de camuflaje, sino porque había tantos, zumbando alrededor del planeta como avispas de fuego alrededor de un árbol de vainadulce, que nadie notaría uno más.

Sí, una buena nave. Y era toda suya. ¡Grandes aventuras en los confines salvajes del espacio! Se acabó el escarbar en los abismos urbanos de Coruscant para él: ahora tenía una nave espacial. Podía ir a cualquier lugar, hacer cualquier cosa, ser quien él quisiera. Podía adoptar una nueva identidad nueva, renombrar la nave, dirigirse hacia las Regiones Exteriores, forjarse una nueva vida. Podía ser un contrabandista de especia en la Ruta de Kessel, quizá. O unirse a la Guardia Solar del Cúmulo Corbeta. O ser un corredor de trineos impulsados por protones, recorriendo los circuitos de tubos de algún sistema estelar apartado.

Las opciones eran ilimitadas. La galaxia entera —aquellas partes que todavía no estaban bajo control directo del Imperio, de cualquier forma— era suya para explorarla.

Tan pronto como entregase a Jax Pavan a Darth Vader.

Su elección. Una vida salvaje y libre, vagando por las rutas espaciales… o el encarcelamiento en la prisión planetaria de Despayre, forzado a vivir sabiendo que había sido responsable de la muerte de miles de sus familiares y compatriotas.

Nick se inclinó hacia adelante y apoyó la cara en las manos. ¿Qué iba a hacer?

Mientras Jax dejaba la desierta estación de ascensores, empezó a sentir una confusa mezcla de emociones extrañas y conflictivas.

No tenía nada en contra de los droides, ni ningún afecto particular por ellos. Simplemente eran máquinas, para ser usadas a conveniencia. La verdad fuera dicha, no había tenido mucha experiencia con ellos. Había pasado casi toda su vida enclaustrado en el Templo, y los droides no eran tan ubicuos dentro de esas paredes como fuera de ellas. La mayor parte de los droides de Templo eran unidades de protocolo, del tipo 3PO o del 3D-4X, y todos ellos eran tranquilos, eficientes, y subordinados, a menudo hasta el punto de la adulación. Podía entender que alguien se encariñase con uno, de la misma forma que alguien podría preferir un viejo deslizador familiar a un transporte completamente nuevo. Suponía que incluso era posible que alguien sintiera lo mismo por un droide que por una mascota… esperando y dependiendo de su lealtad y devoción, a la vez que se le pagaba con el mismo cariño.

Pero hasta donde él sabía, la relación entre I-Cinco y su padre no había sido así. En su lugar, a partir del breve vistazo que Jax había dado siguiendo los hilos, Lorn Pavan había pensado en el droide como un igual. Como un amigo. Y, hacia los últimos días de su asociación, como un hermano.

Había algo decididamente antinatural en ello; parecía casi perverso. La idea de que su padre considerara que una conglomeración andante de circuitos y servos era digna del mismo estatus que un ser orgánico era, para decirlo suavemente, perturbadora. Él no sabía nada sobre su padre, por supuesto; su familia habían sido los Jedi que lo habían criado.

Y él no tenía quejas sobre el trabajo que habían hecho; nunca había carecido de amor, compañerismo, o autoridad. Era cierto que, cuando había sido más joven, se había preguntado cómo habrían sido sus padres, incluso fantaseado acerca de conocerlos. Pero esos habían sido sueños de juventud, y él ya no era joven.

Pero ahora, cuando pensaba que hacía mucho tiempo que había hecho las paces con su ausencia, llegaba este droide a su vida, dejando caer casualmente esta bomba. Ahora sabía una cosa, y sólo una, sobre su padre… y esa cosa parecía indicar que el hombre había tenido algún trastorno mental.

Podría haber sido diferente si simplemente hubiese tomado la declaración de I-Cinco literalmente. Podría haber sido más fácil de descartarla, catalogándola como algún extraño error en la red sináptica del droide, o como una subrutina programada como una broma estrafalaria. Pero había mirado con la Fuerza. Había visto la conexión entre el hombre que él sabía que era su padre y esta… máquina.

Y, para ser brutalmente honesto, también había visto la más leve sugerencia de que realmente podía haber algo más en I-Cinco.

Jax sacudió la cabeza. Eso era algo que con toda seguridad no necesitaba en ese momento.

Veinticinco

Den miró a I-Cinco. Se le ocurrieron una docena de comentarios, desde sarcásticos a compasivos pasando por enojados, pero no expresó ninguno de ellos. Las emociones que el droide proyectaba eran excesivamente familiares para cualquier ser orgánico sensible: decepción y dolor.

Finalmente dijo:

—Realmente deberías hacer que ese interruptor de desactivación fuera, uh, desactivado.

I-Cinco no contestó. No había necesidad real de hacerlo; Den sabía que el interruptor estaba conectado a su procesador primario y no podía ser eliminado. Pero al menos la frase había llenado el silencio momentáneamente.

—¿Ahora qué? —preguntó.

—Le seguiré —dijo I-Cinco. Sus vocalizaciones sonaron vacías—. Mantendré la distancia hasta que él… se acostumbre a mí, se sienta más cómodo conmigo a su alrededor.

Den caminó a su lado. Estaba andando por una cinta transportadora que ya no funcionaba. A su alrededor sólo había algunos peatones, y poco tráfico aéreo o terrestre; estaba tan cerca de estar deshabitada como Den había visto nunca cualquier área de Coruscant. Algunos plastipapeles y otros desperdicios ligeros eran aventados por el tráfico. Todo ello se combinaba con el interminable crepúsculo para crear una ambiente de ciudad fantasma.

—¿Y si no se acostumbra a ti?

—No lo sé —dijo I-Cinco, quedamente. Extendió las manos con las palmas hacia arriba; su equivalente de un encogimiento de hombros humano—. No lo sé. No estoy… seguro de qué hacer.

Den estaba asombrado. I-Cinco siempre conocía su propia mente; nunca antes había mostrado ninguna vacilación al escoger un curso de acción. A diferencia de otros seres sensibles, no tenía una mente inconsciente que pudiese tomar decisiones irracionales.

¿O sí? ¿Era un resultado inevitable de la autoconciencia el desarrollar un sustrato subyacente de inconsciencia? ¿Para que I-Cinco fuese sensible, también tenía que ser, hasta cierto punto, neurótico?

Den sacudió la cabeza. Ese era un cenagal filosófico más peligroso de explorar que un agujero negro.

—Bueno —dijo él—, siempre puedes retomar tu carrera como droide niñera.

El droide le dedicó una mirada desdeñosa.

—Te sugería un empleo secundario si vas a intentar ser humorista. Por no mencionar zapatos turboascensores si quieres que la gente te vea actuar.

Den sonrió abiertamente. Estaba encantado de ver un destello del viejo I-Cinco reafirmándose a sí mismo. Últimamente su amigo y compañero había perdido el humor y se había vuelto taciturno.

Su sonrisa se desvaneció al pensar en la rudeza de Pavan. Sólo podía imaginar cómo se había sentido I-Cinco. El droide había tomado la última petición del viejo Pavan muy seriamente, y ahora que finalmente la había cumplido, había sido rechazado, apagado tanto literal como figuradamente.

Podría ser lo mejor, meditó Den. Tal vez I-Cinco dejaría de perseguir a Pavan y recordaría quién era su auténtico amigo. Los celos que había sentido anteriormente estaban empezando a llenar su fea cabeza de ojos verdes otra vez. La antipatía de Den por Jax Pavan, se percató con sorpresa, estaba creciendo rápidamente hasta convertirse en auténtico odio.

Podrías delatarle.

Den parpadeó sorprendido, como si hubiese escuchado la idea susurrada para a él por alguna voz desconocida, en lugar de originarse en su cabeza. Sin embargo era cierto. Lo único que haría falta sería una llamada, y él sabía cómo disponerla fácilmente para que la traición nunca pudiese ser rastreada hasta él. I-Cinco podría sospechar, pero no podría estar seguro.

El problema era que el propio Den sabría lo que había hecho. No había forma de que pudiese justificar el entregar a alguien al Emperador sólo por haber sido grosero. Si bien era cierto que, en menos de una hora que había conocido Pavan, el hombre le había alienado completamente, tramar su traición era un poco extremo.

Aun así, la pequeña voz de su cabeza susurró*, se supone que los Jedi no se comportan así. Si es capaz de ser tan insensible con las pequeñas cosas, ¿puedes confiar realmente en que no sacrificará a I-Cinco* —o a ti— *si la situación parece requerirlo*?

Deseó que Barriss Offee estuviera allí. Ella había sido todo lo que su concepto de Jedi pedía: valiente, compasiva, fuerte, y amable. Se preguntó qué le habría ocurrido. Esperaba que de alguna manera hubiese logrado escapar de la masacre.

Sin embargo lo dudaba. Según todo lo que había oído, los Jedi habían sido exterminados. Y si Jax Pavan era de hecho el último Jedi de la galaxia, era un pobre representante de la gloria pasada de la Orden.

Y llamarme 'Canijo' tampoco te hace ganar puntos, amigo.

—Estás taciturno —dijo Laranth.

Jax estaba de pie sobre el borde de un pequeño cráter, uno de los miles que formaban el sombrío testamento del bombardeo de saturación que los separatistas realizaron en Coruscant. La superficie fundida de la concavidad era de un negro lustroso. Desde ella, su propio reflejo, combado y distorsionado, le devolvía la mirada.

—Mira quién habla. O quién no lo hace, normalmente. ¿Me estás llamando taciturno?

Ella le ignoró.

—Es un droide extraño —dijo ella—. Toda esa charla sobre ser «amigo» de tu padre…

—Mis padres me dejaron en el Templo porque tenía el potencial para ser un Jedi. Estoy seguro de que fue una decisión muy dolorosa para ellos, pero la tomaron por el

bien mayor. Les admiro por eso, pero no deseo saber nada más sobre ellos. Cualquier otra cosa es secundaria ante su sacrificio.

Laranth arqueó una ceja.

—¿Y qué pasa con eso de que tu padre era un héroe que trataba de salvar la República?

Jax se encogió de hombros.

—¿Por qué debería creer a un droide?

—¿Por qué mentiría?

—Tal vez porque estaba programado para hacerlo. Después de todo es un droide. Y hablando de droides, tenemos asuntos más importantes que atender, como cumplir la última petición del Maestro Piell encontrando al otro droide —ya sabes, el importante… antes de que Vader y probablemente ahora también Rokko, lo encuentren primero.

Laranth miró por encima de su hombro, calle abajo.

—Están viniendo —dijo ella.

Mientras el droide y el sullustano se aproximaban, Jax centró su atención en este último. Sonrió.

—Siento haber apagado tu droide allí —dijo. Le tendió su mano—. Mi nombre es…

—Ya sé cuál es tu nombre —le interrumpió el sullustano, ignorando la mano extendida de Jax—. Y no es a mí al que le debes una disculpa. Es a él. —Apuntó con un pulgar sobre su hombro al droide que estaba detrás de él.

Jax frunció el ceño, perplejo.

—¿Disculparme? ¿Con tu *droide*?

El sullustano puso los ojos en blanco… lo cuál era realmente impresionante, dado su tamaño.

—Él no es *mi* droide. Él es su propio dueño. Una vez que te hayas metido eso en la cabeza, nos llevaremos mucho mejor.

Jax parpadeó sorprendido. Una vez más, estuvo seguro de haber escuchado mal, y una vez más, fue aparente que no lo había hecho. Miró a Laranth, detrás de él. Incluso ella parecía ligeramente confundida.

—No es necesario ninguna disculpa —dijo el droide, de forma un poco rígida—. Me extralimité. Olvidé que el Jedi Pavan no tenía forma de saber la relación única que había entre su padre y yo. Soy yo quien debería disculparse.

El sullustano se giró y miró fijamente al droide.

—¿Perdona? ¿Vas a dejarlo pasar?

—Soy un droide, Den Dhur —dijo I-Cinco—. No estoy programado para ofenderme.

Jax notó que la voz de droide era mucho más artificial y firme que cuando le habló por primera vez. También, su cara era de nuevo una inexpresiva máscara de metal.

El sullustano no se calmó.

—No te preocupes. Yo me ofendo lo suficiente por ambos.

Jax estaba cansándose de esto. Afortunadamente, conocía una forma fácil para sacarlos a Laranth y a él de la situación. No surtiría efecto en el droide, por supuesto,

pero el sullustano debería ser fácilmente susceptible. E incluso si el droide sentía alguna clase de pretensión estrafalaria de sensibilidad y se negaba a escuchar a su compañero… bueno, era muy fácil apagarlo de nuevo.

—Es mejor si cada uno seguimos nuestro camino —dijo en un tono tranquilizador mientras hacía los gestos hipnóticos de la trampa mental que tantas veces le había sacado de situaciones enrevesadas desde la destrucción de la Orden Jedi—. No es necesario que viajéis con nosotros…

—Oh, espácialo —restalló el pequeño alienígena—. ¿Crees que puedes usar ese truco mental de pacotilla conmigo? Pasé meses en un Uquemer en Drongar, Ojitos. Observé a Barriss Offee usar lo mismo, prácticamente todos los días, para calmar a los pacientes y…

—¿Conociste a Barriss?

—Ambos la conocimos. Ella es lo que yo llamo un Jedi —dijo Den Dhur—. Es compasiva, amable, y tolerante de…

—Está muerta.

Dhur le miró fijamente; entonces sus hombros cayeron. I-Cinco no se movió, pero de alguna manera su cuerpo metálico pareció irradiar una gran tristeza.

—¿Cómo?

—No lo sé con seguridad —dijo Jax, reviviendo la tristeza que él había sentido cuándo percibió su muerte reverberando a lo largo de los hilos de la Fuerza—. No lo sé con seguridad —repitió—. Pero sé que está muerta. La Fuerza no miente.

—Pensé que había ocurrido algo así —dijo Dhur—. No quería creerlo. Ella era una entre un trillón.

I-Cinco no dijo nada sobre Barriss, lo cual le pareció bien a Jax. No estaba seguro de cómo se sentiría si un droide le compadecía por su muerte, pero tenía la ligera impresión de que no le gustaría.

En lugar de eso el droide dijo:

—Deberíamos irnos.

Jax sintió un destello de molestia ante la presuntuosidad de esto, pero el sentimiento desapareció casi inmediatamente, apartado por una ola de Fuerza que trajo con ella el conocimiento de un peligro inminente.

—Sí —dijo él—. Lo siento.

—Yo, también —dijo Laranth con desagrado. Aflojó sus desintegradores en sus pistoleras.

Dhur miró a su alrededor desconcertado.

—¿Qué? ¿Qué es? Odio ser el único en una multitud sin super sentidos.

—No te preocupes —dijo I-Cinco, alzando al sullustano y sujetándole, acunándole en un brazo como un bebé demasiado grande, mientras comenzaba a caminar rápidamente. Jax y Laranth le siguieron. Jax sacó su sable láser pero no lo activó—. Con esas orejas —continuó I-Cinco—, deberías poder oírlos pronto.

—Oh, ¿te refieres al gemido ascendente de repulsores viniendo a nuestro encuentro a toda velocidad?

—Esos serían, sí.

—Y ¿qué son exactamente?

—CPAs, —dijo Jax—. Cruceros Policía de Apoyo. Al menos cuatro, posiblemente más.

—Parece que el de Emperador no está dispuesto a perder esa información tan fácilmente —dijo Laranth.

—No es el Emperador —dijo Jax, su mirada fija escudriñaba el cielo—. Es Vader. Y no quiere el droide. Me quiere a mí.

Veintiséis

El primer pensamiento de Kaird, al ver a Xizor andando confiadamente por la sucia calle llena de basura, fue: *Hay que reconocérselo al sofisticado reptiloide. Sabe cómo dominar cualquier escenario*.

Kaird sabía que, aunque fuese disfrazado como el shistavanen de apariencia más perversa, se lo pensaría dos veces antes de adentrarse en el medio de esa variopinta población de ladrones y asesinos. Disfrazado como un Kubaz, estaba usando un pequeño par de electrobinoculares desde su posición ventajosa en un mirador a varios pisos por encima de la calle para seguir el progreso del falleen. La única concesión que Xizor había hecho a cualquier posible peligro había sido simplificar un poco su vestimenta; en lugar de sus habituales túnicas finas de seda, brocados, y jacquards, llevaba puesta una simple túnica de cuero de fleek y mallas, con guantes y botas a juego, todo en un negro azulado que hacía juego con el color de su moño y contrastaba dramáticamente con el verde de su piel. Era muy ajustado, y Kaird podía ver el bajorrelieve de los músculos del Príncipe, así como sus movimientos suaves y sencillos que sugerían poder y gracia mientras caminaba. Definitivamente destacaba entre una multitud, incluso entre esta multitud colorida. Llevaba un desintegrador colgado en una cadera, y no frenaba o se detenía por nadie. Kaird observó mientras un sakiyano que llevaba un parche en el ojo y un whiphid profusamente lleno de cicatrices se apartaban precipitadamente de su camino.

Impresionante. Sabía que Xizor practicaba varias formas de artes marciales y combate con armas. Había visto luchar al falleen una vez, en un duelo de honor. Su adversario había sido un humano, igual de bien versado en las diversas artes de matar. Había medido casi dos metros de alto y había sido grotescamente musculoso, pero además ágil y cegadoramente rápido.

No había tenido mucho de competición.

Kaird también estaba bien versado en asuntos de asesinato, pero su entrenamiento se centraba en métodos indirectos en lugar de directos. Sin embargo podía pelear cuándo no había otra opción, y no tenía ningún problema con pelear sucio.

No había duda de que Xizor era un adversario formidable. Kaird sabía que sería un tonto si intentaba enfrentarse a él físicamente, en un uno contra uno. Afortunadamente, como asesino, contaba con una variedad de alternativas. Fácilmente podría encargarse del falleen en ese momento, podría poner en él una carga de toxinas tan virulenta que estaría muerto literalmente antes de tocar el mugriento duracreto. Pero no iba a ser tan simple. Así como Kaird tenía acceso a un armamento de avanzada tecnología, sabía que su adversario tenía una toda una lista de sofisticadas defensas. Podría estar llevando un confusor de localización, una combinación de holoproyector y tecnología de camuflaje capaz de hacer creer a los observadores que estaba a un paso o dos por delante o por detrás, llevándolos a disparar a un objetivo que no estaba allí. O un rebotaescudo, un reflector retroalimentado de banda corta que enviaría un rayo de energía de vuelta al

atacante, con resultados muy poco saludables. O cualquier otro entre cien dispositivos protectores.

Y de todas formas, matarle en público —incluso este público— sería demasiado notorio. Kaird había estado en varios lugares en diversos mundos donde el asesinato de un ser sensible a plena vista de otros apenas merecía el alzamiento de una ceja o la contracción de una antena. Pero aunque pocas personas de allí abajo supieran quién era el Príncipe Xizor de la Casa Sizhran, alguien con media protuberancia ocular podría ver que ese tipo era alguien importante.

Además, todavía existía la posibilidad de que Xizor encontrara el droide perdido para él. Kaird tenía la intención de terminar su encargo, oh sí. El Príncipe Xizor no regresaría al Hall de Medianoche, y si Kaird podía volver con un favor extra para el Underlord Perhi y así acelerar su partida, tanto mejor…

Rhinann estaba sentado en una postura de meditación en su cubículo, buscando paz interior.

O quizá esa era una meta demasiado optimista; sabía que tendría la suerte si lograba una parada temporal del terror interior en ese momento. Le bastaría con evitar desmayarse de miedo.

Expandió su red traqueal, sintiendo cómo el aire le llenaba y se difundía a través de él. Entonces comprimió los tubos, expeliéndolo. Un ciclo lento de inspiración y expiración. La mayoría de respiradores de oxígeno eran capaces de estabilizar sus mecanismos internos de esta forma, así como regular sus estados de ánimo. Sin embargo no parecía estar funcionando tan bien para Rhinann.

La fuente de su miedo era tan simple como efectiva. Temía a su jefe. No importaba que en realidad Lord Vader nunca le hubiese causado ningún daño físico, y le hubiese dado trabajo y una vida ordenada, en lugar de una llena de adversidades, caos y trabajos pesados. El Señor Sith no tenía que maltratarle físicamente para infundir miedo. Ni siquiera tenía que amenazarle. Todo lo que tenía que hacer era *ser*.

Era irónico. La paz interior y la estabilidad que Rhinann buscaba tan desesperadamente, Vader parecía haberla conseguido, en cierto modo. Confiaba soberanamente en su poder, tenía una visión serena del mundo. Sí, también era inenarrablemente malo, pero una cosa que Rhinann había aprendido, relacionándose con una amplia variedad de formas de vida a lo largo de los años, era que muy pocos seres sensibles pensaban en sí mismos como malos. También sabía que esto era porque la mayoría de ellos eran maestros de la negación y la racionalización, pero eso no venía al caso. Vader creía realmente que su causa era la correcta, su más sagrada misión.

Y no dejaba que nada se interpusiese en su cumplimiento.

Este último hecho era lo que le causaba a Rhinann tal nerviosismo y preocupación que periódicamente le brotaban por todo el cuerpo sarpullidos de pápulas pruríticas. La picazón era tan mala a veces que, incluso después de medicarse, todavía tenía que poner la ducha ultrasónica al máximo y dormir allí toda la noche sólo para conseguir cierto

alivio temporal. El baño era demasiado pequeño para sentir nada parecido a comodidad, pero a menudo no tenía alternativa.

Era el humano, Rostu, quien había sido la vara que quebraba la espalda del bantha. Después de que Rhinann le hubiese montado en el carguero, el elomin había tenido tiempo para especular en lo que fuera que Vader le había hecho para causar tal estado de miedo y desesperación a un endurecido combatiente de lo guerrilla. Y cuanto más pensaba en ello, más temía por su propia seguridad. Rhinann siempre había temido a Darth Vader, pero nunca antes hasta ese punto. No tenía absolutamente ningún problema en creer que algún día el Señor Oscuro pondría fin a la vida de Rhinann, o mandaría hacerlo, como resultado de alguna pequeña infracción por su parte. Ni siquiera existía una forma de escapar de lo que cada vez estaba más seguro sería su inevitable destino. No con un amo y señor tan poderoso en la Fuerza.

La Fuerza… Rhinann suspiró. Cómo deseaba explorar sus misterios, experimentar de primera mano su poder y serenidad. Pero sabía que eso nunca ocurriría. Nunca sabría cómo era.

Se puso de pie, sintiendo crujir las articulaciones de sus piernas a modo de protesta. Se estaba haciendo viejo. Observó su domicilio, su meticulosa limpieza y precisión. Todo en orden. Nada fuera de lugar; nada de caos.

Deseaba poder decir lo mismo de su mundo interior.

Su unidad comunicadora sonó. Rhinann sintió que sus cuatro estómagos se contraían simultáneamente. Aspiró profundamente y activó la conexión.

La imagen de un droide administrativo apareció en la pequeña pantalla.

—Rhinann, Lord Vader requiere su presencia inmediatamente.

El droide administrativo se desconectó, y la comunicación murió. *Interesante frase*, pensó. *¿Y yo soy el siguiente*? La posibilidad parecía cada vez más viable a cada momento que pasaba.

Cuando un comunicador o alguna otra forma de equipo moría, lo más fácil era reemplazarlo por uno nuevo. Rhinann no estaba seguro de cuántas formas de vida había por allí afuera que pudieran hacer su trabajo tan bien como él… o incluso (¡pensamiento horrendo!) mejor… pero sabía que no era el único.

Y sabía que Vader también lo sabía.

Veintisiete

El *Ranger Lejano* era una nave dulce, eso no se podía negar. Nick había revisado los motores durante el vuelo de dos horas, y había quedado impresionado con algunas de las modificaciones realizadas por Coven y Mok. Lucía un conjunto extremadamente sofisticado de sensores, así como sistemas deflectores y de defensa de un calibre más alto de lo que uno esperaría en un carguero. Lo hipermotores y los subluz excedían los estándares, y los armónicos de ambos habían sido exquisitamente afinados.

Mientras estaba en camino, exploró los armarios de la cabina. La mayoría de ellos estaban llenos de la parafernalia habitual usada por las tripulaciones de vuelo: raciones de emergencia, holomanuales de astronavegación, cajas de la tripulación, trajes de vacío, y cosas por el estilo, así como algunas cosas innatas a la profesión de contrabandista: generadores de interferencias portátiles y confusores, un alijo oculto de armas, y un montón más bien sustancial de créditos. Nick también encontró algo que no había visto nunca antes.

Era un mango de energía con cierto parecido a la empuñadura de un sable láser. Nick lo examinó, asegurándose de que lo que parecía ser el extremo importante estuviese apuntando lejos de él. La abertura de emisión era más pequeña que la de un sable láser. Pensó brevemente en encenderlo para ver lo que era, entonces se reprendió a sí mismo por haber considerado si quiera tal opción. Aunque dudaba que esa cosa tuviese el poder necesario para perforar el casco de una nave espacial, uno no experimentaba con armas extrañas mientras se encontraba en vuelo.

Parecía interesante, sin embargo; sin duda era parte del saqueo de algún mundo distante. Nick lo guardó en un bolsillo.

Estaba aproximándose a la Plataforma de Aterrizaje del Sector de Yaam 472, una plataforma flotante capaz de albergar cinco cargueros de la clase YT. La voz del controlador de vuelo droide le informó que se le había autorizado a aterrizar en el Muelle Cuatro.

Desembarcó, firmando los formularios de atraque y declaración requeridos en la base de la rampa. El droide escolta le mostró un deslizador de alquiler, y en pocos minutos se dirigía a la calle situada muy por debajo.

Vader le había dado una forma fácil y segura para guiar a Jax hasta una trampa: le había dicho dónde podía encontrar el droide perdido. Nick aun no había explorado completamente todas las ramificaciones que ello implicaba. Él y Jax habían pensado que Vader iba en busca del droide, que la información que llevaba era, si no máxima prioridad, al menos una muy alta. Pero si el Señor Oscuro sabía dónde estaba, y estaba dispuesto a dejar que sus información fuese comprometida simplemente para atrapar a Jax… eso significaba que en *realidad* quería a Jax. Y si Vader le quería tan desesperadamente, quizá el destino potencial de Jax sería incluso peor que el de Nick.

No estaba seguro de lo que iba a hacer cuando encontrara a Jax… no se había permitido mirar hacia tan adelante. Una docena de veces durante el vuelo suborbital

desde el Sector Imperial hasta allí, había agarrado los controles para cambiar de rumbo, para dirigir simplemente la nave hacia las estrellas, dejar atrás el campo gravitatorio, y ver lo bien que estaban afinados esos hipermotores en realidad. Pero no lo había hecho. El elomin que era el lacayo de Vader le había dicho que le habían implantado un rastreador subcutáneo. Era demasiado pequeño para ser detectado, especialmente a simple vista o por el tacto; tendría que desollarse vivo literalmente para librarse de él. Era capaz, había asegurado Rhinann, de rastrearle a través de toda la galaxia. Nick dudaba seriamente de la veracidad de tal declaración. Aunque no lo dudaba tanto como para arriesgar su vida por ello. No sabía mucho sobre Vader, pero por lo poco que sabía estaba seguro que el Señor Oscuro habría trazado un plan por si intentaba escapar. Si estaba siendo rastreado, la más leve desviación de su misión podría tener de hecho muy malas consecuencias, tanto para él como para su pueblo.

Después de todo, si el Señor Oscuro estaba dispuesto a destruir todo un clan simplemente para atrapar a un hombre…

¿Realmente lo está? se preguntó Nick. Viniendo de cualquier otro en la cadena imperial de mando —bueno, excepto del mismo Emperador Palpatine, por supuesto— Nick habría dudado también de esa declaración. Pero en este caso, no sólo era su vida lo que estaba en juego. Esta vez, la existencia continuada de su familia y sus amigos recaía sobre sus hombros, y la yunta no podría ser más pesada aunque estuviera hecha de neutronio sólido.

Había soportado esa responsabilidad antes, en realidad, si bien en una escala más pequeña; había sido su decisión de mando si Parakus, una luna pequeña pero estratégica en el sistema Dantooine, debía ser devuelta a la edad de piedra mediante bombardeo. Pero allí sólo había habido una pequeña guarnición. Ésta era varias magnitudes más grande.

¿A quién pretendo engañar? se preguntó. *¿Realmente tengo elección? Por eso Vader puso las apuestas tan alto. Él no quiere tenerme agonizando en una elección. Quiere que no tenga elección*.

Nick ajustó el dial del control de intensidad del deslizador, situándolo en caída máxima. El diminuto transporte se hundió como una piedra en unas profundidades turbias. Pero no importaba lo rápido que cayese, no podría alcanzar a su estado de ánimo que caía en picado.

Pavan encendió su sable láser. Laranth desenfundó sus desintegradores. Las pocas personas que todavía quedaban en la calle se dispersaron cuando el zumbido de los repulsores se hizo audible.

—¿Cómo nos han encontrado? —oyó mascullar a Laranth.

—¿Qué importa? —contestó Jax—. Probablemente es cosa de Rokko.

—Fuiste identificado como Jedi por cámaras exploradoras cuando usaste la Fuerza —le dijo I-Cinco—. Después de eso, era sólo cuestión de tiempo.

Den era agudamente consciente del hecho de que era el único del grupo que no tenía super reflejos, años de entrenamiento marcial, o un cuerpo de duracero. Se liberó del agarre de I-Cinco y cayó al suelo; si acababan peleando, no tenía sentido bloquear las armas del droide.

—¿Estamos seguros de que es una buena idea? —preguntó—. Esos CPAs pueden sobrevolarnos y tomarse el tiempo que quieran para dispararnos.

—Si pueden dispararnos, yo puedo dispararles a ellos —dijo Laranth torvamente. El gemido de los repulsores se hizo más fuerte.

—Siento disentir —dijo I-Cinco—. Además de una variedad de otras armas, los CPAs tienen desintegradores de repetición T—21 montados. Su alcance te supera por cien metros.

Pavan ajustó su posición, agarrando el sable láser con más firmeza.

—¿Alguien tiene alguna idea mejor?

—Me viene a la mente huir —dijo Den—. Tiendo a estar de acuerdo. —El droide miró a su alrededor. Estaban en un distrito de almacenes; a cualquier lado de la calle había edificios de tres o cuatro pisos de alto. De repente I-Cinco cruzó la calle y, usando sus láseres de los dedos, abrió una de las puertas de un disparo.

—He dispuesto un transporte —dijo sobre su hombro.

Den se apresuró a cruzar al otro lado de la calle tan rápido como sus piernas regordetas podían llevarle. Después de un momento pudo oír que los dos Jedi le seguían. *Parece que prefieren la compañía de un droide a la de seis o más con armas*, pensó. Al menos tenían algo de sentido común.

En el oscuro almacén, los fotorreceptores de I-Cinco emitían la cantidad de luz suficiente para que distinguieran las cosas. *Algún día, tengo que preguntarle cómo puede seguir viendo a través de esas cosas cuando las usa como faros*, se dijo Den a sí mismo. Es sorprendente en las cosas que uno piensa al encontrarse en el peligro.

Aparentemente, el droide no tenía problemas de visión. Se movía infaliblemente a través de la oscuridad hasta que encontró lo que andaba buscando: una fila de tejedores de un modelo anticuado.

—Estos, al menos, nos darán mejor maniobrabilidad —dijo él.

El sonido del acercamiento de los CPAs ya era fortísimo. — ¿Cómo sabías que estaban aquí? —preguntó Laranth mientras entraba en un tejedor y lo activaba—. ¿Tienes visión de rayos X o algo así?

—No —dijo I-Cinco—. Leí el cartel de la pared.

—Los tejedores sólo tienen espacio para dos —dijo Pavan mientras activaba otro—. Laranth, coge a Dhur. Él puede pilotar mientras tu luchas. Droide, tu ven conmigo.

Den puso el pie en la plataforma. El tejedor estaba diseñado como medio de transporte unipersonal, pero podía llevar dos en caso de emergencia. *Y definitivamente éste es uno de esos momentos*. Estudió el panel de control. El tejedor era simple en diseño: una plancha como suelo de un metro de ancho, montada sobre un pequeño grupo de repulsores. Los controles, según estaban, ocupaban un pequeño panel encima de una

columna que se elevaba desde la plancha inferior. También había un manillar con agarraderas gemelas. Una vez que la velocidad y los vectores eran establecidos, el conductor permanecía en pie sobre la plataforma y maniobraba en su mayor parte mediante cambios en la masa corporal. Él había montado en uno un par de veces; eran sorprendentemente fáciles de manejar.

Afortunadamente, la altura de la columna de dirección era regulable. Den lo hizo girar apresuradamente y dirigió el tejedor hacia la entrada delantera, sólo para ver dos CPAs flotando en el exterior, a tres metros en la calle.

—Rendíos en nombre del Emperador Palpatine —gritó la voz amplificada, carente de emoción de uno de los pilotos droide.

—Necesitamos una nueva salida —le dijo Pavan tranquilamente a I-Cinco. El droide alzó un dedo y abrió un agujero en la pared trasera. El Jedi hizo salir al tejedor a través de él. Una andanada de fuego láser acribilló el suelo y las paredes alrededor de la ruta de escape, haciendo saltar trozos de duracreto y serpentinas de plastiacero.

Den tragó saliva, sostuvo firmemente las agarraderas, y siguió al Jedi y al droide a través del agujero, hacia la noche.

Veintiocho

El tejedor estaba diseñado para el transporte interurbano rápido, con una rodada más pequeña y más maniobrabilidad que un deslizador o un trineo. Tenía una velocidad máxima de sesenta y cinco kilómetros por hora aproximadamente, y un pequeño campo repulsor «parabrisas» para proteger al piloto. Normalmente las calles estaban demasiado abarrotadas para que un tejedor fuera a toda velocidad, pero esa era un área industrial, y estaba desierta. Jax e I-Cinco pasaron zumbando por una vía estrecha, el campo negativo de los repulsores dispersó restos de papel y otras basuras.

Un momento después dos CPAs doblaron la esquina persiguiéndoles. Tenían forma de disco, con una burbuja de transpariacero en medio que alojaba al piloto droide… normalmente, como en este caso, un droide policía 501-Z. El ecuador del disco podía rotar rápidamente, cambiando diversas armas en la parte delantera para disparar, incluido proyectores láser, rayos de partículas, granadas aturdidoras y adhesivas, lanzaproyectiles, redes eléctricas, y otras armas tanto letales como no letales. Tan pronto como doblaron la esquina, los CPAs comenzaron a disparar sus T-21s para tareas pesadas contra el tejedor.

Tanto Jax como I-Cinco se sorprendieron cuando los grandes haces de energía pasaron por su lado, demasiado cerca como para sentirse cómodos.

—Pensé que habías dicho que Vader te quería vivo —dijo el droide.

—Dije *probablemente* —Jax cambió su peso de sitio, evitando por los pelos otra bola de energía que casi les acierta—. Tal vez estos tipos no leyeron la nota. —Oyó al droide murmurando—. Ahora mismo parece más un *vivo o muerto*.

Jax siguió esquivando y maniobrando. Incluso con la Fuerza para ayudarle a anticipar los disparos, no era fácil evitar rayos de partículas cargadas.

—Son mucho más rápidos que nosotros —dijo I-Cinco en voz alta por encima del viento que formaban a su paso—. No podemos dejarlos atrás, pero tal vez podamos despistarlos.

—¿Qué crees que estoy haciendo?

Otro rayo de partículas estuvo a punto de alcanzarles por escasos centímetros y abrió un agujero en un tanque cercano.

—Si la respuesta a esa pregunta es cualquier cosa aparte de *Intentar matarnos*, entonces tal vez sería mejor que pilotara yo —dijo I-Cinco.

Jax sopesó los pros y los contras de tirar al droide del tejedor.

—Si crees que puedes hacerlo mejor, entonces cambiamos de sitio. Si no es así, calla…

—¿Tienes en mente alguna estrategia particular?

Jax dejó caer el tejedor varios centímetros mientras pasaban como un rayo por debajo de un arco del ferrocreto. Sintió la áspera parte inferior rozar su pelo.

—¿Aparte de entregarte a ellos?

—Asumiré que no, entonces. Rodearon los restos ennegrecidos de un carguero terrestre. Jax se desvió bruscamente hacia la izquierda justo cuando un láser atravesaba el

punto donde su trayectoria les habría llevado, y después a la derecha de nuevo para evitar una colisión con la estructura de soporte de un cortanubes. Las calles eran estrechas y sinuosas por allí, y las gigantescas estructuras que soportaban los edificios a menudo ocupaban la calle, haciendo que su vuelo a toda velocidad fuese aun más difícil de dirigir. Los cortanubes del Sector de Yaam podían no ser tan altos como las torres celestiales de las regiones ecuatoriales, pero eran lo suficientemente altos como para requerir cimientos macizos de ferrocreto, con gigantescas anclas de duracero incrustadas centenares de metros en el lecho de roca. Jax sabía que era sólo cuestión de tiempo antes de que chocaran contra un edificio o con algún otro obstáculo, o fuesen acribillados por uno de los CPAs. Había dormido poco en los últimos tres días, y si bien un Jedi podía echar mano de la Fuerza para obtener vigor y energía más allá de las capacidades de la mayoría de seres, él no se encontraba en su mejor momento.

—Está bien, droide —gritó mientras un haz de energía procedente de la unidad más cercana les pasaba rozando y destruía un anunciosfera flotante—. ¿Cuál es tu plan?

I-Cinco se lo explicó rápidamente mientras zigzagueaban por la serpenteante calle, que para entonces se había convertido en poco más que un callejón. Los dos CPAs se habían colocado a la fuerza en fila india, pero no habían abandonado la persecución.

El peso de las propias torres a menudo requería gigantescas abrazaderas estructurales de estabilización, contrafuertes, y columnas de soporte. En los sectores planetarios más antiguos, como el de Yaam, estos refuerzos a menudo habían sido añadidos siglos después de su construcción, y en algunos casos no había habido espacio para construir los elementos necesarios. En esas situaciones, se empleaban campos tractores y de presión.

Los campos, según I-Cinco, eran demasiado difusos para afectar a los seres orgánicos o a las unidades mecánicas más pequeñas, como los droides y tejedores. Los vehículos más grandes, sin embargo, corrían el peligro de poner sus repulsores fuera de frecuencia, y por tanto evitaban esos sectores normalmente.

—¿Cómo sabemos que los Zetas que pilotan esas unidades no saben de la resonancia de frecuencia?

—No lo sabemos.

—Brillante. ¿Cómo sabemos que los CPAs son lo bastante grandes como para ser afectados?

—No lo sabemos. Sin embargo, el gasto energético de los repulsores de un CPA es aproximadamente de ochocientos julios por segundo, y el factor de tolerancia de un campo de presión estándar es…

—Espera —dijo Jax mientras viraba bruscamente y se dirigía hacia un gran cortanubes. En una pared, sucio con siglos de mugre y hollín pero todavía legible parcialmente, se encontraba el rotulo de advertencia que significaba que había un campo de presión funcionando—. Estamos a punto de probar tu teoría.

Jax dirigió el tejedor hacia la sombra del edificio, frenando hasta detenerse en la oscuridad de lo que debía ser el medio del campo. Podía sentir un leve cosquilleo en la

piel, y el pelo erizado, en respuesta a una carga electrostática. Esperaba que el droide supiera de lo que hablaba.

Como había esperado, el Zeta de la unidad delantera mordió el anzuelo y continuó la persecución. Tan pronto como entró en el campo, comenzó a bambolearse. Jax podía ver al piloto Zeta luchando con los controles, intentando compensar, pero no sirvió de nada. El disco volador perdió el control, se puso boca abajo, y chocó contra uno de los soportes de ferrocreto, estallando en una esfera de llamas.

—Uno menos —dijo Jax—. Veamos si su colega es tan estúpido como él.

No lo fue. El segundo CPA frenó antes de entrar en el campo de presión, entonces hizo un giro de noventa grados y desapareció en el oscuro laberinto de edificios, instalaciones de almacenamiento, estaciones de procesado, y otras estructuras.

—¡Rayos! ¿A dónde ha ido?

—No detecto ninguna salida de energía en el área local —dijo I-Cinco.

—Bien. —Jax reactivó el tejedor—. Salgamos de aquí —alejó rápidamente el tejedor del cortanubes y se internó en una calle lateral, sólo para encontrarla bloqueada por otro gigantesco puntal de soporte.

—Calle sin salida —dijo Jax. Hizo girar el tejedor…

Y vio que el segundo CPA les estaba esperando.

Den se encorvó sobre la columna de dirección del tejedor, girando la agarradera derecha del manillar, que era el acelerador, tan fuerte como podía. El maldito aparato no podría dejar atrás el triciclo de un niño humano, mucho menos un CPA. Definitivamente, esta no había sido una de las mejores ideas de I-Cinco, se dijo a sí mismo.

Si hubiese tratado de escapar por su cuenta, hace tiempo que sería una masa ennegrecida. Afortunadamente tenía un Jedi como copiloto. Laranth Tarak estaba detrás de él en el tejedor, espalda con espalda, disparando serenamente mientras Den, su corazón, estómago, y otros órganos peleando por hacerse un hueco en su garganta, les mantenía en marcha y recorriendo calles al azar, sin importar que para entonces estuvieran completamente perdidos, sin importar que estuvieran separados de Jax Pavan e I-Cinco, concentrándose sólo en una cosa: escapar de las unidades policiales.

Desvió el tejedor, esquivando un pequeño cráter, entonces se desvió de nuevo para esquivar un transporte de carga que cruzaba una intersección. Durante todo el tiempo no dejó de oír rayos de partículas, láseres, lanzaproyectiles, y quién sabe qué más por detrás de él. Pero nada podía sobrepasar a la Jedi twi'lek. La habilidad de Laranth con sus desintegradores gemelos era increíble; si bien Den sabía que la Fuerza estaba ayudándola, lo que ella hacía parecía completamente imposible. Estaba *disparándole* realmente a *los proyectiles y a los rayos de partículas en el aire, desviándolos en mitad del disparo*. Le había visto hacerlo, tanto arriesgando una mirada o dos sobre su hombro como en el reflejo de las ventanas mientras habían pasado volando frente a algunas tiendas.

Al principio no podía creerlo. Ahora, después de algunos minutos, comenzaba a sentir que tal vez podían tener una oportunidad. Increíble como era, ella no dejaba que se les

acercara ni una bala, rayo, o explosión. Den se dio cuenta de que, si ella era tan extraordinariamente buena, acabaría consiguiendo un par de buenos disparos directos a los propios CPAs, y entonces se librarían del problema.

—Tenemos problemas —gritó ella sobre su hombro—. Estoy quedándome sin gas en ambos desintegradores. Será mejor que pienses en algo rápido.

¿Cuándo aprenderé que tener esperanzas es lo peor que se puede hacer en una situación de vida o muerte? —¡Agárrate! —gritó y se inclinó hacia la derecha, obligando al tejedor a dar un giro brusco.

—¿A dónde vamos?

—¡Tu sigue disparando! —gritó él.

—¡Tengo suficiente jugo para otros treinta segundos!

Perfecto, pensó él. Porque en otros diez seremos libres o estaremos muertos.

Él sabía que, como estaba mirando hacia atrás, Laranth no podría ver lo que planeaba hasta que ya lo hubiera hecho. Lo cual es bueno, porque intentar pilotar un tejedor —o casi cualquier cosa, ya que estamos— a gran velocidad a través del primer piso de un edificio medio derruido era casi tan suicida como intentar pilotar una nave espacial a través de un campo de asteroides. Den la escuchó quedarse sin aliento de incredulidad cuando entraron en el armazón esquelético. Tuvo sólo el tiempo suficiente de pensar, *Un Jedi que puede bloquear rayos láser con más rayos láser se sorprende por esto. Estamos perdidos*, y entonces estuvo demasiado ocupado esquivando vigas, columnas, tubos de elevador, y cualquier otra cosa que uno podría encontrar en las entrañas expuestas de un edificio —no tuvo tiempo de verlo, porque todo estaba pasando demasiado rápido.

Desde detrás de él escuchó un choque y una explosión, y una luz anaranjada parpadeó por un momento.

—¡Uno menos! —gritó Laranth—. ¡Chocó contra una columna!

¿Sólo uno? se preguntó. Pero no había tiempo de preocuparse por el otro. *Arriba, abajo, izquierda, derecha, rápido, más rápido*… eso era todo para lo que tenía tiempo. Entonces de repente salió disparado por una abertura entre dos enormes bloques de ferrocreto y estuvieron fuera del laberinto de vigas y columnas.

Frenó pero no se detuvo; si lo hubiese hecho habría explotado por sobrecarga de adrenalina… así es como se sentía, al menos. Se encaminó calle abajo.

—Esa fue una conducción bastante increíble —le dijo ella—. Justo a tiempo, también —las cámaras de gas están secas.

Den detuvo el tejedor y se giró para mirarla fijamente.

—¿Quieres decir que estamos *desarmados*? Estupendo. Qué hacemos si el otro CPA…

El segundo CPA salió de la nada, directamente detrás de ellos.

—… aparece —terminó Den débilmente.

Laranth echó una mano rápidamente detrás de su cabeza, debajo de su lekku truncado. De debajo sacó un pequeño vibrocuchillo y lo arrojó, el movimiento fue demasiado rápido incluso para los ojos de Den como para seguirlo. La daga voló

directamente hasta en el cinturón giratorio de armas de la unidad y desapareció. Den no podía ver lo que hizo allí dentro, pero fuera lo que fuese, fue efectivo. El cinturón de armas comenzó a escupir chispas, y pudo oír un gemido creciente. La unidad se estremeció, escorando hacia un lado, y Laranth empujó a Den hacia los controles, gritando:

—¡Sácanos de aquí!

Él lo hizo, por los pelos. Estaban aproximadamente a cien metros cuando el segundo CPA explotó. Por un microsegundo todo se volvió blanco y negro, y surgió un sonido que él recordaba demasiado bien de las Guerras Clon: pedazos de metal caliente pasando rápidamente a su lado.

Se agazapó, pero no era necesario; los pocos fragmentos que llegaron hasta ellos los desvió fácilmente Laranth con un ondeo de su mano. Entonces bajó la mirada hacia Den.

—Yo *nunca* estoy desarmada —dijo ella.

Veintinueve

El segundo CPA revoloteó delante de Jax e I-Cinco.

—Parece —dijo el droide—, que mis sensores necesitan un recalibrado.

—Maravilloso. —Jax podía ver directamente al Zeta dentro de la cabina, ajustando el disparo, asegurándose de que no pudiera fallar. Jax trató de alcanzar la Fuerza, esperando tener la fuerza necesaria para desviar el potente haz de energía que sería…

Su mente se congeló en estado de shock.

No había *nada allí*.

Donde normalmente esperaban las hebras de la Fuerza para envolverle, sólo había un vacío. Él no sabía cómo, o por qué, pero no podía acceder a la Fuerza.

Deseó que su corazón repentinamente acelerado frenase. Esto ocurrió antes, se recordó a sí mismo. En su cubículo. Y en aquel entonces había regresado. Ahora también regresaría. *Recuerda las enseñanzas: «La Fuerza estará siempre contigo»*.

Solo que no lo estaba. Y el Zeta estaba listo para disparar.

Sólo había una diminuta oportunidad, se percató. Agarró a I-Cinco y empujó al droide hacia los controles del tejedor.

—Todo recto —dijo él—. ¡A toda velocidad!

En beneficio de droide, éste no vaciló. Giró el acelerador y el tejedor salió disparado, directamente hacia la unidad flotante.

Como Jax había esperado, el movimiento aparentemente suicida pillo al piloto Zeta por sorpresa. Antes de que el droide policía pudiese recalibrar, el tejedor pasó debajo de él. Mientras pasaban por debajo del conjunto de repulsores, lo suficientemente desviados hacia un lado para evitar ser aplastados por las ondas, Jax sacó y encendió su sable láser. Lo balanceó sobre su cabeza tres veces, convirtiendo las aspas del proyector en chatarra derretida. Entonces salieron de debajo de su sombra.

I-Cinco frenó y giró el tejedor, y observaron como la unidad se inclinaba verticalmente, ascendía diez metros, y entonces se hundía directamente hacia abajo. Chocó contra el pavimento con fuerza suficiente como para agrietar el duracreto, rodó un metro más o menos, y entonces volcó sobre el área fundida que había sido su sistema de propulsión.

Hubo un silencio repentino, salvo por el siseo y el chisporroteo de los desbaratados repulsores del CPA.

Jax desactivó su sable láser, y estaba a punto de colgarlo en su cinturón cuando la cabina se abrió. El 501-Z salió de ella y se dio la vuelta, escaneando el área con su sensor de movimiento. Jax suspiró, y estaba a punto de encender su arma de nuevo, cuando I-Cinco dijo:

—Permíteme. —El droide apuntó su dedo índice derecho hacia el Zeta. Un intenso rayo carmesí salió del dedo y atravesó el sensor óptico del droide, llegando a su procesador primario. El droide se estremeció un momento, agitando los brazos… entonces se colapsó.

Jax y el droide se miraron el uno al otro.

—No esperes ninguna gratitud —dijo Jax.

—Ni se me ocurriría.

—Al ordenador de navegación de mi nave no le doy las gracias por llevarme a donde tengo que ir.

—Quizá si lo hicieras —dijo I-Cinco—, podría llevarte hasta allí un poco más rápido.

Jax no contestó. Vacilantemente, se extendió, abrió su ser…

Y la Fuerza estaba allí. Nada era diferente.

Frustrado, Jax sacó su comunicador.

—Laranth, ¿estás ahí?

Su voz crujió desde el comunicador.

—Te recibo, Jax. Este pequeño sullustano es un piloto bastante bueno.

Jax se dio la vuelta y habló en voz baja.

—El droide tampoco lo hace mal en una emergencia.

—Lo he oído —dijo I-Cinco.

Kaird sabía que tenía que tomar una decisión. Si iba a encargarse del Príncipe Xizor, tendría que hacerlo pronto. Cada instinto que tenía de asesino se lo decía. Cada oportunidad de derribarle que ignoraba podría ser la última. El Underlord Perhi le había dejado claro que llevar el droide con la información no era obligatorio. Lo más prudente sería acabar con el príncipe falleen en ese momento, cosa que podía hacer tan fácilmente como señalar con el dedo. Adosada al dorso de su mano derecha con un adhesivo de doble cara llevaba una pequeña caja negra, poco más grande que un paquete de píldoras letales. Un tubo flexible iba de ella hasta la punta de su dedo índice. Era un lanza-dardos, cargado con quince delgados aguijones, cada uno recubierto con toxical, un veneno tan virulento que con diez dardos podías derribar a un bantha adulto. Un dardo era más que suficiente para matar a un espécimen tan soberbio físicamente como Xizor. El toxical era también sumamente biocompatible. No importaba si le disparabas a un nikto, a un falleen, a un humano, o a cualquier otra especie humanoide. Todos morían… normalmente antes de tocar el suelo.

En ese momento, Kaird se encontraba a doce metros de su blanco, bien a tiro. Estaban en un complejo multiescalonado que, hace eras, probablemente había sido un centro comercial o un edificio de oficinas, pero ahora se había convertido en un gueto barato para alienígenas ilegales. Los inquilinos eran en su mayor parte ugnaughts, con algunos kubaz y algunas familias ishi tib. El disfraz kubaz de Kaird le permitía mezclarse bastante bien como para acechar a su presa abiertamente, sin ser descubierto.

El nediji se decidió de pronto. Cumpliría la misión ahora. Después de todo, siempre podía encontrar el droide por sí mismo si era necesario. Y la verdad fuera dicha, ese traje en particular se estaba volviendo un poco irritante.

Salió a un balcón saliente. Xizor pasaba a dos niveles por debajo de él, cruzando una galería abierta. Las antiguas tiendas, o espacios de oficina, o lo que fuera que habían sido

en la antigüedad, eran ahora morada para los pobres y los privados de derechos; paredes provisionales de sintomadera y plastiacero habían reemplazado los escaparates, y el aire estaba saturado con los olores de vainas de hierbamuro hervidas, gartro a la parrilla, y rata de sangre. La música, que a Kaird le sonaba en su mayor parte como el grito de un sleen en celo, se elevaba desde el piso más bajo, donde las tiendas de campaña y los puestos de artículos de un mercado al aire libre podían vislumbrarse a través del humo aromático de los fuegos de cocina. *Este es un lugar estúpido en el que vivir y morir, amigo, oh sí…*

Bueno, no era su vida, gracias al Huevo. Kaird alzó el lanza-dardos. Lo apuntó hacia su blanco, tomó aire, y…

Un niño ugnaught desnudo, que perseguía una girobola, tropezó y se estrelló contra Kaird por detrás justo en el momento en que disparaba. Él se inclinó hacia adelante, y el disparo erró el blanco. Vio como chocaba en la pared al lado de Xizor, vio la fría y atractiva cara del falleen alzarse, escaneando la multitud, fijándose inmediatamente en el disfraz que Kaird llevaba puesto. Sus serenos rasgos verdes se tornaron repentinamente en un ardiente rojo anaranjado de rabia. Sacó su desintegrador y disparó.

Kaird no era un Jedi, capaz de esquivar haces de energía; de no haber estado ya en movimiento, tirándose al suelo, tan pronto como vio que su enemigo echaba mano de su arma, le habrían frito en ese mismo lugar. En vez de eso, el disparo dejó un surco humeante por la espalda del traje, a un centímetro de su piel.

Se puso de pie y se lanzó hacia la entrada del domicilio más próximo. El pandemónium se había desatado tras el disparo de Xizor; niños y padres de varias especies corrían alocadamente por todas partes, gritando y llorando de miedo. Muchos de los adultos tenían desintegradores o lanzaproyectiles, y estaban respondiendo al fuego hacia la dirección donde había estado Xizor.

Kaird se quitó rápidamente el traje de kubaz, que era inútil ahora que el rayo lo había estropeado. Se puso en pie. Estaba en un apartamento que una vez había sido una especie de servicio de ventas… de qué clase, no había forma de decirlo. Se alegró de que estuviera desierto en ese momento.

Había echado a perder la oportunidad.

No podía creer lo que acababa de ocurrir. ¡Había fallado un encargo! *Nunca* antes había ocurrido esto. Uno no se ponía a trabajar para el sindicato del crimen más grande y mortífero de la galaxia sin ser bueno, y Kaird de Nedij era el mejor. Era increíble. Tendría que remediarlo, o la única manera de volver a Nedij sería como polvo cósmico flotante.

Miró cuidadosamente a través de la entrada. Quitarse el traje tenía cosas buenas y malas. La ventaja era que ya no estaba impedido por llevar puesta la maldita cosa; si bien estaba diseñado para ser tan confortable y práctico como era posible, él era todavía más rápido y preciso sin eso.

La desventaja, por supuesto, era que como nediji sobresaldría como una garra lastimada, y Xizor le divisaría inmediatamente. Bueno, no había nada que hacer al

respecto. Había perdido el elemento sorpresa, y ahora no importaba lo que se lanzara sobre Xizor; el falleen lo filetearía primero y preguntaría después. La única diferencia era que sería más entusiasta matando a Kaird.

Entonces, mejor hacerlo ya.

Tendría que ser un ataque total, no había forma de poder emboscar a Xizor. Por supuesto, Kaird podía escabullirse con las plumas de su cola entre las piernas. Incluso podría escapar de la venganza de Xizor… por el momento. ¿Pero valía la pena ser un fugitivo el resto de su vida, ya fuera en las húmedas entrañas de Coruscant o huyendo de planeta en planeta? Ciertamente nunca volvería a ver Nedij. Ese sería el primer lugar donde mirarían. Y sabía que Xizor era completamente capaz de bombardear su mundo natal si no podía vengarse personalmente de Kaird.

Maldición, pensó. *Tal vez es hora de ver cómo actúan los guerreros*.

Kaird salió disparado de su escondite, corriendo a través de la ancha explanada. Además del lanza dardos, el único otro arma que llevaba era un pequeño desintegrador de mano oculto en su manga izquierda. Hizo que apareciese en su mano mientras corría.

Aunque estaba distanciado muchas generaciones de sus antepasados que cazaban en el viento, su visión era todavía la de un ave rapaz: lo suficientemente aguda como para divisar un lagarto escurridizo camuflándose entre su entorno a cien metros de distancia. Su mirada encontró a Xizor inmediatamente, aunque este último se encontraba dos niveles más abajo y en el lado contrario.

Kaird sabía que Xizor también era descendiente de una especie depredadora. Como Kaird, su visión examinaba tanto vertical como horizontalmente con igual facilidad. Divisó a Kaird casi tan rápido como Kaird le había divisado a él. Disparó repetidamente, los haces golpeando la parte inferior de la plataforma a lo largo de la cual corría el nediji.

Kaird se dio cuenta de la estrategia de su enemigo demasiado tarde; la superficie de plastiacero se combó bajo sus pies, y entonces el tramo en el que se encontraba se partió y cayó abruptamente. Los ugnaughts y kubaz gritaban mientras se arrastraban frenéticamente, intentando ponerse a salvo, e inadvertidamente bloqueando los intentos de Kaird por hacer lo mismo.

Cayó. Tuvo tiempo para lamentar seriamente la decisión de los genes de sus antepasados, hace milenios, de abandonar los cielos. Entonces consiguió agarrar un cable de energía que se había soltado al derrumbarse la plataforma. Se aferró al cable aislado del grosor de una muñeca a escasos centímetros de los alambres desnudos que siseaban y escupían chispas azules en su cara.

Consiguió convertir la caída en un balanceo, ajustando su trayectoria hacia un blanco específico. Vislumbró la cara asombrada de Xizor mientras se lanzaba hacia el falleen. Xizor alzó su desintegrador, pero Kaird se dio cuenta con feroz satisfacción que era demasiado tarde. Kaird sería electrocutado casi con toda seguridad en el próximo momento, pero se llevaría a su enemigo con él.

Bastante bueno.

El mundo hizo erupción en un crepitante llama azul cuando impactó, con los pies por delante, con el Príncipe Xizor. Sabía que no vería Nedij de nuevo, pero al menos había completado su misión. Se contentó con eso. Se preguntó qué sería lo siguiente: el olvido, ¿o el Gran Nido?

No fue ninguno. Kaird abrió los ojos, dándose cuenta de que sólo había estado inconsciente un segundo. Yacía sobre el entresuelo inferior, donde había estado Xizor. El shock eléctrico había sido potente, pero no fatal. A un par de metros vio a Xizor, igualmente aturdido e intentando levantarse.

Kaird sintió una gratitud salvaje en su pecho. No estaba muerto, y todavía había una posibilidad de salir victorioso de esta lucha. Intentó abalanzarse hacia su enemigo, pero el shock había dejado todos sus músculos contraídos; lo mejor que pudo conseguir fue un tambaleo embarazoso. Vio que Xizor estaba en las mismas condiciones. Kaird casi se rió. Ésta sería una pelea para la posteridad, ambos tambaleándose hacia el otro, intentando asestar un puñetazo.

Pero antes de que pudiesen acercarse el uno al otro, una llama azul hizo erupción otra vez alrededor de los bordes de su visión, y el dolor le dejó sin aliento a medida que más espasmos titánicos le recorrían. Por un momento pensó que el cable colgante de electricidad se había mecido de vuelta y le había golpeado, pero entonces lo vio enganchado en una verja de hierro a unos buenos diez metros.

Perdió el conocimiento de nuevo. Cuando recuperó el sentido una vez más, vio a Xizor, a menos de un metro de distancia, de pie con los brazos cruzados, sonriéndole abiertamente.

En el nombre del Huevo ¿qué estaba pasando?

Kaird alzó la mirada hacia Xizor. Sus ojos se encontraron, y él supo que el Falleen entendió la pregunta no expresada. Dirigió la mirada hacia una tercera figura, situada cerca.

Kaird se centró en este nuevo ser. Ese era un nombre inapropiado, porque la figura era un droide. Parecía algún tipo de unidad de protocolo… era bípedo y humanoide en su diseño. Su carcasa era de un negro lustroso, excepto por los ojos; eran enormes e insectoides, extendiéndose por la parte superior de su cara, y de color dorado. De sus sienes sobresalían dos antenas segmentadas que ascendían diez centímetros por encima de su cabeza.

El aspecto de su apariencia en el que Kaird estaba más interesado, sin embargo, era el cañón retráctil de energía que acababa de aparecer en el antebrazo izquierdo del droide.

Ese tenía que ser el droide que todo el mundo perseguía. Ojos de Insecto, o 10-4TO. El droide con los datos, el cual apuntaba ahora con el cañón de un enorme desintegrador desagradable a Kaird.

—Otra vez —dijo Xizor.

Kaird parpadeó. Todavía no volaba a su nivel habitual. ¿Cómo podía Xizor estar dando órdenes a un droide que no había visto nunca?

Tuvo poco tiempo para considerarlo. Ojos de Insecto disparó otra vez. Un último destello azul brotó de su arma, y se llevó a Kaird con él, hacia la noche.

Treinta

Den y Laranth se encontraron con I-Cinco y Pavan en la intersección del bulevar Bellus y la calle Zyra, a la sombra de la gigantesca mónada Magra. Según su publicidad, recordó Den, el enorme hábitat tenía mil plantas de alto y era completamente autosuficiente, una arcología urbana independiente de cualquier interacción con el resto de Coruscant, excepto de la gravedad del planeta. Supuestamente algunos de los inquilinos más extremistas estaban a favor incluso de generarla ellos mismos. Den se preguntó qué clase de acuerdos de uso terrestre habrían tenido con la República, y ahora con el Imperio. Por alguna razón no podía imaginarse a Palpatine aceptando que una enorme pieza de bienes inmuebles urbanos fuese ocupada por una comunidad completamente autónoma, cuyos miembros se jactaban del hecho de que generaciones enteras habían vivido y habían muerto sin poner nunca un pie fuera de sus muros.

—Tendremos que seguir moviéndonos —le dijo Pavan a la twi'lek—. No podemos arriesgarnos a que nos encuentren más fuerzas locales o imperiales.

—Todavía no tenemos ni idea de dónde está el droide —señaló Laranth—. Y ahora va a ser más difícil que nunca encontrarlo, si tenemos que mantener nuestras cabezas bajadas mientras estamos buscando.

—Si puedo preguntar —dijo I-Cinco—. ¿Qué droide?

Pavan ignoró su pregunta, lo cual no sorprendió a Den. Fue Laranth la que respondió, explicando la última petición del Maestro Even Piell de que encontraran a 10-4TO y los datos que llevaba.

I-Cinco parecía pensativo.

—Basándome en tus declaraciones anteriores, y mis propias observaciones —le dijo a Pavan—, asumo que hay una razón para que Darth Vader te busque, más allá del propósito general de aniquilar a la Orden Jedi.

Den podía ver que el Jedi se molestaba un poco por la audacia de I-Cinco. Estaba seguro que el droide también lo sintió. Aún así I-Cinco continuó preguntando.

—¿Estoy en lo cierto?

—No es asun… —comenzó Pavan, pero Laranth le interrumpió.

—Eso parece. No sabemos cómo o por qué.

—Si es cierto —dijo I-Cinco—, y si Jax usa la Fuerza de cualquier forma ostentosa, posiblemente Vader podría sentirlo. Es difícil encontrar un droide a través de la Fuerza, de todas formas.

—Muy cierto. —Una nueva voz surgió de las sombras. Los dos Jedi reaccionaron con una rapidez increíble: el desintegrador de Laranth y el sable láser de Pavan estuvieron en sus manos y en condición de ser activados casi antes de que el recién llegado hubiese acabado de hablar. El tiempo de reacción de I-Cinco fue igual de rápido: tenía ambos brazos nivelados desde los codos y sus manos cerradas en puños, excepto por sus dedos índices extendidos, como un niño naboo jugando a kaadu y aliens.

El dueño de la voz se mostró. Era tan delgado como un givin muerto de hambre, vestido con lo que Den consideraba «la moda del camello»: un abrigo de cuero de fleek azul negruzco, hasta la rodilla, mallas, y botas. La única concesión a la guerrilla urbana era la armadura del pecho hecha de piel de babosa del duracreto y el desintegrador en su cadera.

—Entonces ¿qué tal si os llevo hasta él? —continuó. Den vio que Jax Pavan se relajaba ligeramente.

—Nick. Me alegro de verte otra vez. —Presentó a Laranth y a Den al recién llegado, ignorando deliberadamente a I-Cinco—. Éste es Nick Rostu. Fue un héroe durante las Guerras Clon…

—Y ahora es simplemente otro morador del submundo. Hay una lección en eso, en alguna parte. —Rostu se encogió de hombros—. ¿Tenéis algo de comer?

Den decidió que era tarea suya presentar a I-Cinco, ya que nadie más parecía dispuesto a hacerlo. Lo hizo.

Rostu apenas dirigió una mirada al droide; estaba mucho más interesado en las tabletas de palp que acababa de darle Laranth. — ¿Es tu droide? —le preguntó a Pavan, barboteando con la boca llena. *Realmente debe tener hambre*, decidió Den. Las tabletas de palp sabían tan mal como sonaba. Peor, de hecho. Nada podía desbancar a las raciones de emergencia en cuanto a desabridez, pero las tabletas de palp se aproximaban.

—Para nada —dijo Pavan en respuesta a la pregunta de Rostu—. Es un…

—Un droide muy singular —dijo Laranth, para aparente sorpresa de Pavan—. Creo que quedarás sorprendido con I-Cinco, Nick Rostu. Nosotros no dejamos de estarlo.

—Gracias —dijo I-Cinco quedamente.

Pavan hizo un gesto de fastidio.

—¿Te he oído bien, Nick? ¿Sabes dónde está el droide? ¿Cómo?

—Fácil —dijo Nick Rostu—. Bueno, tal vez no tan fácil… venid. Tengo un deslizador aéreo aparcado en el otro extremo del bloque. Cabremos todos.

Mientras avanzaban calle abajo, Rostu explicó con mayor detalle sus aventuras después de que hubiese visto a Pavan por última vez, culminando en su escapada del Palacio y robo de la nave corelliana, justo a tiempo de evitar ser ejecutado por matar hacía unos meses a un oficial imperial. Todo ello sonaba lo suficientemente cierto, decidió Den, si bien Rostu parecía un poco ambiguo en alguno de los detalles.

—Eso no explica cómo sabes dónde está el droide —comentó Laranth mientras alcanzaban el deslizador. Era uno de cuatro asientos, así que Den se sentó en el regazo de I-Cinco.

—Lo encontré —dijo Rostu mientras el vehículo despegaba—. Me dirigía de vuelta a mis viejas dependencias destartaladas, pero entonces escuché que ya habían sido bastante destartaladas por uno de los enormes droides de renovación urbana de Palpatine. Así que decidí ver si podía encontrarlo, tal vez ayudarte un poco. —Esto último fue dirigido a Pavan, quien asintió.

Rostu pilotó el deslizador por una estrecha carretera abarrotada.

—No fue tan difícil encontrarlo —continuó—. No es un modelo común.

—Buen trabajo, Nick —dijo Pavan. Estaba sentado atrás, junto a I-Cinco y Den. Den oyó al droide murmurarle a Pavan:

—Eso es excesivamente conveniente. Tu amigo escapa de las garras de los Guardias Imperiales, no ha especificado cómo, y encuentra fácilmente el droide que la resistencia lleva semanas buscando en vano. Creo que hay más aquí de lo que nos cuenta —su tono era lo suficientemente bajo para que Rostu no lo oyera; ciertamente, a Den le costó mucho escucharle con el gemido de los repulsores y la estela, incluso con su aguda audición.

Pavan recorrió al droide con una mirada dura.

—¿Asumo que tienes algunos datos para respaldar tus afirmaciones que no son completamente subjetivos?

Aunque I-Cinco no dio ninguna muestra exterior, Den sabía que el droide se había ofendido por la pregunta sarcástica de Pavan. Tras un momento de silencio, I-Cinco dijo.

—Leo fluctuaciones de conductividad galvánica de la piel consistentes con la coacción emocional humana, así como un pulso elevado. Está mintiendo, Jax. Estoy seguro de ello.

Pavan miró fijamente a I-Cinco por un momento, entonces dijo:

—Nick Rostu es, hasta donde yo sé, un soldado y un patriota. Ganó la Medalla de Plata al Valor y luchó en las Guerras Clon en más frentes de los que puedo nombrar. Lo que dices es difícil de creer; después de todo, le he conocido más tiempo de lo que te he conocido a ti. ¿Alguna posibilidad de que tus lecturas sean erróneas?

—Ninguna.

—¿Cómo sé que no estás mintiendo?

—¿Por qué mentiría? ¿Especialmente a ti?

—Eres ingenuo, incluso para ser un droide. A pesar de tus declaraciones de afecto y amistad hacia mi padre —un hombre sobre el que no conozco más de lo que conozco de ti— no estoy dispuesto a tomar como cierto todo lo que digas. Un droide puede ser programado para mentir…

—No este droide.

Pavan parecía irritado. Entonces se dio la vuelta y contempló a Rostu fijamente durante un momento. Aunque Pavan no mostró ninguna señal exterior, Den estaba convencido de que estaba usando la Fuerza para sondear a Rostu.

El Jedi miró de nuevo a I-Cinco después de un momento.

—No percibo nada de él que indique cualquier duplicidad. Aparece limpio a través de la Fuerza.

I-Cinco «parpadeó», obviamente desconcertado por esto.

—Pero… sus respuestas fisiológicas son… —El droide se detuvo confuso. Cuando volvió a hablar, su voz estaba atenuada—. Acabo de tomar otra lectura; Sus reacciones autónomas se encuentran bastante más en los límites normales que antes.

Pavan no dijo nada en respuesta. No tenía que hacerlo.

Bien, es sencillamente genial, pensó Den. *I-Cinco le está perdiendo, entonces acabamos de saltar del núcleo del reactor a la supernova*.

El deslizador aéreo continuó volando a través de la noche de neón.

Treinta y uno

—¿Cómo prosigue la búsqueda, Rhinann? —la voz de Lord Vader fue tan civilizada y educada como siempre, con una sutil amenaza entretejida en ella—. ¿Ha encontrado ya el Mayor Rostu a Pavan?

—Así lo creo, mi Señor —dijo Rhinann. Su voz tembló ligeramente, a pesar de sus esfuerzos por mantenerla firme—. Pero todavía tengo que recibir una señal definitiva.

—Una vez que la señal sea enviada —dijo el Señor Oscuro—, asegúrate de enviar suficientes tropas para capturarlo con vida. No me decepciones, Rhinann.

Rhinann sintió que cada uno de sus cuatro estómagos se precipitaba por separado hacia el infinito. Se quedó sin habla literalmente; su lengua parecía congelada en su paladar. De alguna forma, consiguió tartamudear una respuesta y dejar la presencia de Vader sin desplomarse de miedo.

No me decepciones, Rhinann. Incluso ahora, de vuelta en la relativa seguridad de su oficina, podía oír esas palabras reverberando. Casi podía verlas, luminosas en el aire delante de él, latiendo amenazantemente. Si las palabras hubiesen venido de cualquier otro, podrían haber sido interpretadas como una suave advertencia de posibles repercusiones. Viniendo de Darth Vader, sin embargo, parecían equivalentes a una amenaza de muerte.

Tenía que hacer algo.

Rhinann sabía que no podría soportar mucho más esta clase de miedo y de presión. Sintió que se encontraba al borde de una vascularidad sistémica completa. Era demasiado joven para ser amenazado por tal condición; sólo tenía ochenta y nueve años estándar.

Este trabajo le estaba matando. Para ser más específico, el miedo de ser ejecutado por Darth Vader estaba matándole. En cierta forma, de alguna manera, Rhinann sabía que tenía que encontrar una ruta de escape, no sólo de su empleo en el Palacio, sino de Coruscant y de los sistemas del Núcleo. La zona salvaje de la galaxia, llena de mundos de bárbaros aullantes y anteriormente demasiado terrorífica para considerar siquiera escapar hacia allá, había asumido finalmente la segunda posición en el panteón de maldad de dos columnas en el cual creía firmemente. En primer lugar ahora estaba Darth Vader; en segundo lugar estaba todo el resto de la creación.

¿Pero cómo escapar? se preguntó, rascándose en el sarpullido que acababa de brotar a lo largo de su cuello. Se necesitaban créditos para reservar pasaje interestelar… montones de créditos, considerando que tendría que poner al menos la mitad de la galaxia entre él y Vader, quizá ir incluso hasta el Cúmulo de Minos o el Sector Dalonbiano, antes de sentirse seguro. Rhinann había acumulado algunos ahorros, pero no lo suficiente ni de cerca. Suspiró de frustración, lo suficientemente fuerte como para hacer que sus colmillos nasales produjesen un silbido agudo. ¿Cómo podría sentirse alguna vez a salvo, sin importar a dónde fuera? Vader era la personificación de la maldad, aquello a lo que la propia oscuridad temía.

Rhinann estaba delante de una enorme pared de transpariacero que miraba hacia la interminable ciudad. Podía ver el Teatro de la Ópera, los Jardines Botánicos de las Cúpulas Celestiales, y, a lo lejos, el aeródromo y las pistas de aterrizaje de Puerto Oeste. Mientras observaba, una fragata de la clase *Lancero* ascendió lentamente en el cielo. Un momento después, desde otra parte del enorme espaciopuerto, despegó un transporte civil de pasajeros. El elomin observó cómo desaparecía en el cielo azul. ¿Cómo podría disponerlo todo para estar en una nave como esa?

No lo sabía. Pero lo consiguiera como lo consiguiese, estaba seguro que tenía que encontrar una forma, y pronto.

Jax Pavan estaba sentado en el deslizador aéreo que avanzaba a través de las estrechas calles sombrías de los Arrabales Pozonegro, y consideraba su vida.

No era, tenía que admitir, una visión muy bonita.

Había sido un Caballero Jedi. Un miembro de una antigua Orden dedicada a mantener la paz, a asegurar que los estándares de civilización eran mantenidos. A resolver crímenes, a luchar contra la injusticia.

A vivir dentro de la Fuerza.

Lo último era la parte más dura. Siempre lo había sido, siempre lo sería. Lo había intentado, pero tenía que admitir que vivir la vida de un Jedi no le había proporcionado la paz interior y la quietud que había buscado desde que había sido lo suficientemente mayor para comprender eso que andaba buscando.

Sentía que el fallo tenía que estar dentro de él. Los preceptos de la Orden habían funcionado durante milenios, habían convertido a incontables seres vivos desde la infancia en Caballeros y Maestros Jedi deseosos y preparados para sostener los altos estándares de la Orden de verdad y justicia… para usar el poder de la Fuerza para extinguir la maldad dondequiera que pudieran encontrarla. Si ese faro no ardía tan brillante en él como lo había hecho en sus camaradas, no era una carencia en las enseñanzas de la Orden. Era suya.

—Estás preocupado. ¿Por qué? —la voz del droide, enloquecedoramente en calma como siempre, interrumpió sus recuerdos. Por una vez Jax casi estuvo agradecido.

—¿Por qué? Mi gente y todo mi estilo de vida han sido destruidos, soy un fugitivo del nuevo régimen, y el ser más peligroso de la galaxia me ha convertido por alguna razón en el objeto de su vendetta personal —aparte de eso, por ninguna razón.

I-Cinco le miró; su cara de metal era inexpresiva, y aun así en cierta forma era expresiva.

—Veo que el gen del sarcasmo se ha transmitido intacto del padre al hijo.

—Si te diera una orden directa de saltar de este deslizador —preguntó Jax—, ¿qué ocurriría?

I-Cinco pareció considerarlo cuidadosamente.

—No lo sé —dijo el droide por fin.

—Es tentador averiguarlo.

—Dudo que funcionase. Mi programación, como ya he dicho, es capaz de encontrar matices. No tengo amortiguadores de creatividad o software de inhibición.

—¿Y de quién fue esa brillante idea?

—De tu padre —el tono de voz del droide fue sutilmente humorístico, lo que hizo que los dientes de Jax rechinaran—. Quitó los amortiguadores y algunos componentes del software —continuó I-Cinco—. Con el acceso incrementado al libre albedrío que ocasionó, fui capaz de hacer el resto. Últimamente, con ayuda de Den, he realizado más modificaciones.

Jax cambió de posición ligeramente para poder ver mejor a I-Cinco.

—¿Estás diciendo que eres consciente de ti mismo?

De nuevo I-Cinco quedó pensativo.

—Es una pregunta que me he hecho a menudo. Debo admitir que, a veces, era reluctante a seguir hasta su conclusión lógica. Pero finalmente, con la ayuda de amigos —incluida la Jedi Offee, podría añadir— llegué a darme cuenta de que la habilidad para considerar el tema indica una respuesta positiva en sí misma. En otras palabras: Existo porque pienso.

—A ver si lo he entendido —dijo Nick, que evidentemente había oído la conversación—. Estás diciendo que no estás sujeto a las restricciones de actuación de la programación habitual de una unidad de protocolo. ¿Es eso?

—Precisamente. Me programo a mí mismo, hasta un punto. Mucho más de lo que son capaces otros droides, ciertamente, aunque hay otros como yo en la galaxia, en mayor o menor grado.

Esa no fue una noticia bien recibida para Jax.

—Pareces muy seguro de eso —dijo Laranth—. ¿Te has encontrado con alguno?

—En una ocasión en nuestra odisea indirecta hacia Coruscant, Den se hizo pasar por un traficante de armas, conmigo como su sirviente, por supuesto. Un forzador de bloqueos nos dio pasaje hasta el Núcleo Exterior. A bordo, nos encontramos con un droide de protocolo que había sido emparejado con una unidad astromecánica. La unidad de protocolo parecía muy consciente, y el droide astromecánico también tenía un sentido bien desarrollado de sí mismo; mucho más que muchos orgánicos con los que me he cruzado. Ambos expresaron preocupación por el bienestar de su dueño, el capitán de la nave, y por ellos mismos. De hecho, el droide de protocolo era categóricamente llorón algunas veces.

Jax no se consideraba un individuo de mente cerrada. Como Jedi, se esperaba de él que tratara por igual a todos los seres sensibles. Mientras era muy obvio que realmente no había un auténtico estándar por el cual juzgar a todos los seres —inteligencia, moralidad, habilidad, y una miríada de diversos factores variaban extremadamente dentro de una especie, y aun más cuando esa especie se comparaba con otras— aun así, había sido un mandato que la justicia era igual para todos. Durante los días de la República, en cualquier caso.

Pero simplemente no podía ver cómo se aplicaba eso a una compleja masa de circuitos que resultaba ser ambulante.

Por supuesto, nada impedía que borraran su memoria y le reprogramaran, aunque tenía la sensación de que I-Cinco podría resistirlo. Lo que era un pensamiento bastante turbador en sí. Y tampoco lo vería bien el amigo del droide, el sullustano. De hecho, a juzgar por el interés de Laranth y de Nick, el punto de vista de Jax —el único cuerdo— se estaba volviendo rápidamente impopular.

No estaba *bien*. De hecho, a Jax le parecía mucho más una perversión de la forma en la que el universo debería funcionar. Si esa era una galaxia en la cual los droides podían pensar, y sentir, y todo lo que eso conllevaba… bien, era totalmente aterrador. En el pasado, siempre que se había sentido confundido y abrumado por tales acertijos, había podido establecer contacto con la Fuerza. Dejando que le envolviera, calmándole y apaciguarle, concediéndole una cierta medida de tranquilidad. Pero ahora incluso eso le era negado pasado un cierto punto, pues cuanto más profundo se dejara atrapar en su abrazo, más atraería la atención de Darth Vader.

Si es que aun podía tocar la Fuerza…

A menudo, los Jedi habían sido acusados de estar dormidos durante los últimos días de la República, incapaces de sentir la presencia de Darth Sidious cuando el Lord Sith había estado literalmente debajo de su propio techo. *¿Por qué no lo supieron*? se preguntó Jax. Era cierto que la Orden se había vuelto complaciente. Al leer las historias, los relatos épicos, de cómo habían sido las cosas en el pasado, uno podía llegar a creerlo fácilmente. Héroes como Nomi Sunrider, Gord Ves, Arca Jeth, y muchos otros habían colocado ciertamente el listón muy alto. Pero a lo largo de los siglos, los Jedi habían perdido el contacto con la gente, con ellos mismos, y con la Fuerza. Se habían vuelto progresivamente insulares y monásticos, más preocupados con construir vastas bibliotecas y centros de aprendizaje que con proteger el bien común. Cierto, aun había individuos capaces de heroísmo, como Mace Windu y Qui-Gon Jinn. Aún había grandes batallas que habían sido ganadas. Pero que los Jedi se hubiesen vuelto tan ciegos y sordos a la Fuerza como para no reconocer un complot para derrocarlos por los Sith hasta que fue demasiado tarde…

—Ya estamos aquí —dijo Nick. El deslizador se detuvo.

El área parecía lo que era: una zona de guerra. Unos cuantos de los explosivos más pequeños con los que los separatistas habían sembrado la atmósfera había caído allí, y el pavimento estaba agrietado y repleto de cráteres. El letrero de lo que una vez había sido un club nocturno estaba ahora roto y apagado, salvo por las pulsaciones intermitentes de energía que causaban que la holoproyección de una cantante de salón pa'lowick se encendiera y se apagara.

La atención de Jax estaba centrada en la estructura al otro lado de la calle. Aparentemente una vez había sido un bloque de oficinas, pero ahora parecía ser el hogar de una colonia de ugnaughts.

—Hey —dijo Laranth—. ¿Sientes eso?

Jax asintió. Algo estaba ocurriendo allí dentro, algo que estaba agitando la Fuerza como el viento agita un mar tempestuoso. Era imposible saber si 10-4TO estaba implicado, por supuesto, pero fuera cual fuera la perturbación, tenía que ser investigada.

Él dijo todo eso. Predeciblemente, Den Dhur preguntó:

—¿Por qué?

—Porque somos Jedi —dijo Laranth.

Dhur no dijo nada, pero cuando el resto empezó a moverse, él les siguió. Jax no pudo resistirlo:

—Tú no eres un Jedi —dijo él—. ¿Por qué vienes?

El sullustano suspiró.

—Porque soy un reportero —dijo él—. Por mucho que a veces odie recordarlo.

Treinta y dos

Kaird podía sentir la descarga del arma reverberando a través de él, aparentemente abrasando cada nervio de su cuerpo. Le recordó a un tiempo muy distante cuándo, siendo un joven polluelo, había tropezado con una colonia de abejas de jalea. Individualmente, los aguijones de sus zarcillos colgantes no eran gran cosa, pero cada colmena podía contener hasta doce o quince, y todas ellas le habían atacado. Recordó las hebras, alrededor de un centenar de ellas, retorciéndose sobre su cuerpo, provocándole una sacudida dolorosa. Así era cómo se sentía en ese momento: sacudidas agonizantes, cada una más dolorosa que la anterior.

Finalmente, después de eónes de tiempo subjetivo, las sacudidas cesaron. Kaird intentó levantarse, hablar, gatear. No podía hacer ninguna de estas cosas. Era como si su cuerpo hubiese sido desconectado, desconectado de su mente… salvo por los nervios que llevaban mensajes de dolor. Esos estaban funcionando perfectamente.

Xizor se colocó frente a él y se sentó en cuclillas para que Kaird pudiera ver su cara. El falleen ya no sonreía. Su cara estaba sombría, y volvía a tener su matiz jade habitual. Kaird ya había visto esa mirada en la cara de Xizor, y había sentido lástima por quienquiera que la hubiese recibido.

—Algunas descargas más son todo lo que se necesita para acabar contigo, creo —dijo Xizor—. Así que deberías tomarlo en consideración al contestar mi pregunta. Es una simple. ¿Estás actuando por propia iniciativa, o el Underlord ordenó mi muerte?

Kaird no contestó. Su mente se revolvía como un pie sin apoyo en los resbaladizos picos de las montañas más altas de Nedij, buscando frenéticamente alguna parte firme donde posarse, y no encontraba nada.

Xizor abofeteó su cara… no fuerte, pero tampoco suavemente.

—Sé que todavía puedes hablar, nediji. Di la verdad, y puede que sobrevivas.

«Yosh» —dijo Kaird. No conocía mucho falleen, pero había oído que el insulto de una palabra era como un tortazo.

Aparentemente había escuchado bien. Xizor le golpeó con el dorso de su mano, lo suficientemente fuerte como para hacer que sus oídos pitaran.

—¡Tonto! —gruñó el príncipe. Entonces, con un esfuerzo visible, se tranquilizó. Miró por encima de su hombro al droide—. Otra vez —dijo mientras se levantaba y se apartaba del medio.

Y el mundo de Kaird fue arrasado otra vez por una chisporroteante y resplandeciente ola de dolor.

—Sabes —le dijo Nick a Jax mientras se dirigían hacia los turboascensores, seguidos por Laranth, el sullustano, y el droide—, considerando que se suponía que esto iba a ser un proyecto individual, pareces haber reunido un buen grupo.

—Te has fijado, ¿eh? —el tono del Jedi contenía algo de humor, pero en su mayor parte molestia.

—Entiendo el traer a Laranth para guardarte las espaldas. Nunca la había conocido, aunque he oído historias. ¿Pero qué pasa con el sullustano y el droide?

Jax suspiró.

—A decir verdad, no estoy realmente seguro de por qué son parte del grupo. El droide nos ha salvado la vida un par de veces, y afirma que conoció a mi padre. Está con Dhur, el sullustano.

—Quieres decir que le pertenece a Dhur.

Jax suspiró otra vez.

—Créeme, ojalá fuera eso lo que quiero decir.

Esa conversación dejó a Nick más perplejo de lo que había estado cuando la conversación empezó, pero ya habían llegado a los turboascensores. Los ascensores todavía estaban operativos, pero las placas repulsoras habían perdido una buena cantidad de su carga y parecían casi reluctantes a cumplir con su trabajo. Nick intentó no pensar en lo que ocurriría si las placas escogían detenerse completamente, dejándolos caer cuatro pisos. Aunque una parte de él casi deseaba que lo hicieran; de esa forma evitaría tener que continuar con su traición.

Se había percatado, casi demasiado tarde, en su deslizador, que su nerviosismo y su ansiedad acerca de lo que iba a hacer podían traicionarle fácilmente. Si Jax sintiera su desasosiego y utilizara la Fuerza para sondear a Nick, sabría inmediatamente que algo no iba bien. No podría saber precisamente el qué, pero ciertamente estaría lo suficientemente receloso para indagar más allá.

Afortunadamente, aunque la afinidad de Nick con la Fuerza era tenue en el mejor de los casos con otros, era un poco más fuerte cuando la dirigía hacia adentro. Siempre había sido bueno controlando sus respuestas autonómicas; podía estar tranquilo y en calma en la mayoría de emergencias. Que era lo que había hecho en este caso, calmar el latido de su corazón, desacelerar su respiración, reducir la temperatura de la piel. Por el rabillo del ojo había notado que Jax le observaba, y había sentido el leve sondeo de la mente del Jedi. Un momento después se había detenido, y Jax se había reclinado, aparentemente satisfecho, y había murmurado algo a I-Cinco. Eso había estado cerca.

Llegaron al cuarto piso sin incidentes. Algunos ugnaughts e ishi tib observaron con atención desde sus hábitats parecidos a cuevas mientras él y los demás pasaban. Nick no les culpaba de estar nerviosos… ya había sido una noche bastante azarosa, a juzgar por el suelo destrozado y las marcas de desintegrador, y ver a un grupo tan heterogéneo entrar en escena sólo podía añadirse a su confusión.

El cuarto piso estaba a oscuras en su mayor parte, alumbrado sólo por el parpadeo de fluorescentes. Mientras se aproximaban cautelosamente a una esquina, podía oírse una débil voz. Nick fue incapaz de entender las palabras, pero la voz era masculina; suave y civilizada, pero con un tono de amenaza. Le recordó, por alguna razón, a la voz de Vader, aunque era bastante diferente de la de Vader en el tono.

Mientras el Jedi y la Paladín se acercaban más, Nick sintió un repentino florecimiento de peligro justo a la vuelta de la esquina. ¿Estaba sintiendo el peligro a través de la

Fuerza, o simplemente a través de algún miedo subconsciente? A veces era enloquecedor tener una conexión tan tenue con ella. En cierta forma, dudaba que un Jedi hubiese tenido alguna vez esas dudas.

Afortunadamente, en este caso no importaba. Él no tenía que guiar, sólo seguir. Y lo dos a los que seguía eran Jedi expertos y adiestrados. No iban a conducir a nadie a una trampa.

Ese, desafortunadamente, sería el trabajo de Nick.

Tanto Laranth como Jax se tensaron, deteniéndose un momento en su lento acercamiento. Nick se preguntó qué estarían sintiendo. Lo que él captaba era un débil pero insistente sensación de… resolución. Inclemencia. Lo sentía como una mancha oscura contra su cerebro. En cierta forma lo sentía *sucio*.

Vio a Jax sacar su sable láser, aunque no lo encendió. Laranth desenfundó sus desintegradores. Nick sintió su propia mano cosquilleándole por el desintegrador de su cinturón.

Esto no era bueno. Si Jax terminaba resultando muerto en esta misión, Vader sería un Señor Oscuro muy infeliz. Aunque una parte del cerebro de Nick todavía intentaba desesperadamente encontrar una salida de este embrollo sin traicionar a su amigo, otra parte mucho más grande le recordaba que fallarle a Darth Vader era tan inteligente como entrar en la guarida del nexu llevando un traje de carne.

Jax activó su sable láser. Él y Laranth doblaron la esquina.

Y recibieron un saludo de fuego láser.

Treinta y tres

Mientras Jax doblaba la esquina, estaba completamente preparado para tratar con quienquiera o con lo que fuera que estuviese allí. En mitad del salto había tratado de convocar la Fuerza, seguro en su conocimiento que a través de ella le serían concedidos algunos segundos de presciencia… los suficientes para desviar fácilmente lo que le echaran.

Pero una vez más, la Fuerza simplemente no estaba allí.

Antes de que pudiese recobrarse del aturdimiento de la traición de sus sentidos, una salva de descargas de energía le hizo caer de rodillas. El dolor abrasador de las explosiones le llenó, prendiendo fuego a cada nervio, cada célula, de su cuerpo. Pero a pesar de la gravedad de la situación, fue eclipsada por el dolor de haber intentado alcanzarla y, otra vez, encontrando sólo un vacío en lugar de la conexión familiar que era parte de él.

Débilmente, se dio cuenta de que la andanada de haces de energía había cesado. Estaba momentáneamente confuso, porque todavía podía oír el staccato de las descargas de fuego láser. Abrió los ojos y alzó la mirada.

Vio a Laranth delante de a él, disparando tranquilamente ambas armas con bastante puntería para bloquear el fuego inminente.

Laranth terminó la lucha —que seguramente no había durado más de un par de segundos— disparando directamente al cañón del brazo del droide, desactivándolo temporalmente.

—No os mováis —dijo ella, con sus propios desintegradores todavía apuntados—. Ninguno de los dos.

Jax logró ponerse de pie. A mitad de camino sintió las fuertes y frías manos de I-Cinco, ayudándole a sostenerse. Se las quitó de encima con enfado.

Jax vio el otro droide a varios metros de distancia. Ese, sin duda, era 10-4TO. Podía ver por qué su apodo era Ojos de Insecto. Había esperado ver al droide, así que su presencia no fue una sorpresa. Sin embargo, no esperaba ver a un falleen situado ligeramente detrás de él, u otro ser yaciendo en el suelo entre ellos.

Éste último era de una especie que Jax no había visto nunca. Era bípedo, aproximadamente de un metro y medio de alto; las partes visibles de su cuerpo estaban cubiertas de un delicado azul pálido que le hizo pensar en plumas. La forma del cráneo también era extrañamente aviaria.

¿De dónde era esta criatura? ¿Qué estaba haciendo allí? Jax se sintió confuso repentinamente, inseguro, hasta un grado que le mareó realmente. Notó que el color de piel del falleen había cambiado de verde a naranja rojizo, y por el rabillo del ojo vio que Laranth también parecía confusa en cierta forma.

Tuvo el tiempo suficiente para hacer la conexión antes de que el falleen desenfundara un desintegrador de su pistolera y les disparase.

Jax trató de alcanzar la Fuerza otra vez. Irónicamente, fue la confusión causada por las descargas químicas del reptiloide lo que le salvó esta vez; su estado mental estaba tan revuelto que no tuvo tiempo de dudar sobre su habilidad para conectar. Y esta vez, la Fuerza estaba allí para él. Desvió los haces con su sable láser, entonces recorrió de un salto la distancia que les separaba —quizás diez metros— ayudado por la Fuerza. Pero su sistema nervioso maltratado hizo que una pierna se doblara debajo de él cuando aterrizó, desestabilizándole.

Aprovechándose de eso, el falleen se movió rápidamente. Levantó en brazos al bípedo supino y se lo echó sobre el hombro. — ¡Vamos! —le gritó a Ojos de Insecto, y corrió. El droide le siguió, y ambos desaparecieron en las sombras. Un momento después Laranth pasó corriendo a su lado persiguiéndolos.

Todo el episodio había durado menos de un minuto, aunque había parecido eterno. Los otros. —Nick, Dhur, y el droide— ya habían doblado la esquina y se habían unido a ellos.

— *¡«Zu woohama»!* —gritó Nick, y Jax recordó tardíamente la frase de control. Ahora era demasiado tarde; el droide había desaparecido. Sacudió la cabeza disgustado.

—¿Estáis todos bien? —preguntó I-Cinco. Otra vez su conducta perturbadoramente humana molestó a Jax, al igual que su propia tendencia a pensar sobre el droide como un *él* en lugar de un *eso*. Sin embargo, no lo mostró esta vez; su voz sonó estable y neutral cuando contestó.

—Estoy bien.

Se giró para no tener que ver la mirada de alivio proyectada en la cara de metal del droide, que sabía estaría allí, tan seguramente como la mirada de preocupación que había estado antes.

—No te machaques por haber olvidado la frase de control —le dijo Nick—. Es un poco difícil recordar cosas como esa cuando estás siendo acribillado por un desintegrador.

Laranth emergió de las sombras, sola, con apariencia disgustada.

—Los perdí —dijo ella—, es un laberinto allá dentro —frunció el ceño—. Debería haber podido rastrearlos a través de la Fuerza, pero… me confundí. —Obviamente fue duro para ella admitir eso.

Jax se preguntó brevemente si Laranth, por alguna razón, estaba encontrando la misma dificultad en acceder a la Fuerza como él. Cuándo miró sus hilos, sin embargo, parecían tan fuertes como siempre.

—Tengo una idea —dijo I-Cinco—. Podemos usar la propia defensa del falleen en su contra. Seguidme… si no os importa —añadió, mirando a Jax. Entonces se dio la vuelta y avanzó en la dirección que habían tomado el falleen y el otro droide.

A Jax sí que le importaba, pero también era lo suficientemente listo para percatarse de que las habilidades de rastreo de I-Cinco eran probablemente lo único que les ayudaría en ese momento.

—Vamos —les dijo a los demás—. Todavía podría haber una oportunidad de encontrarlos.

Se apresuraron, rápidamente pero con cautela, a través del oscuro edificio, bajando tramos de escaleras y a través de habitaciones llenas de escombros. Los inquilinos del edificio les observaban ocasionalmente desde detrás de puertas acortinadas y grietas en las paredes, pero ninguno de ellos dijo nada o hizo ningún movimiento.

Era justo después del amanecer cuando emergieron; Jax sabía eso sólo por la lectura de su crono. Afuera, salvo por el intermitente resplandor de la ciudad, todavía parecía media noche.

—Parece que se ha llevado tu deslizador —le informó I-Cinco a Nick.

Afortunadamente había algunos modelos de deslizador más antiguos estacionados cerca, y uno de ellos no requería código de activación. Jax no estaba particularmente preocupado por las ambigüedades morales de robar el vehículo; las reglas de los Jedi eran flexibles, y podían ser moldeadas al servicio de un bien mayor. Además, era bastante seguro que le estaban haciendo un favor al dueño. El vehículo era un deslizador terrestre SoroSuub G-17 que había visto mejores días, y esos días no habían sido recientes. Al menos una tobera del repulsor estaba desalineada, haciendo que el vehículo se tambaleara ante la más leve irregularidad del pavimento, al cual se agarraba a una docena de centímetros, y era tan rápido como un ithoriano dispéptico.

—Yo podría caminar más rápido que esto… —dijo Den Dhur mientras el G-17 daba bandazos calle abajo—. Borracho —añadió.

I-Cinco les mantuvo en el rastro, muy literalmente… los sensores artificiales del droide eran extremadamente sensitivos. Los variopintos aromas, hedores y olores en los niveles inferiores eran tan omnipresentes que Jax había dejado de notarlos hacía tiempo a un nivel consciente, pero pensar en la habilidad de rastreo de I-Cinco llamó su atención sobre ellos de nuevo. Era difícil de creer que el olor de una especie individual cualquiera pudiera ser aislado de los acres hedores de variedad de seres de media galaxia, incluso por un laboratorio químico tan preciso como el que I-Cinco llevaba tras el sistema sensorial olfatorio de su pecho. No obstante, el droide afirmó que no sólo era posible, sino fácil.

—Hay muy pocos falleen a esta profundidad en los niveles inferiores —justificó él—. Tienden a ser una especie más cosmopolita. De modo interesante, también detecto el residuo de marcas de aceites y jabones asociados con los sumamente ricos en su piel.

—¿Quién es él, de todas formas? —preguntó Laranth—. Me resulta familiar.

—Debería —dijo el sullustano—. Es el Príncipe Xizor de la Casa Sizhran. Los rumores dicen que es un alto cargo del Sol Negro. Los falleen raras veces dejan su mundo natal; él es una de las pocas excepciones.

El silencio reinó durante algunos minutos. Si el Sol Negro estaba implicado, entonces las cosas ciertamente habían tomado un giro inesperado… y potencialmente desagradable.

—Está aproximadamente medio kilómetro por delante —dijo I-Cinco—. Y está contactando con el puerto local para que preparen su nave.

—Impresionante —dijo Nick—. Tu recepción de video y audio debe ser tan buena como tu detector olfativo.

—En realidad es mucho más simple: radar y receptor de transmisiones de todas las bandas.

—Creo que es ilegal que un droide de protocolo posea eso último —comentó Jax.

—Creo que tienes razón.

—Si despega, ¿cómo vamos a seguirle? —preguntó Dhur—. Ni siquiera tu nariz puede rastrear un olor en el vacío.

—No te preocupes —dijo Nick—. Tengo una nave. Estaremos justo detrás de él.

Jax no dijo nada más. Todo ese asunto parecía estar escapando de su control. Él se había embarcado en una misión en solitario para redimir el honor de su Maestro y completar su última petición, y ahora tenía un grupo de ataque muy inverosímil ayudándole. Un grupo de ataque que ya no parecía estar dirigiendo; esa posición había sido usurpada de alguna manera. Por un *droide*.

No estaba seguro de qué hacer al respecto. Peor, no estaba seguro siquiera de deber hacer algo al respecto. La misión era lo importante, después de todo.

Pero recordarlo se estaba volviendo cada vez más difícil.

Treinta y cuatro

Kaird había estado consciente durante los acontecimientos de los últimos minutos; consciente, pero incapaz de moverse. Las descargas aturdidoras le habían acribillado completamente, y no fue hasta que llegaron a la plataforma de despegue cuando comenzó a sentir el cosquilleo de la circulación que retornaba.

Xizor estaba sobre él, tranquilo y en calma, y dijo:

—Cogeremos tu nave. Bajé en una lanzadera, pero siempre me ha fascinado esa nave tuya. Unas líneas muy bonitas.

Kaird le miró fijamente, pataleando de rabia y furia, pero todavía incapaz de tanto como contraer un músculo. Por encima de todas las otras indignidades que se había visto obligado a sufrir en la última hora, ¿ahora el hombre reptil iba a robarle el *Aguijón*? ¡Eso era escandaloso! La nave de asalto modificada Conquistador Surroniano tenía un conjunto motores iónicos subluz de primerísima calidad y un hipermotor Clase Uno, por no mencionar dos cañones conectados de fuego iónico. Era una de sus posesiones más preciadas. No dejaría que Xizor se la robara. Después de todo, él la había robado primero.

El Príncipe Xizor transmitió el código correcto de atraque a la torre; cómo lo había conseguido, Kaird no tenía ni idea, aunque sospechaba que colarse en bases de datos personales podría haber tenido algo que ver con ello. Se trasladaron del deslizador a la nave lisa y estuvieron en el aire diez minutos después, para lo cual Xizor había reclamado privilegio real para saltarse la cola de despegue.

Para entonces, las incómodas sensaciones de parestesia ocupaban a Kaird. Atado en su asiento, no trató de retorcerse de incomodidad mientras la parálisis nerviosa causada por las descargas aturdidoras iba desapareciendo. En el plazo de algunos minutos, el *Aguijón* alcanzó una órbita planetaria baja.

Xizor, en el asiento del piloto, pasó sus manos sobre el panel de control. Desde donde estaba sentado, Kaird podía escuchar el silencioso zumbido de los monitores y los indicadores de altitud, y ver los pulsantes colores de los gráficos de barras, los medidores UV, y las luces de estado LED.

—Vaya nave —dijo Xizor con tono satisfecho—. Tienes buen gusto, Kaird.

El nediji no contestó. En el asiento que estaba a su lado, iba sentado el droide 10-4TO. Más allá, a través de la ventanilla de babor de la nave, Kaird podía ver las inmutables estrellas y el arco creciente del planeta en la parte inferior. Se quedó mirando fijamente al infinito. En alguna parte allí afuera estaba su planeta natal. ¿Era eso lo más cerca que llegaría a estar de él?

Pasó casi una hora. La circulación de Kaird había vuelto a la normalidad hacía mucho tiempo. Comprobó de nuevo sus ataduras, si bien sabía que era fútil. Se dio por vencido; quizás tendría una oportunidad de escapar una vez que Xizor llegase a su destino…

Pensando en ello, ¿cuál *era* el destino del falleen?

Kaird había asumido que Xizor volvería al Sinharan T'sau y el laberinto oculto del Hall de Media Noche. Pero ahora que lo pensaba, eso no tenía sentido. Xizor debía haber

descubierto por qué Kaird le había estado acechando, y sus preguntas anteriores probaban que la posibilidad de que este fuera un encargo oficial ya se le había ocurrido. Después de todo, el nediji no intentaría una maniobra tan atrevida como asesinar a un príncipe falleen sin que lo aprobara el Underlord. Sabiendo eso, que Xizor se pusiera de nuevo deliberadamente en peligro sería estúpido, por decir lo menor. Obviamente, entonces, tenía otro destino.

¿Pero dónde?

Mientras se preguntaba esto, Kaird escuchó el leve cambio en el ronroneo de los motores, y vio como cambiaba el paisaje estelar exterior en respuesta. Dejaban la órbita. Estiró el cuello, vio la brillante curvatura de dorada y centelleante luz que era Coruscant, y la línea del terminador aproximándose. Se adentraban en la noche.

Minutos más tarde, se dio cuenta del destino de Xizor: las Antípodas. El área del globo diametralmente opuesta a Ciudad Imperial.

El área conocida como el Distrito de las Fábricas.

Un escalofrío erizó el vello de sus brazos y su cuello. El Distrito de las Fábricas era, de acuerdo con todas las fuentes, uno de los lugares más peligrosos de todo el planeta. Hacía siglos, había sido un próspero centro industrial que se extendía sobre la mayor parte de la cuadrisfera noreste, cerca del ecuador. Pero los altibajos económicos y la modernización de las técnicas de producción en Metellos, Brentaal, Duro, y otros mundos del Núcleo, junto con el levantamiento de las sanciones comerciales y el cabildeo político en el Senado Galáctico, habían provocado que la mayor parte de los contratos de manufactura e ingeniería fuesen trasladados fuera del planeta. Como consecuencia, excepto por las áreas aisladas donde todavía tenía lugar una mínima producción automatizada de algunos bienes, miles de kilómetros cuadrados habían quedado olvidados, y finalmente desconectados de servicios públicos, suministros, y comunicaciones. Ahora el área era un yermo, más falto de ley y más peligroso incluso que las áreas como el Submundo del Sur o el Sector Invisible. Durante el día, tribus primitivas de humanos y otras especies vagaban por las estructuras dilapidadas; de noche las ruinas eran frecuentadas por cthons, stratts, y, según afirmaban algunos, por horrores sin nombre desconocidos en cualquier otro mundo.

Kaird había oído los relatos, y había asumido que, en la mayoría de los casos, contenían como mucho un 1 por ciento de verdad frente a un 99 por ciento de excrementos de bantha. Pero mientras la trayectoria del *Aguijón* les conducía cada vez más abajo, y podía ver el arruinado paisaje, comenzó a reconsiderarlo.

El Distrito de las Fábricas no se parecía absolutamente nada al submundo de la metropolitana Coruscant. Dos de las lunas más pequeñas ya estaban en el cielo, bañando toda la escena con un resplandor frío plateado y brillante como las lágrimas de un hutt. Era una escena de deterioro y decadencia urbana, extendiéndose interminablemente en todas las direcciones.

Muy pocos edificios se alzaban más de cincuenta pisos, estimó, ni siquiera alcanzando el estatus de cortanubes. En su mayor parte se extendían horizontalmente,

vastos y anchos. Vio fábricas, almacenes, pistas de aterrizaje, rampas de transporte y rejillas… todo ello desolado y desmoronándose. Los esqueléticos marcos estructurales se elevaban ciegamente hacia las estrellas. Los restos destrozados de enormes tubos de transporte de transpariacero, los cuales se habían arqueado y retorcido sobre y alrededor de los edificios como fantásticas formaciones de hielo, terminaban abruptamente, o yacían en pedazos por el suelo. Mientras se aproximaban, Kaird pudo ver que se habían intentado realizar algunas reparaciones, con diversos grados de éxito: puentes colgantes hechos de cable y chapas de metal, burdos elevadores manuales sin carcasa, y cosas por el estilo. Las calles estaban salpicadas de chabolas, cobertizos, y otras viviendas, construidas con materiales de desecho. Kaird se preguntó qué clase de especies eran lo suficientemente duras y/o desesperadas como para llamar hogar al Distrito de las Fábricas.

Xizor posó el *Aguijón* en un área al descubierto, relativamente despejada de escombros, cerca de uno de los edificios más grandes. El zumbido de los repulsores murió, y el silencio le siguió… un silencio tan profundo que podían haber estado perfectamente en la superficie sin aire de uno de los satélites del planeta. Fue 10-4TO el que finalmente lo rompió.

—Ésta no es la localización de Latigazo —la voz del droide era desapasionada, lo cual no era una gran sorpresa, pero había algo en su tono no obstante que sugería sospecha. Se inclinó hacia adelante ligeramente.

Xizor se puso en pie, dio la espalda al panel de control y se acercó a él. Dijo dos palabras que Kaird no había escuchado nunca antes: *«Zu woohama»*. Sonaba como un lenguaje distinto del Básico, pero Kaird no sabía cuál.

Sin embargo caló en el droide. DiezCuatro-Te O se recostó.

—¿Qué quiere que haga?

—Acompáñame —dijo Xizor—. Te enseñaré dónde descargar tus datos.

—Por supuesto.

Kaird recordó entonces el significado de la frase secreta. Según Perhi, era una frase en clave que daba control sobre el droide; el Sol Negro la había descubierto a través de sus contactos del Palacio. Se la habían entregado a Xizor como parte de su misión falsa.

Obviamente, había sido un error.

Antes de que desembarcaran, Xizor deslizó cuidadosamente una mordaza sobre la abultada boca de Kaird en forma de pico.

—Por si acaso sientes un deseo repentino de probar la frase de control en nuestro amigo metálico —entonces dejó atrás a Kaird en su camino hacia la escotilla posterior. El droide le siguió, un autómata tan manso como Kaird no había visto nunca. Parecía no tener otra opción, así que Kaird se levantó y siguió al droide.

Ya había pasado el crepúsculo allí, adentrándose en plena noche. Mientras Kaird dejaba la escotilla y se posaba sobre el negro suelo alquitranado, fue golpeado por el absoluto silencio del lugar. Ninguna brisa agitándose; no era audible ningún insecto ni ningún otro sonido nocturno. Pero había una tensión en el aire de la noche, como si

alguna criatura enorme y oculta contuviese el aliento mientras los inspeccionaba. Sin malevolencia, o impaciencia, o incluso curiosidad; más bien con un desapego clínico, lo cual era aun más aterrador por su indiferencia.

Kaird se estremeció. Tenía la peor de las sensaciones sobre ese lugar.

Treinta y cinco

Por lo que Den sabía, todos los demás en ese pequeño grupo habían perdido la cabeza. Incluso I-Cinco. *Especialmente* I-Cinco.

Estaba utilizando todo su autocontrol para evitar gritarle al droide, ¿*Estás loco*? No contento con encontrar al Jedi Pavan, ahora él —y, por extensión, Den— estaban embarcados en una búsqueda sin sentido de otro droide. Era de locos; y evidentemente I-Cinco aún no tenía intención de dejar a Pavan, si bien el Jedi había demostrado repetidamente que no estaba interesado en la ayuda del droide.

Den ya había tenido suficiente. Había intentado ser un buen amigo. Había intentado ser solidario con la búsqueda de I-Cinco, si bien en privado había considerado que rayaba en la obsesión. Había intentado no estar celoso por la devoción del droide hacia el hijo de Lorn Pavan, si bien consideraba que le habían dejado de lado, habían ignorado sus sentimientos y desatendido sus advertencias. Había intentado tener una mente abierta sobre Jax Pavan, había intentado creer que había una persona decente enterrada en alguna parte debajo de todo ese mopak de formalismo Jedi.

¿Y dónde le había llevado el tratar de ser amable? A una maltrecha nave corelliana de contrabandistas, camino de quién sabe dónde… y, lo que es más, persiguiendo una nave que parecía poder hacer que comieran polvo cósmico sin ni siquiera encender el hipermotor. *Afrontémoslo,* se dijo Den a sí mismo*, este cubo no va a ganar ningún trofeo de velocidad interestelar en próximas fechas*. De hecho, dudaba que pudiese llegar en tercer lugar en un carrera de Vainas de Tatooine.

Con todo, era difícil ver cómo las cosas podrían ponerse peor.

—Se dirige al Distrito de las Fábricas —anunció Nick Rostu.

Es peor, pensó Den.

El Distrito de las Fábricas, localizado en el lado opuesto a Ciudad Imperial, tenía la reputación de ser el lugar más peligroso de Coruscant: un escenario de pesadilla de estructuras derruidas, frecuentadas día y noche por miembros involucionados de diversas especies, subterráneos retrasados caníbales usando tecnología casi primitiva, bestias que cazaban en manadas, y… posiblemente lo peor de todo, si incluso una fracción de las historias que había oído era cierta: droides ferales.

—No podemos ir allí —dijo él.

Nadie contestó. El *Ranger Lejano* comenzó a descender, dejando atrás el cielo nocturno.

Sería diferente si estuviera siguiendo una historia. Si hubiera estado siguiendo el rastro de una buena pista, sin duda habría estado guiando al grupo… o al menos en algún punto intermedio. Pero había aprendido años atrás que era una insensatez arriesgar su pellejo favorito si las apuestas no estaban a su favor. Y seguir a un droide, el cual *tal vez* llevaba información valiosa que *podría* ser de ayuda para una rebelión que ni siquiera se había formado completamente todavía, le parecía la más arriesgada de las apuestas arriesgadas. No podría vender esa historia.

—Escuchadme —dijo Den—. Si a alguien le siguen funcionando las funciones cerebrales superiores, *pensad en ello*. ¿Por qué estamos haciendo esto?

El silencio continuó. Entonces:

—Tengo que cumplir la última petición de mi Maestro —dijo Pavan—. No os he pedido que vengáis. Excepto a Laranth.

—Bien, no recuerdo haberme ofrecido voluntario —dijo Den—. Y especialmente no recuerdo querer ir a una parte de Coruscant que dejaría blancos de miedo a la Guardia Roja.

—No puede ser tan malo —dijo Jax Pavan.

Den le miró.

—¿Sabes cómo se llamaría si una tribu de noghri se mudara allí? Aburguesamiento.

—Estoy de acuerdo con Den —dijo Laranth—. Comprendo tu juramento de vengar a Even Piell, Jax. Pero si él estuviera aquí, sería el primero en decirte que no arriesgaras tu vida.

—Entonces es una suerte que no esté aquí.

Nadie contestó a eso. Den se quedó mirando melancólicamente a través de la ventanilla, observando cómo la nave iba aproximándose a la desolación.

—Encima de todo lo demás, están los droides salvajes —dijo él—. ¿Alguien ha pensado en ellos?

Laranth contestó.

—Pueden ser apócrifos…

—Esperemos —masculló Den. Supuestamente los droides, que eran en su mayor parte unidades de construcción y de demolición, habían quedado atrás cuando el área fue abandonada. La historia era que habían acabado mal; nadie estaba seguro de cómo. La teoría más popular era una especie de gusano o virus que había alterado su programación central y había convertido los droides en asesinos.

Rostu alzó un brazo y pulsó algunos interruptores. Den sintió que su estómago se activaba en respuesta, junto con el tren de aterrizaje de la nave. Un momento después el *Ranger Lejano* aterrizó, y Rostu apagó los motores secundarios.

—Esperemos no descubrir por nosotros mismos cuánta verdad hay en las historias —dijo él. Miró través de la mampara de la cabina—. Ahí está su nave —¿pero dónde están ellos?

—Una pregunta mejor, *¿por qué están aquí para empezar*? —dijo Jax.

—Y una pregunta todavía mejor, *¿por qué lo estamos nosotros*? —añadió Den.

Rostu hizo descender la rampa. La bajaron cautelosamente, los dos Jedi primero, después Rostu e I-Cinco flanqueando a Den, el cual era el único desarmado. Por supuesto.

Los edificios estaban a oscuras, formas geométricas cúbicas bajo la luz leprosa de las lunas. Centax 2 se alzaría pronto, y su brillo combinado haría que el paisaje fuese casi tan brillante como el día. *Después de todo*, pensó Den, *no querríamos que los diversos monstruos tuviesen algún problema en encontrarnos, ¿verdad*?

—He vuelto a captar el olor del falleen —dijo I-Cinco—. Por aquí —se dirigió hacia una entrada abierta en uno de los edificios que era tan negro como el corazón de Rokko.

—A propósito —añadió—, no deberíamos quedarnos demasiado. Según mis sensores, todo este lugar está alimentado por uno de los viejos reactores de ion-neutrino. Detecto alguna fuga de radiación de bajo nivel.

Den sacudió la cabeza. *Esto sigue mejorando*.

Kaird estaba entre Xizor y 10-4TO mientras avanzaban a través del interior oscuro de lo que una vez había sido una planta de manufactura de droides. Xizor aparentemente conocía el camino de memoria, porque les guió a través de un laberinto de corredores, escaleras, y habitaciones antes de detenerse finalmente. Estaban en una habitación pequeña, fríamente iluminadas por la luz de la luna a través de un mugriento conjunto de ventanas. Kaird no vio ningún movimiento en las sombras, y se sintió ligeramente aliviado. Su sensibilidad a la luz hacía la habitación más visible para él que para cualquiera de sus acompañantes. No parecía haber una amenaza inmediata, aunque se sentiría bastante mejor si sus manos no estuvieran esposadas y su boca amordazada.

El falleen dijo:

—Imagino que sientes curiosidad sobre por qué he recorrido medio planeta para traerte a este lugar abandonado, Kaird. Es simple: quería que conocieses a alguien —colocó un candelabro portátil en un estante y lo encendió. Kaird miró a Xizor; el príncipe sonreía, y por una larga experiencia el nediji había llegado a saber que esa no era nunca una buena señal.

El príncipe se volvió hacia 10-4TO y dijo:

—Desactívate durante diez minutos.

Los fotorreceptores del droide se apagaron, y su cuerpo se destensó ligeramente. Xizor esperó un momento para asegurarse de que Ojos de Insecto estaba inerte, y entonces le quitó la mordaza a Kaird. Hizo un gesto detrás del nediji.

—Estoy seguro de que las presentaciones no son necesarias —dijo.

Kaird, con un sentido creciente de temor, se volvió. Detrás de él, cerca de una pared y anteriormente oculto en una sombra espesa, había un hombre. Un hombre que Kaird reconoció inmediatamente, a pesar de la imposibilidad absoluta de que estuviera allí. Se quedó mirándolo fijamente en estado de shock.

Era el Underlord Dal Perhi.

Treinta y seis

Nick mantuvo la mano en su desintegrador enfundado mientras él, Laranth, Den Dhur, I-Cinco, y Jax avanzaban hacia la entrada oscura. Jax y Laranth iban en cabeza, y Nick cubría la retaguardia.

No iba a ser difícil encontrarlos… al menos no mientras los sensores olfativos de I-Cinco funcionaran. Los fotorreceptores del droide brillaban a máxima potencia, así que la falta de iluminación tampoco era un problema. La conexión rudimentaria de Nick con la Fuerza no indicaba ningún peligro inmediato, aunque en los alrededores lejanos de su conciencia estaba bastante seguro de que allí acechaban monstruos.

Y al menos uno acecha mucho más cerca, pensó. *Ese sería yo*.

El tiempo se estaba acabando. Nick sabía que tenía que tomar una decisión. Lo había estado retrasando, esperando contra toda esperanza que ocurriera algo que le librase de esa terrible tarea.

Había una docena de formas diferentes en las que podía justificar entregar a Jax a Darth Vader. No era como si el Jedi fuera un amigo íntimo o un pariente. Y no sabía qué destino había planeado Vader para él… aunque, Vader siendo Vader, Nick podía apostar a que no querría a Jax en Ciudad Imperial para tomar té de especia y pastelitos.

Por otra parte, sabía demasiado bien lo que pasaría si le fallaba a Vader: la meseta de la selva que era el hogar de su tribu sería reducida a chatarra incandescente.

¿*Podría* ordenarlo Vader? Después de todo, Haruun Kal no era simplemente otra bola de fango en el borde más alejado. A pesar de sus innumerables enfermedades y pestilencias y otras formas de desagrado, era la única fuente en la galaxia conocida para necesidades como madera de lammas, corteza de thyssel, hoja de portaak, y otros milagros botánicos. Eliminar incluso una diminuta parte del brazo de una industria de alcance galáctico en lo que equivalía a un arrebato de rencor, bien… parecía ridículo a primera vista.

Por otra parte…

No, no había forma de escapar de aquello. Simplemente no podía correr el riesgo de que Vader pudiese llevar a cabo incluso una parte de su amenaza. Era un caso obvio de las necesidades de muchos teniendo más peso que las necesidades de unos pocos… o, en este caso, de uno.

Nick se preguntó si estaba tratando de encontrar consuelo y justificación en las estadísticas. Sacudió la cabeza con enfado. No necesitaba justificación. Podía ver lo que había que hacer, por el bien mayor. No era *su* culpa. Culpa al hombre alto y siniestro con la máscara negra.

Y, después de todo, no era como si Nick no hubiese combatido en buenas batallas. Había combatido en un montón de buenas batallas, y también en muchas malas, en más mundos destruidos por la guerra de los que era capaz de recordad. ¿Cuándo era el momento de parar? ¿Cuándo conseguiría un poco de tranquilidad, un poco de paz? Había aceptado el hecho de que el apartamento de lujo, la esposa y los niños, la cómoda

jubilación, todo eso no sería parte de su futuro. Pero ser encerrado en un mundo como Despayre, sabiendo que había sido responsable de la destrucción de cientos de personas, tampoco había sido exactamente parte de la descripción del trabajo.

Notó a Jax observándole, y se dio cuenta de que había olvidado reducir de nuevo la reacción de su sistema nervioso ante su dilema; probablemente estaría emitiendo su desasosiego por todo el ancho de banda de la Fuerza, por así decirlo. Precipitadamente alzó sus defensas, esperando que el Jedi no decidiera sondear su mente directamente. Aunque el poder de Jax en la Fuerza, por lo que Nick había sentido desde que conoció al Jedi, no era tan intenso como el de Vader, sabía que Jax podría apartar fácilmente cualquier defensa mental que Nick pudiese erigir.

Afortunadamente, Jax no intentó un sondeo directo. En lugar de eso se rezagó a la posición de retaguardia de Nick. — ¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

—Sí. Solamente —intentando mantener las cosas en calma. He sondeado demasiado lejos allí afuera y parece que algo está sondeándome en respuesta.

—¿Sientes a algún usuario de la Fuerza? ¿Aquí? —Jax parecía sorprendido y escéptico.

—No, no es eso. Pero hay *algo* allí afuera en los alrededores.

Jax frunció el ceño. Por un momento casi pareció triste, pensó Nick. Y entonces, repentina y aparentemente de la nada, tuvo un flash a través de la Fuerza sobre Jax. Una revelación que hizo que se quedara mirando al Jedi con asombro. No podría haber estado más sorprendido si de repente Jax hubiese revelado que era un clawdite cambiante.

Jax Pavan estaba perdiendo su conexión con la Fuerza.

No tenía ni idea de por qué su menos que óptima conexión le había concedido repentinamente esta sorprendente revelación. Ocurría a veces; no había reglas inflexibles, ni leyes discernibles, por las que funcionara la Fuerza, aunque los más metafísicamente inclinados entre los Jedi creían que todos los acontecimientos eran forjados y moldeados por sus revelaciones. Hacia qué fin no era dado para la vida sensitiva orgánica comprenderlo. Nick no tenía ni idea de si esta creencia era cierta o absoluto mopak de herbívoro; todo lo que sabía era que este dato particular era una certeza.

El vínculo de Jax con la Fuerza estaba chisporroteando.

Antes de que pudiera dejar de mirarle fijamente, Jax le miró a él, y fue obvio que sabía lo que pasaba por la mente de Nick; evidentemente su conexión titubeante no era tan mala.

—Sí —dijo él en voz baja—. Es cierto.

Nick no tenía ni idea de cómo responder a eso. Incluso su relación con la Fuerza, tenue como era, estaba siempre ahí. Podría no emitir una luz muy lejana sobre el oscurecido plano de existencia, pero siempre ardía a velocidad constante. Nunca había oído que tal cosa le ocurriera a alguien lo suficientemente afortunado como para experimentar la conexión en primer lugar.

—Es… intermitente —continuó Jax—. No ha ocurrido a menudo, pero cuando pasa… siento como si hubiese saltado por una escotilla sin traje de vacío.

Apuesto a que sí, pensó Nick. Se le ocurrió que aquello podría jugar a su favor; sería más fácil mantener su agenda oculta si Jax no funcionaba al máximo todo el tiempo. Inmediatamente después de tener el pensamiento, sintió un estallido de auto aborrecimiento, el cual aparentemente Jax no notó.

—¿Se lo has dicho al Paladín? —Nick no podía pensar en otra cosa que decir.

—No… pero sé que sospecha. Tendré que decírselo, por la misma razón que te lo estoy diciendo a ti. Si mi conexión falla en el peor momento, tu y ella tendréis que tomar el mando y completar la misión. ¿Entendido?

—Completamente —dijo Nick, las palabras sabían como ceniza en su boca—. Te cubriremos la espalda.

Después de un viaje laberíntico a través de oscuros corredores y cámaras, entraron, a través de una puerta destrozada, en lo que parecía haber sido una vez una sala de control: había consolas, pantallas en las paredes, muros de paneles eléctricos, y varias piezas de equipo. Una pared era un gran panel de transpariacero que daba a lo que parecía ser una vasta línea de montaje de producción en masa. Todo tenía una apariencia vagamente anticuada. La única luz procedía de lámparas atenuadas; lanzaban un frío brillo cobalto sobre todo y sobre todos.

La habitación había sido destrozada. Los paneles habían sido arrancados, exponiendo entrañas electrónicas; los monitores habían sido hechos pedazos; las piezas de equipo habían sido aplastadas contra el suelo y las paredes. Hubo una grieta radiando desde el centro del panel de transpariacero.

La evidencia de la destrucción daba testimonio de su salvajismo. Quienquiera o lo que fuera que hubiera hecho esto lo había hecho con pasión y odio, y se había necesitado una fuerza enorme para agrietar el grueso transpariacero. Jax observó a Den Dhur coger un panel del suelo y examinarlo. Entonces, silenciosamente, se lo dio a I-Cinco. Jax vio al droide extender el brazo para agarrarlo. Sus dedos metálicos se cerraron en un extremo, encajando exactamente en la huella de cuatro dedos de duracero que lo habían desgarrado de su anclaje.

Laranth miró la placa que sostenía el droide.

—Droides salvajes —murmuró ella.

Parte III

Ciudad Salvaje

Treinta y siete

Nick estaba a un metro de los demás, quienes discutían acaloradamente la posible existencia de los así llamados droides salvajes. Jax, se fijó, todavía parecía resistirse a cualquier opinión o concepto expuesto por I-Cinco. Nick no podía evitar pensar que Jax estaba siendo demasiado cerrado en este tema en particular. ¿Por qué estaba tan nervioso por un droide? Era verdad que, si I-Cinco alegaba autoconciencia y verdadera sensibilidad, ciertamente estremecería algunas creencias confortables sobre inteligencia mecánica. Pero Nick no creía que eso sacudiera su mundo más de la cuenta. Había momentos en los que pensaba que un reek con daño cerebral tenía más sensibilidad que la mayoría de los así llamados seres pensantes.

Observó a Jax, todavía esforzándose por creer que su conexión con la Fuerza estuviera erosionándose lentamente. Ciertamente añadía una marca adicional a su encargo traicionero. Entregándole Jax a Vader con el primero a la altura de sus poderes ya sería suficientemente malo; ofrecerle al Señor Oscuro de esta manera era poco mejor que atravesarle con una sable láser ahora mismo. De hecho, pensando en ello, el sable láser era probablemente la solución más humana.

Estaba en el punto de tomar la decisión, él lo sabía… pasado el punto, de hecho. Debería haber llamado a Vader cuando habían encontrado a Ojos de Insecto en el arrabal ugnaught, pero las cosas habían ocurrido demasiado deprisa. Sin embargo, Nick sabía que ya no podía demorarlo más; si realmente llevaba un rastreador en alguna parte debajo de su piel, entonces ahora mismo estaba transmitiendo el hecho de que se encontraba a medio planeta de donde se suponía que debía estar. Por supuesto, el droide Ojos de Insecto también estaba allí; no obstante, Nick no quería arriesgar su ghosh con la esperanza de que Vader no pensara que estaba escapando del trabajo.

Tenía que afrontarlo: o entregaba a Jax a Darth Vader *ahora*…o aceptaba y vivía con las consecuencias del genocidio.

El Señor Oscuro le había dicho que no debía intentar capturar al Jedi a solas. Le había dado un comunicador que emitía una señal especial; todo lo que Nick tenía que hacer era activarlo, y Vader sería alertado instantáneamente. El dispositivo era un pedazo de tela elegante tejido en sus ropas, indetectable por cualquier dispositivo de escáner habitual. Estaba diseñado para reconocer su ADN; un leve apretón del material entre pulgar e índice era todo lo que hacía falta. Vader sabría que Nick había encontrado a Jax Pavan, y el rastreador subcutáneo le guiaría infaliblemente hasta allí.

Nick manoseó ligeramente la sección de tela. Entonces se dio la vuelta y, mientras todos los demás estaban centrados en la discusión, se deslizó sigilosamente en las sombras y atravesó una puerta.

Una vez fuera de su vista, comenzó a andar rápidamente. No estaba seguro de a dónde iba, pero no sería lejos. Sólo necesitaba apartarse del entorno inmediato de Jax, para reducir la posibilidad de que Jax sintiese problemas, y porque sabía que no podría traicionar a su amigo estando en el mismo cuarto que él. No iría lejos. Era consciente de

que podía haber varios peligros con dientes acechando en las sombras, pero, si bien sólo tenía un leve contacto con la Fuerza, todavía confiaba en ella, y en sus habilidades y reflejos ganados duramente en la batalla, para protegerle lo suficiente para hacer lo que tenía que hacer. Y si estaba equivocado… si algo lo suficientemente grande y rápido como para convertirlo en un almuerzo caliente antes de que pudiese reaccionar salía de la oscuridad… bien, en ese momento era difícil ver la parte negativa de esa situación.

Kaird miraba fijamente con incredulidad. El Underlord de Sol Negro era la última persona que había esperado ver en una planta abandonada de manufactura de droides en el Distrito de las Fábricas. Pero era él, no había duda de ello. Kaird estaba a menos de dos metros, y estaba bastante familiarizado con disfraces, trajes corporales, y cosas por el estilo. Podría descubrir a alguien tan camuflado mucho más fácilmente que la mayoría.

—Underlord Perhi —dijo, agradecido de no tartamudear, al menos—. ¿Por qué está aquí?

Perhi frunció el ceño.

—¿No es obvio? Estoy aquí para limpiar el desastre que *tú* has causado. El Príncipe Xizor me informó de la situación, y vine inmediatamente.

¿Situación? ¿Qué situación? Kaird estaba completamente confundido. Estaba a punto de dar una respuesta cuando notó algo muy extraño.

Kaird podía ver más profundo tanto cerca de la luz infrarroja como de la ultravioleta que la mayoría de las especies. Podía ver las olas de calor que emanaban del cuerpo de Perhi, y se dio cuenta abruptamente de que variaban continuamente a grados extremos entre el frío y el calor. Eso era inexplicable. Perhi estaba de pie, y obviamente no había realizado ningún ejercicio o actividad extenuante recientemente; su respiración era normal para un humano, y no sudaba. Pero la temperatura de su piel subía y descendía rítmicamente, en el intervalo de una sola respiración. Kaird estimó la variación en quince grados.

Se acercó a Perhi y agarró la parte superior del brazo del humano para asegurarse, teniendo que extender ambas manos esposadas para hacerlo. No, no era su imaginación: podía sentir la temperatura de la piel subiendo y bajando. Eso simplemente no era posible. No había manera de que Perhi pudiera estar allí, conversando con él, si su termostato interno fluctuaba entra tales picos y valles…

Kaird lo entendió de repente.

«Perhi» retiró su brazo del agarre de Kaird con indignación.

—¿Qué estás haciendo? Haré que te…

La cosa que imitaba al Underlord dejó de hablar repentinamente. Tembló, entonces abruptamente echó la cabeza hacia atrás, tensándose en un arco de agonía. Kaird observó horrorizado mientras el simulacro se *derretía*… su carne se ennegreció y se encogió, entonces se transformó en una podredumbre repugnante. Los ojos y los dientes, y un armazón de huesos metálicos, brillaron un momento en la apestosa oscuridad antes de disolverse también, mudando de piel sobre órganos que parecían en parte vísceras y en

parte componentes electrónicos. Un momento después, todo lo que quedaba de la cosa que se había parecido al Underlord Dal Perhi era un charco de cieno negro, en el cual las últimas chispas desvanecientes de los circuitos chisporrotearon y murieron.

Kaird retrocedió horrorizado. Clavó los ojos en Xizor.

—¿Eso… eso era… una especie de *droide*?

—Un droide réplica humana —dijo Xizor. Parecía tranquilo e indiferente ante el horror que ambos acababan de presenciar—. El primer progreso real en la manufactura de droides en una docena de siglos. Tejido orgánico clonado mezclado con un núcleo cibernético y un exoesqueleto de duracero.

Kaird sacudió la cabeza, perplejo.

—No lo entiendo. ¿Por qué manufacturar un… un clon droide? ¿Por qué no usar simplemente biotecnología kaminoana para crear a uno real?

—Porque se necesitan un mínimo de diez años para transformar un blastocito en un individuo funcional. Un droide réplica puede ser producido de forma mucho más barata, y en menos de tres meses estándar. Y la programación individual es más fácil, más rápida de conseguir, y más comprensible, en una red neural artificial.

La mente de Kaird giraba sin control. — ¿Me estás diciendo que has financiado un proyecto en el otro lado del planeta, en una de las áreas más peligrosas de Coruscant, para reemplazar al Underlord con una especie de medio droide, medio clon? Pensé que tu… —se detuvo, pero pudo ver que Xizor sabía a dónde conducía su pensamiento.

El falleen dijo:

—Tú —y Perhi también, a menos que esté muy equivocado— pensabais que mi objetivo era hacerme con la posición de Underlord para mí mismo. Y estáis en lo cierto. Ese es mi plan —pero el Sol Negro no es una panda de trandoshanos, ascendiendo de rango únicamente mediante la violencia. No puedo entrar simplemente en sus habitaciones y cargármelo. Se requiere cierta sutileza.

Kaird recorrió con la mirada el apestoso charco a sus pies.

—Esto no me parece terriblemente sutil.

Xizor suspiró.

—Parece que todavía hay problemas con la tecnología. Estas fluctuaciones aleatorias en la temperatura presagian un problema enraizado. El cerebro del droide parece contaminarse en cierta forma con el genoma del clon. Se desarrolla un extraño virus híbrido… en parte ARN del tejido clonado, y en parte un algoritmo mimético de hardware del sustrato del sistema operativo. El droide es atrapado entre dos modalidades de ser; los circuitos sensoriales se sobrecargan, y… —se encogió de hombros—. Ya ves el resultado.

—¿Por qué me enseñas esto?

—Dos razones —dijo el Príncipe—. Primero, tenía curiosidad por ver si el DRH era lo suficientemente creíble como para engañar a alguien que está familiarizado con el Underlord. —Xizor se colocó delante del nediji y sonrió, de forma desagradable—. En segundo lugar, decidí que, ya que ha caído en mis manos un asesino adiestrado, sería

estúpido y un desperdicio no utilizarte. Mis científicos sólo son superados por los del Emperador en las técnicas del lavado de cerebro. Matar a Dal Perhi no será tan efectivo, a largo plazo, como lo sería remplazarle con una marioneta… pero será mejor que nada. Especialmente cuando la evidencia establezca que actuaste por tu cuenta con un deseo de sucederle —miró a Ojos de Insecto, como para asegurarse de que el droide seguía desactivado—. Regresaré triunfante al Hall de Media Noche, habiendo encontrado al droide que porta los preciados datos. Tú, por otra parte, habrás fallado, y tu vergüenza te conducirá hacia un ataque suicida al Underlord.

Kaird estaba pensando furiosamente, su mente analizando todas las direcciones en busca de una salida. No tenía buena pinta.

—¿Alguna objeción? ¿No? Bien. —Xizor echó un vistazo a su crono de muñeca, después al droide desactivado—. Creo que ya hemos charlado suficiente, ¿no crees? —volvió a colocar la mordaza en la boca de Kaird. Un momento después, Kaird escuchó el sonido casi subliminal del droide al encenderse.

Xizor gesticuló con su desintegrador.

—Vamos a conocer a mi gente. Van a darte una nueva razón por la que vivir… y por la que morir.

Rhinann dejó su apartamento. Caminó por una corta distancia por el pasillo y llamó un turboascensor. Bajó setenta y tres pisos, caminó quizá un cuarto de kilómetro por otro corredor, giró a la derecha, y se detuvo delante de la quinta puerta a la izquierda.

Todo el viaje había durado ocho minutos y tres segundos. Le confortaba poder seguir la pista a tales cosas.

Dentro, la habitación estaba llena de armarios; era básicamente una sala multiusos, cuya última función era la de almacén. Rhinann se detuvo en el centro de la habitación y dijo:

—Búsqueda en Catálogo Diecinueve de Holocrón no identificado.

El Catálogo Diecinueve era un listado heterogéneo de diversos artículos esotéricos que habían acabado en posesión del Imperio después de las Guerras Clon. En los armarios, Rhinann sabía, había pedazos de esoterismo como Gemas Ardientes de Tatooine, una esfera de orichalco puro, un envase de solarbenite sumamente raro, y muchas otras cosas.

Una holoproyección de varios cubos diferentes de almacenamiento de datos apareció en el aire. Pidió el más antiguo, y todos se desvanecieron menos uno. Debajo de él el código del catálogo parpadeó: SD41263.I: HOLOCRÓN ANTIGUO. Sólo había hecho una inspección superficial del inventario una vez, meses antes. Abrió el armario que se correspondía con el listado, sacando una de las bandejas. Y allí, seguramente colocado en una copa moldeada de pastiespuma, entre icono tótem nikto y una geoda geonosiana, había un cubo, aproximadamente de cuatro centímetros de lado, con esquinas redondeadas. Resplandecía con un rojo apagado. Iluminadas en las superficies del cubo

por el resplandor rosado desde el interior había marcas cuneiformes antiguas… marcas que Rhinann reconoció inmediatamente de sus estudios como lenguaje Sith.

Cautelosamente, el Elomin lo cogió, sosteniéndolo entre el pulgar y el dedo corazón, y lo alzó para examinarlo. Todo lo que tenía que hacer era reemplazarlo con otro objeto, cambiar el manifiesto en consecuencia, y sería como si el Holocrón no hubiera existido nunca. Rhinann deslizó el artefacto de valor incalculable en su chaleco, cerró el armario, y lo devolvió a su nicho. Apagó el despliegue del manifiesto. Entonces, antes de que los nervios pudieran fallarle, dejó el almacén y caminó a grandes pasos, con las piernas tensas, hacia su apartamento.

Antes de que llegara, su comunicador sonó. Lo activó con un sentimiento de temor.

La voz de Lord Vader dijo:

—Ven, Rhinann. Tenemos que hacer un viaje.

Treinta y ocho

Después de que Laranth expresó en voz alta lo que todos pensaban, se produjo un largo silencio. Fue roto por Den, que dijo:

—¿Podemos marcharnos a*hora*?

Jax Pavan sacudió la cabeza obstinadamente.

—Tengo que completar la última misión…

—Del Maestro Piell, lo sabemos. —Den alzó sus brazos en un gesto de exasperación y disgusto entremezclados—. Tu, amigo mío, eres un Jedi loco. Por no decir suicida. Yo soy sólo un reportero, pero creo que todo el mundo en las cercanías estaría mucho mejor si alguien te quitara el sable láser, y de paso cualquier otra cosa afilada y punzante…

—*Basta*, Den.

Den se detuvo asombrado. Porque no fue Laranth o Pavan quien había hablado. Fue I-Cinco.

Acababa de ser *reprendido*. Por su amigo, que nunca antes, hasta donde Den podía recordar, le había levantado la voz enfadado a nadie, ni siquiera a grandes y poco amistosas formas de vida dispuestos a hacerles a ambos auténtico daño. Seguramente no en presencia de Den, de cualquier forma, y con toda seguridad no a Den. Sintió una cascada de emociones: daño, vergüenza, y… tenía que admitirlo: enfado.

Enfado e indignación por ser censurado, por un *droide*.

Sangre caliente coloreó su cara, hasta la punta de sus orejas. Miró fijamente a I-Cinco, el cual se había vuelto a Pavan.

—En ese caso —dijo él—, será mejor que nos pongamos a ello. Si hay droides salvajes… y parece haber evidencias que lo avalan —añadió, observando la carnicería electrónica esparcida alrededor—, éste parece un lugar al que podrían regresar.

Pavan asintió. —I-Cinco, tu y Laranth en la retaguardia, mientras Nick y yo… —miró a su alrededor, desconcertado—. ¿Dónde está Nick?

Todo el mundo miró a su alrededor. I-Cinco puso sus fotorreceptores a máxima potencia, sondeando las sombras. Nick Rostu no estaba por ninguna parte.

—Algo le ha cogido —dijo Den.

Tanto Laranth como Pavan sacudieron la cabeza.

—No —dijo este último—. Laranth o yo lo habríamos sentido.

—Jax está en lo cierto —dijo Laranth—. Se fue por su propia voluntad.

—¿Sí? ¿Para ir a dónde? —Den tembló y, a despecho de su ambivalencia, se acercó más a I-Cinco.

—Buena pregunta —dijo Laranth—. ¿Para ir a dónde —y hacer qué?

—No importa lo que esté planeando —dijo Den—. Va a terminar en el menú de los habitantes locales… si no lo ha hecho ya.

—No lo ha hecho… aún. Así que encontrémosle antes de que lo hagan ellos. —Pavan cerró los ojos un momento—. Le siento —dijo—. Por aquí.

Señaló a una de las oscuras entradas. I-Cinco se volvió hacia allí, con los fotorreceptores al máximo. Aun así, sólo iluminaban la oscuridad un breve trecho.

Laranth le hizo un gesto a Den.

—Yo cubriré la retaguardia. Estarás más seguro en el centro.

Es bonito saber que alguien se preocupa, pensó Den mientras seguía a Pavan y a I-Cinco.

La parte negativa de un droide consciente de sí mismo, estaba empezando a darse cuenta Den, era que la autoconciencia presuponía —demandaba— fallos de los que uno debía ser consciente. Un ser perfecto no tenía necesidad de conocerse a sí mismo. Sólo en la imperfección había espacio para crecer.

Las personas cometen errores. I-Cinco comete errores. Por tanto…

Den resopló. Silogismos.

Kaird estaba pensando a marchas forzadas. Había caído en un nido espinoso, no se podía negar. El fallen tenía un desintegrador apuntando hacia él. En sí mismo, esto no era causa de preocupación… salvo por esas malditas esposas de energía. En el pasado, Kaird había encontrado maneras de vencer a adversarios tan cautelosos y experimentados como Xizor. Pero no había ninguna oportunidad de ello con sus muñecas atadas, especialmente desde que tenía también que tener en cuenta al droide. Kaird no sabía cuánto control sobre 10-4TO le daba a Xizor esa frase críptica, pero no estaba ansioso por averiguarlo. Tendría que aguardar a que sus manos estuvieran libres, y esperar que para entonces no fuera demasiado tarde para hacer algo.

Xizor les hizo moverse con paso estable. No pasó mucho tiempo antes de que doblaran una esquina y se encontraran con un grupo de puertas dobles. Xizor alzó una mano ante un panel identificador. Las puertas se abrieron, revelando el interior. Xizor retrocedió, su piel se tornó naranja profundo por la conmoción y la rabia.

El gran laboratorio estaba destrozado. El equipo —electrónico, médico, y químico— había sido destruido con abandono salvaje y había sido esparcido por la cámara. Kaird vio vasos y tubos de ensayo rotos, tanques de bacta hechos añicos, aparatos de diagnóstico volcados, y otra destrucción dondequiera que mirase.

Pero eso no era lo peor. También había habido destrucción orgánica. El equipo de doctores y científicos de Xizor había recibido el mismo tratamiento. Las paredes habían sido pintadas con la sangre de varias especies, incluyendo el rojo de la hemoglobina humana y el verde-azulado de la hemocianina aqualish. Kaird bajó la mirada hacia la cabeza más intacta de un drall. Su cara peluda conservaba una mirada de horror.

Era bastante obvio que hoy no habría lavado de cerebro… a menos que el término incluyese limpiar la sustancia gris salpicada de las paredes y el suelo.

Xizor estaba claramente furioso.

—Los droides —le escuchó Kaird barbotear—. Los malditos droides salvajes. Los salissianos me dijeron que todos ellos habían sido…

—Alguien se acerca —dijo 10-4TO.

Xizor se tensó ligeramente y dejó caer la mano hacia su desintegrador enfundado.

Las pisadas se hicieron audibles, acercándose. Un momento después un varón humano apareció al doblar la esquina. Kaird le evaluó: delgado, vestido como un piloto, pero con el aura inconfundible de las fuerzas armadas. Se detuvo cuando les vio, y, tras un momento de sorpresa, sonrió gratamente, como si todos ellos se hubieran encontrado durante un paseo sin prisa.

—Bien —dijo él—. El Príncipe Xizor —miró al droide—. Y el famoso 10-4TO, también conocido como Ojos de Insecto. Vaya, vaya, vaya… ¿quién lo iba a decir?

Rhinann esperaba que no pareciese estar tan asustado como se sentía.

¿Y quién podría culparle realmente si así era? Convocado por Vader virtualmente sin previo aviso, para acompañar al Señor Sith en un viaje misterioso por medio planeta, hasta un área evitada y legendaria… ¿podía ser más ominoso? Y no ayudaba nada a sus nervios que les acompañara una pequeña cohorte de tropas. Aunque, considerando todo lo que había oído acerca del Distrito de las Fábricas, sin duda era mejor tenerlos de compañía. Rhinann no tenía problemas con eso; tenía problemas con que *él* le acompañara. Sólo porque disfrutaba con las historias de arrojo y grandes aventuras no significaba que tuviera algún deseo en absoluto de participar en ellas. Él era estrictamente del tipo vicario cuando se trataba de eso.

Y aun así ahí estaba él, de pie sobre el puente del transporte de Lord Vader, observando al planeta caer bajo sus pies. Vader había decidido dejar de esperar la señal de Rostu y simplemente estaba siguiendo el rastreador subcutáneo del mayor. Como el principal ayudante de campo del Lord Sith, no era inusual para Rhinann acompañar a Lord Vader en sus viajes, pero ese hecho no aliviaba su ansiedad. No ayudaba que no hubiese tenido tiempo de dejar el holocrón en su apartamento, y por ello todavía lo llevaba con él. Podía sentirlo en el bolsillo de su chaleco.

No sabía nada del Holocrón excepto que era antiguo, y de origen Sith, a juzgar por las inscripciones. Estaba en su poder porque había sucumbido a un acto de desesperación irracional. Él, Haninum Tyk Rhinann, quien se preciaba de no actuar nunca a causa de un juicio inconsiderado o apresurado, había hecho lo inconcebible para un elomin: había sido impulsivo. Había robado el holocrón con la esperanza puramente ilógica de que podría haber algún conocimiento en él que pudiera de alguna forma protegerle de Darth Vader.

Eso era estúpido en toda clase de niveles, y él lo sabía. Sólo porque el holocrón *podría* ser de origen Sith no significaba que contuviese algo que pudiera ser usado contra Vader. Sí, el hombre era un Sith, pero hasta donde Rhinann sabía el último representante de esa antigua Orden había vivido hacía miles de años… no había ninguna razón real para asumir que cualquier dato que portara el holocrón sería pertinente ahora. Por lo que sabía, podría no contener nada más que una lista de recetas largamente olvidadas… y eso era *si*, después de todo ese tiempo, los contenidos habían permanecido intactos. Él ni

siquiera estaba seguro de poder acceder a la información que todavía podría estar contenida en su interior.

Él sabía todo eso. Aún así se había marchado con ello; había robado propiedad imperial, que en sí mismo era una derogación chocante de sus estándares personales.

No, no había excusa en absoluto para su acción, salvo la del puro miedo. Y el mero hecho de que estuviera tan desesperado le enfadaba casi tanto como la desesperación misma.

Treinta y nueve

—Algo se acerca —dijo Laranth.

Den puso los ojos en blanco.

—¿A alguien le sorprende realmente? Es igual —añadió—. Pregunta retórica.

—Los siento —dijo Pavan.

—¿Y qué son? —preguntó Den—. ¿Cthons? ¿Stratts? ¿Enormes stratts mutados con cuatro brazos y colmillos enormes?

—No es orgánico —contestó el Jedi—. Es un droide. Eso es todo lo que puedo captar en este punto.

—Más de uno —le corrigió I-Cinco—. Estoy recibiendo vibraciones en banda, repicadores sónicos, y otras indicaciones. Basándome en los datos de las imágenes, diría que son droides de construcción, mantenimiento, o trabajadores. Estimo al menos cuatro, tal vez más.

Den recorrió el centro de operaciones con la mirada.

—Parece que estaban bastante enfadados cuando destrozaron este lugar —dijo él—. Yo diría que hay una buena probabilidad de que su estado de ánimo no haya mejorado nada.

—Creo que sería mejor que saliéramos de aquí —dijo Laranth.

—Creo que es demasiado tarde para eso —dijo I-Cinco—. Mis sensores indican que están bloqueando las salidas.

Den podía oír el sonido de algo —un portal o una partición— siendo derribado. A juzgar por su reacción, los demás también lo escucharon.

—Hagamos lo que hagamos —dijo I-Cinco—, sugiero que nos apresuremos.

Hubo otro sonido de derribo, éste más cerca. Laranth desenfundó sus desintegradores, apuntándolos a la puerta. I-Cinco hizo lo propio con sus láseres dedo. Pavan encendió su sable láser. Bajó la mirada hacia Den, entonces sacó un vibrocuchillo de su cinturón y se lo dio.

Den se puso en cuclillas, intentando escudar tanto de sí mismo como le era posible detrás de un armario volcado. Miró el arma en su mano. *Fantástico*, pensó. Tenía aproximadamente doce centímetros de largo, con una hoja que vibraba lo suficientemente rápido para difuminar el filo cuándo se activaba. Un arma cruel y mortífera, si uno estaba frente a un enemigo orgánico. Contra una manada de autómatas enloquecidos, sin embargo… *Tal vez pueda cortarme la cabeza yo mismo antes de que uno de ellos tenga ocasión de hacerlo*.

Miró a I-Cinco. La reprimenda anterior del droide todavía escocía, pero ese no era el momento de estar resentido. Él no quería morir enemistado con su mejor amigo.

El droide le miró. Den consiguió poner una sonrisa.

—Nunca pensé que me iría de esta manera… contra un montón de droides locos —dijo. Esperó un momento, entonces, dejó caer la frase final—: Siempre me imaginé que sólo sería *un* droide loco.

I-Cinco proyectado lo que Den sabía constituía una de sus raras sonrisas.

—Uno no es suficiente en tu caso, Den.

No era el adiós del campo de batalla más reconfortante que había escuchado, pero no había tiempo para nada más. Algo chocó violentamente contra la puerta, lo suficientemente fuerte como para sacudir la habitación. Entonces llegó otro impacto más fuerte, y la puerta voló en una lluvia de fragmentos…

Aunque no era exactamente un gran shock encontrarse con el Príncipe Xizor y el droide —y el hombre pájaro, que había estado inconsciente la última vez que Nick le había visto— seguía siendo una sorpresa, y no una particularmente agradable. Nick mantuvo sus ojos y la Fuerza centrados en Xizor. El droide no haría nada a menos que se lo dijera, se imaginó, y el hombre pájaro era una incógnita… aunque, dado que estaba esposado y amordazado, probablemente no era una amenaza. El falleen era, con mucho, el más peligroso de los tres. Se rumoreaba que estaba afiliado con el Sol Negro. Más en relación con la situación actual, sostenía un desintegrador en su mano, y también era, por lo que Nick había oído, un maestro de varias formas de combate sin armas. No sólo eso, sino que controlaba al droide —eso había sido obvio en el nido ugnaught. Considerándolo todo, el Príncipe Xizor era definitivamente alguien a quien tratar con tiento.

Por supuesto, Nick sabía la frase de control que pondría a Ojos de Insecto de su lado, pero también sabía que par cuando la hubiese ladrado y añadido alguna clase de instrucción como «¡Desármale!» Xizor podría haberle sacado su intestino grueso y haberle estrangulado con él. Mejor, con diferencia, ir con calma.

—¿Quién eres? —gruñó Xizor—. ¿Cómo sabes quién soy? Este lugar está desierto… ¿cómo has…?

—No soy de aquí… al igual que tu —dijo Nick, asumiendo lo que él esperaba que fuese un aire de despreocupación mientras su cerebro se agitaba frenéticamente dentro de su cráneo, intentando descubrir una manera de seguir con vida el tiempo suficiente para que se le ocurriera un plan. Aún no había activado el faro que llamaría a Vader. ¿Podría usar a Xizor de alguna forma como aliado contra el Señor Oscuro? ¿Una forma de salvar la vida de Jax— y la suya— distrayendo a Vader? Improbable; e incluso si era posible, si eso no terminaba con la muerte de Vader, todavía quedaba el peligro de parte de Haruun Kal siendo diezmada.

Nick supuso que tenía aproximadamente diez segundos antes de que Xizor perdiera la paciencia y le disparase. Abrió la boca sin tener idea de lo que iba a decir… sólo que tenía que decir algo. Lo que salió fue:

—Estoy aquí para advertirte. Lord Vader ha enviado a una fuerza armada detrás de ti. Te están rastreando, y te encontrarán muy pronto.

El Príncipe Xizor parecía alerta.

—¿Te refieres a esos idiotas que se metieron de cabeza en mi fusilamiento droide? No creí que pudieran continuar, mucho menos perseguirme por medio mundo.

—No los subestimes —dijo Nick—. Dos de ellos son Jedi renegados, y están usando la Fuerza para rastrearte.

—De nuevo… ¿por qué? ¿Qué quiere Darth Vader de…? —Xizor miró a 10-4TO y se quedó callado.

—Sí —dijo Nick—. Quiere los datos que lleva el droide.

—Y tú has venido a advertirme —el tono del falleen era escéptico, por no decir más—. ¿Qué ganas con ello?

Nick no necesitaba que la Fuerza le dijera que Xizor no se lo estaba tragando. Aun así, no había forma de que pudiera dar marcha atrás.

—Me envió el Sol Negro —sonaba absurdo, incluso en sus propios oídos, pero era todo lo que se le ocurrió.

—Ah —dijo Xizor, su voz casi un ronroneo—. Entonces, sin duda, podrás decirme la frase de reconocimiento.

Nick sintió que varias partes de su anatomía se enfriaban y encogían. Si existía tal frase, él no tenía forma de adivinarla. Ahora sólo había una posibilidad muy pequeña… puso todo lo que tenía en un sondeo de Fuerza, intentando leer el estado emocional de Xizor y extrapolar desde allí. No era fácil; el príncipe mantenía sus sentimientos y reacciones bien protegidas. Aun así, Nick pudo sentir lo suficiente de su estado de ánimo para estar razonablemente seguro de su respuesta.

—¿Frase? ¿Qué frase? —se produjo un largo momento de silencio; entonces, para su inmensurable alivio, Nick sintió que la sospecha se reducía levemente por parte de Xizor.

—Muy bien —dijo Xizor—. Entiendes por qué debo estar en guardia.

—Por supuesto.

—¿Dónde están esos Jedi renegados? Si están planeando una emboscada, entonces obviamente queremos estar allí primero.

—Te llevaré hasta ellos —dijo Nick, sintiéndose aliviado.

Echaron a andar por el oscuro pasillo, con Nick a la cabeza, Xizor justo detrás de él. Nick no necesitaba mirar para saber que el desintegrador de Xizor estaba apuntando a su espalda.

Hasta ahora, pensó Nick, las cosas no estaban saliendo mal del todo, considerando que estaba tocando completamente de oído. Sin embargo estaba empezando a perfilarse un plan. Si podía encontrar el camino de vuelta hasta Jax y los demás, y alertar a Jax a través de la Fuerza de que se aproximaba un peligro, tal vez serían capaces de vencer a Xizor. Conseguirían el droide y sus datos, al menos, y Jax habría completado su obligación con el Maestro Piell. Entonces, él sintió, podría decirle a Jax cómo Vader le había reclutado con la amenaza de destruir su planeta natal. Trabajando juntos, podrían idear una forma de escapar de todo eso…

Pero mientras caminaba por el oscuro pasillo, Nick empezó a encontrar la idea de volverse contra Xizor menos apetecible. En su lugar, se encontró pensando que quizá tenía más sentido para ellos encontrar la manera de aliarse con Xizor. Después de todo, el

príncipe falleen podría ser un poderoso aliado… y después de todo, se trataba de hacer las alianzas más fuertes, ¿verdad?

Cuanto más pensaba en ello, más asombrado estaba Nick, y en cierta forma más molesto, de no haber pensado antes en ello. Tenía todo el sentido. Su mejor opción era llevar a Xizor hasta los otros… pero no para que pudieran doblegar a Xizor. El príncipe podría protegerle tanto a él como a su ghosh de Vader: hasta un gungan con insolación podría verlo. Y sin duda también podría ayudar a Jax a esconderse de Vader.

Nick sintió una oleada de alivio cuando estas revelaciones desfilaron a través de su mente. Menos mal que había pensado en ello a tiempo de evitar cometer un terrible error. Volvió la mirada hacia el Príncipe Xizor. Sería un aliado bueno y poderoso, no había duda al respecto. Sólo pensar en ello le hizo sentirse más seguro. Mientras el sentimiento surgía a través de él, Nick se fijó que la piel del falleen, previamente tan verde como cobre ardiente, había cambiado a un tono muy agradable de rosa.

Tres droides obreros, de un diseño con el que Jax no estaba familiarizado, entraron en la sala de control. Tenían aproximadamente dos metros de alto, eran anchos y pesados, con brazos extensibles estándar terminados en tenazas de tres puntas.

—Be-Equis-Ele-Noventa y nueve —murmuró I-Cinco. No sonó emocionado.

Los droides avanzaron. Todos ellos emitían sonidos, y silbidos en binario. Jax no tenía ni idea de lo que decían, pero de alguna manera sonaba *incorrecto*.

Había otra cosa extraña en ellos: aunque eran el mismo modelo, los tres droides no parecían iguales. En primer lugar, parecían estar cubiertos de parches de óxido. Entonces, mientras se acercaban, Jax vio que habían sido modificados de formas extrañas. Uno tenía tubos de plasticeno culebreando a través de su placa pectoral, a través de los cuales circulaban fluidos de varios colores. Otro tenía luces parpadeantes que le recorrían los brazos en patrones erráticos. El tercero lucía dos largas y delgadas antenas en su cabeza, con descargas eléctricas de alto voltaje ascendiendo entre ellas. Los tres tenían diversas piezas arcaicas de equipo electrónico, como paneles de circuitos y tubos de vacío, soldados a sus cabezas y torsos, aparentemente al azar.

Todo esto se registró en espacio de algunos segundos. Entonces Jax dio un salto de Fuerza, los hilos le sujetaron en un arnés invisible, manipulándole como una marioneta, para que ejecutara un giro en el aire y aterrizara detrás del droide con las antenas de descarga. Antes de que pudiera comenzar a girarse, Jax balanceó su arma hacia la juntura entre su cabeza y los hombros.

Pero en lugar de descabezarlo, la hoja de energía se volvió muy brillante por un momento, escupió un sonido como cien dínamos gigantes sobrecargándose, y se apagó, dejando sólo la empuñadura muerta y un hedor a ozono. Jax miró fijamente en estado de shock a su arma desactivada, percatándose demasiado tarde que el droide con los patrones luminosos trataba de alcanzarle…

Dos descargas gemelas de partículas y rayos láseres, perfectamente apuntados, impactaron en el droide de las antenas y en el droide de las luces en sus acoplamientos de

enlace de circuitos, desconectando los cuerpos robóticos de sus CPUs. Los dos droides quedaron paralizados de forma efectiva. Jax reactivó su sable láser y lo incrustó directamente a través del subprocesador torácico del droide de los tubos. En un aguacero de chispas el último BXL-99 fue desactivado.

Mientras sacaba el sable láser de la sección torácica del droide, Jax miró de cerca la carcasa. Lo que vio le hizo estremecerse.

Los parches que había pensado que era óxido no eran óxido. Eran sangre.

Hubo un momento de silencio, roto por el impacto de algo muy caliente y muy rápido contra la ventana de trasnpariacero. La grieta central se agrandó.

Laranth dio un paso cautelosamente hacia donde podía ver por la ventana, con sus desintegradores preparados. Cuando habló, su voz fue más sombría de lo habitual.

—Hay media docena de droides allí abajo, en el suelo de línea de montaje, tal vez más —dijo ella—. No dejan de moverse así que es difícil contarlos. Pero —añadió—, definitivamente nos superan en número.

Otra bola de luz anaranjada golpeó la enorme ventana, haciendo que retrocediera.

—Y —añadió—, uno tiene un cañón de plasma.

—Fantástico —dijo Dhur.

Cuarenta

Jax agarró su sable láser y trató de alcanzar otra vez las familiares líneas de la Fuerza. Otra descarga de plasma destruiría el panel del transpariacero, y entonces necesitarían toda la ayuda que pudieran conseguir para derrotar a los…

No, pensó él. *Otra vez no*.

Como había ocurrido antes, llegó a él lo que parecía una vacilación, un tartamudeo, en lo que normalmente era una conexión suave y casi sin ningún esfuerzo. Una incertidumbre, un vacío donde normalmente surgían una oleada familiar de Fuerza, la sensación de poder y confianza que siempre le había llenado.

—¡*No está ahí*!

Jax combatió el pánico. Era absurdo, esa oscilación, esa conexión ahora sí, ahora no. Había usado la Fuerza para saltar sobre un droide obrero hacía cinto minutos, y en ese momento había funcionado bien.

Bien, ahora no está funcionando.

Otra descarga de plasma impactó en el panel, el cual estalló en fragmentos medio derretidos que bañaron la sala. Laranth los desvió, pero la metralla era la menor de sus preocupaciones. Jax miró hacia la ventana a tiempo de ver a otro droide, obviamente tan enloquecido como los anteriores, trepando por el borde.

Era un operador de fundición 8D8, un droide humanoide larguirucho diseñado para resistir el calor abrasador de altos hornos y los pozos de fundición. Su exoesqueleto estaba hecho de una aleación de duracero que podía resistir una larga exposición a temperaturas sumamente altas. Normalmente el modelo iba desarmado, pero en el caso de éste, habían montado un desintegrador pesado en su hombro izquierdo. Y por alguna razón conocida sólo por su propio procesador psicótico, había sujetado una tira de metal alrededor de su cabeza como una mordaza, cubriendo su vocalizador.

El desintegrador comenzó a disparar, barriendo la habitación, tan pronto como la parte superior del 8D8 pasó por el borde. Jax sabía que sólo disponía de unos segundos para actuar. No podía confiar en su habilidad para anticipar y bloquear las descargas, así que se lanzó por el suelo, deslizándose a través de fragmentos de transpariacero afilados como cuchillas, con el sable láser extendido ante él. Antes de que el enloquecido 8D8 pudiera ajustarse, Jax estuvo frente a él. Meció la hoja de energía en un arco corto, desenganchando pulcramente el desintegrador de su montura. La hoja fluctuó en el cuello del droide, pero sólo un momento; la barra carente de fricción no tuvo que atravesar la columna de duracero para cortarla.

Por su mala postura, Jax no pudo poner su fuerza y velocidad habitual en el golpe. Como resultado, en lugar de cortar la cabeza limpiamente, la hoja incandescente reselló parte de los conductos interiores según los atravesaba, mientras el impacto hizo girar parcialmente la CPU. La cabeza del 8D8 permaneció soldada a su cuello, sólo que mirando más o menos hacia atrás.

El droide perdió el equilibrio, derribando a otros dos mientras caía. Sin embargo, había otros dos subiendo: un centinela Roche J9 y un droide ASP. Jax se puso de pie, parte de su mente comentaba irónicamente la extraña pareja que hacían esos dos; el J9 era listo en extremo, si bien algo hosco e intratable, mientras que el ASP era poco más que una calculadora andante. Sin embargo, ambos parecían unidos en su propósito. Ambos tenían microchips, pernos de contención desactivados, y otra impedimenta distribuida por todo su cuerpo. Ambos parloteaban en el mismo balbuceo Binario continuo que habían usado los tres primeros. Sólo el 8D8 «amordazado» había guardado silencio.

Jax retrocedió cautelosamente, su sable láser alzado ante él. El sudor goteaba en sus ojos; al menos, él pensaba que era sudor. Cuando parpadeó se percató por su viscosidad que era sangre. Los fragmentos afilados del panel de la ventana le habían dejado una veintena de cortes en la cara y en las manos. La sangre de sus manos laceradas también le hacía difícil agarrar la empuñadura de su arma.

No lo sueltes, se ordenó a sí mismo furiosamente. *Eres un Jedi; estas personas están a tu cargo. ¡No puede fallarles*!

¿Pero cómo podía salvarles? Sin una conexión con la Fuerza, estaba ciego, sordo, y lisiado. Sus habilidades de lucha estaban debilitadas, sus reflejos mitigados… sin la Fuerza, no era…

«Incluso sin la Fuerza, sigues siendo un Jedi».

El recuerdo le impactó casi como un golpe físico. Era algo que el Maestro Piell le había dicho meses antes, cuando todavía había sido un Padawan. El corazón de Jax se saltó una pulsación. En medio del caos que se desarrollaba a su alrededor. —Laranth disparando serenamente sus desintegradores, I-Cinco usando sus láseres igual de tranquilo— era difícil creer que una voz tan sosegada y pequeña en su cabeza pudiera oírse, mucho menos llegar tan claramente como ocurría. Pero allí estaba. Recordó la conversación, la cual había tenido lugar en la sala de entrenamiento del Templo, vívidamente:

—La Fuerza ayuda al poder del Jedi —le había dicho el Maestro Piell—. Completa el entrenamiento del Jedi. Pero la Fuerza por sí sola no hace a un Jedi. Eso viene de un lugar más profundo.

—Pero la Fuerza nos caracteriza, nos hace únicos —había balbuceado él—. Sin ella, ¿en qué se diferencian los Jedi?

La respuesta del lannik había sido típicamente acerba:

—Vaya, ¿estoy hablando sólo? ¡Presta atención! La Fuerza te ayuda. No te define. Antes de que te reclamara, ya eras quien eres ahora; de otra manera, no te habría elegido como su recipiente. ¿Comprendes?

Una sombra cayó sobre Jax desde atrás; se giró y vio a otro droide surgiendo amenazadoramente. Ni siquiera estaba seguro de qué tipo era ese; captó una impresión de mole mecánica, bandas de tracción, manos de tenaza de dos puntas… calaveras sonrientes de diversas especies cubriéndolo por todas partes. Esquivó su primer golpe, entonces se dio un giro y lo incapacitó con su hoja. Con los servomotores detenidos y

crujiendo, fue dando tumbos hacia la ventana y cayó por ella, llevándose con él al J9 y al ASP.

Sin pensar, simplemente reaccionando, Jax se giró de nuevo y alzó su sable láser. Las dos mitades de un droide de mantenimiento, sus células interiores de energía chispeando y echando humo, cayeron a sus pies. Sintió un momento de triunfo, de júbilo… y entonces fue apresado por un poderoso agarre desde detrás y levantado. Otro brazo articulado y extensible sujetó su brazo derecho, inmovilizando su sable láser. El agarre alrededor de su cuello comenzó a apretar…

Un rayo láser agujereó el tórax del droide salvaje. Éste se congeló, y los agarres en el cuello y el brazo de Jax se relajaron.

Cayó y se giró para ver a I-Cinco a un metro, con el dedo índice extendido.

En el resonante silencio repentino Jax se masajeó el cuello.

—Bajo ciertas circunstancias —dijo—, podría darle las gracias a mi ordenador de navegación.

I-Cinco asintió.

—Puede hacer el viaje más seguro.

Jax miró a su alrededor. El suelo estaba cubierto de droides todavía humeantes y sus componentes. Laranth y Den estaban juntos. El Paladín enfundó sus desintegradores, y el sullustano desactivó cuidadosamente el vibrocuchillo que evidentemente había estado usando con efecto considerable.

—¿Qué estaban diciendo? —le preguntó Jax a I-Cinco.

El droide sacudió la cabeza.

—Sólo disparates incoherentes. Ensalada de palabras.

—¿Creéis que esto es todo? —preguntó Dhur.

—Por ahora —contestó Laranth con cansancio. Entonces se puso tensa de repente alarmada. Trató de desenfundar de nuevo sus armas, pero antes de que pudiera hacerlo, un frío fuego azul los envolvió.

Cuarenta y uno

Kaird había sabido lo que iba a ocurrir tan pronto como el humano había abierto esa boca suave y carnosa y había escupido ese barboteo sobre proceder del Sol Negro para advertir a Xizor. Incluso si Xizor no hubiera sabido que el Underlord Perhi, quien había enviado a Kaird a matar al príncipe, no estaría excesivamente preocupado por el su bienestar, el humano no encajaba. Era duro, sí, no había duda, pero no tenía la crueldad, el tipo de blindaje emocional, que caracterizaba a los miembros de la élite criminal. Uno no necesitaba una conexión con la Fuerza, o ni siquiera ser marginalmente empático, para ver eso. Este humano no era alguien que disfrutaba matando, como la mayor parte de los ejecutores, particularmente los humanos. Había excepciones, por supuesto… a Kaird le gustaba pensar que él era una. Pero claro, él no era humano.

Y todo se había desarrollado tal como Kaird hubiera esperado: Xizor había fingido creerle, y, mientras el humano les llevaba de vuelta con los demás, sutilmente, oh tan sutilmente, había comenzado a usar su arsenal endocrino para influenciarle. Aunque Kaird andaba detrás de Xizor, podía ver la piel del falleen cambiando de matiz mientras emitía feromonas. Y el humano no tardó mucho en caer bajo el hechizo; su cambio en el lenguaje corporal era obvio, incluso para un no-humano.

Kaird permaneció inafectado por la niebla molecular alteradora de mentes. El nediji no sabía si su fisiología era lo suficientemente diferente en este caso para protegerle, o si el Príncipe Xizor simplemente no le había elegido como objetivo. Pensando en ello, ¿por qué simplemente no le había mesmerizado Xizor en el arrabal ugnaught en lugar de hacer que el droide le disparase? Quizá Xizor prefería la relativa facilidad de usar esposas de fuerza a tener que emitir constantemente feromonas para mantener bajo control a Kaird. Pero Kaird pensó que la razón era mucho más simple: a Xizor le había gustado verle sufrir, y había querido al ave con su mente despierta para que lo apreciara completamente.

El Príncipe Xizor tenía ahora dos peones —o al menos, un autómata y alguien favorablemente dispuesto hacia él— y Kaird no tenía nada. Las probabilidades no pintaban bien.

No le llevó mucho tiempo al humano llevarles de vuelta con el resto de su grupo. Antes de que estuvieran a la vista, Xizor les hizo detenerse.

Se volvió hacia el droide y dijo, en una voz baja que Kaird sabía que la débil audición del humano no detectaría.

—Ve delante. Cuándo estén a tu alcance, aturde a tantos como puedas. No los mates.

Kaird podía ver la lógica detrás de esto. Los Jedi, con toda probabilidad, no podrían sentir el acercamiento subrepticio del droide hasta que fuera demasiado tarde.

Mientras el 10-4TO tomaba la curva del corredor, el humano dijo:

—¿Por qué enviar al droide delante? —su tono era de interés desconcertado y educado, pero nada más. El sudor hipnótico de Xizor había hecho bien su trabajo.

Por mucho que Kaird odiara al falleen, tenía que admirar a Xizor en un nivel, al menos. El príncipe siempre estaba pensando, siempre barajaba posibilidades. Incluso sin esa química corporal controladora, era un adversario formidable.

Como pronto descubrirían los Jedi.

El droide desapareció por el corredor. Le sucedieron algunos momentos de silencio, seguidos por el sonido de su arma montada en el brazo al ser disparada.

El humano parpadeó al oírlo, y Kaird pudo ver que la razón regresaba a su expresión.

—¡Hey! —gritó—. ¡Qué demonios…! —se dio la vuelta para ir tras el droide, pero no llegó muy lejos, debido a la descarga aturdidora del arma de Xizor que le golpeó directamente entre los omoplatos.

El ataque había sido repentino y devastador. Den había oído el gemido de un desintegrador, o algo bastante parecido, y entonces una agonía del color del crepúsculo había golpeado cada célula de su cuerpo. No estaba seguro cuánto tiempo había estado inconsciente, pero había sido algo más que unos minutos, considerando lo concienzudamente que le habían atado. Quienquiera que lo hubiera hecho debió pensar que los sullustanos eran tan fuertes como los wookiees. Laranth yacía a dos metros, también con esposas de fuerza y todavía inconsciente.

Den podía oír voces. Miró a su alrededor, localizó la fuente… y sintió que sus entrañas se deslizaban en caída libre. Al otro lado de la sala, tal vez a seis metros, estaba el Príncipe Xizor, junto con el hombre pájaro, que seguía esposado. También estaba presente el droide que acababa de acribillarlos tan concienzudamente —eso es lo que Den había imaginado, de cualquier manera— y Nick Rostu. El droide —y a juzgar por el tamaño de sus fotorreceptores, tenía que ser Ojos de Insecto— sujetaba a Nick firmemente por los brazos.

Esto no era nada bueno, pero la preocupación inmediata de Den era Jax, quien estaba de pie, con las manos también esposadas, delante de Xizor. Den suprimió un jadeo cuando el Jedi alzó su cabeza en respuesta a una de las preguntas de Xizor, dando a Den una buena vista de su cara. Estaba llena de cortes, algunos de los cuales todavía sangraban, de los pedazos de transpariacero entre los que se había deslizado durante la batalla con los droides salvajes.

Xizor sostenía el sable láser de Jax. Mientras Den observaba, el falleen lo activó. La reverberante hoja azul se extendió. Den tuvo la sensación de que Jax iba a encontrarse con el extremo equivocado de la hoja muy pronto.

¿Por qué no usa la Fuerza? Den sólo podía asumir que todo el mopak por el que Jax había pasado en las últimas horas le había agotado. Fuera cual fuera la razón, era obvio que al Jedi no le quedaba mojo.

Él podía salvarle.

O, más exactamente, I-Cinco. Durante su búsqueda de Xizor, I-Cinco se había referido a «otras modificaciones» que había realizado, con ayuda de Den. Una de ellas había sido un cambio de la programación en el módulo de desconexión. En la mayoría de

las unidades de protocolo, el interruptor de activación estaba en la parte trasera del cuello del droide, haciendo que fuera fácil para cualquiera más alto que él encender o apagar la unidad. En el caso de I-Cinco y de otros modelos de su línea, el interruptor no podía se desmontado completamente: estaba conectado con su CPU como un mecanismo de seguridad. Pero habían podido dar un rodeo a los circuitos y añadir una contraseña que podría reactivarlo oralmente. Tenía que ser dicha con la voz de Den; una vez que los audiorreceptores de I-Cinco la registraran, su CPU se reavivaría a sí misma.

Si decía la contraseña en ese momento, I-Cinco se despertaría a tiempo de detener no cualquier destino que Xizor tuviera en mente para Jax. Si alguien podía hacerlo, ese era el droide, Den lo sabía. No era algo seguro, pero era, sin lugar a dudas, la mejor apuesta.

Aun así… si esperara, sólo unos segundos más, habría una posibilidad aun mejor de que Jax Pavan desapareciera para siempre. I-Cinco estaría afligido, pero la aflicción se acaba tarde o temprano. Y Den recuperaría a su amigo.

No vaciló. Se inclinó hacia el droide y susurró.

—Bota.

Los fotorreceptores de I-Cinco se iluminaron ligeramente. Estaba mirando a Xizor, quien estaba de espaldas. El príncipe alzó el sable láser sobre su cabeza…

I-Cinco se puso en pie. Den se dio cuenta de lo que el droide iba a hacer, y tuvo el tiempo suficiente para comprender que no podría insertar sus dedos atados en sus oídos.

Esto va a doler, pensó.

Así fue.

De pie junto a Xizor y a Jax, con Ojos de Insecto sujetándole en su agarre irrompible, Nick Rostu se dio cuenta de que había sido manipulado magistralmente. Había oído hablar de la influencia que los falleen podían ejercer sobre otras especies, cómo podían influir en las emociones, manipular sentimientos, pero lo había olvidado por un momento. Comprensible, dado todo lo que había ocurrido en los últimos días, y Xizor se había aprovechado de su inatención. Pero no tenía sentido maldecir el nombre de Xizor en ese momento; lo importante era que los desencadenantes químicos hipnóticos habían desaparecido, sin duda debido a la concentración de Xizor en Jax.

—No hay nada personal, lo entiendes —le decía Xizor a Jax—. Pero he estado buscando una forma de establecer una alianza con Lord Vader. La información en este droide parece ser la clave, y tengo que asegurarme de que no hay enredos que imposibiliten mi plan. Tu amigo asintió— con la cabeza hacia Nick— fue muy amable al conducirnos hasta ti.

Nick vio a Jax alzar la mirada y contemplarle, y la mirada le hirió en lo más hondo: no era cólera, ni siquiera desprecio; simplemente abatimiento.

Tenía que hacer *algo*. ¿Pero qué? Nick era un soldado adiestrado, y no tenía dudas de su habilidad para acabar con uno, o incluso dos o tres oponentes. Pero Xizor era un falleen, adiestrado en las artes marciales y, por el momento, armado con un sable láser. Sin mencionar todo el asunto de las feromonas, así como Ojos de Insecto, armado y listo

para disparar a cualquiera que se moviera de su sitio. Nick aun tenía su desintegrador enfundado en la cadera, pero con el droide sujetando sus brazos, no iba a servirle de nada. De hecho, aunque pudiese liberarse del agarre del droide, parecía que la única ventaja que Nick posiblemente podría conseguir sería que Xizor se quedara momentáneamente paralizado teniendo que escoger, entre tantas opciones, con qué método acababa con él.

El zumbido del sable láser le sonó a Nick como el rasgueo de un cable vibratorio muy tenso. El príncipe alzó la hoja reluciente sobre la cabeza de Jax.

—No es nada personal —dijo él de nuevo—. Son sólo negocios.

No podía esperar un milagro por más tiempo, y los milagros no eran exactamente sucesos regulares en la vida de Nick de cualquier forma. Se puso en tensión. Le quedaba una carta que jugar, un poquito de conocimiento que Xizor no sabía que tenía, y una oportunidad razonable de implementarlo antes de que el fallen pudiese, muy literalmente, conseguir su cabeza. Si podía desconcertar a Xizor simplemente un segundo, podría ser capaz de retrasar al príncipe lo suficiente para que funcionase el resto de su plan. Dudaba que consiguiese mucho más tiempo que eso; los falleen eran mucho más fuertes que los humanos, y sus reflejos muchos más rápidos.

Bien, nadie dijo que fuera fácil.

—*Zu woohama* —dijo quedamente al droide que le sujetaba. Y entonces:— Suéltame.

La presión del agarre de 10-4TO en los brazos de Nick se desvaneció. Aunque había hablado en bajo, era obvio que el príncipe le había oído, incluso por encima del siseo y el crujido del sable láser. Nick no vaciló; saltó hacia el atónito falleen, su objetivo era la mano alzada que sostenía el sable láser. Mientras lo hacía, le gritó a Ojos de Insecto:

—¡Libera al Jedi!

No sabía lo cerca que había estado de agarrar la empuñadura del arma, pero no fue lo suficientemente cerca. Aun cogido por sorpresa, Xizor fue capaz de rechazar a Nick, lanzándole a través de la sala y contra la pared más alejada. Sintió un dolor abrasador en el pecho mientras caía…

Y entonces, para su asombro, *sucedió* un milagro.

Desafortunadamente, también, fue muy doloroso.

Kaird no estaba seguro de por qué seguía vivo. Había considerado una expectativa de vida de tal vez diez minutos después de que Xizor había descubierto que su laboratorio y su personal habían sido destruidos, por quién o qué, Kaird no lo sabía, y no quería saberlo. Xizor había mascullado algo sobre droides, pero ¿cómo podían ser los droides responsables de tales atrocidades? Incluso los droides de combate estaban programados para matanzas veloces y limpias, no tanto por motivos humanitarios sino por simple conveniencia. Cualquier cosa que hubiese matado a esos científicos y a sus asistentes se había tomado su tiempo; lo habían *disfrutado*.

Se estremeció. Si lo que quiera que hubiese hecho eso todavía acechaba cerca, entonces la única dirección segura para ellos era hacia arriba. Pero a Xizor no parecía importarle. Toda su atención estaba centrada en el Jedi.

—No es nada personal, lo entiendes —le decía Xizor al Jedi mientras alzaba el sable láser de éste último. El desintegrador del príncipe seguía en su pistolera; evidentemente Xizor prefería la propia arma del Jedi para su ejecución. Pero claro, Xizor siempre había sido aficionado a los gestos dramáticos.

No es nada personal. Kaird casi sonrió. Cuando tomabas la vida de otro ser, *siempre* era personal. Había mirado directamente a los ojos de demasiados seres sensibles a cuyas existencias él había puesto fin al servicio de los «negocios» de otro para no saberlo.

Sus cavilaciones fueron interrumpidas por algo sorprendente: dos palabras, dichas en voz baja por el humano que había intentado fingir ser un operativo del Sol Negro. Dos palabras que él había escuchado por primera vez hacía poco, dichas por el Príncipe Xizor a 10-T40.

«Zu woohama». La frase en código para controlar al droide, seguida por una orden rápida y serena: —Suéltame.

Obviamente la influencia de Xizor sobre el humano se había desvanecido. Por supuesto no tenía ninguna posibilidad de éxito, pero, posiblemente, la distracción podría darle una oportunidad a Kaird. Sus piernas no estaban atadas; podría correr, perderse en el laberinto de corredores…

Y sin duda quedar perdido. ¿Y entonces qué? ¿Vagabundear con los brazos todavía esposados hasta que lo que fuera que había destrozado ese laboratorio como un rancor una sintoraíz le encontrara? sus muñecas estaban esposadas; no estaban atadas con algo como cuerda o plasticuerda que podría ser capaz de cortar en un trozo de metal afilado. Lo único que las abriría sería la llave, y la tenía Xizor.

Kaird apretó los dientes. No tenía alternativa; a menos que ocurriera un milagro, su mejor opción era aguardar, y esperar que Xizor bajara la guardia una vez que le quitara las esposas de fuerza. Y él sabía por su larga experiencia que no existían los milagros.

En vista de eso, estuvo encantado de que le demostraran que se equivocaba… incluso con el dolor que acompañó al milagro.

Cuarenta y dos

—Son sólo negocios —dijo Xizor mientras alzaba el sable láser. Y entonces Nick Rostu dijo la frase secreta que controlaba a Ojos de Insecto, ordenándole: «¡Libera al Jedi!» mientras saltaba hacia Xizor. El príncipe, aun pillado por sorpresa, fue lo suficientemente rápido para bloquear el ataque de Nick y aplastarle como un insecto molesto. Al mismo tiempo I-Cinco, quien Jax había pensado que había sido desactivado por Xizor, se puso en pie y produjo por su vocalizador un chillido ensordecedor que cogió a todo el mundo completamente por sorpresa. Era increíblemente doloroso; Jax no sabía cuán fuerte era, pero definitivamente se encontraba muy por encima del umbral del dolor de la mayoría de orgánicos sensibles.

Por supuesto, no tuvo efecto en el otro droide. Ojos de Insecto llegó rápidamente al lado de Jax, intentando llevar a cabo la orden de Nick de liberarle, pero antes de que pudiera hacerlo, Xizor gritó:

—¡Zu woohama!

Diez-Cuatro-Te-O se detuvo en el sitio. Xizor, obviamente con tanto dolor como los demás, se las arregló de todas formas para señalar a I-Cinco. El significado estaba claro, incluso para un droide: *¡Detenle*!

Ojos de Insecto se giró, apuntando su cañón del brazo hacia I-Cinco. Disparó, pero I-Cinco, todavía chillando, apuntó su dedo índice derecho hacia el otro, con una puntería tan precisa como sólo un droide podría. El rayo de luz de alta intensidad chocó con el rayo de partículas en el aire.

Aunque los estados cuánticos de los dos rayos eran algo diferentes, hubo una considerable cantidad de superposición. Las intensas energías lucharon un momento, llenando la cámara de cegadoras chispas pirotécnicas.

Jax se tambaleó hacia atrás, cegado momentáneamente. A través de puntos resplandecientes vio a Xizor, todavía sufriendo dolor por el chillido de droide. El falleen se tapó los oídos con ambas manos, dejando caer el sable láser mientras lo hacía, y se hincó de rodillas. Evidentemente había bloqueado el control al encenderlo, porque la hoja no desapareció cuando la empuñadura dejó su mano. El arma rebotó una vez, cortó la esquina de un armario de metal, y se detuvo con la empuñadura apoyada contra otro pedazo de escombros. La hoja apuntaba hacia arriba en un ángulo de cuarenta y cinco grados, su zumbido era incesante.

Justo entonces el rayo de partículas más potente atravesó el rayo de luz coherente y golpeó a I-Cinco en la placa pectoral. El droide salió despedido hacia atrás, lo suficientemente fuerte como para chocar contra la pared. El chillido de su vocalizador se detuvo cuando cayó al suelo.

— *¡Cinco*! —gritó el sullustano, luchando con sus ataduras, las cuales no tenía ninguna posibilidad de romper. Jax apenas podía oír el grito. El aire de la habitación parecía reverberar todavía ondas acústicas. Se preguntó si sus oídos estarían sangrando. Se tambaleó hacia su sable láser y se agachó delante de él, dándole la espalda a la hoja.

Cautelosamente, concentrando toda su voluntad en mantener el equilibrio, extendió sus brazos detrás de él, separando las muñecas todo lo que podía. El sable láser podía cortar el enlace de energía que ataba sus muñecas. O podría resonar con las esposas y freírle más rápido que un rayo. La única forma de averiguarlo era…

Hubo un siseo casi tan potente como el chillido del droide, una descarga estática que hizo que se le erizara todo el vello de su cuerpo, y fue lanzado lejos del sable láser, aterrizando a un par de metros.

Sus manos estaban libres.

Como mejor pudo, dado el dolor reverberante de su cabeza, evaluó la situación. I-Cinco estaba empezando a ponerse en pie. Laranth y Den seguían atados y yacían contra la pared opuesta, aunque sólo Den estaba despierto. Entonces vio a 10-4TO girándose hacia él, preparándose para disparar.

Jax se puso en pie y movió hacia adelante ambas manos, deseando desesperadamente que la Fuerza estuviera allí.

No estaba.

Se lanzó al suelo, rodó, y se puso en pie detrás de un pedazo grande de equipo mientras el rayo de energía abrasaba el suelo donde había estado.

El droide se dio la vuelta para disparar otra vez. Jax estaba a salvo momentáneamente detrás del trozo de metal y circuitos, pero ¿por cuánto tiempo?

Una vez más suplicó la Fuerza, y una vez más le fue denegada. El droide avanzó hacia delante. Agarró y lanzó a un lado el destrozado banco de control detrás del cual se escondía Jax…

Y Jax se abalanzó hacia delante, con una mano extendida debajo del cañón del brazo extendido del droide. Clavó la pequeña daga que había sacado de la funda escondida entre sus omoplatos en el hueco entre las placas torácica y ventral.

Ojos de Insecto se tambaleó hacia atrás. Jax atisbó algunas chispas crepitando en el revoltijo de cables y circuitos que constituían sus entrañas. Un pie golpeó un pedazo de escombro, y el droide cayó contra la ventana de transpariacero. El material, ya destrozado y debilitado, cedió y 10-4TO cayó a través de él, desapareciendo de la vista. Un instante después, resonó un choque desde abajo.

Jax se puso de pie y se dio la vuelta, con la intención de volver y recoger la empuñadura de su sable láser; la hoja se había extinguido, junto con las esposas. Pero la empuñadura ya no estaba en el suelo. Desesperadamente, Jax la buscó por la zona.

—¿Buscas esto? —la voz sedosa del falleen le llegó desde atrás. Jax se dio la vuelta, y vio que el sable láser estaba en la mano de Xizor. Mientras Jax observaba, la hoja se generó de nuevo, con un zumbido ominoso. Xizor, sonriendo abiertamente, avanzó hacia el Jedi desarmado. Su piel resplandecía en la cúspide entre el verde y el naranja. Evidentemente se había recobrado de los efectos de la andanada sónica mucho más rápido que Jax.

Jax movió su mano derecha hacia adelante, esperando arrojar una onda de Fuerza hacia Xizor. Pero sólo hubo un vacío abismal cuando la Fuerza le rechazó otra vez.

Xizor se detuvo con cautela cuando Jax intentó el golpe; entonces sonrió y continuó su avance. Antes de que hubiese dado un par de pasos más, sin embargo, un rayo láser impactó cerca de sus pies, y otro le pasó por encima de su cabeza. Se dio la vuelta con un grito de sorpresa, buscando la fuente del nuevo ataque.

I-Cinco estaba cerca, apuntando ambos dedos al príncipe.

—Por favor apague el sable láser, Alteza —dijo el droide—. Y tire también esos desintegradores.

Xizor gruñó, su piel llameando con cólera. Los dedos de I-Cinco no se movieron.

—Estoy seguro de que es realmente rápido, Príncipe Xizor, pero no tan rápido como la luz —se encogió de hombros—. Ley universal y todo eso.

El falleen vaciló, entonces desactivó el arma de energía y se deshizo de ambos desintegradores. Jax dio un paso hacia adelante, con la intención de reclamar su sable láser… pero entonces vio a Nick Rostu, tumbado boca arriba cerca de una pared, con un pedazo ensangrentado de transpariacero saliendo de su pecho.

Nick yacía donde le había lanzado el golpe de Xizor, su cabeza reposaba sobre escombros. Él podía ver el fragmento de metal transparente que sobresalía justo debajo de su caja torácica, y casi sonrió, porque debajo de su camisa sabía que el fragmento había dividido en dos la vieja cicatriz que había obtenido en Haruun Kal. La herida fresca dividiendo en dos la anterior había marcado sin duda una X a través de su diafragma… no es que necesitara una señal tan obvia que le dijera que estaba acabado. Se maravilló de no sentir ningún dolor. *Hay que agradecérselo al shock.*

Se dio cuenta de que alguien se inclinaba sobre él. Era Jax.

Nick intentó decirle que lo sentía, que no había sido él, que Vader le había chantajeado y que Xizor le había manipulado. No estaba seguro si había logrado decir todo eso, o, ciertamente, algo de ello, pero parecía que Jax lo entendía.

Había una cosa más… ¿qué era? Era difícil recordar, era como si su mente estuviera escapando con su sangre. De repente parecía terriblemente importante que le dijese algo a Jax. De nuevo, no estaba seguro de haberlo hecho, pero Jax asintió, sonriendo a través de la sangre reseca de su cara. También dijo algo, pero el oído de Nick era casi tan inútil como sus piernas después de ese solo vocal de I-Cinco. Podía ver a Jax revisando los bolsillos de su abrigo, buscando lo que Nick le había dicho que había allí, pero tampoco podía sentir nada. Esperaba que no hubiera sangre en su uniforme. Un soldado —particularmente un oficial— debería intentar al menos estar presentable.

Aun así, Nick se sentía satisfecho; había logrado llegar al final de su interrogatorio. Muy importante; había una guerra en curso, y él había hecho su parte. Ahora, finalmente, podría descansar, lo cual era bueno, porque estaba demasiado cansado para intentar hablar más. Y de todas formas, el tipo de allí —¿quién había sido? Era difícil ver su cara, debido a toda esa luz— se había alejado para encararse con otra silueta. Entonces los dos empezaron a bailar uno alrededor del otro a cámara lenta, y hubo luces brillantes y lejanos sonidos zumbantes. ¿Era Mace Windu uno de ellos?

Nick no lo sabía. Realmente ya no tenía importancia. Era hora de que se marchara. Su nueva nave le estaba esperando, su hipermotor a punto, listo para dejar atrás este mundo. Despegaría en un minuto más o menos. Tan pronto como recuperase el aliento. Sólo un momento, para descansar. Se había ganado eso, al menos. La guerra había terminado finalmente. Era hora de retirarse.

Las luces lastimaban los ojos de Nick, así que los cerró.

Jax se levantó y se alejó del cuerpo de Nick. Xizor estaba a un par de metros, sujetando todavía la empuñadura del sable láser. Jax también sujetaba una empuñadura; uno de las últimas cosas que Nick le había dicho, en un susurro apenas audible, había sido sobre el enigmático dispositivo que el korunnai había encontrado en el *Ranger Lejano*. Obviamente era un arma; el único problema era que Jax no tenía ni idea de qué clase.

Parecía ser algo semejante a un sable láser, pero más ligero, y construido para una mano. Nick no había tenido oportunidad de probarlo, y Jax ni siquiera sabía si funcionaría. No le importaba.

No le importaba que Xizor tuviera su sable láser, o que el príncipe falleen fuera un maestro de teräs käsi, un arte marcial diseñado hacía siglos y refinado a través de los tiempos para ser particularmente efectivo contra los Jedi. No le importaba que, por alguna razón que no entendía, su conexión con la Fuerza se hubiese vuelto esporádica. Nada de eso importaba en ese momento. Era el pasado. El futuro tampoco le preocupaba. Lo que importaba era el presente. Lo que importaba era el *ahora*.

Jax miró a los demás. El aviano y Laranth seguían esposados, al igual que Den Dhur. Laranth estaba o muerta o inconsciente, pero el hecho que estuviera esposada argumentaba a favor de esto último. El único libre era I-Cinco, quien todavía estaba un poco apartado, formando el tercer vértice de un triángulo formado por él mismo, Jax y Xizor. El droide todavía tenía cubierto a Xizor.

—No va en contra de mi programación central incapacitar severamente al enemigo de mi amigo —le dijo a Jax—. Si quieres que lo haga, me refiero.

—Lo que quiero —dijo Jax—, es que compruebes qué le ha ocurrido al otro droide. Todavía tiene almacenados en su interior los datos vitales.

—Pero…

—Nada de peros. El Príncipe Xizor y yo arreglaremos esto entre nosotros.

I-Cinco vaciló, proyectando preocupación, entonces asintió. Cruzó la sala hasta la ventana de transpariacero, brincó con destreza a través de ella, y desapareció de vista.

Durante el intercambio con I-Cinco, Jax había mantenido un ojo en Xizor. Con una sonrisa abierta, el falleen alzó su mano libre, con la palma hacia arriba, e hizo un gesto.

—Veamos lo que tienes —dijo.

Jax apretó el interruptor.

Cuarenta y tres

De la empuñadura del arma salió una delgada pieza de metal combado, seguida inmediatamente por la proscrita onda inversa de un campo de energía, con la longitud de un cable metálico flexible.

Era un látigo. Un látigo de energía. Jax dejó que se desenrollara en toda su brillante longitud verde, entonces giró su muñeca. La punta del látigo láser chamuscó un círculo más grande en el suelo en respuesta. Lo sacudió experimentalmente, enviando una onda a lo largo de su longitud. La punta produjo un satisfactorio *¡crack*!, más fuerte que su zumbido vacilante, cuando rompió la barrera del sonido. Jax ni siquiera podía comenzar a imaginarse la complejidad de los circuitos de modulación dentro de la empuñadura.

Como parte de su entrenamiento, había practicado con látigos láser, pero no tan a menudo como había usado un sable láser. No era tan hábil con un látigo como con una hoja. Y no iba a habituarse a él bajo la mejor de las condiciones.

—Muy impresionante —dijo Xizor—. Pero creo que la espada gana al látigo. En cualquier caso, estoy seguro de que me perdonarás si no soy lo suficientemente caballeroso para dejarte practicar un poco.

Dicho eso, Xizor sacudió el sable láser hacia abajo delante de sí mismo, colocó su otra mano sobre la empuñadura, y apuntó la punta de la hoja hacia el ojo izquierdo de Jax mientras atacaba.

Jax retrocedió, intentando ganar todo el tiempo posible para familiarizarse con ese nuevo arma. No era tan elegante como una espada de energía, o tan poderoso, o capaz de cortar tanto. Sin embargo, tenía la ventaja de la longitud… fácilmente dos veces la de la hoja de su sable láser en toda su extensión. La longitud del núcleo metálico era también elástica, se dio cuenta, hasta cierto punto.

El falleen movió la hoja alrededor y hacia abajo en un intento de cortar la muñeca del Jedi, pero Jax la bloqueó con la parte gruesa de la correa, cerca de la empuñadura. Xizor se recuperó, haciendo girar el sable láser alrededor de su muñeca.

Jax sacudió de nuevo el látigo láser, enviando una onda por toda su longitud, restallando la punta con otro *¡crack*! supersónico que aconsejaba a Xizor guardar la distancia.

No importaba lo bien versado que pudiera estar el falleen en el manejo de un sable láser, se dijo a sí mismo. Ningún humanoide ordinario podía batirse con un Jedi en un uno a uno y esperar ganar. Incluso un verdadero experto teräs käsi, implementando su energía interior y echando mano de décadas de habilidad afilada, podía esperar, en el mejor de los casos, un empate, y no había más que un puñado de esos en toda la galaxia.

El príncipe se avanzó poco a poco, girando hacia la derecha, manteniendo el sable láser delante de él. Jax se giró levemente, tratando de alcanzar la Fuerza…

Y, de nuevo, no encontró nada.

Mantuvo su expresión neutral, pero podía asegurar por la fiereza de la sonrisa de Xizor que de alguna forma el príncipe había sentido su preocupación; olido su miedo a

través del sudor, más probablemente. Y en ese instante, Jax se dio cuenta de lo que era al menos parte del problema. Todos esos meses de esconderse, de constante vigilancia para evitar conectar con la Fuerza de forma activa, para evitar la posibilidad de alertar a Vader de su presencia, se había convertido en una segunda naturaleza. Y ahora, en su hora de necesidad más extrema, descubría que no *podía* conectar.

Durante meses había llegado a considerar a los siervos del Emperador, especialmente a Vader, como pájaros carroñeros, volando en círculos sobre su cabeza constantemente, su vista aguda y fría captando el más leve movimiento debajo. Si invocaba la Fuerza, uno de ellos lo sabría, descendería volando rápidamente y arrancaría a Jax de entre las multitudes como a un fleek sacado de una vasta bandada. Incluso si estaba equivocado, incluso si Vader y sus mirmidones no estaban vigilando constantemente, el efecto era el mismo.

Fuera cual fuera la razón, no podía dejar que su incapacidad le derrotase ahora. Jax deslizó su pie izquierdo hacia atrás y se giró casi noventa grados oblicuamente a Xizor. Alzó su brazo y giró su muñeca, haciendo girar el látigo láser por encima de su cabeza en un patrón circular.

Xizor asintió, como si reconociese la maniobra. Se volvió un poco hacia su izquierda y comenzó a girar el sable láser alrededor de su muñeca, intercambiando manos con destreza a intervalos irregulares mientras se movía hacia adelante. Jax se tensó, esperando el inevitable momento en el que su adversario vacilaría, en el que podría lanzar la correa de energía hacia adelante y quitarle la espada a…

De repente Xizor detuvo el movimiento casi hipnótico de la hoja y saltó *por encima de* él, encogiéndose y dando un salto mortal mientras acuchillaba hacia abajo.

Jax jamás habría pensado que alguien aparte de un Jedi podría realizar una hazaña como esa. Frenéticamente atacó hacia arriba, enrollando el látigo de energía alrededor del sable láser. Ondas inversas azules y verdes chispearon y cantaron al encontrarse, chamuscando los átomos del aire a su alrededor, llenando sus orificios nasales con el olor penetrante del ozono.

Pero antes de que pudiera continuar con el movimiento y arrancar el sable láser de la mano de Xizor, el príncipe apagó la hoja. El látigo láser cayó hacia abajo, y Jax tuvo que esquivarlo para evitar la correa mortal.

Xizor aterrizó y reactivó la hoja. Desde su posición agachada, Jax meció su brazo hacia atrás trazando un arco bajo, entonces otra vez hacia arriba y sobre su hombro. El látigo láser cantó por el aire y volvió a enrollarse en la hoja. Antes de que Xizor pudiera desactivar el sable láser otra vez, Jax tiró tan fuerte como pudo, desequilibrando a Xizor.

El tirón repentino fue suficiente para desacelerar a Xizor, pero no lo suficiente como para romper su agarre de una mano. Se abalanzó hacia Jax mientras el látigo láser liberaba al sable láser, soltando más chispas. Jax se agachó, dejando que la hoja luminosa pasara silbando por encima de su cabeza, entonces se lanzó al suelo y rodó cuando Xizor atacó de nuevo, fallando por la anchura de un dedo. Se puso en pie, en mitad de un giro,

y, mientras se movía, movió su mano hacia Xizor. El reluciente látigo lanceó al falleen, casi como si fuera una lanza arrojadiza.

Xizor se agachó y dio un giro de 360 grados, dejando caer la hoja hasta el nivel del pecho mientras se movía, tratando de partir a en dos a Jax. Pero el Jedi fue demasiado rápido… ya estaba retrocediendo a toda velocidad, agitando el látigo para cubrir su retirada. Xizor tuvo que esquivar el azotador cable de energía para evitar que la punta le seccionase un brazo.

De nuevo Jax trató de alcanzar la Fuerza, y de nuevo sólo encontró un frío vacío. Evidentemente, comprender el problema no era lo mismo que arreglarlo. Y esa era la peor situación posible en la que intentar una reconexión: en medio de la batalla, fatigado y preocupado.

No debería haber sido tan temerario de desafiar al Príncipe Xizor. Simplemente debería haber hecho que I-Cinco se encargase de él; el falleen era más fuerte que Jax, pero no era rival para un droide repleto de láseres. Ahora estaba empezando a parecer que su postura de macho podría haberlos condenado a todos. I-Cinco estaba ocupado con 10-4TO, y Laranth todavía estaba fuera del juego.

Oyó un ruido extraño detrás de él, pero no podía permitirse el lujo de apartar la vista de Xizor, quien caminaba simplemente de acá para allá fuera del alcance de látigo láser. El ruido se hizo más fuerte; Un sonido desgarrador, como un estallido, que Jax reconoció demasiado tarde como el desgarre de los cierres reforzados de plastiacero en el otro grupo de puertas. Se giró a tiempo de ver un droide de mantenimiento sobre ruedas dirigiéndose hacia él, con pedazos de desechos de metal dentado soldados a su pecho, proyectándose como cuchillos. Balbuceaba en Binario, una cacofonía incesante de clics, gorjeos, silbidos, y trinos, mientras se abalanzaba directamente sobre él. Jax se apartó de su camino y alzó el látigo láser sobre su cabeza y hacia afuera. La trenza de energía golpeó a través del domo redondeado de la CPU del droide y la calcinó. Sus frenos se activaron, y Jax pudo percibir el olor de silicona quemada mientras las ruedas se bloqueaban y patinaban sobre el suelo, los giroscopios gemían intentando mantenerlo derecho, pero demasiado poco, demasiado tarde. La trenza brillante atravesó de lado a lado la cabeza y el cuerpo del droide en ángulo, y, con una descarga de chispas eléctricas y un chisporroteo, el droide se derrumbó, cayendo en dos pedazos.

Jax se dejó caer en el mugriento suelo, y no fue ni un latido demasiado pronto… la hoja de energía zumbó a través del lugar donde había estado. Rodó sobre su espalda y se puso en pie, con el látigo láser describiendo un rápido círculo en frente de él.

La desventaja del látigo láser era que necesitaba más tiempo para recobrarse de un golpe. Jax tenía que ser precavido para que Xizor no le descubriera dejando una abertura. Inspiró profundamente, dejó escapar la mitad del aire. Sin duda una conexión con la Fuerza vendría bien en estos momentos…

—¡Jax! ¡Cuidado! —gritó Den.

Se dio media vuelta, intentó agacharse, pero demasiado tarde. Un trozo de escombros, arrojado por otro droide feral que entraba por la puerta destrozada, le golpeó en la cabeza.

Momentáneamente atontado, dejó caer el látigo láser, el cual se apagó tan pronto como dejó su mano. Se tambaleó hacia atrás y vio al droide: un astromecánico, con un aparato a modo de catapulta asegurado en su cúpula que arrojaba trozos de metal y duracreto del tamaño de un puño.

Jax era hombre muerto. Xizor le tenía; Jax lo sabía, y el príncipe sabía que él lo sabía.

El látigo láser estaba fuera de su alcance, y Xizor se cernió sobre él, su piel resplandecía en carmesí con la anticipación de la matanza. Jax aceptó el hecho. Ahora se uniría a la Fuerza, y quizá todas esas preguntas sin respuesta serían…

Como si fuese manejado por un titiritero desconocido, su mano derecha salió disparada, con la palma hacia adelante. Xizor fue lanzado hacia atrás como si hubiera sido golpeado por un rayo repulsor, chocando contra la pared a tres metros.

Jax sintió que la Fuerza se enroscaba a su alrededor, sintió los hilos familiares uniéndose a él una vez más. Dejó que le movieran y le manipularan. Se puso en pie como si levitara. Otro gesto, y el astromecánico lanza-rocas salió volando, chocando también contra la pared, tan fuerte como para agrietar su carcasa. Volaron chispas y se derramó el aceite. Su ecolalia binaria se volvía un distorsión baja mientras se descomponía.

Xizor se puso de pie, el aturdimiento de su cara se transformó en cólera. Jax extendió su mano, y el sable láser voló hasta él desde donde Xizor lo había dejado caer. Mientras lo activaba, llamó al látigo láser con su mano izquierda.

Detrás de él, oyó a Den Dhur decir:

—Eso es lo que yo llamo un regreso.

Jax comprendió lo que había sucedido. Al aceptar su muerte inminente, había regresado al nivel de serenidad necesaria para ser uno con la Fuerza. No había sido una cuestión de estar perdiendo su conexión con la Fuerza; había sido cuestión de la Fuerza eligiéndolo de nuevo como recipiente.

La piel de Xizor comenzó a cambiar, de vuelta a un tono cálido de naranja, y Jax supuso que el falleen estaba activando sus feromonas. Jax hizo un gesto, sintió que los hilos de Fuerza a su alrededor se expandían, conduciendo las corrientes de aire hacia Xizor. La expresión del príncipe cambió a una de sorpresa.

—Ríndete —dijo Jax. Xizor no tenía alternativa; Jax tenía ambas armas, y la Fuerza.

Xizor se rió.

Saltó, cubriendo la distancia entre ellos fácilmente. El movimiento fue rápido, muy rápido. Voló hacia Jax con el pie por delante, cogiéndole casi completamente por sorpresa. Incluso con su conexión con la Fuerza recuperada, era difícil adivinar el propósito de Xizor. La mente del príncipe era poderosa, capaz de ocultar sus intenciones hasta el último segundo antes de actuar. Sus reflejos eran mucho más rápidos que los de un humano, y sus músculos lo suficientemente fuertes como para propulsarle casi tan lejos como la Fuerza podría propulsar a Jax. El Jedi le esquivo, entonces se giró rápidamente, con el látigo y la espada preparados para matar en caso necesario.

Xizor está loco, pensó. Ya no tiene posibilidad de victoria, él…

El falleen aterrizó con destreza sobre ambos pies, y Jax se dio cuenta de lo que pretendía, demasiado tarde. Descansando sobre el suelo cerca del cuerpo de Nick Rostu… y, al alcance de Xizor, el desintegrador del mayor. Xizor lo recogió, se volvió, y disparó a Jax, todo ello en un movimiento suave.

Jax bloqueó el disparo con su sable láser. El resplandor de los dos campos de energía colisionando se desvaneció casi instantáneamente, pero en ese instante el retoño de la Casa Sizhran había desaparecido en la oscuridad del corredor.

Jax no sintió deseos de seguirle. El Príncipe Xizor quedaba fuera del juego; ahora tenía que encontrar a 10-4TO y asegurarse de que los datos estaban intactos. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la ventana destrozada por la que había caído el droide.

Abruptamente experimentó un cosquilleo repentino que hacía vibrado en las líneas de la Fuerza… un latido resonante diciéndole que se aproximaba un nuevo jugador al desolado paisaje del Distrito de las Fábricas. Alguien sumamente poderoso en la Fuerza… más poderoso de lo que alguna vez se había encontrado. Sólo podía significar una cosa:

Llegaba Darth Vader.

Cuarenta y cuatro

Jax sintió que se quedaba helado de miedo. Sintió otro pequeño temblor en la Fuerza, uno amigable y afectuoso, y se percató, incluso antes de mirar para confirmarlo, que Laranth estaba despierta. Vio por su expresión que ella también había sentido la vibración en la Fuerza. Podría no ser capaz de identificarla tan rápidamente o tan seguramente como él, pero ella sabía que eran malas noticias.

—Levantaos —les dijo a Den y a Laranth, llegando hasta ellos. Realizó un corte rápido y corto con su sable láser, seccionando las esposas de fuerza que sujetaban a Laranth. Esta vez estaba listo para el contragolpe de energía que desactivaría tanto las esposas como la hoja, y por tanto sólo le hizo retroceder algunos pasos en lugar de lanzarle al suelo. Sin embargo, seguía siendo un golpe considerable. Laranth se tambaleó hacia atrás, entonces se recuperó, frotándose los brazos.

—Au —dijo ella.

—Lo siento —contestó Jax—. Xizor tenía la única llave, y no creo que pueda ser persuadido para entregarla, aun si pudiéramos encontrarle.

Encendido de nuevo su sable láser se volvió hacia Den.

—Tu turno.

—Oye, espera un momento —dijo el sullustano—. No nos apresuremos. Estoy seguro de que hay otra manera de… ¡*hey*!

El choque de los dos campos hizo que Den cayera de espaldas. Se levantó lentamente, mirando fijamente a Jax.

—Si alguna vez consigo volver a publicar, tú, amigo mío, vas a vértelas con unas serias difamaciones.

Jax se dio media vuelta, enganchando la empuñadura del arma en su cinturón.

—Oye —dijo el aviar—. ¿Qué pasa conmigo?

—Tú puedes seguir esposado —contestó Jax—, hasta que te conozcamos un poco mejor.

El aviar parecía a punto de protestar, entonces cerró su boca con forma de pico con un ruido molesto.

—Una función bastante asombrosa —dijo Den, frotándose la espalda—. Aunque no puedo decir que estuviese tan contento de estar en este lado del cuadrilátero…

Antes de que alguien pudiera decir nada, Jax, alertado por la visión periférica, miró hacia el transpariacero destrozado. I-Cinco estaba subiendo.

—Buenas y malas noticias —dijo él, antes de que alguien pudiera hablar—. La caída inmovilizó evidentemente a 10-4TO, el cual fue atacado entonces: asumo que por droides salvajes. Fue despojado de sus apéndices y de su CPU.

Jax se quedó helado.

—Pero eso quiere decir que los datos…

—Ya no están en posesión de 10-4TO, me temo.

Se hizo el silencio por un momento. Entonces Den preguntó:

—¿Y las buenas noticias?

—Esas son las buenas noticias. Las malas noticias son que mis sensores indican que el nivel de radiación está más alta. Vosotros los orgánicos tenéis que marcharos, y yo no voy a quedarme aquí.

—Aun mejor —dijo Jax—. Vader está llegando. Puede que ya esté aquí.

Hubo un momento de silencio conmocionado, y entonces el aviar dijo:

—*Ahora* ¿alguien por favor *me quita estas malditas esposas*?

Jax desenganchó la empuñadura del sable láser otra vez. Tendrían que confiar en el hombre pájaro: necesitarían toda su velocidad y sus habilidades, y los hilos de Fuerza que emanaban de él, si bien eran duros y crueles, no tenían hebras de posible traición entretejida.

Sintió que una oleada de cansancio le inundaba. Incluso si escapaban, no había garantía de que Vader se rendiría. Por lo que Jax sabía, el Lord Sith le perseguía a través de la galaxia. Él ya había recorrido medio planeta. Aunque Jax no tenía ni idea de por qué Vader le quería, pareció bastante claro que no pararía hasta tener a Jax o la prueba de su muerte.

Jax liberó al aviar —su nombre, dijo él, era Kaird— y volvió a encender su arma. Miró la hoja encendida, asintió para sí mismo, entonces se volvió a I-Cinco.

—Necesitamos algo grande para cubrir nuestra huida —dijo él—. Y creo que sé dónde conseguirlo. —Rápidamente le explicó su plan al droide.

I-Cinco proyectó sorpresa.

—¿Estás dispuesto a entregar tu arma para hacer esto?

—No me agrada la idea, pero no veo otra elección —contestó Jax—. Las únicas lecturas de formas de vida que captaron los escáneres del carguero en un radio de quinientos kilómetros fueron las de Xizor y las de Kaird. No me importa enviar a un montón de droides salvajes al montón de chatarra, y tal vez también a Vader. ¿Están listos tus sensores?

—No hay problema —la firma de la radiación es bastante detectable.

Jax asintió, vaciló, entonces le dio su sable láser a I-Cinco. El droide lo cogió y comenzó a caminar lentamente alrededor de la cámara repleta de escombros. Parecía estar buscando algo.

Den y el aviar se unieron a Jax y a Laranth. Observaron al droide con cierta perplejidad. — ¿Qué estás haciendo, Cinco? —preguntó Den—. Tenemos que salir de aquí.

—Estoy de acuerdo —contestó el droide—. Pero como ha señalado Jax, marcharnos no apartará a Vader de nuestro rastro. Necesitamos una distracción… una distracción enorme. A menos que Vader quede convencido de que Jax está muerto, nunca dejará de cazarle.

—Ah. Es aquí. —I-Cinco estaba de pie cerca de los restos de uno de los droides salvajes destruidos. Fijó el interruptor del sable láser y lo sujetó a la distancia de su brazo, entre dos dedos, con la hoja de energía señalando hacia abajo. Entonces lo dejó caer.

Golpeó el suelo, con la punta por delante. La hoja carente de fricción, lo suficientemente caliente como para derretir una puerta blindada de veinte centímetros, apenas redujo la velocidad cuando entró en contacto con el duracreto. El sonido que hizo cayó en un registro ligeramente más bajo, pero eso fue todo. En pocos segundos había desaparecido por el agujero que derretía.

I-Cinco se volvió y caminó rápidamente hasta los demás.

—Vamos —dijo él.

Den Dhur le miró fijamente.

—¿Te has quitado el chip? ¿De qué iba todo eso?

—Iba de crear una distracción enorme, como dijo él —contestó Jax—. No culpes a I-Cinco; fue idea mía.

—Fue una buena. Estaré encantado de ayudarte a encontrar un nuevo sable láser… si salimos de aquí con vida.

—¿Qué hay del cuerpo de Rostu? —preguntó Den.

Jax se volvió y miró hacia la forma inmóvil de Nick. Sintió una punzada de pena; Nick Rostu había muerto valientemente, intentando salvar a sus amigos y la misión del Maestro Piell. Al menos merecía un entierro decente. —I-Cinco, ¿puedes traerlo? —preguntó quedamente—. Podemos soltarle en órbita… creo que le habría gustado eso.

I-Cinco se inclinó sobre Nick, empezando alzarle… entonces se detuvo. Permaneció inmóvil un momento; entonces dijo: Todavía está vivo.

— *¿Qué*? —dijeron Jax, Laranth, y Den simultáneamente. Sólo Kaird guardó silencio, aunque parecía tan sorprendido como ellos.

—El pedazo de transpariacero le atravesó la cavidad abdominal —mientras I-Cinco hablaba, usó su dedo láser para quemar el fragmento cerca de donde entraba en la espalda de Nick—. Esquivó la columna vertebral y los riñones. Detecto algún sangrado interno y comienzos de peritonitis e infección sistémica —pero creo que es reversible si se le trata en un plazo de veinticuatro horas.

Jax sintió una oleada de alivio. —Debería haber un medpac en el carguero. ¡Rápido! —vio que el droide alzaba cuidadosamente a Nick, entonces se dio la vuelta y se dirigió hacia el corredor, seguido por los demás.

—Todavía tenemos que pasar delante del transporte de Vader para llegar al nuestro —señaló Kaird—. ¿Alguna idea sobre cómo lograrlo?

—Una o dos —contestó Jax—. Preocupémonos primero por salir de aquí.

—¿Me va a decir alguien de lo que estamos corriendo? —preguntó Den mientras se apresuraba para mantener el paso de los demás.

—A diez metros bajo nuestros pies, más o menos, se encuentra la unidad de contención del reactor —dijo I-Cinco—. Antes mencioné que era inestable —de hecho, puede que la exposición prolongada a la fuga de la radiación sea lo que vuelve locos a los droides. En cualquier caso, estimo que tenemos menos de veinticinco minutos antes de que el sable láser se abra camino a través de la protección de impervium y…

—Entiendo —dijo Den. Duplicó su velocidad, dejando atrás a los demás.

Podría funcionar, se dijo Jax a sí mismo. La explosión ciertamente sería suficiente para eliminar a Darth Vader como un problema de su vida de forma permanente. Incluso si Vader sobrevivía de alguna manera, probablemente quedaría convencido de que Jax no lo habría conseguido. De cualquier forma, esa era una buena oportunidad para librarse de la ominosa sombra del Señor del Sith… si no para siempre, entonces al menos por un tiempo considerable.

Pasaron rápidamente a través de corredores oscuros, I-Cinco llevaba a Nick Rostu e iluminaba el camino. Parecía que tenía un droide, meditó Jax; no como propiedad, sino como amigo. Un concepto extraño… pero uno al que se estaba acostumbrando.

Era bueno tener un amigo.

Cuarenta y cinco

Lord Vader observaba el monitor del puente, el cual estaba enfocado hacia la entrada. Rhinann observaba también, intentando adivinar los inescrutables pensamientos que tenían lugar detrás del casco y, como siempre, fallando.

Incluyendo el transporte de Vader, ahora había tres naves posadas delante de los decadentes edificios. Una era el carguero corelliano que le habían dado a Rostu. La otra era una nave de asalto, graciosa y pulida. Rhinann aprobó la apariencia. Se preguntó a quién pertenecería.

Vader habló con el Capitán Tanna.

—Cuando salgan, capturen a Pavan con vida. Maten a quienquiera que esté con él. No corra riesgos; la Fuerza es poderosa en él.

—Sí, mi señor —saludó el Capitán Tanna—. Pero ¿qué pasa con el droide? ¿No era esa la razón de este viaje?

Vader agitó una mano despectiva.

—No se preocupe por el droide. Pavan es más importante.

—Entendido —dijo el Capitán Tanna. Echó un vistazo al monitor y reaccionó con sorpresa—. Mi señor… creo que querrá ver esto.

El Señor Oscuro se movió para mirar el monitor delantero. El movimiento le dio a Rhinann una vista momentánea de lo que el capitán y Vader estaban mirando: una figura solitaria caminando rápidamente desde la entrada de la planta hacia la cercana nave de asalto. Rhinann reconoció inmediatamente la identidad del ser, y la sorpresa que sintió fue casi suficiente para hacerle olvidar, por un instante, su miedo. Porque ciertamente una de las últimas personas que habría esperado ver en ese lugar desolado era el Príncipe Xizor de la Casa Sizhran.

La cámara exterior siguió al príncipe mientras este cruzaba el paisaje cubierto de escombros hacia la nave de asalto cercana.

—¿Le detengo, mi señor?

—No, Capitán Tanna —contestó Vader—. Como miembro de la realeza falleen, el Príncipe Xizor goza de inmunidad diplomática —sonaba ligeramente divertido—. Sin duda comprenderemos mejor su presencia aquí después de que hayamos interrogado a Pavan.

Rhinann observó al Príncipe Xizor entrar en la nave de asalto. El príncipe apenas dedicó una mirada a la gran lanzadera de la clase *Lambda*, aunque no podía no haber visto el blasón del Imperio en su casco. Después de algunos momentos los repulsores se encendieron y la pulida nave despegó del suelo, alzándose rápidamente hasta que se perdió de vista entre las estrellas.

Un joven teniente, de cara muy pálida alzó la vista de su puesto.

—Lord Vader. —Capitán Tanna— los sensores detectan una acumulación de radioactividad y calor intenso justo debajo de la planta de droides. Sólo hay una explicación posible…

—El núcleo del reactor se está sobrecargando —dijo Vader, serenamente. Dio un paso hacia el panel de la consola y calibró algunos instrumentos, entonces examinó las lecturas resultantes—. Catorce minutos hasta la detonación. De sobra para atrapar a Pavan con vida. Una pena que no haya posibilidad de una segunda oportunidad —se volvió hacia el Capitán Tanna—. Elévenos, Capitán. Cuando estemos a salvo, destruya ese carguero.

—Mi señor, el Jedi Pavan ha salido del edificio, junto con el droide y algunos otros.

—Excelente. —Vader centró de nuevo su atención en el monitor—. Debemos golpear rápidamente, mientras tengamos el elemento sorpresa. Algunos disparos de advertencia deberían mantenerles ocupados hasta que nuestras tropas los cojan —miró más de cerca—. Prepare a ocho soldados, Capitán —eso debería ser suficiente.

El Capitán Tanna parecía preocupado.

—Mi señor —farfulló—, ¿ha olvidado el reactor?

Vader volvió su faz inexpresiva hacia Tanna. Rhinann tembló; sabía lo que se sentía al mirar directamente a esas esferas negras.

—No olvido nada, Capitán… incluida la insubordinación. ¿Queda claro?

El Capitán Tanna tragó audiblemente y asintió.

Kaird se sentía considerablemente más optimista. ¿Y por qué no? Después de todo, sus expectativas de futuro habían mejorado inconmensurablemente justo en las últimas dos horas. Había pasado de ser un prisionero a la libertad, y aparentemente había caído en un grupo de disidentes que, si no se mostraban exactamente amistosos hacia él, al menos no estaban particularmente dispuestos a dejarle morir. Lo cual era bueno para Kaird; no tenían que ser hermanos de nido. Todo lo que pedía era que le dejaran acompañarles hasta llegar a algún puesto avanzado de civilización; él podría encontrar su propio camino desde allí, muchas gracias.

Sin embargo, no tenía intención de volver al Hall de Medianoche. Había acabado con el Sol Negro. Nunca tendría una mejor oportunidad de desaparecer de sus miras que la de ahora… asumiendo, por supuesto, que él y su compañía actual pudieran librarse de la inminente explosión termonuclear. Incluso si Xizor también sobrevivía de alguna manera, no tendría ninguna razón para perseguir a Kaird, puesto que no querría que se filtrara ningún comentario sobre su plan de reemplazar al Underlord Perhi con una réplica droide.

Todo eso, sin embargo, era el futuro, que era un lugar aun más peligroso en el que anidar que el pasado. Kaird sabía que, si no quería quemarse las plumas de la cola en un fuego realmente caliente, debía centrarse en su situación presente.

Rodearon una esquina y, para gran alivio de Kaird, vieron la entrada enfrente de ellos.
— ¿Cuánto tiempo queda? —le preguntó al droide.

—Doce minutos, catorce segundos.

—No suenas contento —dijo el sullustano jadeando, corriendo duramente para mantener el paso.

—El tiempo de preparación para el despegue de la nave es de al menos cinco minutos, e incluso a toda velocidad atmosférica, nos llevará otros cuatro o cinco minutos alcanzar la distancia mínima de seguridad —dijo I-Cinco—. Estamos apurando al máximo.

Tal vez demasiado, pensó Kaird torvamente. Pero allí estaba la salida, finalmente. Salieron de la fábrica… y Kaird se encontró mirando fijamente a la punta de un cañón desintegrador, montado en la parte inferior de una lanzadera de la clase *Lambda* a menos de veinte metros.

Jax vio la enorme lanzadera gravitando sobre ellos, vio que uno de los cañones desintegradores giraba hacia ellos. Sin duda Vader pensaba que había ganado; no sabía que en pocos minutos todos serían polvo incandescente, o habría escapado para entonces.

—¡Laranth! ¡I-Cinco! ¡Dadnos algo de tiempo! —gritó él. I-Cinco entregó el cuerpo de Nick al aviar, e inmediatamente sus láseres y los desintegradores del Paladín comenzaron a disparar al sistema de tiro. Jax sabía que eso sólo les daría algunos segundos antes de que los ordenadores implementaran diferentes vectores. Esperaba que fuera suficiente.

Saltó, dejando que la Fuerza le tomase, dejando que le llevara a través del espacio interventor entre la entrada de la planta y la lanzadera. Aterrizó debajo del fuselaje delantero, y mientras sus pies tocaban el suelo tuvo el látigo láser en la mano. Lo lanzó hacia arriba, extendiendo la trenza de energía en toda su longitud y cortó las turbinas repulsoras delanteras.

Uno de los cañones láser delanteros y se centró en él, pero un rayo de partículas del desintegrador de Laranth fundió el cañón convirtiéndolo en chatarra derretida.

—¡Corred al carguero! —les gritó a los demás. No necesitaban que se lo dijera; ya estaban corriendo a toda velocidad. Laranth e I-Cinco continuaron dando fuego de cobertura mientras corrían. Jax empezó a girarse… y se encontró cara a cara con una figura alta y oscura con una capa negra.

¡Vader…!

El Capitán Tanna gritó:

—¡Ha desactivado las turbinas delanteras! ¡No podemos elevarnos!

Hora de marcharse, decidió Rhinann. Esa lanzadera estaba condenada, y la otra nave representaba su única oportunidad posible de supervivencia. No tenía ni idea de qué destino le podría esperar si desertaba de lanzadera por el carguero. Ni siquiera sabía si Pavan y sus compinches lograrían llegar al carguero, o si le dejarían embarcar. Pero una vez más estaba haciendo una cosa muy poco característica: guiarse por su instinto. Entonces, mientras Vader y el capitán estaban ocupados con la repentina emergencia, el elomin salió rápidamente del puente y bajó por los corredores hasta la rampa.

Tardaría demasiado en descender la rampa, él lo sabía. Afortunadamente también había cuatro cápsulas de escape de emergencia a cada lado. Tiró de la palanca roja liberadora y entró en la cápsula más próxima.

La caída sólo era de diez metros; el aterrizaje, debido al cojín repulsor, apenas lo suficientemente fuerte como para notarlo. Rhinann salió afuera. Sólo tenía una opción para sobrevivir, lo sabía, y eso era convencer a Jax Pavan de que no era un enemigo. Se recogió las ropas, preparándose para correr hacia la otra nave… y, para su sorpresa, se encontró delante de la persona que estaba buscando.

No era Vader, se percató Jax, tras el shock inicial. No estaba seguro de quién era; reconoció a la especie como elomin, pero eso fue todo.

—Escúchame —dijo el Elomin urgentemente—. ¡Debes llevarme contigo! Tengo algo…

—Cuéntamelo después —dijo Jax. Agarró el brazo del otro y corrió hacia el carguero, arrastrando al elomin sorprendido con él.

Alcanzaron la nave y subieron la rampa rápidamente. Arriba se encontraba la escotilla principal de despresurización. Jax alzó la rampa, observándola elevarse con lentitud agonizante. Finalmente se cerró; golpeó el interruptor del comunicador y gritó:

—*¡Despega*!

Escuchó el latido amortiguado de los motores repulsores, y sintió que una fuerza g que casi le hace caer de rodillas antes de que la gravedad de la nave se pusiera en marcha. Recorrió rápidamente los corredores que conducían a la cabina, sin mirar si el elomin le seguía.

La cabina estaba abarrotada. I-Cinco pilotaba, con el Paladín en el asiento del copiloto. Den estaba detrás de ellos, observando tensamente. El aviar y Nick Rostu no se veían por ninguna parte. Fuera de la cabina se veía el cielo nocturno, con una de las lunas más pequeñas a la vista. Jax miró sobre el hombro del droide.

—¿Tiempo? —preguntó.

—Estimando un minuto, cuarenta y ocho segundos hasta la distancia mínima de seguridad —respondió I-Cinco—. Aproximadamente dos minutos para la detonación.

Jax agarró el respaldo del asiento del droide. Todavía podían lograrlo…

La nave ascendió en un ángulo pronunciado. Jax estudió el monitor retrovisor, el cual mostraba una vista amplificada del Distrito de las Fábricas. La lanzadera Lambda todavía flotaba mientras el capitán y la tripulación intentaban frenéticamente hacer un bypass a las turbinas dañadas. Pero ya era demasiado tarde. Echó un vistazo al crono al lado del monitor.

Cinco… cuatro… tres… dos… uno…

El monitor se volvió blanco. Después de un instante los filtros de polarización se activaron, y la luminosidad se redujo. Debajo de ellos había una nube en forma de hongo, expandiéndose y desplegándose a través de colores verde, púrpura y naranja.

Un momento después la onda expansiva les golpeó. El *Ranger Lejano* se zarandeó, la visión de la bola de fuego osciló locamente durante un momento. El campo de gravedad-A mantuvo estable el medio interno, y ya estaban demasiado alto para que el carguero fuera desviado de su curso.

I-Cinco comprobó las lecturas.

—La potencia de la explosión fue aproximadamente de doce kilotones. No hay signos de daño en el casco; niveles de radiación mínima; los escudos aguantan.

—Lo conseguimos —dijo Laranth—. Con unos diez segundos enteros de sobra.

—¿Siempre tienes que apurar tanto, Cinco? —comentó Den.

—¿No tienes sentido del drama?

Kaird entró.

—Vuestro amigo está en las habitaciones de la tripulación —le dijo a Jax—. Todavía respira, todavía está inconsciente.

I-Cinco se levantó.

—Haré lo que pueda para estabilizarle. Si alguno de vosotros conoce a alguien con acceso a un tanque de bacta, este sería un buen momento para pedir un favor cuando lleguemos a dondequiera que nos dirijamos.

Jax se deslizó en el asiento del piloto que I-Cinco acababa de dejar vacío.

—Espero que conozca bastantes procedimientos médicos para ayudar a Nick.

—Así es —dijo Den—. Pasó seis meses en un Uquemer, y es un aprendiz rápido, como probablemente has comprobado.

—También ha tocado un punto importante —dijo Jax—. ¿Dónde vamos? ¿Niveles inferiores? ¿Superiores? ¿O fuera del planeta?

Hubo un momento de silencio mientras los demás digerían esto. Era cierto; no había ninguna razón para regresar al Sector de Yaam. Había fallado en la misión del Maestro Piell: no había recuperado los datos que había llevado 10-4TO.

Laranth estaba mirando una lectura de los sensores.

—La explosión ha dejado un cráter de ochenta metros de diámetro —dijo ella—. Creo que podemos asumir que Vader está muerto.

Jax sacudió la cabeza.

—No —dijo él—. No lo está.

Cuarenta y seis

Finalmente decidieron dirigirse hacia un refugio seguro que conocía el hombre pájaro: un lugar utilizado ocasionalmente por el Sol Negro para esconder a seres hacia quienes otros seres albergaban malas intenciones. El vuelo duraba varias horas, debido a la decisión de evitar una trayectoria suborbital en favor de volar bajo y camuflados. Den no se quejaba; agradecía la oportunidad de descansar. Las pasadas veinticuatro horas habían sido realmente ajetreadas: tan intensas como cualquier cosa que hubiese experimentado en las Guerras Clon.

Habían adquirido dos nuevos pasajeros: Kaird el nediji y Haninum Tyk Rhinann, un elomin. Este último hablaba poco, prefiriendo acurrucarse algo alejado de los demás. Ni Jax ni Laranth podían sentir ningún motivo oculto en él, y tampoco había ninguna razón para no creer su historia de que había desertado de la nave de Vader en el último momento posible para escapar de la explosión del reactor.

Ah, sí: Vader. Al principio, nadie había creído en la convicción de Jax de que el Señor del Sith vivía; la explosión del núcleo del reactor había reducido una cantidad considerable del Distrito de las Fábricas a escombros radiactivos. Pero Jax había reproducido las imágenes de los últimos momentos antes de la explosión, grabadas por la cámara trasera de la nave. Justo cuando el *Ranger Lejano* había levantado el vuelo, era posible ver la imagen borrosa de una cápsula de escape saliendo despedida de la parte trasera de la lanzadera, dirigiéndose en dirección opuesta al carguero.

—Está vivo —dijo Jax—. Estoy seguro.

Den había lamentado oír eso. Pero la gran pregunta, por lo que a él respectaba, no era tanto *¿Qué hacemos con Darth Vader*? como *¿Cuándo nos largamos*? Porque el único curso que tenía algún sentido para él era amontonar tantos parsecs entre ellos y los Mundos del Núcleo como fuera posible.

El hombre pájaro, Kaird, comprendía eso. Su argumento, con el que Den estaba de acuerdo, era que ni siquiera deberían perder el tiempo con el refugio; deberían tirar hacia atrás de la palanca de mando ahora mismo y elevarse. Den estaba dispuesto a esperar lo suficiente para asegurarse de que Rostu viviría, pero después de eso su voto era para la misma acción, aunque I-Cinco señalara que tales planes de vuelo no autorizados tenderían a desestabilizar el tráfico aéreo y espacial, lo que a su vez tendería a atraer a las policía del sistema, y normalmente no con el mejor humor.

El elomin también estaba ansioso por dejar Coruscant. Esperaba que Jax pudiera ayudarle de alguna forma a conseguirlo. Por ese motivo, le había dado al Jedi algo que pensaba podría ser útil en cierta forma, si realmente Vader había escapado de la explosión del reactor. Se lo había presentado a Jax unos momentos antes…

Jax miró el holocrón en su mano, que Rhinann acababa de darle. Reconoció de inmediato los patrones que lo marcaban: un Holocrón Sith. Muy antiguo y valioso.

—Y, quizá, muy útil para ti, si Vader vive —dijo Rhinann.

I-Cinco lo tomó y lo examinó. Sus fotorreceptores se iluminaron de sorpresa.

—Aunque no sirva para otra cosa —dijo—, puede servir como recuerdo.

Jax le miró.

—¿Recuerdo?

—Es el mismo holocrón que intentó comprar tu padre a Zippa el toydariano —dijo I-Cinco—. Lo reconozco.

—Venga ya —dijo Den escépticamente—. Han pasado veinte años, año arriba, año…

I-Cinco simplemente le miró. Den hizo un gesto de derrota.

—Cierto, eres un droide.

El droide continuó:

—Supuestamente, contiene muchos secretos perdidos de los Sith. No tuvimos forma de comprobarlo, por supuesto, ya que sólo puede ser abierto por alguien que pueda usar la Fuerza.

Jax lo miró más de cerca, le dio vueltas, pero no hizo ningún intento de abrirlo. Miró a Rhinann.

—¿Y por qué me lo das?

El elomin vaciló.

—Porque —dijo al fin—. Sé que Vader, no importa lo que diga públicamente acerca de que los Jedi ya no son un problema, te quiere. Dijo que tenía «asuntos» contigo. No sé nada más acerca de ello. La oportunidad, sin embargo, siempre favorece a los preparados. Como has dicho, sólo uno que pueda tocar la Fuerza puede abrirlo. Eso me excluye —el elomin sonó sorprendentemente melancólico.

—No pongas esa cara —le dijo Den a Jax—. Tú estás vivo, y muy probablemente Vader piensa que estás muerto. Eso me suena como un bonito final feliz.

—Podría ser… salvo por el hecho de que fracasé en llevar a cabo la última petición del Maestro Piell —dijo Jax—. No conseguí los datos de Diez-Cuatro-Te-O.

—No había datos —dijo Rhinann.

Jax se volvió lentamente y miró al elomin.

—¿Qué?

—No sé todo sobre el plan de Vader —dijo Rhinann—. Sólo me dijo lo necesario. Pero sé que los datos que supuestamente eran tan vitales, en realidad no tenían valor. El droide era meramente un señuelo.

—El Maestro Piell dijo…

—El lannik te dijo lo que creía que era verdad. Todo eso había sido diseñado por Vader hacia un propósito.

—¿Deshacerse de mí? No puedes hablar en serio.

—Vader sabía que te enterarías finalmente de la muerte del Maestro Piell a través de Latigazo. Que tu amigo Rostu estuviera allí cuando murió y te diera la noticia fue pura casualidad.

Al principio le pareció absurdo; y aun así, cuanto más pensaba Jax en ello, más encajaban todas las piezas. La intervención del Príncipe Xizor y el aviar Kaird sin duda tampoco había sido prevista, y evidentemente le había causado a Vader un momento de

preocupación. Así que había sobornado a alguien que ya formaba parte del juego: Nick Rostu. Parte de la confesión que Nick le había susurrado a Jax había sido sobre la espada que Vader había sostenido sobre él: la amenaza de destrucción del hogar de su pueblo en Haruun Kal.

—Bien —dijo Den—, si yo fuera tu, no querría estar dentro de diez dimensiones junto con cualquier cosa relacionada con los Sith. Tal vez puedas venderlo una vez salgamos del planeta.

Jax cerró la mano alrededor del holocrón y lo deslizó en un bolsillo. Quizá necesitaría los datos algún día. Esperaba no tener que comprobarlo nunca, porque esperaba no volver a encontrarse con Darth Vader.

Sólo poco más de dos días antes, había estado completamente listo para partir… para ocupar su litera en el Mag-Lev Subterráneo y despedirse de Coruscant. Nadie le miraría de reojo, porque se lo había ganado. Había arriesgado su vida una veintena de veces, había salvado personas por un pelo, había conseguido meterlas en cargueros, transportes, y otros vehículos, con el tiempo justo para decirle adiós al brillante centro de la galaxia, a menudo marchándose con poco más que las ropas que llevaban puestas.

Pero ahora, en cierta forma, era diferente.

Alzó la mirada.

—Lo siento, Den —dijo él—. No me voy.

—Ja ja ja —dijo Den nerviosamente—. Qué bromista, ¿eh? —codeó a Rhinann en las costillas… o lo intentó. Terminó golpeando la rodilla del elomin.

I-Cinco miró a Jax.

—¿Por qué?

Jax se tomó su tiempo para contestar.

—Soy un Jedi —dijo al fin—. He jurado ayudar a quien lo necesite, y seguir el Código Jedi. El Imperio ha diezmado mi Orden… pero no han ganado, y *no* ganarán, mientras quede un Jedi. Me expulsaron del Templo, pero no van a expulsarme del planeta. Si Vader cree que estoy muerto, tanto mejor. Ciertamente no voy a esforzarme por atraer su atención. Pero si no lo cree, y está dispuesto a emplear todo ese tiempo y energía en encontrarme… entonces en cierta forma, de alguna manera, soy una amenaza para él. Y no voy a descubrir cómo o por qué lo soy, o cómo usarlo contra él, escondiéndome en algún lugar del Borde.

—Si planeas quedarte aquí —dijo I-Cinco—, yo también me quedo —el droide miró a Den, puso una mano en su hombro—. Pero aunque quiera quedarme, sólo lo haré si Den también se queda. Él y yo hemos pasado por muchas cosas como para abandonarle ahora.

—No —dijo Den. Se agarró la cabeza con ambas manos—. ¡No, no, no, esto *no* está ocurriendo! —miró a los demás—. Sé que lo he preguntado tantas veces que apenas puede considerarse como retórico, pero: *¿Os habéis vuelto todos locos*? Quiero decir, tenemos una *nave*, gente, no parece gran cosa, pero tiene un hipermotor y eso es todo lo que… —les miró fijamente, entonces suspiró y extendió los brazos en un gesto de

derrota—. Me rindo —dijo—. De acuerdo, Cinco: si estás lo suficientemente loco como para quedarte, supongo que tendré que estar lo suficientemente loco como para quedarme contigo —sacudió la cabeza—. Pero a partir de ahora vamos a comer rata de sangre y hierbajos, porque ya no tengo nada que vender.

—En cuanto a eso —dijo Kaird—, yo podría ayudar. No estoy sin fondos —la mayor parte de ellos ganados de malas maneras, pero aun así… sólo necesito lo suficiente para comprarme un billete de vuelta a Nedij.

—¿Harías eso? —preguntó I-Cinco—. Podrías necesitarlos, algún día…

—El dinero del Imperio es inútil en mi mundo. Es vuestro si lo queréis. Me llevará un par de días blanquear los fondos, pero… —el aviar se encogió de hombros—. He esperado hasta ahora; uno o dos días más no supondrán una gran diferencia.

Den se encogió.

—No digas cosas así. Estás buscándote problemas.

Jax se sentó en la silla del piloto y observó el oscuro paisaje urbano pasar rápidamente bajo el *Ranger Lejano*. I-Cinco estaba junto a él. Dejaron atrás la gigantesca forma de caja de una mónada, su miles de luces centelleantes, cada uno una ventana, brillaban contra de la superficie oscura de la estructura.

—Tantos seres —murmuró Jax—. ¿Estoy haciendo lo correcto quedándome aquí? ¿O simplemente me estoy engañando, pensando que puedo hacer algo?

—El filósofo twi'lek Gar Gratius dijo, «Incluso el más humilde de los seres contiene en su interior un universo de infinita diversidad y admiración. Por consiguiente, cuando prestas ayuda y comodidad a un sólo ser, eres, en ese momento, la deidad de todo un cosmos».

Jax miró a I-Cinco. El droide estaba mirando fijamente a través del blindaje de cristacero de la cabina. Sus fotorreceptores estaban brillantes, casi refulgentes.

Pensó en la sensación de realización y orgullo que sintió cuando recibió el título de Caballero Jedi, cuando creó y afinó su primer sable láser, cuando salió solo por primera vez en un misión, durante los últimos días de las Guerras Clon. También había sido su última misión; algunas semanas después el Templo había sido atacado y los Jedi restantes, incluido él mismo, derrotados.

Cambió de posición, y algo en uno de los bolsillos de su abrigo se le clavó en un lateral. Sacó el relicario, lo abrió, y miró la joya que había en su interior. Expuesta a la luz una vez más, comenzó a relucir, pasando del negro por todo el espectro hasta el blanco más puro.

Kaird notó la efulgencia y miró por encima del hombro de Jax.

—Pyronium. Nunca antes había visto una muestra tan grande y sin defecto. ¿Dónde lo conseguiste?

—Un regalo —dijo Jax—. Hace tiempo atrás, de un compañero Padawan. Anakin Skywalker.

Clavó los ojos en el brillante elemento, entonces cerró el envase y lo devolvió a su bolsillo. Anakin, junto con casi todos lo demás Jedi, había desaparecido. La Orden de los

Caballeros Jedi, una vez un faro de esperanza y justicia, habían sido extinguida, excepto por algunas chispas desvanecientes. Pero al menos una de esas chispas todavía podía ser alimentada.

No hay emoción; sólo hay paz.
No hay ignorancia; sólo hay conocimiento.
No hay pasión; sólo hay serenidad.
No hay muerte; sólo la Fuerza.

Había intentado con todas sus fuerzas adherirse a estos principios, hacerlos los indicadores de su vida. Ser el mejor Jedi que podía. Por ello, había desaprobado cualquier deseo de conocer cualquier cosa sobre sus orígenes o sus padres. Habían renunciado a él, después de todo; le habían entregado a los Jedi. Él, a su vez, había sofocado dentro de sí mismo cualquier deseo de descubrir quiénes habían sido, qué habían sido.

Pero negar sus recuerdos era negarse a sí mismo. Ahora Jax podía verlo claramente. Aunque los Jedi le habían formado y forjado, la materia prima había sido provista por Lorn y Siena Pavan.

Bajo ellos, la interminable masa de la ciudad planetaria cobraba vida. Los estratos de tráfico comenzaban a formarse; Las torres, cortanubes, y torres celestiales relucían con luz, y millones de millones de seres, todos y cada uno su propio cosmos privado, empezaban sus rutinas diarias. La inmensa mayoría de aquellos seres eran honestos y respetables. Pero en lo más profundo, en las oscuras fisuras y fallas, aquellos que no lo eran también comenzaban sus vidas.

Alguien tenía que ayudar a los que sufrían. Alguien tenía que encontrar a los que se perdían. Alguien tenía que plantar cara, por aquellos que no podían defenderse a sí mismos.

¿Alguna vez podría estar más claro el trabajo de un Jedi?

Jax alzó la mirada. Un brillo dorado surgía en el horizonte; el *Ranger Lejano* corría hacia el amanecer.

I-Cinco dijo:

—Tu padre no creía ser un gran hombre. Pero cuando la situación lo requería, él estaba a la altura. Desearía poder decirte que tuvo éxito. Fue un destino cruel e insensible que dejó en ridículo su misión. Pero lo intentó. Eso es todo, realmente, en el análisis final, lo que importa.

Jax miró fijamente hacia el inminente amanecer.

—Háblame de mi padre —dijo.

[1] N. del T.: En inglés, agallas y entrañas se escriben «guts», aquí utiliza un juego de palabras para decir que había visto sus agallas, porque cuando le hirieron en Haruun Kal casi se le salen las entrañas. <<